

PILAR CERNUDA VOLVERÉ A BUSCARTE

Una saga gallega, un homenaje a los que
no se conformaron y cruzaron el mar
para atrapar un sueño

Pilar Cernuda

VOLVERÉ A BUSCARTE

la esfera  de los libros

A Julia.

*Cando nas súas confianza estas pobres mártires se atreven a decirnos os seus secretos, a chorar os seus amores, sempre vivos; a doerse das súas penas, descóbrese nelas tal delicadeza de sentimentos, tan grandes tesouros de tenrura (que a inteireza do seu carácter n' é bastante a mermar), unha abnegación tan grande, que sin querer sentímonos inferiores a aquelas oscuras e valerosas heroínas que viven e morren levando a cabo feitos maravillosos por sempre iñorados, pero cheos de milagres de amor e de abismos de perdón. Historias dinas de ser contadas por millores poetas do que eu son, e cuias santas armonías deberan ser expresadas cunha soia nota e nunha soia corda: na corda do subprime e na nota do delor. Anque sin forzas pra tanto, tentéi algo deso, sobre todo no libro *As viudas dos vivos e as viudas dos mortos*; mais eu mesma conoso que non acertéi a decir as cousas que era menester.*

«Cuando en su confianza estas pobres mártires se atreven a decirnos sus secretos, a llorar a sus amores, siempre vivos; a dolerse de sus penas, se descubre en ellas tal delicadeza de sentimientos, tan grandes tesoros de ternura (que la entereza de su carácter no es suficiente para mermar), una abnegación tan grande, que sin querer nos sentimos inferiores a esas oscuras y valerosas heroínas que viven y mueren llevando a cabo hechos maravillosos siempre ignorados, pero llenos de milagros de amor y de abismos de perdón. Historias dignas de ser contadas por mejores poetas de lo que yo soy, y cuyas armonías deberían ser expresadas con una sola nota y una sola cuerda: la cuerda de lo sublime y la nota del dolor. Aunque sin fuerzas para tanto, intenté algo de eso, sobre todo en el libro *Las viudas de los vivos y las viudas de los muertos*; pero yo misma reconozco que no acerté a decir las cosas que era menester».

ROSALÍA DE CASTRO

El desconocido. (Nieves)

–¿Eres o meu pai?

La chiquilla, de unos cinco, miró a aquel desconocido con los ojos muy abiertos y la esperanza escrita en la mirada.

No, no era su padre. Tampoco en esta ocasión su cara recién lavada reflejó la menor decepción. Nieves se había acostumbrado a la ausencia, pero no desistía de hacer la misma pregunta a cualquier hombre que se acercara a su casa. Estaba convencida de que en cualquier momento sería su padre quien llamaría a la puerta. Soñaba con que la miraría atentamente tratando de buscar rasgos que le pudieran traer recuerdos de años pasados y, después, la estrecharía muy fuerte con lágrimas de emoción.

Era Nieves una cría alegre, aparentemente despreocupada por no tener a su padre en casa. Pero esa alegría no impedía que muchas noches recreara en su imaginación una escena que estaba segura de que más pronto o más tarde se iba a producir.

Se había ido a América cuando Nieves levantaba dos palmos del suelo, pero no pasaba día en el que no cogiera la fotografía que tenía su madre sobre la mesilla de noche y la mirara atentamente. A veces incluso se la llevaba a los labios. Era una costumbre, como el preguntar a los desconocidos. La curiosidad por saber cómo sería ahora, dónde estaba y qué hacía era más fuerte que la necesidad de verle. No le echaba de menos, porque no podía echar de menos a quien apenas recordaba.

No ocurría lo mismo con su amiga Virtudes, mayor que ella, que vivía un poco más arriba, cerca de la iglesia, y que le contaba historias de su padre, también emigrante en América. Se había ido cuando Virtudes tenía tres o cuatro años y le explicaba a Nieves que su padre la sentaba en sus rodillas cuando llegaba a casa por la noche y la apretaba sin hablar mientras su madre trasteaba por la cocina, esperando los dos que preparase la cena. O la llevaba de paseo los domingos, bien cogida de la mano, y la acomodaba sobre el mostrador de la taberna mientras conversaba con los paisanos.

Nieves, muy madura para su edad, dejaba hablar a su amiga, pero sabía que Virtudes inventaba aquellas historias, que no tenían nada que ver con la realidad. Su madre, Lola, le había explicado que el padre de Virtudes era un hombre tosco, poco hablador, como tantos hombres de la aldea; pero su amargura le había convertido en un personaje solitario, incluso agresivo cuando alguien intentaba darle conversación. Desapareció de la noche a la mañana. Se levantó un día, justo cuando acababa de cambiar el siglo, y anunció que se iba a La Coruña a coger el barco, sin haber dicho antes a nadie que estaba arreglando los papeles para irse a Cuba. Un tío suyo que se había ido años atrás le mandó el billete y la carta de invitación que exigían las autoridades para abandonar el país y pasar la aduana al llegar a La Habana. Desde aquel día nadie supo nada más de él.

Nieves dejaba que Virtudes le contara sobre su padre, jamás le dio a entender que sabía la verdad. Su amiga le presentaba aquella imagen idílica de un hombre atento que se había marchado con el propósito de que Virtudes tuviera una vida sin carencias, la que no podía darle si se quedaba en el Salnés, el valle al que pertenecían Ventos, Vilagarcía, Cambados o Caldas de Reyes.

Un valle verde, donde serpenteaba el río Umia, de pequeñas cascadas y recodos, al que acudían los jóvenes de las aldeas a calmar el calor del verano. Vegas de prados y viñas, de árboles frutales, de camelias, hortensias, lirios y calas blancas saliendo de las verjas y vallas y dando color a los caminos; carros de vacas cargaban hierba, toxo y maíz en difícil equilibrio cuando esos caminos se hacían angostos. Próxima, la ría de Arousa, con su isla en el centro, y algo más allá la de Cortegada. Valle de montes ondulados y casas humildes de granito donde convivían bajo el mismo techo hombres y animales, la mejor manera de aguantar el frío durante los inviernos húmedos.

Tierra también, como todas las gallegas, de ritos y de meigas, de historias rumoreadas, de mozos que buscaban mozas casaderas. En los cruces de caminos de los lugares más umbríos, entre eucaliptus y pinos, era fácil encontrar piedras cuidadosamente colocadas durante la noche para espantar a la Santa Compañía, la procesión de ánimas en pena que, aprovechando la negrura, visitaban las viviendas y recorrían las parroquias en las que sus campanas tocarían a muerto. Las piedras, amontonadas según la tradición contada de padres a hijos, alejaban la procesión de muertos.

En el Salnés no existía aldea sin leyenda. En cada una de ellas siempre se mencionaba a algún paisano con mala suerte que encontró las ánimas en una noche sin estrellas.

En Ventos vivían las familias de Nieves y Virtudes, que como muchas otras se encontraban en permanente espera del regreso de quienes emigraron. Un hermoso valle, pero también un valle de lágrimas para unos habitantes que vivían atrapados por la pobreza. No había una sola familia en la que no hubiera un hijo, un padre o un hermano en algún lugar de América. Lo mismo ocurría en casa de Nieves, en casa de los Padín.

Nieves miró al desconocido con curiosidad, casi examinándolo. Pocas veces había visto a un hombre como aquel. Bien afeitado, no tenía blanca la parte de la frente próxima al pelo como los hombres de por allí, que pasaban horas en el campo y en el monte con la boina bien calada para protegerse de la lluvia, del frío y del sol.

Debía de ser alguien que trabajaba en el tren de Carril, un pueblo de pescadores frente a Cortegada, que aprovechaban la marea baja para ir andando hasta la isla a coger leña. La niña no conocía más hombres, fuera de Ventos, que el médico de Vilagarcía y los obreros que mantenían en condiciones la vía del tren de Carril a Santiago. Nieves no había viajado nunca en ese tren, pero Lola, su madre, le decía que cuando fuera mayor irían a Santiago; había visto en un libro la fotografía de una gran iglesia que había allí.

Nieves se preguntaba dónde estaría aquel libro, pues en su casa no había ninguno porque nadie sabía leer, pero Lola siempre andaba prometiendo cosas:

—Algún día iremos a Vigo o a La Coruña a buscar a tu padre, que vendrá de América.

Y Nieves imaginaba ese viaje como algo emocionante y cercano.

* * *

—*¿Eres o meu pai?*

No, aquel hombre no era su padre.

La chiquilla nunca había escuchado una queja de su madre por la ausencia del marido, pero a veces la notaba inquieta. Un día oyó que le decía a su abuela que lo peor era no saber siquiera si vivía, y la niña comprendió que se refería a su padre, a Manuel. En cambio, no comprendía qué significaba aquello que decía

Lola de que se sentía «viuda de vivo». Nieves ni siquiera sabía qué era una viuda. Era consciente de que su madre estaba sola y que sola las había criado a ella, a su hermana Dolores y a su hermano Manuel, que se llamaba como el padre ausente. Manuel sentía debilidad por Nieves, la pequeña de los tres, y ella creció siguiéndole siempre los pasos, como un perrito faldero.

Lola hablaba de su marido como si estuviera allí, en Ventos, con ellos en casa, a pesar de que hacía casi cuatro años que se había ido y no tenían noticia de él. Tampoco enviaba dinero, y eso que había bancos que se ocupaban de mandar las remesas de emigrantes; también podía hacer como otros, desconfiados de entregar dinero en una oficina en la que no conocían a nadie, que recurrían a alguien de la región que regresara a España. Pero últimamente no había vuelto nadie. No regresaban sin haber cumplido el objetivo que les llevó a emigrar: hacer fortuna para mantener a la familia, construir una casa propia, dar otra vida a sus hijos y nietos. Mejor morir en cualquier lugar de América antes que volver sin dinero.

El forastero se quedó en la calle mirando a la cría. No aparentaba ningún miedo ante el extraño. Al contrario, sonreía. Llevaba un vestido que le quedaba grande, de un color indefinido, grisáceo, y una chaqueta de punto hecha a mano. La única nota de color eran sus ojos, azules, igual que el lazo que recogía su cabello, rubio y rizado, peinado muy tirante con ayuda de una buena dosis de agua. Con una mano sostenía la parte superior de la puerta de madera que había abierto, y con la otra un trozo de pan de maíz que mordisqueaba mientras repetía la pregunta.

Antes de responder, el hombre vio a una mujer que se acercaba desde el interior de la vivienda donde se adivinaba la cocina y, al fondo del todo, el corral. Una mujer delgada, rubia, con cara agradable, que se parecía tanto a la niña que era fácil deducir que se trataba de su madre. Se secaba las manos mojadas en un delantal, estaba preparando la comida. «Perdone, se lo pregunta a todos», comentó Lola, sin dar más explicaciones. Se quedó parada, sin abrir la parte inferior de la puerta, sin intención de hacer pasar a aquel hombre con traje y corbata al que no conocía.

Hacía meses que no veía a nadie tan bien vestido, los hombres que quedaban en la aldea no usaban corbata siquiera para acudir a la iglesia. Pocos eran los que iban, y cuando lo hacían se quedaban fuera. Y eso que el cura les repetía una y

otra vez que se condenarían si no cumplían con sus obligaciones y daban gracias a Dios. Ellos tenían pocos motivos para sentirse agradecidos.

—¿Lola? —Y antes de escuchar la respuesta, el desconocido añadió—: Traigo noticias de Manuel, de su marido.

La despedida. (Maruxa)

Salió de aquel edificio, al que se juró no volver nunca más si no era para recibir a Antonio. Con el corazón en un puño se sentía la mujer más desgraciada sobre la Tierra. Su marido era nieto de Lola y Manuel, de aquel Manuel que había emigrado cincuenta años antes y que jamás había regresado.

Maruxa no había conocido al abuelo de Antonio, pero su historia la tenía muy presente ahora que Antonio se había marchado. ¿Lo vería de nuevo algún día, volvería a casa? No quería ser otra mujer casada con un Padín que había perdido definitivamente al marido en algún lugar de América.

Las circunstancias habían cambiado mucho desde que Manuel emigró dejando atrás a Lola y a sus tres hijos. Pero nada podía tranquilizar a Maruxa; no encontraba motivos de consuelo, ni siquiera las palabras generosas de quienes la querían bien y le explicaban que la vida de los emigrantes ya no era como antes, cuando las comunicaciones eran imposibles y podían pasar años antes de que llegaran las primeras noticias del que se había ido. Si llegaban. ¿Volvería Antonio? Era la pregunta que la obsesionaba desde hacía meses, la misma que se volvía a hacer en ese momento en el que trataba de retener la última imagen de su marido antes de que se perdiera entre el tumulto que accedía al barco.

Subió calles en cuesta, desorientada, alejándose del mar, sin recordar exactamente dónde estaba la estación del autobús Castromil a la que habían llegado el día anterior. Había cruzado una alameda, y tenía idea de que la estación estaba por el centro de una ciudad que parecía llena de vida, pero que para ella significaba una especie de muerte, una pérdida imposible de superar. La ausencia de Antonio era ya desgarradora.

Maruxa no se había quedado en el andén del puerto para ver cómo cruzaba Antonio la pasarela, y siguió después al barco con la mirada mientras se alejaba y dejaba atrás la ría de Vigo buscando el Atlántico; no podía soportarlo. Se preguntaba una y mil veces en qué condiciones haría la travesía, quería olvidar el maldito nombre del maldito trasatlántico al que había visto subir familias felices con la perspectiva de pasar dos semanas de viaje de placer.

Eran los privilegiados, los hombres, mujeres y niños que disfrutarían de camarotes perfectamente acondicionados, cine y piscina, comidas saludables y fiestas con orquesta que entonarían las canciones de moda que, probablemente, Antonio escucharía desde su cuchitril. Maruxa pensaba que aquellas familias quizá desconocían que en las entrañas de su buque viajaban docenas de emigrantes a los que la vida había golpeado tan duro que no veían más salida que cruzar el océano para buscar la suerte en cualquier punto del continente americano. Los años cincuenta eran desoladores para España entera, en lo político y lo económico, y Galicia no era una excepción.

Mientras caminaba, la gente con la que se cruzaba le clavaba la mirada. Su cara estaba anegada por las lágrimas, le era imposible contener su dolor. Se consideraba una mujer a prueba de sufrimientos, se había encontrado ante infinidad de problemas que pudo superar con empeño y luchando con todas sus fuerzas. Pero la partida de Antonio hacia no se sabía muy bien dónde para hacer qué, era más de lo que Maruxa podía soportar. Porque aquel viaje de su marido no tenía fijada fecha de vuelta. Ni siquiera era seguro que pudiera volver.

Su hija Maruxiña crecería sin conocer a su padre, y su hijo Antón podría recordar su cara durante un tiempo, pero se iría borrando sin remedio. Con menos de tres años era fácil olvidar un rostro, una voz, los brazos que le sostenían en sus rodillas muy de tarde en tarde, porque Antonio no era expresivo con sus cariños.

La adelantó un tranvía que parecía renquear en las vías, como si le faltaran bríos para continuar cuesta arriba. Maruxa preguntó a una joven parada ante un escaparate de ropa infantil cómo llegar a la estación de autobuses. Estaba cerca, detrás de la iglesia. Fue fácil encontrarla. Una vez en el Castromil se acomodó en la parte trasera rezando para no marearse; le esperaban centenares de curvas y su cuerpo no estaba para soportar más fatigas.

La noche anterior había sido una pesadilla. En aquel cuarto de la pensión, pequeño y limpio, Antonio y Maruxa no pegaron ojo, los dos temían que quizá sería la última vez que estarían juntos. Se abrazaron con timidez, sin pasión. Ni siquiera esbozaron los gestos y los besos que preceden al sexo, pensó Maruxa; la angustia les inhibió de tal manera que, aunque compartían cama, se portaron como dos extraños. Los dos sentían el miedo en las entrañas y en la piel, aunque fueron incapaces de confesarle al otro sus temores.

Lo peor fue la espera en la estación marítima, contemplando aquel buque elegante, gris claro con la chimenea pintada de rojo, en el que terminaría embarcando Antonio. Pasaron horas allí, aturcidos por el ruido de los motores y el bullicio de la multitud. Antonio y Maruxa apenas cruzaron dos frases, como si ya se lo hubieran dicho todo. Fue Maruxa quien finalmente rompió aquel silencio difícil, de una emoción contenida:

—¿Llevas todo, no olvidas nada?

Antonio se tocó el bulto bajo la chaqueta, con gesto confiado. No faltaba nada. Había tardado meses en conseguir los documentos que le abrirían las puertas de Argentina: el pasaporte, el certificado de penales que acreditaba su buena conducta, el certificado de haber hecho la mili, certificado de vacunación y, por supuesto, el billete.

Antonio fue muchas veces a Caldas y Vilagarcía para tener todo en regla. «Voy por papeles», dijo en multitud de ocasiones al salir de casa. Costó tanto conseguirlos que a veces se iba al amanecer y llegaba después de cenar. Maruxa incluso llegó a pensar mal. ¿Habría por ahí alguna mujer con la que se veía a escondidas? ¿Andaría en algún negocio extraño con el que ganarse unos cuartos para el viaje o para dejar algo más de dinero para ella y los niños?

En Vilagarcía había gente dedicada al estraperlo de gasoil; y algunos que habían estado metidos, cuando la guerra mundial, en lo de las minas de wolframio que se mandaba a Alemania, hacían ahora negocios de contrabando.

Maruxa, hija de una maestra de Cuntis, sabía leer y escribir, tenía una buena formación. Creció en una casa en la que, además de trabajar en la escuela y en el campo, su madre se ocupaba de que su única hija supiera algo más que las cuatro reglas, que por otra parte pocos conocían. «El saber no ocupa lugar», decía la maestra, que murió demasiado joven y dejó a su hija con ganas de aprender más. De pequeña soñaba con ser maestra también, o secretaria.

Antonio la llevaba alguna vez a la taberna, aunque como era la única mujer, los hombres la miraban con recelo. Pero se acostumbraron a su presencia, poco frecuente por otra parte, entre otras razones porque Maruxa sabía que a su suegra no le gustaba. Seguro que le iban con cuentos, y eso que jamás se le pasó por la cabeza salir sola, ni a la taberna ni a ningún sitio. Si iba era porque Antonio la animaba. Y ella se sentía bien, acompañándole colgada de su brazo. Le gustaba escuchar a los hombres de Ventos; ella permanecía callada y hablaban como si

no estuviera, de esta forma se enteraba de muchas cosas. Por ejemplo, de las dificultades que existían para conseguir los documentos de emigración. Los pasajes eran muy caros, aunque había posibilidad de conseguirlos de forma gratuita, porque los países que necesitaban mano de obra barata, como Brasil o Argentina, pagaban los billetes a los emigrantes a cambio de que lo devolvieran después, descontándolo de su salario.

Los agentes reclutadores recibían un dinero por cada emigrante que conseguían. Algunos estafaban a los emigrantes explicándoles que habían adelantado un dinero a los consignatarios, de manera que los que se iban a ir debían anticiparles esa cantidad. Al llegar a su destino se encontraban con que sus empleadores no sabían nada de adelantos ni descuentos. Por tanto, había que tener mucho ojo con los intermediarios, cosa nada fácil, porque con frecuencia trabajaban de acuerdo con los funcionarios que debían facilitar los restantes documentos.

Para evitar esa clase de abusos, varios gobiernos americanos abrieron consulados en las ciudades portuarias con mayor número de emigrantes, con personal que enviaban desde sus países de origen, o bien con cónsules honorarios que trataban de agilizar los trámites de emigración. En muchos casos, por razones exclusivamente humanitarias, impresionados los cónsules por la situación de precariedad con la que acudían a sus oficinas los gallegos que no encontraban más camino que la emigración; otras veces, sin embargo, porque las grandes infraestructuras emprendidas en sus países urgían a la contratación masiva de emigrantes. Y los gallegos tenían fama de buenos trabajadores, serios, que no escatimaban horas para cumplir los plazos de finalización de obra.

Maruxa supo de los esfuerzos de su marido para conseguir un «billete de llamada», que enviaba desde América algún familiar junto a una carta también de llamada que le hacía responsable, ante las autoridades, del emigrante que llegaba a puerto. Su primo Pepe, que se había marchado cuatro años antes, le mandó la carta, pero no disponía de los medios económicos para facilitarle el pasaje. Así que Antonio y Maruxa tuvieron que esperar más de lo que habrían querido para conseguir que Antonio pudiera emigrar, ya que tuvo que ahorrar una cantidad, que parecía inalcanzable, con la que pagar su pasaje. Y mientras esperaban nacieron Antón y Maruxiña, de manera que el sueño de viajar juntos

se volvió imposible. No, con dos hijos tan pequeños. Y, desde luego, ni se plantearon dejarlos atrás, en Ventos, con Virtudes, la madre de Antonio.

Maruxa miró su reflejo en la ventanilla del autobús que la llevaba a casa. Ya había pasado el mediodía, el cielo se había vuelto de un gris oscuro que presagiaba tormenta. Mal inicio de viaje para Antonio, que nunca había subido a un barco.

Atravesar el Atlántico era siempre un desafío. Los marinos de Vilagarcía, Carril y Vilaxoán contaban toda clase de historias sobre lo que significaba vivir una tormenta en el mar, sobre todo en el Atlántico, un océano indómito, con olas de una fuerza gigantesca cuando el temporal arreciaba. Tras el temporal llega la calma, decían, pero a veces el temporal hacía tales estragos en pocas horas que, cuando llegaba la calma, el barco no era más que un despojo y el mar un cementerio de vidas rotas.

Los emigrantes hacían la travesía en los entrepuentes de la embarcación. El tronar de los motores hacía muy dificultoso escuchar el rumor del mar.

—Apenas dan de comer, y encima basura. Y Dios te libre si caes malo. La vida de uno depende de la misericordia de los demás.

Se lo había escuchado a un viejo en la taberna. Nunca supo si lo contó para intentar convencer a Antonio de que no se marchara o simplemente para fanfarronear ante los demás. Sabía bien de lo que hablaba. Aquel hombre había hecho la travesía a América treinta años antes; pero en treinta años, pensaba Maruxa para tranquilizarse, las cosas habían cambiado para bien.

A pesar de su visión tan pesimista de la emigración, aquel viejo era un hombre afortunado. Se había casado con una venezolana rica y regresado un año antes de lo que tenía previsto para montar una tienda de productos de piel en Caldas. En avión, él volvió en avión. El único de la aldea que había subido a uno de esos aparatos que muy de vez en cuando surcaban el cielo y dejaban tras de sí una estela blanquecina que se diluía poco después en el horizonte. Algún día, ella también viajaría en avión.

De nuevo se quedó observando su reflejo en la ventanilla. Había comenzado a llover, y las gotas de lluvia resbalaban por el cristal. Suspiró profundamente. ¿Entraría el agua allí donde durmiera su marido, encontraría un lugar en el que mantenerse seco? Tampoco sabía si Antonio se marearía en el barco. Decían los marinos que no conocían ninguno que no se mareara, incluso los que llevaban

años saliendo todos los días a pescar. «Hasta Nelson se mareaba los primeros días de subir al barco», le contó un marinero de Vilanova. Entonces ella era muy niña, y no sabía quién era aquel Nelson, así que se lo preguntó a su madre, que le enseñó a buscarlo en un libro de la escuela. El almirante Nelson, un inglés que ganó todas las batallas.

Si no hubiera tenido que trabajar al morir su madre, habría estudiado. Tenía claro que sus hijos estudiarían. En la escuela de Ventos primero, y después en Vilagarcía. Y, quién sabe, si Antonio ganaba suficiente, a lo mejor podrían ir a la universidad.

En ese viaje de regreso a casa en el Castromil, Maruxa se hizo la promesa de que sus hijos tendrían un oficio. No como ella, no como su padre. Ellos estudiarían y jamás se verían obligados a dejar su tierra. Un juramento que cumpliría por encima de todo, de cualquier circunstancia, pasara lo que pasase. Aunque Antonio no volviera nunca para pedirle cuentas por esa promesa que de alguna manera le llegaría. ¿No dicen que los matrimonios se entienden incluso sin hablarse?

El autobús llegó por fin a Caldas. Maruxa se levantó del asiento; tras comprobar que no se olvidaba nada, se recolocó un poco la falda, estiró las mangas de la chaqueta y se pasó una mano por el pelo. Suspiró hondo y esperó a bajar la última, como si quisiera retrasar el momento de dar el primer paso de su vida sin Antonio.

No había rastro de Suso, el de Vilaxoán. Había quedado con él que se esperarían en Teléfonos. Allí había unas sillas para sentarse y una telefonista para dejar recado. Maruxa encaminó sus pasos hacia la calle Real y entró en el pequeño recinto. Media docena de personas esperaban que les pusieran en comunicación con los números que habían pedido.

Una mujer a la que Maruxa conocía de vista hablaba a gritos con alguien a quien le explicaba que había ido al médico y tenía que buscar un practicante que le pusiera una inyección. Allí mismo la telefonista le dio el nombre y dirección de quien podía atenderla. Suso llegó al cabo de un rato. No se disculpó, ninguno de los dos sabía a qué hora podría Maruxa coger el autobús de vuelta. Suso les había hecho un gran favor al llevarlos en coche a Caldas a la ida y recogerla a ella sola en Caldas a la vuelta.

La madre de Antonio, Virtudes, estaba sentada en el banco de piedra pegado a la puerta cuando llegó a casa. Miró a Maruxa sin decir nada. Tampoco ella. Se fue al cuarto que compartía con sus hijos y se quitó el vestido rosa que llevaba puesto. No era suyo, se lo había prestado su prima. Quería que Antonio la viera guapa por última vez, con algo distinto a la falda azul y la camisa blanca que usaba para ir a misa los domingos y a las celebraciones familiares. La última, el bautizo de Maruxiña, que en ese momento dormía plácidamente en la cuna de madera que había sido de su hermano. Aún serviría unos meses más a Maruxiña y a los hijos que vinieran después.

A los hijos que vinieran después. Maruxa cogió a su hija en brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho. No tendría más hijos, de pronto la invadió la certeza de que Antonio no volvería jamás. Cuando se dio la vuelta en la estación marítima, dejó atrás para siempre a aquel hombre con el que había compartido su vida los últimos años, el padre de sus niños, su marido.

Se encogió sobre sí misma hasta que el llanto del bebé le hizo darse cuenta de que le oprimía demasiado. Abrazada a su criatura, dio rienda suelta a las lágrimas. Entumecida por el dolor, Maruxa lloró como nunca antes lo había hecho, su desesperación se convirtió en un torrente de lágrimas sin control. Le caían los mocos sobre la ropa de Maruxiña y se los limpiaba con la manga sin dejar de llorar. Por primera vez en su vida, lanzó un grito desgarrador que debió de oírse a distancia. Sin embargo, su suegra, respetando la intimidad de su nuera, no entró en el cuarto.

Cuando Maruxa salió para dar algo de cena a Antón, la abuela continuaba sentada afuera, en la misma postura en que la había encontrado al llegar por la tarde. Antón estaba a su lado, quieto, con las manos sobre las rodillas, una postura poco común en un crío tan pequeño, y sin embargo muy habitual en su padre. Por las noches, Antonio tenía la costumbre de sentarse en el banco así, mientras en el interior de la casa Maruxa acostaba a los niños.

No durmió en toda la noche. Antón respiraba acompasadamente en su sueño profundo, abrazado a ella; Maruxiña no se despertó como de costumbre para lloriquear exigiendo comida. Virtudes, la abuela, parecía dormir en el cuarto pegado a la cocina. Al menos no se oía una respiración irregular, ni vueltas en la cama, y mucho menos llanto o gemidos. Era una mujer callada desde que había enviudado, aunque en Ventos se contaba que de joven destacaba porque siempre

tenía una sonrisa en la cara. Se casó con Manuel Padín y solo tuvieron un hijo, Antonio. La muerte de su marido le agrió el carácter, pero era muy cariñosa con sus nietos. Hacía su trabajo en la casa y en el campo y se sentía a gusto con Maruxa porque su nuera cuidaba bien a sus hijos y a su marido.

Esa noche en la que Maruxa regresó de Vigo después de despedir a Antonio, Virtudes continuó con sus tareas de siempre, las que hacía desde que, siendo pequeña, su padre se marchó a Cuba para regresar cuando ella ya era mayor y una mujer casada. Conocía muy bien lo que ahora sentía su nuera. Durante toda su infancia y su juventud había escuchado llorar a su madre en muchas ocasiones, casi siempre de noche, cuando creía que no la oía nadie. La propia Virtudes había derramado infinitas lágrimas por el padre ausente, al que tenía idealizado. Nunca disfrutó de él, porque regresó, cuando regresó, viejo y cansado. Sintió de pronto una especie de golpe que la perturbó, un aldabonazo: Antonio, su hijo, tenía que volver antes de envejecer, para disfrutar de la vida con Maruxa, con los niños, con ella. No era justo que el infortunio de su padre, Manuel, se repitiera con su hijo Antonio. No era justo.

Dos palabras. (Maruxa)

Cuatro meses duraba ya su viacrucis. Semana tras semana, se pasaba por la tienda para ver si tenía correo. Ni una carta de Antonio en esos cuatro meses, solo aquel telegrama que le envió a su llegada a Buenos Aires. Tan escueto que Maruxa pensó que la vida debía de ser muy cara en Argentina cuando su marido solo había puesto «Llegado bien». Ni siquiera su nombre. Al menos, aquellas dos palabras le dieron cierta tranquilidad.

En los días posteriores a su marcha, las mujeres le habían contado oscuras historias de emigrantes que habían muerto durante la travesía por una epidemia o por falta de atención médica.

—Mi abuelo Sito murió cuando iba a La Habana —le soltó su prima Chelo— en un barco que se llamaba *Valbanera*, y mi abuela se pasó una semana sin parar de llorar. Me lo contó mi madre. Era muy pequeña, pero se acuerda de aquello porque la abuela se encerró en un cuarto y solo salía para ir al corral a mear; ni siquiera comía y a mi madre y a mi tía las tuvo que cuidar la criada del cura, porque les daba pena.

Maruxa llegó a casa conteniendo las lágrimas. Fue su suegra quien la tranquilizó:

—Sí, hija, todos aprendimos el nombre de *Valbanera* por lo que le ocurrió a Sito. Murieron cientos, unos vientos de temporal hundieron el barco y se salvaron muy pocos. Pero de aquello hace cuarenta años o más, ahora el viaje es más seguro. Ya verás como Antonio llega bien y pronto tendrás noticias tuyas.

—¿Cuánto tardó en llegar la noticia de que había muerto? —le preguntó Maruxa.

—Mucho tiempo. Mucho, hasta que lo contó años más tarde el hijo de Lupe cuando volvió de Cuba. Pero era otra época, no había teléfonos y las cartas se perdían sabe Dios dónde. —Virtudes intentaba tranquilizar a su nuera—. Eso si escribían, porque la gente que se iba no sabía escribir y tenía que buscar a alguien que le hiciera el favor. Y Sito, muerto, no podía encargarse a nadie que diera la noticia a su familia.

Maruxa se sorprendió de la ironía de su suegra. Estaba demasiado angustiada como para reírle la broma, pero Virtudes sí le sonrió, algo poco frecuente:

—No te preocupes, Antonio ha llegado bien, lo sé, lo siento aquí dentro — añadió dándose un golpe en el pecho.

Maruxa se tranquilizó porque quería tranquilizarse y porque en más de una ocasión su suegra había acertado con sus premoniciones.

Cuando estaba embarazada de Antón, ella estaba convencida de que iba a tener una niña, ante la decepción de Antonio, que, como casi todos los hombres, prefería un varón. Virtudes siempre dijo que iba a ser niño y acertó; ni siquiera se sorprendió cuando Carmen, la partera, anunció: «Es un chico», mientras le daba una palmada en las nalgas. Virtudes ya lo sabía. Y, cuando quedó embarazada de Maruxiña y le contó que estaba segura de que esta vez era niña, Virtudes le pasó la mano por el vientre, quedó unos segundos en silencio, y solo dijo: «*Filla*».* Si ahora su suegra tenía el presentimiento de que Antonio estaba sano y salvo, Maruxa podía respirar con alivio.

Al día siguiente recibió aquel telegrama: «Llegado bien».

* * *

El paso de los días se hacía eterno. Monótonos, cada uno igual al anterior y al anterior. Los niños entretenían, pero también daban mucho trabajo. Maruxa estaba muy atada a la casa, cada tres o cuatro horas debía dar el pecho a su hija, y Antón andaba siempre alrededor de su madre, celoso de su hermana, pero también queriendo encontrar su propio hueco entre su madre, su abuela y su hermana. Solo tenía dos años, «casi tres», explicaba, pero era el hombre de la casa.

La culpa era de Antonio. Antón no se lo había contado a nadie, pero su padre no le dio un beso al despedirse ni le cogió en brazos, como solía hacer. Muy serio, le dijo mirándole a los ojos:

—Cuídalas bien, tú eres ahora el único hombre de esta casa. —Y chocó su mano con la del pequeño, como hacían los mayores.

Su madre le había estrujado entre sus brazos cuando recibió el telegrama: «*Chegou ben, chegou ben*»,** repetía emocionada, con los ojos empañados de lágrimas. Y Antón comprendió inmediatamente que se refería a su padre, que el

barco no se había hundido como había soñado una noche que se despertó llorando.

El telegrama, a pesar de ser tan escueto, levantó el ánimo de Maruxa, le quitó el nudo que se había adueñado de su estómago y no le dejaba dormir.

Pasaron semanas sin tener más noticias, pero para su sorpresa se sentía bien; tranquila y bien. Leía el telegrama una y otra vez, estaba tan sobado en las dobleces que amenazaba romperse. Maruxa lo guardaba bajo la almohada y lo miraba detenidamente como si buscara una señal, un mensaje que no había advertido. Empeño inútil por mucho que observara por delante y por detrás el papel azul y las tiras blancas con las dos palabras.

Tampoco su marido le había mandado una sola peseta desde Buenos Aires, algo que aún no le inquietaba demasiado. No podría enviarlo hasta que no encontrara trabajo, y aun así no cobraría hasta pasado un tiempo. Y el primer sueldo de Antonio se iría en pagar la pensión o el cuarto en el que estuviera viviendo. Si su primo Pepe le había ido a buscar, como esperaba, tendría algún lugar donde meterle, aunque no sabía dónde y con quién. Los que regresaban de América contaban que se juntaban varios para compartir un piso y se ayudaban unos a otros para buscar un empleo. Que no era difícil, y aunque no se hacía fortuna con facilidad, por lo menos se ganaba para vivir y para enviar algo a España. Había incluso bancos españoles que se ocupaban de eso.

Poco a poco Maruxa empezaba a adaptarse a su nueva vida. Virtudes era una gran ayuda con los niños, que no podían estar solos ni tampoco podían acompañar a su madre cuando se ocupaba de las faenas del campo, aunque procuraba estar en casa todo el tiempo que podía. Virtudes no era expresiva en palabras, pero sí en gestos. Estaba pendiente de que Antón comiera mientras su madre daba el pecho a Maruxiña, lavaba los pañales de su nieta antes de que Maruxa se dispusiera a hacerlo, se ocupaba de que la casa estuviera en orden, y todos los días salía a la huerta a coger patatas y algo de verdura.

Los domingos era ella la que se ocupaba de calentar agua para meter a Antón en la tina de latón y darle un baño restregando bien las rodillas con un estropajo y la pastilla de jabón, sin hacer caso a las quejas de su nieto porque le picaban los ojos y el estropajo le rascaba la piel.

Maruxa, como tantas otras mujeres de la aldea, llevaba sobre sus hombros el peso de la casa ante la ausencia de los maridos, padres y hermanos. No conocían

el significado de la palabra matriarcado, pero en Ventos había una ley no escrita: las mujeres eran quienes tomaban las decisiones sobre su vida y su familia; a ellas les correspondía ocuparse de que hubiera un plato de comida en la mesa, cuidar los animales y atender el campo.

Estaban construyendo una escuela cerca de la carretera, y si unas familias estaban contentas porque significaba que los chiquillos tendrían un lugar donde aprender y pasar el día, otras sin embargo pensaban que si los rapaces iban a la escuela no podrían echar una mano, y todas eran pocas. La escuela se construía con el dinero que había mandado de Cuba Arturo Villamil, al que Virtudes recordaba de niña.

Arturo había vuelto diez años atrás contando historias increíbles vividas en aquel país, que debía de ser un paraíso para quienes tenían fortuna. Siempre hacía calor, la gente era alegre, las ciudades hermosísimas y, si se trabajaba duro en la caña de azúcar, se podía ganar un buen salario y montar un pequeño negocio en pocos años.

Arturo empezó con un colmado y con el paso del tiempo se convirtió en dueño de un conocido restaurante al que acudían los hombres más importantes del gobierno de Batista y mujeres escandalosamente guapas y escandalosamente vestidas, para lo que él había visto en la España. Se casó con una cubana retraída y servicial, con la que viajó a Galicia para que conociera su tierra. Provocó auténtica conmoción porque nunca habían visto una mulata por aquellos lares. Aparte de que Haydée, Idé la llamaban todos, vestía una ropa como jamás pensaron que pudiera existir, con colores brillantes, zapatos sobre plataformas de corcho, pulseras y collares que hacían ruido al moverse, y pañuelos enredados en el pelo.

Arturo fue generoso y Haydée siempre discreta, a pesar de que sus labios pintados de rojo y sus vestidos prietos provocaran cierta confusión, no falta de recelo, entre algunas mujeres mayores. Sin embargo, ella era amable y dulce con todos, preguntaba con auténtico interés, hacía carantoñas a los niños curiosos que se le acercaban y nunca hizo de menos a las mujeres con las que se encontraba.

La generosidad de Arturo se tradujo en la promesa de costear la reparación del tejado de la iglesia, que encontró en condiciones ruinosas cuando fue a saludar al señor cura y, de paso, poner unas flores en la tumba de sus padres. Una vez de

regreso en Cuba, donde se quedaría a vivir de forma definitiva, puso en marcha una colecta entre los gallegos que habían emigrado desde el valle del Salnés, y de otras provincias, para construir una escuela en Ventos.

La mayoría de los emigrantes no volvían, pero jamás olvidaban sus raíces. Los que lograron hacer fortuna pusieron mucho empeño en dejar huella en la aldea que habían dejado décadas antes. En unos casos, con cierta mala conciencia por haber preferido rehacer su vida en el país de acogida, conmovidos por el mal recuerdo de lo que habían dejado a sus espaldas; en otros, porque en América, en el exilio, en los lugares donde habían conseguido trabajo y estabilidad, comprendieron que con una buena educación se abren caminos por los que no pueden transitar los que no tienen ningún tipo de formación. En Ventos, como en otras aldeas y lugares de Galicia, muchas de las escuelas se levantaron gracias a las aportaciones de los que emigraron, tanto de los que regresaron como de los que decidieron no volver nunca más.

Maruxa estaba decidida a enviar a Antón a la escuela en cuanto estuviera terminada. Tendría para entonces unos cuatro años, si todo iba bien. También había decidido, y su suegra estaba de acuerdo, hablar con el maestro para ver si se podían organizar unas clases para mayores un par de días a la semana.

Era una de las pocas mujeres que sabía leer y escribir, y pensaba que, como ella, habría otras en la aldea que querrían tener esa oportunidad. Con los hombres, Maruxa no se hacía tantas ilusiones. Más de una vez les había escuchado que lo que importaba era tener buenos brazos, que las letras no servían para nada.

Una de las cosas que más le atrajo de Antonio cuando le conoció fue la admiración que reflejaron sus ojos cuando ella leyó un cartel en una calle de Caldas. Su marido no había ido a la escuela y Maruxa se empeñó en enseñarle a escribir. «Para que puedas leer mis cartas cuando te marches y yo pueda leer las tuyas». Cuando estaba embarazada de Maruxiña y Antón ya dormía, los dos se ponían a deletrear palabras y a tratar de reproducirlas en un cuaderno azul con líneas paralelas de las que no podía sobresalir el lápiz. Antonio borraba con goma las letras mal dibujadas y no paraba de intentarlo hasta que Maruxa le decía que estaban bien, igual que su madre había hecho con ella cuando era niña. Era un secreto entre los dos.

Virtudes siempre repetía lo mismo cuando Maruxa trataba de animarla:

—Ya no tengo edad para eso.

—Está usted a tiempo, ya verá cómo se alegrará de haber aprendido.

Cuando Antonio se fue a América, Maruxa volvió a la carga:

—Madre, hágame caso. Lo digo por usted y también por mí. Esta casa se ve triste cuando los niños se han ido a la cama. Así se nos pasaría el tiempo más deprisa antes de ir a dormir —intentó convencerla un día.

—No se me ha perdido nada por no leer, he vivido más de cincuenta años y no lo he echado en falta. Para atender a mi marido y a mi hijo no necesité leer ni escribir, y tampoco para trabajar. Mi marido se murió muy joven, no por no saber leer, sino de tuberculosis. El día que los libros curen, me enseñan; pero ahora tengo cosas más importantes que hacer.

Y Virtudes se levantó de la silla, abrió la puerta del cuarto de Maruxa para ver si los niños estaban dormidos y salió al camino para sentarse, como cada noche que no llovía, en el banco de piedra de la entrada, a ver pasar a la gente; si pasaba, porque no era mucha la que andaba fuera a aquellas horas.

Maruxa siempre tuvo la sensación de que su suegra, a la que veía como en trance, mirando siempre hacia la carretera, se convertía en esos ratos de silencio en una mujer a la espera. A la espera de su hijo, que faltaba desde hacía unos meses. En tiempos pasó años a la espera de su padre, y después del marido que se fue a León. A veces Maruxa se sentaba a su lado. No pronunciaba palabra, ni tampoco Virtudes, que solía acercarse un poco a su nuera en esas ocasiones, como dándole a entender que sabía que estaba ahí y que le gustaba que estuviera ahí.

Pasaba mucho rato antes de que entrara en casa y se fuera a su cuarto. Maruxa se iba poco después, besaba a sus niños, colocaba bien la manta que cubría la cuna de Maruxiña y se tendía al lado de Antón.

* Hija.

** Llegó bien, llegó bien.

Primeras noticias. (Maruxa)

Estaba en el campo segando hierba cuando escuchó su nombre.

—¡Maruxa! ¡Maruxa!

Se enderezó y buscó con la vista de dónde procedía aquella voz.

Muxía se acercaba a la carrera, gritándole algo que ella no lograba entender. La mujer llegó hasta ella agotada por el esfuerzo e intentando recobrar el aliento. Muxía le dio la noticia:

—Tienes carta de Antonio.

Maruxa se sentó sobre una piedra, pensativa y pálida, y durante un rato se quedó con la mirada ausente. Tardó un buen rato en ponerse en pie. Con cierta lentitud, recogió la hoz, se limpió las manos en la falda, y se encaminó hacia la tienda.

Estaba claro que los demás ya conocían la noticia. Cuando entró, los ojos de todos se clavaron en ella y Lucita le dio la carta sin mediar palabra. Maruxa, también en silencio, desapareció.

Cuando llegó a casa, Virtudes pelaba patatas, pendiente de Maruxiña, que dormía en el cuarto de al lado.

—Carta de Antonio —dijo su nuera.

Se metió en su habitación y se quedó sentada sobre la cama mucho rato, mirando a la niña, como si tuviera miedo de abrir el sobre. Finalmente lo hizo, muy despacio, rasgando el borde con el dedo. Una sola hoja, con una letra desconocida:

Querida Maruxa, estoy bien. Tengo trabajo en un café. Vivo en un piso con Pepe y dos amigos suyos, uno de La Coruña y otro de Ponteareas, tenemos trabajo todos, Pepe se mueve bien por aquí. Te mando dinero. No pude hacerlo antes porque el primer salario se me fue con los gastos de la llegada y el alquiler de la habitación. Dile a los niños que me acuerdo mucho de ellos. Y a mi madre. Escríbeme cuando puedas. Te quiero. Antonio.

P. D. Soy Isabella, una compañera de trabajo de Antonio. Me ha pedido que le escribiera yo, y así le explico además cómo recibir el dinero que le envía. Ha llegado a un acuerdo con el propietario del café, mi hermano Emilio, que cada mes le ingresará cien dólares en el Banco Hispano Americano, donde ha abierto una cuenta a nombre de Antonio y el suyo para que pueda usted retirar el dinero en

la sucursal de Vilagarcía con su carnet de identidad. Aprovecho para decirle que su marido se encuentra bien, habla siempre de usted y de sus hijos. Su primo Pepe le hace mucha compañía, y Emilio y yo misma apreciamos su trabajo. El sueldo no es muy alto, pero lo complementa con las propinas. Un saludo.

Maruxa leyó la carta de nuevo. Y una tercera vez. Suponía que Antonio no había querido escribirla para que esa Isabella no viera sus dificultades para hacerlo, su letra infantil y sus faltas de ortografía. Maruxa apretó el sobre y la hoja contra su pecho con cuidado de no arrugarlos, y apuntó el remite en un cuaderno que metió en un cajón de la cómoda. Por si se perdía el sobre, no fuera que se quedara sin la dirección y sin poder escribir a su marido.

Miró a de nuevo Maruxiña, que seguía dormida. Suerte, ella que no pasaba angustias ni tenía preocupaciones. Ni siquiera echaría de menos a su padre cuando creciera, pues no lo había conocido, aunque le sonreía cuando la cogía en brazos.

Virtudes seguía con las patatas y Maruxa advirtió que no había pelado ni una más, sostenía en la mano la misma que cuando entró con la carta. Tres tenía entonces ya peladas en la pila y tres había ahora. Era evidente que Virtudes había permanecido quieta mientras Maruxa estaba en la habitación.

Su nuera se le acercó y, de pie, le leyó lo que supuestamente había escrito Antonio. No le dijo que era una tal Isabella. Y le explicó que le enviaría dinero a un banco de Vilagarcía. Virtudes no preguntó cuánto ni a qué banco. No valía la pena. No había entrado jamás en uno, ni sabía lo que era un dólar, ni su equivalencia en pesetas.

Maruxa volvió a entrar en su cuarto y de nuevo leyó la hoja de papel con aquella letra desconocida. Sentía incomodidad al no reconocer la letra de su marido, al pensar que otra mujer había escuchado su voz para convertirse en transmisora de sus mensajes. ¿Habría dado un tono especial al «te quiero» que dictó a aquella mujer de la que no conocía su edad, ni su aspecto, ni qué relación mantenía con Antonio? ¿Habría llegado a tal grado de confianza con él que conocía perfectamente su forma de vida, su salario, sus estados de ánimo? ¿Habría dictado Antonio las frases que dirigía a su mujer y a sus hijos o era la tal Isabella la que había escrito lo que le parecía bien? Releyó las líneas y advirtió diferencias entre la carta para ella y la nota de Isabella. Frases más sencillas las de él, más elaboradas las de ella.

Apartó la vista del papel para fijarla en Maruxiña, que se revolvía en la cuna mientras emitía los lloriqueos propios del despertar. La cogió en brazos y vio entrar a la abuela, alerta al menor ruido de su nieta, aunque sabía que Maruxa estaba con ella. Virtudes fijó la mirada en Maruxa.

—¿Me ocupo de la rapaza?

—No hace falta, pero gracias. Ya no voy a salir.

Habitualmente cruzaban pocas palabras, ninguna de las dos era muy expresiva, pero las dos encontraban la manera de transmitir a la otra su afecto; generalmente a través de pequeños gestos cuando estaban con los dos niños. Maruxa no sentía que Virtudes fuera su madre, pero la quería. Ahora que Antonio no estaba, necesitaba más que nunca el apoyo y la cercanía de su suegra.

Ventos no era la aldea en la que Maruxa había nacido, aunque llevaba ya unos años allí. Durante un tiempo vivió con su tía hasta que se casó con Antonio. No tenía por tanto las amigas que había dejado atrás al morir su madre, las amigas con las que se había criado desde pequeña, con las que había ido a la escuela, con las que había jugado, trabajado en el campo; con las que hablaba de los jóvenes de la aldea que les gustaría que las sacaran a bailar en las fiestas, donde bailaban unas con otras a la espera de que alguno se acercara a ellas.

La presencia de Virtudes era una bendición. La ayudaba con los niños mientras ella trabajaba, y sobre todo la obligaba a mantenerse animada cuando llegaba a casa.

A menudo, despierta en su cama con Antón a su lado y Maruxiña en la cuna, pensaba que si estuviera sola no saldría de allí, se tataría con las mantas y se dejaría llevar por la pena. Los niños la obligaban a superarse cada día, pero en momentos de sinceridad se decía a sí misma que la persona que más la empujaba a salir adelante era su suegra. No quería que la viera desfallecer cuando ella, Virtudes, había demostrado siempre tanta fuerza. Su padre emigró a América cuando ella apenas tenía cinco años, y se vio obligada a convivir con una madre que ni siquiera podía permitirse el lujo de quedarse en casa porque debía trabajar para sacar adelante a sus hijos. Virtudes, que se casó con un hombre que se fue a León a la mina y murió al poco tiempo de regresar a Ventos, ahora había visto marchar también a su único hijo. Pero mientras su padre tardó años en dar señales de vida, su hijo Antonio les había hecho llegar noticias en apenas seis

meses de ausencia. Primero, el telegrama anunciando la llegada y, ahora, una carta.

El viaje. (Antonio)

Hundido en su camastro, vestido con la misma ropa con la que había salido de casa el día anterior, se resistía a abrir los ojos. No tenía intención de dormir, la tristeza era superior a su cansancio; tampoco ayudaba la angustia que sentía en la boca del estómago, que no sabía si eran náuseas a causa del vaivén del barco o miedo a lo que estaba por venir.

Le intranquilizaba no saber con certeza si Pepe estaría en el puerto. En ese caso, cómo podría localizarle. Ni siquiera estaba seguro de conocer su dirección exacta. Si no había recibido el telegrama explicándole que llegaba en el *Vera Cruz*, eso significaba que Pepe se había cambiado de la casa compartida con otros gallegos. Se sentía inseguro, y en esos momentos pensaba que tendría que haber hecho caso a Maruxa cuando le insistía en que aprendiera a leer, podría venirle bien en una ciudad desconocida como Buenos Aires... Pero tenía otras prioridades, el campo, la familia, tirar para adelante a pesar de las dificultades.

Era duro el día a día, pero Antonio no se quejaba. Todos en la aldea vivían en las mismas condiciones, no había oportunidad de envidiar a nadie. Trabajo, las ferias para la compra y venta de ganado, algún baile en verano en las fiestas de las parroquias, y poco más. Y al cine de vez en cuando. Había cine en Vilagarcía, unos años antes se había inaugurado el Arousa, pero quedaba lejos y solo se podía ir en el «coche de san Fernando: un poco a pie y un poco andando». A Maruxa le había gustado *Locura de amor*, de Aurora Bautista, decía que eso sí que era amor, aunque siempre había pensado que los reyes eran de otro mundo y no se enamoraban como los hombres. No sabía él hasta entonces que había una reina que se había vuelto loca por amor. Aunque la verdad sea dicha, no sabía nada de historia, ni de reyes ni de nadie. De milagro sabía que en España mandaba Franco. Se enteraba poco de lo que ocurría más allá del valle del Salnés, pero de Franco sí sabía, y además era gallego. Por eso Ferrol se llamaba Ferrol del Caudillo.

No había tenido tan mala vida, reflexionaba Antonio en su catre, precisamente ahora que se disponía a darle un giro total. Por momentos se arrepentía de haber

tomado la decisión de emigrar. Siempre había un plato para él en casa y una cama caliente en la que dormir, pero cuando se casó y vinieron los hijos ya no podía conformarse solo con tener para comer y el techo de la casa de su madre para cobijarlos.

Maruxa no quería que se fuera, de ninguna manera. Todos conocían la soledad de Lourdes, de Marina, de Josefa, cuyos maridos se habían ido a América muchos años antes y jamás habían vuelto a dar señales de vida. El caso de Josefa era peor, se crio sin padre porque emigró a Cuba y su marido se había ido hacía más de diez años y no tenía noticias de él. Él no haría lo mismo. Se ocuparía desde Buenos Aires de que su familia estuviera atendida, les mandaría dinero en cuanto ganara su primer sueldo. Además, su madre, Virtudes, haría compañía a Maruxa y los niños. La abuela tenía mucha paciencia con Maruxiña, un bebé precioso. Antón, tan espabilado ya, prometía «cuidar a mamá» sin saber lo que significaba. Tantas dudas le robaban el sueño.

¿Regresaría algún día a casa? ¿Volvería a ver a Maruxa y a sus hijos? ¿Cómo sería la vida sin ellos? ¿Cómo sería la vida sin una mujer al lado, sin Maruxa, sin su madre, sin nadie que le esperase al volver a casa? ¿Habría sido el hombre que Maruxa esperaba, el marido que merecía? Se lo preguntaba a sí mismo en su litera del *Vera Cruz*, escuchando los ronquidos y la respiración fuerte de los compañeros de viaje que habían logrado dormir. En otros catres daban vueltas, inquietos, hombres que, como él, se mantenían despiertos por los miedos y las preocupaciones.

De pronto, pensando en el muelle, las películas que había visto, cómo encontraría a su primo, su nueva vida y la que dejaba atrás, se incorporó como si tuviera un resorte en el cuerpo: nunca había dicho «te quiero» a Maruxa. Y ya era tarde para hacerlo. Los hombres no dicen eso, se justificaba, pero ahora que emprendía un viaje como aquel lamentaba no haber demostrado mejor su cariño a Maruxa y a las dos criaturas que dormían al lado de la cama matrimonial. Le vino la imagen de Antón corriendo para darle un abrazo cuando llegaba a casa. Maruxiña, aún bebé, necesitaba el pecho de su madre, un pecho que era una bendición para la criatura en una casa en la que apenas conocían más que lo que daba la tierra y el cerdo que mataban todos los años. No pasaban hambre, pero no sobraba nada.

Maruxa era una buena mujer, pensaba Antonio. Le gustaba su pulcritud, su timidez y su coraje cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Enemiga del desaliento, siempre encontraba la palabra justa cuando le veía desanimado.

Le había costado una barbaridad acercarse a ella. Él, tan torpe en los asuntos del corazón, pensando en un posible noviazgo. Sus amigos se burlaban de su timidez, nunca se había ido con una chica. Por eso fue cosa extraña que tardara tan poco tiempo en pedirle a Maruxa que se casara con él.

La conocía solo de vista porque ella era de Cuntis. Había venido a Ventos cuando quedó huérfana, para vivir con una tía viuda. Nunca le vio un mal gesto. Maruxa se merecía algo más que un marido poco afectuoso, que paraba poco en casa y que era incapaz de sacar a su familia de la estrechez. Emigrar era la única solución posible. Desde pequeño siempre imaginó que su destino estaba en América.

Como su abuelo. Ese abuelo del que no guardaba ningún recuerdo porque marchó mucho antes de que naciera Antonio. Su abuela le contaba que le había acompañado a Vigo, aunque él se resistía porque no quería verla llorar, no quería una despedida que le provocaría angustia. Se había marchado haciendo toda clase de promesas a su mujer, a Lola, la abuela de Antonio: que le mandaría un pasaje, que estarían juntos muy pronto y juntos trabajarían para regresar cuanto antes a Ventos, esa aldea de la que apenas habían salido, salvo a Vilagarcía o a Caldas y también en contadas ocasiones.

Antonio tampoco conocía más sitios que aquellos hasta que fue a Vigo a coger el barco. Maruxa y él ni siquiera conocían La Toja, de la que hablaba todo el mundo, a tan solo treinta kilómetros de distancia. Qué se les había perdido a ellos en La Toja, si no sabían lo que era dormir en una pensión hasta la noche anterior. Para ellos no tenía ningún interés conocer, aunque fuera de lejos, ese gran hotel en el que trabajaba de jardinero el hijo de Augusto, el de Lantaño, y donde se decía llegaban millonarios de todas partes para tomar baños curativos.

También en Caldas de Reyes había aguas medicinales, se cogían de la misma fuente con un vasito y no había que gastar dinero. El hijo de Augusto decía que muchos años antes habían dejado un burro sarnoso en la isla de La Toja para que muriera allí tranquilo, y que semanas más tarde lo encontraron lustroso y más vivo que nunca. La noticia de los poderes curativos de aquellos barros se difundió por toda la provincia y se construyó aquel balneario que parecía un

palacio, en una isla a la que se accedía por un puente con muchos adornos. Antonio no lo había visto más que en fotos, pero ya tendría tiempo de ir cuando llegara de América con el bolsillo a reventar de pesetas.

A pesar de sentir un tremendo cansancio, su ansiedad y la tristeza le impedían descansar un rato, en su cabeza le rondaban una y otra vez un montón de cuestiones que le preocupaban. ¿Estaría Pepe? ¿Lograría pasar los controles, tenía todos los papeles que le exigían? ¿Encontraría trabajo? ¿Dónde viviría?

Maruxa le acompañó a Vigo. Por primera vez, dejó a Maruxiña a cargo de la abuela. Esperaba que no le sentara mal la leche de vaca, había empezado a dársela unos días antes para que la criatura se acostumbrara si no estaba su madre en casa. Su temor era que la niña comenzara a vomitar cuando ella estuviese fuera. Sin embargo, no quiso que Antonio se fuera solo y salió con él, muy pronto, para coger el autobús.

Maruxa estaba obsesionada con la maleta y Antonio con llevar todos los documentos. A ver si al final, con tanto papel, se le iba a olvidar alguno y le fueran a echar atrás en la estación marítima de Vigo o al llegar a Buenos Aires. Sobre todo porque comprar el billete les había costado casi dos años, con un dinero que tanto Maruxa como Antonio habían ido metiendo poco a poco en una lata, reunido con mucho sacrificio. Antonio consiguió parte gracias a la venta de patatas y berza en el mercado y parte trabajando por horas en la reparación de las vías del tren cerca de Portas. A Maruxa, las mujeres que ya no aguantaban tanto peso le daban algo por llevar y traer el saco de trigo al molino. En otras ocasiones le echaba una mano a la pescadera, que venía andando desde Vilagarcía, cargando con la cesta de sardinas y xurelos sobre la cabeza. Si a la mujer se le hacía tarde, le dejaba parte de la mercancía a Maruxa para que las vendiera en las casas de arriba, las que estaban más lejos de la carretera.

Céntimo a céntimo, peseta a peseta, lograron el dinero para el billete. Muchas noches Maruxa despertaba pensando que lo mejor sería no alcanzar la cantidad necesaria, de esta manera Antonio no se iría, pero por la mañana recuperaba la sensatez. No había otra salida.

Era la primera noche a bordo y la mezcolanza de olores a comida, vómitos, sudor y orín, en aquel camarote colectivo, ya era insufrible. Antonio envidiaba a quienes, a pesar de la sinfonía de toses, ronquidos, ruidos sospechosos y algún que otro gemido, habían logrado rendirse al sueño. Él se esforzaba por

rememorar las imágenes de los últimos días en casa, de las últimas horas con Maruxa, primero en la pensión y después en aquel edificio marítimo de Vigo en el que pasaron la tarde antes de embarcar.

Presenció escenas de auténtico dolor. Los hombres que estaban a punto de embarcar trataban de demostrar confianza en sí mismos para dar seguridad a sus familiares, la mayoría de ellos deshechos en llanto. No había niños, querían evitarles escenas dolorosas. Los ojos enrojecidos, los abrazos interminables, las manos que retorcían pañuelos empapados por las lágrimas, los suspiros entrecortados y, lo peor, la falta de palabras. En esas despedidas apenas se pronunciaban frases, todo estaba dicho de antemano, todas las recomendaciones, todas las promesas, las esperanzas, los escríbeme, vuelve, no me olvides.

No perdían de vista la maleta, que la mayoría de ellos apretaban entre sus piernas, de pie o sentados, para impedir que alguien se las llevara. Como si fuera un tesoro lo que guardaban en esas maletas, apenas un par de mudas, un traje mejor que el que llevaban puesto y algún jersey. Los documentos y el escaso dinero lo escondían pegado contra su cuerpo. Casi todos ellos los habían metido en una bolsa de tela cosida por sus mujeres, novias o madres. Colgada del cuello, no se la quitarían ni para lavarse. Si es que podían lavarse. Antonio dudaba que el barco ofreciera las mínimas condiciones de higiene.

Las imágenes de la estación marítima volvían una y otra vez. Maruxa pegada a él, con un abrazo apretado, interminable, el último adiós. Le pasó por la cabeza que su mujer le despedía como si supiera que nunca más le volvería a ver. ¿Volvería? Antonio se lo preguntaba una y otra vez desde que tomó la decisión de emigrar. Se lo preguntaba cien veces al día, todos los días de las semanas que tardó en conseguir los papeles que le permitirían entrar en Argentina, el que sería su país de acogida.

La última imagen de Maruxa fue de espaldas, cuando salía de aquella sala color crema de la estación marítima en la que habían pasado varias horas sentados en un banco, escuchando el ruido de los barcos que cruzaban la ría, los gritos de algunas mujeres que no sabían llorar en silencio, la charla del personal de la estación, que paseaba por los grupos comprobando que todo el mundo llevase la documentación a mano y dando instrucciones sobre cómo se iba a producir la subida a bordo.

Su billete era de tercera clase. No le importaba pertenecer al grupo de los olvidados por la suerte; ni siquiera un camarote de primera aliviaría su pena.

No se quejaba de las incomodidades del viaje. Ni siquiera en primera clase habría comido; llevaba semanas sin apetito, con el estómago cerrado. Había adelgazado tanto que el cinto le dibujaba pliegues en la cinturilla del pantalón, de tan ancho que le quedaba ahora por la falta de peso.

Docenas de grupos de familiares despedían a los que marchaban rumbo a no se sabía bien dónde. Casi todas las mujeres vestían de luto, como si a partir de ese momento enviudaran de pronto. Madres sin hijos y viudas con marido. En la aldea eran más las mujeres en esa situación que las que vivían con sus padres, hijos, hermanos o maridos. Maruxa puso la nota de color en aquel edificio de lágrimas, con un vestido rosa para la despedida. Maruxa era especial. No la dejaría sola por mucho tiempo, pensó Antonio. Se juró regresar antes de que la soledad pudiera con él.

Pocas veces había visto a Maruxa con ropa clara. Intentó pensar en una ocasión en la que la hubiera visto con un vestido rojo o amarillo. Nunca. Ni siquiera en los meses de noviazgo cuando iban de fiesta. ¿De dónde habría sacado aquel vestido rosa con el que sabía que la recordaría durante años? Una mujer contenida en el gesto, de pocas palabras, austera, decidida ante las adversidades.

Los sesenta kilómetros entre Caldas y Vigo se hicieron eternos, aunque por primera vez los dos tuvieron la oportunidad de contemplar unos paisajes hermosos desde la ventanilla del autobús. Pinares interminables, la ría de Pontevedra y, más adelante, la propia Pontevedra, que les pareció una gran ciudad. Allí hizo una parada el Castromil y subió una familia que tanto Maruxa como Antonio reconocieron enseguida como emigrantes. La desolación escrita en sus caras, la misma que desde hacía semanas se reflejaba también en sus rostros. La misma maleta reforzada con cuerdas, la misma bolsa de rejilla con fruta y unos bocadillos envueltos en papel de estraza, la misma botella de gaseosa con su tapón de goma y alambre que permitía el cierre hermético.

Recordó Antonio la belleza de la ría de Vigo, que en ese momento Maruxa no debió de ver con sus ojos velados por las lágrimas; y Rande, donde había unos barcos hundidos, según explicó el conductor en voz alta a un hombre que se sentaba en la primera fila. Solo esperaba que no le ocurriera lo mismo a su barco

y que llegara a buen puerto en Buenos Aires. Se rumoreaba por la aldea que años atrás había emigrantes que, después de tanto esfuerzo por conseguir dinero para un billete, fueron engañados y dejados en tierra unos días más tarde en Canarias, como si hubieran llegado a América. Confiaron en quienes no debían confiar, en bandidos que se aprovechaban de su ignorancia y de su ansiedad.

Hubo uno, le contaron un día en la taberna, que desembarcó en la ría de Muros haciéndole creer que habían llegado a Cuba. Malditos. Malditos todos los que engañaban a los que como su abuelo y como él mismo cruzaban los mares como emigrantes. Ahora eso no ocurría, había más información y muchos documentos que gestionar, además de los billetes. Si no se conseguían, ni salías de Vigo ni entrabas en Buenos Aires. Y los barcos, afortunadamente, eran mejores que en tiempos del abuelo Manuel, aunque ya le habría gustado a él viajar de otra manera, no en esa especie de agujero donde apenas corría el aire y, ya en esa primera noche, olía a humanidad. ¿A qué olería dentro de diez días? ¿O de quince, que era lo que más o menos duraría el viaje?

No conoció a su abuelo y no podía imaginar cómo sería ahora. Si vivía. Creía que no. Si viviera habría regresado, enviado alguna noticia a través de los amigos «retornados», o al menos una carta. Una señal de que se encontraba en algún lugar del mundo. Solo conocía sus rasgos por la fotografía de color sepia que siempre estuvo en la misma mesa de la casa de su abuela. Una mesa en la que no había más que esa foto, junto a un sencillo rosario que alguien le había regalado muchos años atrás y que, decían, olía a pétalos de rosa. De vez en cuando, sobre aquella mesa se colocaba además la capillita portátil de San Roque. Allí permanecía hasta que, cumplida la tarde del séptimo día, salía su abuela con el santo entre las manos para dejarlo en casa del vecino.

Como si el abuelo Manuel fuera un santo, reflexionó de pronto Antonio en esa noche de amargura mecido por el mar: con la capilla y el rosario. Si vivía, no merecía ese honor, por el abandono a su mujer y a sus hijos. Porque no enviar noticias y no enviar dinero era un abandono. ¿Habría prometido a su abuela volver, como él repetía a Maruxa desde que tomó la decisión de marchar a América? ¿Se lo habría dicho su abuelo a su mujer, Lola, con la misma insistencia y la misma desesperación que él a Maruxa?

Maruxa. Y Antón. Y Maruxiña. Los echaba tanto de menos que le dolía el corazón, y eso que el corazón no duele ni siquiera cuando mueres. A lo mejor

moría sin volver a verlos.

El primo Pepe. (Antonio)

Acostado en una cama mullida y limpia, Antonio fijó la vista en la línea de luz que empezaba a filtrarse por una rendija de la contraventana. Amanecía, y no era consciente del tiempo que había dormido. Le parecía que había pasado casi toda la noche en duermevela, pero en algún momento tuvo que dejarse atrapar por el sueño porque no recordaba nada. Ni siquiera lo que había ocurrido la noche anterior.

Después de tantos meses de incertidumbres y miedos, le invadía una extraña sensación de seguridad. Por fin estaba en Buenos Aires y su primera noche la había pasado en una casa en donde había una cama para él. Es más, un cuarto para él solo. Nada de comodidades, pero el simple hecho de dormir bajo techo nada más llegar era un lujo.

Pepe se había portado bien, mejor incluso de lo que Antonio había esperado. Cuando le abrazó con fuerza nada más superar los trámites de la aduana, se dio cuenta de que empezaba su nueva vida y podía hacerlo con cierta tranquilidad, con el apoyo de ese primo al que no veía desde hacía años, cuando eran dos muchachos que, desde muy jóvenes, solo pensaban en emigrar a América.

—¿Cómo estás? ¿Has hecho un buen viaje? —fueron las primeras palabras de Pepe tras el abrazo. Tenía los ojos empañados, y Antonio se limpió los suyos con la manga del jersey.

—¿Te han puesto algún problema en la aduana? —le preguntó su primo.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba. Venía cargado de papeles, pero solo me pidieron el pasaporte y tu carta de llamada. El resto ni lo miraron. Éramos muchos, creo que tenían prisa —bromeó por primera vez Antonio después de mucho tiempo—. Me preguntaron si estaba vacunado y me alegro de haberlo hecho en Vilagarcía, porque a los que no lo estaban los vacunaban allí mismo, en una mesa al lado de la del agente de aduanas. Creí que iba a ser más complicado. No había ni despachos, aquello parecía una especie de almacén donde cualquiera podía colarse.

—No creas, todos los ojos vigilan. Quieren que llegemos muchos emigrantes

porque hace falta mano de obra, pero controlan más de lo que parece —le aseguró Pepe—. Has tenido más suerte que yo, que pasé varias horas apoyado contra una pared después de que la policía se llevara mis papeles, y no sabía si me iban a dejar pasar. Cuando me los devolvieron y me hicieron un gesto para que me fuera estuve a punto de abrazar al fulano aquel. En mi vida he tenido más nervios.

Su primo le ayudó con la maleta, lo condujo fuera del edificio y cogieron un tranvía. Antonio no había subido nunca a uno; en Vigo habían ido a pie desde la pensión hasta la estación marítima.

Antonio se sintió apabullado, aquella ciudad le parecía inabarcable; pensó que le resultaría imposible andar por esas calles sin perderse, nunca podría orientarse en aquel tumulto, con tanta gente que parecía tener prisa, tantos edificios, tantos escaparates, tantos coches, tanto de todo...

—¿Por qué hay tantos cables?

—Los tranvías, los trolebuses, los cables del teléfono... Estás en una gran ciudad, primo, una de las más grandes del mundo.

El trayecto fue corto. Se bajaron en un barrio que no le pareció a Antonio demasiado pobre, incluso tenía buen aspecto. Callejearon un rato hasta entrar en una casa con un sólido portal de madera y subieron dos pisos andando.

—Aquí es donde vivo —le indicó Pepe—, y donde he apalabrado una habitación para ti. Doña Lourdes me guarda aprecio porque llevo tres años y le pago religiosamente cada semana. Le he dicho que eras mi primo y te va a cobrar lo mismo que a mí, pero que quede entre nosotros porque a los nuevos les cobra más. No tendrás que pagarle por adelantado, esperará a que cobres tu primer sueldo. Además, tengo una buena noticia para ti: trabajo. Es un bar. Si no te gusta esto, o el trabajo, podrás cambiar cuando lleves un tiempo en Buenos Aires.

Pepe le fue explicando cómo sería su nueva vida:

—Aquí vivimos seis gallegos, y tenemos una cocina grande para hacernos la comida. A veces juntamos lo que tenemos en las heladeras y nos damos un festín, en celebraciones y cosas así. Hay dos heladeras y cada uno de nosotros tiene su espacio, así no hay problemas. En la cocina hay una lavadora para la ropa, y en el pasillo dos cuartos de baño para compartir. No creas, no es lo

habitual. Si te contara en qué lugares de mala muerte tuve que vivir al principio no te lo creerías, pero con el tiempo he aprendido a manejarlo.

—He tenido suerte de que estés tú aquí —reconoció agradecido Antonio.

—No es por nada, pero sí, tienes suerte, con parte del camino andado. Es fundamental no equivocarse con el trabajo y con los jefes. Elegir bien dónde vivir y con qué clase de gente. Eso que te ahorras, porque aquí me tienes para echarle una mano y para que no des los pasos equivocados que di yo por no saber. No estamos mal, nos ayudamos bastante unos a otros. En otras casas hay problemas de mil demonios, sobre todo cuando hay mujeres. Doña Lourdes solo alquila a hombres, dice que ya tuvo bastante que aguantar cuando alquilaba a matrimonios.

Antonio no acababa de creer en su suerte. Su primo no podía haberle recibido mejor: afecto, compañía, vivienda y, encima, trabajo. Era un hombre afortunado. Conocía muchas historias de emigrantes, de la dureza de las primeras semanas al llegar, de sus dificultades para encontrar un techo decente y de los muchos engaños y trampas en las que habían caído antes de asentarse. Se sentía privilegiado, y bendecía el momento en el que hizo caso a su madre cuando le insistió en que escribiera a su primo Pepe y le pidiera a él «la carta de llamada», pues si sus padres eran de fiar él también debía de serlo, aunque hacía años que no lo veían. Efectivamente era de fiar. Se estaba portando con Antonio como el hermano que nunca había tenido.

Antonio se levantó y se dirigió directamente al cuarto de baño, donde se dio la primera ducha caliente de su vida. En Ventos se lavaban como podían. Maruxa calentaba agua y la echaba en una tina en la que se bañaba Antón y después él. A Maruxiña le lavaba la cara y el culo en el fregadero, y los domingos la bañaba allí mismo con agua que calentaba en la cocina. Nunca había probado la ducha, y la sensación era extraña, aunque muy agradable, sobre todo después de un viaje tan largo en un barco invadido al tercer día por los malos olores.

Oyó voces fuera y se secó con la toalla que le había dejado Pepe el día anterior. Al salir, un joven con pantalón de pijama y el pelo alborotado, toalla colgada del brazo y una pastilla de jabón en la mano, le saludó con una sonrisa:

—¿Antonio? Soy Jesús, ya nos dijo Pepe que llegabas.

No hizo falta que le dijera que era gallego, el fuerte acento le delataba. Antonio le apretó el brazo desnudo y le sonrió.

—Sí, soy el primo de Pepe. —Antonio se sentía como en casa.

Era domingo, lo que estaba bien porque disponía de todo un día para acostumbrarse a su nueva vida y hacer algunas compras. Pepe le había dicho que incluso en domingo podían encontrar sitios abiertos, y lo que faltara podrían comprarlo el lunes al terminar el trabajo. Mientras tanto él le prestaría lo que hiciera falta. Conocía un sitio en San Telmo en el que vendían de todo; podían darse una vuelta por ese mercado, con gran ambiente los domingos porque iba gente de todo Buenos Aires a comprar antigüedades y cosas viejas. Pero además de antigüedades encontraría de todo lo que pudiera necesitar.

—Toallas —dijo Pepe—. Toallas, más las cosas de aseo, sábanas, mantas... Sartenes y cazos no hacen falta. Y comida para cuando estés en casa. Hoy vamos a darnos un homenaje, que es tu primer día en Buenos Aires y hay que celebrarlo con un buen bife. Invito yo. Mañana te acompaño al trabajo. He pedido permiso para entrar dos horas más tarde y las recupero a lo largo de la semana. Así te presento a Emilio, el dueño del bar.

«Bendito Pepe», se dijo Antonio. ¡Dios!, cómo echaba de menos a Maruxa, le habría encantado compartir ese día con ella. El mejor en años.

* * *

«La Estrella», decía el cartel de la puerta. No era exactamente un bar sino una especie de cafetería-pastelería, antigua, con una larga barra de madera, multitud de espejos y mesas velador con mármol blanco y sillas tapizadas de cuero verde.

A Antonio le pareció muy lujoso, con los bordes de los espejos en dorado y molduras en forma de frutas y flores. Muy elegante. En la parte cercana a la entrada, detrás de la barra, se veía una estantería cerrada con puertas de cristal, llena de pasteles, pastas, bollería y tartas empezadas, cubiertas por una especie de cúpulas transparentes que Antonio no había visto nunca. En una mesa cercana tres señoras mayores tomaban chocolate con bollos de leche como los que se vendían en Caldas, con azúcar por encima, y que Antonio había comprado alguna vez para Antón. Pero La Estrella no tenía nada que ver con lo que él pensaba que era un bar y no sabía bien qué podría hacer allí. No se veía sirviendo en las mesas a señoras tan bien vestidas. Se le iban a caer las bandejas.

Un hombre grande, de pelo canoso, vestido con traje oscuro y corbata, se acercó a Pepe con una amplia sonrisa y la mano, grande también, extendida

hacia Antonio. Mientras se la estrechaba, preguntó a Pepe:

—¿Tu primo?

Y a continuación dio un abrazo a Pepe, al que trató como si fuera amigo de toda la vida.

Pepe estuvo muy poco tiempo. Se sentaron los tres en una mesa, donde tomaron un café muy cargado con un olor intenso que Antonio nunca había pensado que pudiera existir. Jamás había probado un café tan exquisito. Recordó la frase que pronunciaba su madre cuando tomaba un trago de aguardiente: «*Vai para o peito*».^{***} Ese café era igual, directamente al pecho.

—Os deixo —dijo Pepe—, que tenéis mucho que hablar. Te veo en casa al salir del trabajo.

Emilio, un argentino de carácter abierto que inspiraba confianza desde el primer momento, le explicó que como no tenía experiencia de camarero ni de estar detrás de una barra —o Pepe le había contado su vida o, lo más probable, conocía perfectamente las condiciones de vida de los gallegos que emigraban a Buenos Aires— estaría un tiempo en la cocina y ayudando de vez en cuando en la barra hasta que adquiriera soltura para servir mesas y atender a la clientela.

Debía dedicar muchas horas a La Estrella y el sueldo no era muy alto, pero con las propinas conseguiría doblarlo sin dificultad. Por eso era necesario que aprendiera pronto y bien, para que pudiera ocuparse de los clientes. Era muy importante mantener las formas; tanto al mediodía como por la tarde la clientela era fundamentalmente de mujeres mayores, a las que había que tratar con paciencia, conocer cuanto antes los gustos de las clientas habituales y no meterles nunca prisa, aunque estuvieran a tope y con necesidad de mesas libres.

—Los clientes siempre tienen razón —dijo con firmeza—. Si mantienes esa norma, nunca tendrás problemas. Por la mañana suelen venir las personas que trabajan por aquí cerca, sobre todo hombres, siempre con prisa y a los que hay que atender sin demora. A lo largo del día, esto es dominio de las señoras, y por la noche en cambio tenemos gente joven con ganas de tomar una copa antes de salir a divertirse. Cuando venga Isabella, mi hermana, que se ocupa de la pastelería, ya te explicará cómo funcionan los turnos. Es cosa suya y te aconsejo que no le repliques —le advirtió Emilio—. No admite una mala cara ni que se llegue tarde, pero en cambio no pone problemas cuando le pides que te permita un cambio algún día si la razón es justificada.

Mientras hablaban, la barra se había llenado de clientes. Como le había explicado Emilio, se trataba de oficinistas que pasaban por La Estrella antes de empezar el trabajo. A Antonio le sorprendió la mesa con las tres señoras. El dueño le puso al corriente:

—Vienen a diario, después de misa; son muy madrugadoras. Viudas las tres. Y vuelven por la tarde a la hora de la merienda. La Estrella es su segunda casa y su mesa debe estar libre siempre a las cinco.

La cabeza de Antonio registraba todo lo que le iba diciendo Emilio, las mesas, el salario, atención a Isabella, cuando estuviera preparado serviría las mesas, la mesa de la entrada siempre libre a las cinco...

Emilio le acompañó a la cocina, donde tres mujeres se afanaban colocando tazas y platos en su sitio mientras una de ellas atendía una plancha en la que se tostaba algo que olía extraordinariamente bien. Fuera, tres hombres jóvenes atendían la barra y las mesas. La mayor de las mujeres le plantó dos besos en la cara.

—Me llamo Lucía y vine de Italia con mis padres cuando era una niña, pero soy más argentina que el dulce de leche. Siéntate ahí, que te doy el desayuno y después ya te indico lo que tienes que hacer. Y tranquilo, que no te va a comer nadie, estás en un buen sitio y estarás mejor todavía cuando aprendas a ser un buen camarero.

Las otras dos mujeres, jóvenes, le dieron la mano. Una de ellas, Carmiña, era gallega y había llegado pocos años antes con su marido, que trabajaba en una fábrica. La otra era argentina y parecía muy desenvuelta.

Tras el desayuno, siempre bajo la mirada atenta de Lucía que le iba dando instrucciones, puso en una gran máquina de lavar lo que llegaba del salón, limpió bandejas, colocó lo que ya estaba seco y, a última hora de la mañana, hizo sus primeros ensayos con la plancha, donde Lucía le explicó cómo hacer un sándwich... que él iba a comer. No había visto nunca una plancha eléctrica, aunque le fue fácil hacerse con ella. El tiempo se le pasó volando y cuando llegó a casa por la tarde el propio Pepe advirtió el cambio:

—Pareces otro, te ha cambiado hasta la cara.

Antonio había escuchado tantas historias dramáticas sobre los inicios de los hombres que emigraban a América que no había podido ni soñar que nada más llegar iba a encontrar casa, trabajo y, lo más importante, el apoyo de personas

que dos días antes ni siquiera conocía. Pepe era su primo, cierto, pero tampoco había tenido mucho trato con él porque no vivía en Ventos.

En los días previos a la marcha en los que, efectivamente, trataba de convencerse de que le iba a ir bien en América y regresaría para construir una gran casa en la que vivir con Maruxa y los niños sin problemas económicos, siempre partía de la idea de que los comienzos iban a ser muy duros. Pero, recién llegado como estaba, lo duro era lo que había dejado atrás: los últimos días de inquietud y de nervios, el adiós a su madre Virtudes y a su hijo Antón llorando en la puerta de casa, la desgarradora despedida de Maruxa en Vigo; y la travesía en el *Vera Cruz*, nombre maldito que no quería volver a oír. Sin embargo, desde que puso pie en Puerto Nuevo todo parecía ir sobre ruedas. Gracias a Pepe, claro. Ya lo decía su madre: «Hijo, no hay nada como la familia». Tenía razón, aunque el familiar se encontrara en la otra punta del mundo.

*** Va para el pecho.

Isabella. (Antonio)

Era grande, con un enorme parecido con Emilio. Ojos muy vivos, pelo rizado de peluquería y aspecto distinguido.

Isabella entró en La Estrella con paso firme, segura de sí misma, haciendo ruido con los tacones en el suelo de baldosas ajedrezadas, el bolso bien agarrado contra la chaqueta azul marino que se había puesto sobre un vestido de algodón rojo con lunares blancos.

Sonriente, saludó a Antonio —que en ese momento se encontraba recogiendo unas tazas en la barra— y le dijo un «ahora vengo» mientras se dirigía hacia la puerta en la que un cartel indicaba «privado». A los cinco minutos entraba en la cocina vestida con un traje de chaqueta negro que dejaba ver el cuello y los puños blancos de la blusa que llevaba debajo. Le dio la mano calurosamente:

—¿Antonio? Ya me ha hablado mi hermano de ti. —Su generosa sonrisa tranquilizó a un Antonio nervioso que esperaba el encuentro con ella.

Desde el primer momento le cayó bien aquella mujer de mediana edad que, supuestamente, ponía orden en esa cafetería, muy parecida al salón del balneario Acuña, en Caldas, al que había ido una vez, poco antes de su boda con Maruxa, y que le había parecido el lugar más elegante del mundo.

—¿Cómo te han recibido? ¿Te sientes a gusto? ¿Has desayunado? ¿Te ha presentado Emilio a todo el mundo?

Eran tantas las preguntas que Antonio no podía responder, abrumado por aquella mujer que transmitía energía por todos los poros.

—Tu primo Pepe es amigo nuestro, viene por aquí de vez en cuando con alguna chica a la que quiere conquistar. Ninguna le dura porque le gustan todas. —Isabella era una mujer directa—. ¿Y tú? ¿Tienes novia?

—Estoy casado. Tengo un niño que va a cumplir tres años y una niña que nació poco antes de venir.

—Pobre... Con más razón tenemos que cuidarte, y no solo por ser pariente de Pepe. Has tenido suerte, nos avisó con tiempo que estabas preparando tu viaje a Buenos Aires y dio la casualidad de que Ramón nos comunicó hace dos meses

que se marchaba porque iba a abrir un colmado con el dinero que tenía ahorrado; le pedimos que se quedara unas semanas más hasta tu llegada. Te hemos guardado el sitio, como quien dice. Nos gusta sentirnos como en familia, Ramón ha estado con nosotros casi diez años y ha hecho sus buenos ahorros, que además se sumaban con los de su mujer. Pepe nos ha hablado muy bien de ti, aunque ya nos dijo que no tienes experiencia, pero que no te asusta el trabajo por duro que sea. Y eso es lo que importa. Y el carácter, hijo, el carácter. Es muy importante, sobre todo en un negocio como este. Además de calidad, hay que ofrecer sonrisas, que bastante mal está el mundo como para que los clientes encuentren encima caras avinagradas. Tendrás pocas ganas de sonreír con lo que has dejado atrás, pero si procuras ser optimista seguro que te animas enseguida. Yo lo hago cuando tengo mis momentos bajos, que también los sufro. Y en cuanto puedas, te traes a tu mujer y a los niños, que en Buenos Aires se vive muy bien. Mira, Carmiña está aquí con su marido. Él vino primero, volvió a los pocos años y después regresaron los dos, y ahí los tienes, tan felices. Tienen un hijo bonaerense, aunque ellos dicen que es gallego, ¡qué sabrán! En cuanto tenga edad para ir al colegio se convertirá en un porteño pelotudo que no querrá acompañar a sus padres al Centro Gallego, donde se reúnen para llorar. ¡Ay! Si yo fuera gallega ya estaba organizando actividades para dejar aparcada tanta tristeza. Tanta morriña, como decís.

—Emigrar se hace muy duro, doña Isabella —se defendió Antonio.

—¿Qué es eso de doña Isabella? —protestó—. Nadie me llama así, soy Isabella. El respeto no tiene nada que ver con el don y la doña sino con el trato. Más complicado va a ser el tuteo, porque os hacéis un lío con el «vos». Llámame como te dé la gana, pero sobre todo mírame siempre a los ojos y no me ocultes nada. Los problemas se solucionan cuando se los ataca de frente y cuanto antes. Estoy aquí para llevar el negocio con mi hermano, y sé por experiencia que el negocio va bien cuando los empleados están bien. Así que si te pasa algo me lo dices, y si no eres capaz de arreglar solo tus asuntos, a lo mejor los podemos arreglar entre los dos. Anda que no tengo visto y oído... Nada de lo que me puedas contar me va a escandalizar. Nada. Lo que te pido, lo que te pedimos mi hermano y yo, es lealtad y confianza. Y que trabajes, que no pongas mala cara si se te exige demasiado, porque todos trabajamos a destajo, lo que haga falta. Si sigues esas reglas, vamos a estar bien. Tú el primero. Y ahora a trabajar, que

llevamos mucho tiempo de charla. Supongo que mi hermano te habrá dicho ya cuál es el salario, y cuanto antes aprendas y puedas servir en la barra o en las mesas, mejor te irá porque entrarás en el reparto de las propinas. Las mujeres de la cocina cobran algo más que los meseros, camareros como decís en España, pero no hay propinas para ellas, salario fijo. Y una gratificación en Navidad. Para todos, a no ser que dejen de venir los clientes y no tengamos ni para el pavo. Te va a sorprender la Navidad aquí, con un calor sofocante. Nada que ver con las estampitas de nieve que tenéis en Europa.

Isabella era un torbellino cuando hablaba, encadenaba una frase con otra, pero cualquier experto en psicología habría adivinado que más que incontinencia verbal, su jefa trataba de entretenerlo para que se evadiera por un rato de sus problemas. Antonio tuvo la sensación de que había encontrado una amiga, alguien importante en su nueva vida. Y no le faltaba razón.

La Estrella, con sus compañeros, el propio Emilio, Isabella y los clientes habituales con los que en ocasiones entablaba conversaciones cuando empezó a conocer sus gustos, sus horarios, sus prisas e incluso sus problemas personales y profesionales, fueron un bálsamo para su frágil estado de ánimo.

Echaba de menos a su familia constantemente, sobre todo cuando se dejaba caer agotado en la cama bien entrada la noche, y al despertar recordaba el rostro de Maruxa a su lado. Y el de Antón, que siempre durmió con ellos y cuyo primer gesto era abrazarse a su madre y quedarse encogido junto a ella con la manta cubriéndole como si jugara al escondite. Sin embargo, aunque hacía esfuerzos, no recordaba la cara de Maruxiña, de su querida niña, demasiado bebé cuando salió de casa. Era como si su cabeza hubiera olvidado su rostro, consciente de que se perdería verla crecer, sus primeros pasos, sus primeras palabras, sus primeros juegos.

De vez en cuando sacaba la fotografía que guardaba en la maleta debajo de la cama. Había decidido mantenerla fuera de la vista de los demás; aquella fotografía formaba parte de su intimidad. Tampoco Pepe le había pedido que le enseñara foto alguna, quizá a su primo le había ocurrido lo mismo durante los primeros meses en Buenos Aires. Claro que la situación de Pepe era distinta a la suya, él se marchó de casa con veinte años y no había dejado atrás mujer e hijos. Echaba de menos a sus padres, pero no era lo mismo. No los había abandonado a su suerte. También estaba su hermano, que siempre había dicho que emigraría

como Manuel Padín, el abuelo de Antonio del que tanto se habló durante un tiempo en Ventos, del que nunca habían vuelto a tener noticias y al que daban por muerto en algún país de América, quizá en Cuba. El hermano de Pepe al final se había quedado en Galicia trabajando de peón caminero.

* * *

Su primo le explicó la manera de enviar dinero a casa. Podía hacerse a través de las propias consignatarias de buques, pero últimamente la mayoría prefería los bancos tanto el Pastor como el Hispano Americano tenían sucursal en Vilagarcía. Antonio no llegó a inscribirse en el consulado porque no lo creyó necesario, pero, al cabo de llevar un mes y pico en Buenos Aires, acompañó a Pepe al Centro Gallego.

Le costaba imaginar que existiera un lugar así en el mundo, un conglomerado de edificios en la calle Belgrano en el que se encontraba todo lo que un gallego pudiera necesitar. Ni en Galicia tenían un centro así, con aquel hospital, más grande que el de Pontevedra. Aquellos salones, teatro, salas donde se celebraban conferencias y exposiciones. Recorría aquello con Pepe y se le llenaba el pecho de orgullo.

Lo habían levantado emigrantes gallegos, como él, en poco menos de cincuenta años. Después de pasar por media docena de locales, el nuevo siempre mejor que el anterior, habían creado aquel centro que era el asombro de Buenos Aires. Había sido construido con trabajo y mucho tesón, a través de colectas especiales, de pequeñas y grandes ayudas, y organizando actos culturales para recaudar fondos. La palabra imposible no estaba escrita en sus estatutos, y cuando no había suficiente dinero para financiar una nueva fase del proyecto, se esperaba a una próxima oportunidad.

Fue allí donde una hija de emigrantes que trabajaba como administrativa, celta pura, de ojos azules y pelo rubio ensortijado, le aconsejó que abriera una cuenta en un banco. Después le explicarían qué pasos debía seguir su mujer para cobrar el dinero que le mandaba.

—Es aconsejable tener a buen recaudo el salario, ingresarlo en el banco es la forma más segura de ahorrar. Más adelante podrá pensar la forma de emplear su dinero: montar un negocio, comprar un local o quizás una casa —le explicó la joven.

—No pienso comprar una casa aquí, estoy bien en el departamento en el que vivo con Pepe y otros más —se apresuró a aclarar Antonio—. El dinero lo quiero para comprar una casa en Galicia, que espero que sea muy pronto. Tengo un buen trabajo ¿sabe?

—Me alegro. Es una suerte, ya no es tan fácil en estos tiempos, no como cuando llegó mi padre. Entonces tenías trabajo antes incluso de desembarcar. Buenos Aires se estaba convirtiendo en la ciudad que es ahora y necesitaba manos dispuestas a trabajar, llegaban emigrantes a Argentina por cientos de miles.

—Soy camarero en La Estrella.

—¿La Estrella? Dele recuerdos a Isabella de parte de Pilar, la aragonesa. Me llaman así por mi madre, que era de Calatayud. Pero yo me siento gallega. No conozco a nadie de Aragón y en cambio estamos rodeados de gente de Galicia. Encima trabajo aquí, y conozco a medio mundo, aunque es imposible conocerlos a todos. ¿Sabe que en Buenos Aires hay más gallegos que en La Coruña?

Antonio había escuchado lo mismo un centenar de veces desde que había llegado. Buenos Aires, la primera ciudad de Galicia. Pues lo sería, pero él no se sentía como allá, no se sentía como en casa. Aunque hacía ya días que empezaba a encontrarse mejor, la morriña aún la tenía pegada al alma.

Su primo se despidió del hombre mayor con el que llevaba un rato hablando, se acercó a Antonio y esperó a que terminara su charla con Pilar. Mientras se dirigían hacia la puerta, Antonio se dio cuenta de que Pepe estaba muy serio.

—Quisiera darte un consejo, si me lo permites, aunque no me gusta entrometerme en la vida de nadie. Pero sabes que quiero lo mejor para ti, que te vayan bien las cosas y que puedas volver a Ventos cuanto antes —le dijo Pepe, llevándose la mano a la frente, como si buscara las palabras adecuadas—. Lo mío es diferente, estoy muy bien aquí.

—Suéltalo. Si hay alguien en quien confiar, eres tú. Me has arreglado la vida, como quien dice.

—Mira, ya sé que sabes leer y escribir. Me has contado que Maruxa se empeñó en enseñarte porque es hija de maestra, pero, si te digo la verdad, creo que aún te falta mucho, y perdona la confianza.

—No tengo que perdonarte nada; todo lo contrario —le disculpó Antonio con sinceridad—. Sí, tienes toda la razón. No he tenido muchas oportunidades para

echarle las horas que me hubiera gustado. Quizás ahora, por las noches, cuando llegue a casa, me ponga...

—Aquí dan clases —le interrumpió su primo—. Te vendrían muy bien. Además, es una buena ocasión para conocer a más gente. Hace falta que empieces a moverte, a salir, a ver cómo se vive. Quiero que tengas amigos. Yo estaré siempre para lo que necesites, eres mi amigo además de mi primo, pero ya va siendo hora de que rompas el cascarón.

—¿Qué es eso del cascarón?

—Pues que hay algo más allá del trabajo y de tu habitación, algo más que dar una vuelta conmigo los domingos. No sé si te has dado cuenta de que Buenos Aires es una ciudad llena de oportunidades de todo tipo...

—No estarás pensando en que salga con mujeres —le interrumpió.

—No. Solo te estoy diciendo que veas cuáles son esas oportunidades de las que te hablo. Si quieres ganar dinero como para solucionarte la vida, y si quieres volver pronto a Ventos, tienes que pensar en algo más aparte de ser camarero en La Estrella, por bueno que sea el trabajo. Habrá que pensar algún día en un negocio propio, solo así se consigue el dinero. Y para eso hace falta que conozcas gente. Yo mismo estoy dándole vueltas a montar una empresa de reformas con Santos, el padre de Pilar. Es de los mejores carpinteros de Buenos Aires y está pensando en tener taller propio. Me ha ofrecido irme con él. Sé de albañilería y entre los dos podemos empezar algo nuestro, —le explicó Pepe, quien parecía darse ánimos a sí mismo—. El mundo es de los que arriesgan, no de los que se conforman con trabajar para los demás con un sueldo que solo da para sobrevivir sin ningún tipo de comodidades y mucho menos de lujos. Quiero vivir bien y para eso debo tener mi negocio; creo que es una buena idea aliarme con Santos. Conoce gente que trabaja en las empresas constructoras y que nos pueden hacer encargos. Aquí hay dinero y la gente compra casas nuevas, se está construyendo mucho. La moda es comprar casas antiguas y hacerlas enteras por dentro copiando la decoración que se hace en Europa. ¿No te has dado cuenta de la cantidad de revistas extranjeras que se ven en los kioscos?

Antonio enrojeció. Nunca se fijaba en los kioscos de prensa, entre otras razones porque le costaba leer incluso los titulares.

—¿Y cómo es eso de las clases, con quien hay que hablar?

—Pues con la misma Pilar, ella te dirá lo que hay que hacer. Como ves, este centro es un mundo. Yo siempre le pregunto a ella. Vamos a verla.

Salieron del Centro Gallego con la decisión de abrir una cuenta corriente el primer día que Antonio tuviera libre y empezar unas clases dos veces por semana por la noche, al terminar su horario de trabajo.

Cuando apagó la luz, ya en la cama, repasó las dos grandes decisiones que acababa de tomar. Y dio un repaso también a lo que le había contado Pepe, su idea de levantar su propio negocio. Él también lo haría, estaba decidido a trabajar como un condenado para que ese día llegara cuanto antes. Cómo echaba de menos a Maruxa y los niños...

Al día siguiente fue a La Estrella más temprano que de costumbre. Entraban una hora antes de que abriera las puertas al público, comprobaban que no faltara nada, cada cosa en su sitio, y tomaban café en la cocina, con la primera hornada de unos bollos que se llamaban cruasanes. Emilio e Isabella cuidaban a sus empleados; a media mañana pasaban por turnos a la cocina a tomar otro café y un bocadillo. Por lo general, Antonio no volvía a probar bocado hasta la noche; no era hombre de gran apetito. Al contrario de lo que le pasaba a la mayoría de la gente, el olor a comida le quitaba las ganas de comer.

Pepe le repetía cada dos por tres que se estaba quedando en los huesos. La delgadez de Antonio tampoco pasó inadvertida a los ojos de una mujer observadora como Isabella, quien en más de una ocasión le preguntó por su salud. No le entraba en la cabeza que un hombre tan grande comiera como un pajarito. Antonio se reía, pero seguía sin comer apenas. Si fuera un buen plato de caldo... En Buenos Aires se encontraba buen caldo en muchas tabernas de gallegos, no todo iba a ser bife con patatas.

Isabella le preguntó por su visita al Centro Gallego, y Antonio le contó lo del banco y las clases.

—Son muy buenas decisiones —le dijo, con su acostumbrado entusiasmo—. Estoy convencida de que para ser algo en la vida hay que ser instruido. Leer y escribir desde luego, es necesario estar enterado de lo que hay que estar enterado. —Isabella tenía una particular forma de expresarse—. Y además hay que conocer bien un oficio. El que sea, pero aprenderlo bien. Por ejemplo, aquí puedes aprender a ser un buen mesero. Estás en camino de llegar a serlo, y si te pones a ello en poco tiempo entenderás cómo se lleva un negocio de este tipo.

Además del oficio hay que tener perspicacia, conocer a la gente nada más verla. Dice Emilio que eso es lo mejor que tengo, él lo llama intuición. Yo supe desde el primer momento que eras buen chico y no me equivoqué. Que ahora quieras formarte, que estés preocupado por tu familia y quieras mandar cuanto antes dinero a tu mujer está muy bien. Ya sabes que puedes contar conmigo para ayudarte si hace falta.

—¿De verdad?

—¡Pero bueno! —protestó Isabella—. Parece mentira...

—¿Me ayudaría a escribir una carta a Maruxa? —Antonio se sentía cohibido. Le costaba explicarle a su jefa que aún no había escrito a su familia—. Quise pedirle el favor a Pepe, pero al final no me atreví. Le prometo que la próxima la escribo yo. Pilar me ha dicho que, a poco que me esfuerce, en tres o cuatro meses seré capaz de defenderme.

—No se diga más —dijo Isabella con decisión—. Compra papel de cartas y unos sobres en el estanco y mañana escribimos esa carta. Piensa esta noche lo que quieres contarle a tu mujer.

La estrella. (Antonio)

Hacía tiempo que no tenía un domingo libre. Cuando se levantaba temprano y andaba hasta La Estrella por calles todavía vacías —don Emilio se empeñaba en abrir siempre a la misma hora, aunque los festivos era difícil que entrara nadie antes de las nueve—, Antonio se sentía más solo que de costumbre.

En Ventos se madrugaba los domingos para atender a los animales, aunque ese día de la semana no se trabajaba el campo. Desayunaban juntos leche caliente con pan de maíz mizado en el tazón, y luego se preparaban para ir a misa, que más que una celebración religiosa era un acto social, una reunión a la que no faltaba nadie.

En la puerta de la iglesia se congregaba la aldea entera, las mujeres con su mejor vestido y los hombres afeitados y con camisa limpia. Ellos no entraban en la iglesia, se quedaban fuera hablando de sus cosas y fumando un cigarro. Pocos seguían la misa, era cosa de mujeres. Pero no faltaban. Y allí de pie, los niños —varones, las niñas dentro— jugaban por encima de las tumbas antiguas semicubiertas de hierba en las que se leían los nombres de los abuelos y bisabuelos de la gente de la parroquia. Tenían un cementerio nuevo desde hacía años a un kilómetro de distancia, pero los antepasados estaban enterrados alrededor de la iglesia, y los niños demostraban a sus padres que sabían leer deletreando los nombres de las tumbas.

Antonio, ese domingo que libraba, se había quedado un rato más en la cama pensando en Ventos. Se preguntaba qué estaría haciendo Maruxa en ese momento. Por la diferencia horaria, seguro que ya habría comido con Virtudes y con los niños. Saldrían por la tarde a dar una vuelta, quizá a ver a la tía de Maruxa, muy encariñada con sus sobrinos nietos, a los que consideraba nietos y sentía una cierta rivalidad con Virtudes.

Había recibido una carta de Maruxa unos días antes, y la emoción había sido tan fuerte cuando vio el sobre con su letra que se metió en su cuarto y se puso a llorar como un crío para que no le viera nadie; ni Pepe ni los otros compañeros de piso, con los que tenía poco en común. No se veían mucho; trabajaban en el

puerto, entraban de madrugada y se acostaban muy pronto. A veces se olvidaba de que en la casa vivía más gente aparte de Pepe y él.

La carta de Maruxa le dejó en un primer momento temblando. ¿Traería malas noticias? Su madre era mayor y Maruxiña muy pequeña, ¿estaría alguno de ellos enfermo? Era ridículo, no tenía por qué haber malas noticias, era normal que Maruxa respondiera a su carta, la primera de las muchas que le había prometido escribir.

Rasgó el sobre y reconoció la letra grande y clara de Maruxa, pero no logró leer demasiadas palabras. «Querido Antonio» y el «te quiero mucho» de la última hoja, que, más que leer, dedujo. Y vio también al final de la carta unos palotes grandes. Una «A». Antón. Su madre le había guiado la mano para que Antonio sintiera el calor de su hijo.

Al día siguiente, nada más llegar a La Estrella, pidió a Isabella que le leyera la carta cuando tuviera un momento.

—Ahora mismo. No tengo nada más importante que hacer que leerla y tú tampoco tienes nada más importante que hacer que escuchar lo que te escribe tu mujer.

—La siguiente ya la leeré yo. Me ha dicho la maestra que aprendo rápido, pero todavía me cuesta la escritura, se me dan mejor las letras de los libros.

—Eso nos pasa a todos al principio, pero ya te acostumbrarás. Y cuando quieras, escribimos la respuesta.

Era una carta muy larga, en la que Maruxa le contaba infinidad de detalles de su vida doméstica. Todos estaban muy bien, Virtudes le ayudaba mucho con los niños, Maruxiña tenía dolores por la noche porque le estaban saliendo los dientes, Antón crecía deprisa y presumía de cuidar a su madre, a su hermana y a su abuela, por ese orden, y preguntaba constantemente cómo era la vida en Buenos Aires y cómo era el barco en el que había viajado su padre. Maruxa le daba noticias sobre la gente de Ventos más cercana: el ama del cura estaba enferma, en casa de los Varela ya tenían electricidad, se había desbordado el río en Caldas, Otilia le había pedido que enseñara a leer a sus hijos mientras terminaban de construir la escuela, una manera de ganar unas pesetas; y todo iba bien en el campo, no tenía que preocuparse de nada. Más adelante, unas frases de cariño que Antonio escuchó con los ojos enrojecidos, y que también

emocionaron a Isabella. Y un añadido para Isabella, a la que agradecía su apoyo a Antonio y le escribía un «cuídemelo, se ha ido por mí y por mis hijos».

Isabella le entregó las dos hojas, se levantó y se puso a secar unos vasos para disimular las lágrimas que apenarían aún más a Antonio.

—Tienes suerte, pocas veces he visto una mujer que se exprese con tanta ternura y sea tan detallista. Eres muy afortunado, Antonio, porque te espera en casa una esposa fuera de lo común. Te quiere mucho. No hay más que leer entre líneas.

—¿Qué es eso de entre líneas? Yo solo aprendo a leer las líneas de los libros.

—Pues claro. Entre líneas es lo que no se escribe pero se adivina. Por ejemplo, se despide con un «te quiero», que es como se despide todo el mundo, y además sabía que la carta la iba a leer una persona ajena, yo, y se ha contenido mucho. Pero por la forma de expresarse se nota eso, que te quiere más de lo que se atreve a decir.

Se sentía querido por su mujer, sentía también el afecto y apoyo de Isabella, efectivamente podía considerarse un hombre de suerte si no fuera por la inquietud con la que seguía los acontecimientos políticos que sucedían en Argentina y que podrían dar un vuelco a su vida. Hasta ahora las cosas habían transcurrido sin más problemas que las escasas contrariedades que surgían en el trabajo. Antonio nunca se había interesado por las cuestiones políticas en España, mucho menos lo iba a hacer en Argentina; pero si en Ventos era normal ser ajeno a todo lo relacionado con el franquismo y Antonio no tenía idea de lo que significaba vivir en una dictadura, en Buenos Aires era imposible mantenerse al margen de lo que sucedía en el gobierno y, sobre todo, en la calle.

Perón, el presidente, había perdido poco antes a su mujer, Evita. Su nombre levantaba pasiones entre la gente humilde. Era una mujer mucho más joven que su marido, muy preocupada por los pobres, que había muerto de cáncer, dejando «huérfanos» a millones de argentinos que la adoraban. El presidente tenía innumerables enemigos y, precisamente esos días en los que Antonio se sentía más satisfecho de su vida en Buenos Aires, se sucedían las revueltas callejeras. Un comando antiperonista había arremetido contra una manifestación del sindicato CGT, lanzando dos bombas que habían producido cinco muertos y más de cien heridos. Con tanta violencia, Antonio debía ser cauteloso, sus hijos no podían quedarse huérfanos. En sus escasas salidas procuraba evitar aquellos

lugares donde sabía que existía el riesgo de encontrarse con manifestantes. Se decía que Juan Domingo Perón no podría completar su mandato, el segundo, pero hasta el momento resistía. La tensión aumentaba por momentos, como las represalias dirigidas contra los que se empeñaban en desalojar del gobierno al presidente.

Ese domingo en el que no tenía que ir a La Estrella, Antonio se incorporó para coger la carta que había dejado en un cajón de la mesilla de noche y encendió la luz para no tener que levantarse a abrir la ventana. Abrió el sobre e intentó leer la carta. Durante más de media hora trató de identificar las palabras que recordaba. Primero las buscaba, luego se fijaba bien en las letras de esa palabra, una a una, para aprender cómo escribía Maruxa. El esfuerzo fue intenso, pero el método eficaz. Cuando leyó una línea completa, lanzó un grito de satisfacción que provocó que Pepe llamara a su puerta.

—¿Estás despierto? Vamos, arriba, que te voy a llevar a un sitio que te va a gustar.

Palermo. Antonio se quedó sin palabras ante aquel parque interminable, con un frondoso bosque, un campo de polo, un zoológico y grandes mansiones. Durante horas pasearon por un lugar que Antonio ni siquiera podía imaginar que existiera, apabullante de riqueza, de espectáculo de masas, de gente de todas clases que acudían a aquel hermoso paraje a pasar el día festivo.

—Algún día viviré aquí y os invitaré a comer, como hacen las grandes familias —le dijo un entusiasmado Pepe, que estaba resultando un excelente anfitrión.

Fueron después al Palermo Chico, creado por los emigrantes sicilianos, como explicó Pepe, y allí entraron en un par de tabernas para descansar en sus terrazas al aire libre y reponer fuerzas.

—Y aquí tendré yo un negocio —afirmó Antonio— con el que ganaré mucho dinero y podré regresar a Ventos para hacerme una casa tan buena como la tuya de Palermo.

Los dos primos disfrutaron de su domingo como si fueran niños, caminaron hasta agotarse porque todo lo querían ver y todo lo querían hacer. Cuando llegaron a su piso del barrio de Monserrat, tan distinto a lo que acababan de visitar, pero un barrio tranquilo, de clase media, de familias trabajadoras y chiquillos con los que se cruzaban por la mañana cuando iban al colegio, los dos cayeron sobre sus camas sin fuerzas siquiera para echarse algo al estómago.

Había que madrugar, Antonio debía estar en La Estrella muy pronto y Pepe apuraba sus últimos días de trabajo para preparar ya su futuro negocio.

El lunes precisamente había quedado con Santos para ver un local. Seguían adelante con su idea de un taller que trabajaría para distintas empresas de construcción.

Antonio sentía vértigo ante el riesgo que asumía su primo, dispuesto a invertir todos sus ahorros en la aventura. Pepe lo tenía claro:

—El mundo es de los que dan el salto. No me voy a caer, pero si caigo me volveré a levantar. De lo malo también se aprende.

Él, sin embargo, estaba hecho de otra madera. Antonio buscaba la seguridad, necesitaba la seguridad, quizás porque tenía una familia que dependía de él, aunque, a menudo, pensaba que Maruxa era una mujer perfectamente capaz de valerse por sí misma, como había demostrado desde el mismo día que la conoció. Podría vivir sin él, se decía, pero ¿él podría vivir sin ella? De vez en cuando se hacía esa pregunta. Aparte de que la quería, a diferencia del resto de sus amigos de Ventos, que no demostraban excesivo entusiasmo por sus mujeres, Antonio era consciente de que su estabilidad ya se hubiera quebrado si no llega a ser por Maruxa. Ocurría en Galicia y ahora, con más razón, en Buenos Aires. Maruxa era quien le protegía, no al contrario. Quizá porque las mujeres maduran antes, como le había comentado una vez Isabella. La educación de Maruxa la colocaba en superioridad de condiciones frente a Antonio. A él, en cambio, desde que era un chiquillo le habían enseñado que su único deber en la vida era aportar algo a la economía familiar. Hasta que conoció a Maruxa.

En cuanto vio a Isabella, le contó su paseo por Palermo. Se llevaban muy bien, les gustaba charlar un rato por las mañanas antes de que llegaran los clientes y se había establecido una relación muy cercana entre ambos. Más que amigos parecían tía y sobrino, no solo por edad, sino porque la actitud de Isabella era de protección, orientación, de dar consejos y hacer sugerencias. Soltera, no se le había conocido ninguna relación sentimental, aunque había sido una mujer atractiva, guapa, y aún ahora tenía muy buena presencia e iba siempre perfectamente arreglada. Tenía un carácter arrollador, abierta, simpática, caía bien a todo el mundo, tanto al personal de la casa como a los clientes habituales. Desde el primer día había sentido una fuerte simpatía por Antonio, al que veía desvalido, desorientado, necesitado de apoyos emocionales.

El cariño hacia Antonio fue aún mayor cuando este le pidió que le ayudara con la carta a su mujer y, semanas después, cuando le leyó la de Maruxa. Le importaba muy poco que el resto de las personas que trabajaban en La Estrella advirtieran su debilidad por el joven gallego recién llegado. Entre otras razones porque Antonio no recibía ningún trato de favor, todo lo contrario. Isabella le exigía más que a ninguno, bien para compensar los ratos de charla en el velador del fondo cuando no había trabajo, bien porque ella tenía muy claro que su protegido tenía que convertirse en un buen camarero e incluso aprender a llevar un negocio como aquel, para que pudiera volar solo cuanto antes.

De la forma más espontánea había crecido en ellos una profunda amistad, aunque no se prolongaba más allá de la puerta de La Estrella, ya que sus vidas eran muy distintas. Isabella se había convertido en confidente y consejera de un Antonio que ya no se sentía intimidado ante su «jefa», sino que, por el contrario, se sentía aliviado cuando ella estaba cerca porque sabía que no se iba a producir ningún error, nadie iba a quedar descontento del servicio y del trato de los camareros.

—Así que te gustó Palermo. ¡Qué bueno! Es un parque muy lindo.

—Más que eso. Me ha impresionado. Tan grande, tan cuidado, con tanto campo y tantos árboles, con esos jardines y las estatuas y las fuentes. Nunca había estado en un zoo, ¿sabes? En mi vida había visto animales salvajes tan cerca. La verdad es que me gusta todo de Buenos Aires y sobre todo la gente.

—Es que la gente de acá es especial. Somos mezcla de muchas razas. Ahora hay muchísimos gallegos, en las futuras generaciones circulará sangre celta, pero también encontrarás a muchos argentinos descendientes de italianos, de franceses, de libaneses, de todos los rincones del mundo que puedas imaginar. Los bonaerenses nos sentimos europeos, aunque somos el país más importante de Latinoamérica. Bueno, eso nos gusta decir. El país europeo más importante de América. Te acostumbrarás con el paso del tiempo. Nos suelen considerar excesivamente vanidosos.

—Eso es imposible, nunca pude imaginar caer en un país con personas más amables, más educadas y más acogedoras.

—Has tenido suerte, has caído en La Estrella —respondió Isabella, celebrando el entusiasmo de Antonio—. Tenemos nuestros defectos como todo el mundo, y el de la vanidad está entre los principales. Ya encontrarás algún boludo que te

hará recordar mis palabras, que te tratará como si fueras un ser inferior por no haber nacido en Argentina... Pero tenemos algo a nuestro favor: somos también el país de las oportunidades, y las da a quien las busca, sin discriminar, sin mirar de dónde viene. Tenemos admiración por los emprendedores, por los que luchan para salir adelante. Y por los aventureros, más admiración todavía.

—¿Qué clase de aventureros?

—Los que se ponen el mundo por montera, como le escuché a un gallego hace unos días.

—¿A un gallego?

—Bueno, un gallego de Barcelona, pero no vamos a andar diciendo un gallego, un catalán, un andaluz... Y como los gallegos sois más, pues gallegos todos.

—¿Y por qué no español?

—No sé... No creas, mejor gallego. Aquí no somos muy de España y de la Madre Patria. Ya te he dicho que nos gusta mirar a los demás con cierta superioridad, no que los demás nos miren a nosotros como si fueran superiores. Pero no quería hablarte de gallegos ni de españoles, llevo días queriendo tener una buena conversación contigo.

—¿He hecho algo mal, algún problema con mi forma de trabajar? —preguntó Antonio sin poder disimular su inquietud.

—No, no se trata de tu trabajo, lo haces bien y lo harás aún mejor cuando pase un tiempo. Pero con la confianza que nos tenemos quería expresarte mi preocupación por la vida que llevas. Has llegado hace seis o siete meses y no tienes un solo amigo, ni siquiera excesivos conocidos. Solo tratas con tu primo, una excelente persona y que te ha ayudado más de lo que suelen ayudar los familiares, que en el mejor de los casos se limitan a recogerte en el puerto, echarte una mano al principio con el alojamiento y para que te orientes sobre cómo encontrar el primer trabajo, y después aparecen muy de tarde en tarde. Entre otras razones porque, cuando llegáis, ellos ya tienen su vida hecha, trabajan mucho y en sus pocos ratos libres quieren disfrutar de la familia si la tienen, de sus novias o de sus amigos. En cierta manera me alegro de que Pepe empiece con su propio negocio. No tendrá un horario como hasta ahora, sino que trabajará el tiempo que haga falta, debe hacerse con nuevos clientes y por tanto debe frecuentar nuevos ambientes para encontrarlos. Como además vivís muy

cerca, le he visto dos o tres veces con una joven y parecía tan entusiasmado con ella que ni siquiera se fijó en que se cruzaba conmigo.

—Sí, me ha contado que ha conocido a una chica de aquí, una argentina, y que han ido al cine un par de veces.

—Al cine y a lo que no es el cine, quizá no quiera contarte nada todavía hasta ver cómo le va. En cualquier caso, Antonio, tienes que empezar a buscarte la vida, no puede ser que todo consista en ir del apartamento a La Estrella y de La Estrella al apartamento. No es lógico, ni sano, que no hayas conocido Palermo hasta ahora, que no hayas paseado por las calles del centro, que no hayas hablado con nadie excepto con Pepe, los clientes o con los compañeros de aquí.

—Hablo con usted, Isabella.

—Contigo. Que no tenga que repetirme que me trates de tú cuando estemos solos. Puedes contar conmigo para lo que necesites, pero podría ser tu madre, y necesitas salir con gente de tu edad, gente joven. Tienes que divertirte, hablar con personas que tengan tus mismos gustos, ir al teatro, pasear, hacer locuras...

—¿Locuras? Soy un hombre casado y con hijos, no quiero problemas.

—Nadie te pide que te líes con la primera que aparezca, pero salir con chicas de vez en cuando resulta sano. Cosa distinta es con una sola muchacha, eso ya no te lo aconsejaría porque lo pasaríais mal tú y ella. Te conozco ya lo suficiente. Sal con varias, no con una sola.

—Me recuerda eso a una de mi pueblo. Su marido se fue a América y no supo de él durante años. Ella tuvo varios hijos, pero siempre aclaraba que cada uno de un padre distinto porque era una viuda de vivo, como dicen por allá. Si hubieran sido todos los hijos del mismo hombre se podría pensar que era desleal a su marido. Pero si eran de varios...

—No conocía ese cuento —dijo Isabella divertida.

—No es un cuento, es una historia real. Conozco a la mujer. Su marido volvió después de veinte años o más, y nunca se quejó de encontrarse con los rapaces. Siempre pensé que debía de ser porque él también dejó alguno en Uruguay.

—Pues es lo más probable, suele ocurrir. Podría contarte yo de varios gallegos que tenían aquí mujer e hijos, una auténtica familia, y mujer e hijos en Galicia. Tardaron años en tomar una decisión sobre qué hacer con su vida.

—¿Volvían?

—Unos sí y otros no. Los que no regresaban, por lo general, dejaban de escribir y de mandar dinero. Y sus familias de allá acababan dándolos por muertos.

Los Padín. (Antonio)

Había seguido al pie de la letra los consejos de Isabella. A pesar de que llevaba ya mucho tiempo en Buenos Aires —o eso le parecía, los meses se hacían eternos—, era cierto que aún no había hecho amigos.

Pepe disponía de poco tiempo libre desde que había montado su empresa, además se había trasladado a una casita que había alquilado por poco dinero a un gallego que se volvía a España después de casi veinte años, pues había logrado una pequeña fortuna con un negocio de lavandería. En principio, no había descartado la idea de regresar algún día a Buenos Aires definitivamente, si convencía a su mujer para que dejara la aldea, en Orense. Mientras tanto, quería alquilar la casa a alguien de confianza como Pepe, y enseguida llegaron a un acuerdo.

Antonio lo veía poco, aunque sabía que podía contar con su primo en cualquier momento.

Un domingo que Antonio no tenía trabajo, Pepe se presentó temprano y lo despertó a timbrazos con las consiguientes protestas de los otros inquilinos que aprovechaban el día festivo para dormir hasta tarde.

—Vístete deprisa. Vamos a dar una vuelta. ¿O tenías otros planes para pasar el día?

—Ninguno, pensaba acercarme al Centro Gallego, a ver qué había. Pilar me dijo que los domingos organizan actividades especiales y es fácil hacer amigos.

—No te dijo ninguna mentira. Es el mejor sitio a donde ir si uno se encuentra enfermo o se siente solo. El centro médico es de categoría, hazte socio, no cuesta mucho y tendrás una asistencia sanitaria como no hay otra en Buenos Aires. En cuanto a la morriña, el Centro es una parte de Galicia. Siempre hay algo que ver, que escuchar y que conocer. Pero tenía otra idea para pasar el día de hoy, quiero que te vengas conmigo a El Carballo, un bar que está cerca de la calle Corrientes, en el barrio de San Nicolás. Debes conocer gente con la que estar y con la que salir cuando no tengas trabajo. Allí, al mediodía, se reúnen varios grupos de amigos con los que te vas a sentir bien. Antonio, no vas a ninguna

parte que no sea La Estrella, no hablas con nadie que no sean los trabajadores o los clientes de La Estrella, ni siquiera comes si no es en La Estrella los días que no vas a clase. No hay nada en tu heladera, ¿verdad? —dijo abriendo la puerta para ver qué encontraba—. Me lo imaginaba, ni siquiera leche para tomarte un vaso caliente por la noche. Así no se puede vivir.

—No exageres, vivo perfectamente.

—Vives, pero no tienes vida. Entiendo que quieras ahorrar para volver lo antes posible. Yo también, y eso que a mí no me esperan una mujer y dos hijos. Me tira Galicia, aunque tengo que reconocer que cada vez me siento mejor aquí; Buenos Aires es generoso conmigo. Mientras llega el momento de la vuelta a casa, hay que salir; si no, te va a comer la tristeza, y sabe Dios cómo acabarás si te encierras en tu habitación. El día que tengas dinero para montar un bar, un colmado, o lo que se te presente, a ver cómo lo haces si no conoces a nadie. Estás peor que el día que llegaste. Al menos entonces tenías ganas de hacer cosas. Ahora, lo único que veo es que trabajas todos los días, cumples tu horario y se acabó. Nada más. No es eso lo que esperaba de ti. De esa manera no vas a conseguir nada.

—De acuerdo. No creas que no lo he pensado más de una vez, pero no sé ni por dónde empezar a moverme para salir de estas cuatro paredes. Voy al Centro Gallego, pero no acabo de hacer amigos. Más de una vez he querido ir a buscarte para dar una vuelta, luego me decía que ya estaba bien de abusar, bastante has hecho, no quiero ser una carga.

—¿Una carga? ¿Una carga? Eres mi primo, Antonio, además de mi amigo. Y no he hecho por ti nada que tú no hubieras hecho en mi lugar. ¿No crees?

—Mira, la prueba de que había decidido empezar a salir es que cuando llegaste te conté que pensaba acercarme al Centro a ver si veía a Pilar.

—Pues hoy te vienes conmigo a El Carballo. Ya tendrás tiempo de ver a Pilar o a quien tú quieras otro día. Lo pasaremos bien, ya verás. Nos comeremos una empanada en compañía de un montón de gallegos.

—¿Gallegos?

—Gallegos y españoles de otras partes, mucho andaluz y también argentinos. Por eso me gusta El Carballo. Está bien que los gallegos nos busquemos unos a otros y nos ayudemos, pero no se puede vivir apartado de los argentinos; a fin de cuentas, vivimos aquí. Es verdad que son un poco especiales, se creen los amos

del mundo y algunos nos miran mal porque hemos venido con una mano delante y otra detrás, sin oficio y con muy poco saber. Pero ya verás, vas a conocer también a argentinos que sienten como nosotros, que nos tratan como compañeros, de igual a igual.

—Como Isabella —dijo Antonio.

—Sabía que te iba a gustar. Va a ser una amiga para siempre, ya lo verás. ¡Pero no es la única persona en Argentina!

Antonio tardó apenas un cuarto de hora en lavarse y pasarse la navaja por la cara, estirar la colcha de la cama para aparentar que estaba hecha, ponerse un pantalón y una camisa limpia y los zapatos que reservaba para los días en que no trabajaba. Se mojó el pelo con los dedos y un peine rápido.

—Listo.

—Estupendo. Podemos ir andando, que es pronto —propuso Pepe—, así tomas un poco el aire.

Parecía que todos los habitantes de la ciudad se habían puesto de acuerdo. Las calles estaban abarrotadas. Había mucha pareja con ganas de aprovechar el domingo en el parque con sus hijos. Niños que arrastraban coches con una cuerda, aros y una especie de carritos con muñecas que Antonio no había visto nunca en Galicia. Pasaron por delante de dos iglesias en las que entraban rezagadas mujeres jóvenes colocándose el velo a toda prisa antes de entrar, mientras sus padres les hacían gestos con la mano de que era tarde. A medida que se acercaban a Corrientes, la masa de gente era aún mayor.

Algunos comercios estaban abiertos a pesar de ser festivo. La gente circulaba por el borde de la calzada para evitar el agobio de las aceras y había grupos apiñados a la entrada de los bares. Varios cines habían abierto las taquillas para las sesiones de tarde y noche, y se veía una larga cola en uno que anunciaba *Cómo casarse con un millonario*, con carteles en los que Marilyn Monroe aparecía en todo su esplendor.

Pepe y Antonio marchaban a buen paso. Durante el camino, Pepe le iba contando la historia de algunos de los amigos que probablemente se encontrarían allí.

—Paco es el que siempre tiene ganas de diversión. Es de La Coruña, vino hace tres años, más o menos. Empezó trabajando en la limpieza de un hospital y ahora se está preparando para celador. No emigró por dinero. Alguien contó que dejó

embarazada a su novia y se quitó de en medio cogiendo el primer barco que salía hacia América, donde tenía un tío que le acogió en su casa hasta que encontró trabajo. Parece que al final su familia y la familia de la novia llegaron a un acuerdo, y ella se casó con el hermano mayor de Paco. Eso es lo que dicen, pero vete tú a saber si es verdad... También estará Juan Pedro, un tipo muy simpático de Almería. Quería ser marino y se embarcó en Cádiz, pero a los pocos días decidió que aquello no era lo suyo. Estuvo a punto de quedarse en Canarias, pero le convencieron para que llegara hasta Buenos Aires, porque en Las Palmas no iba a encontrar muchas oportunidades. Allí hay casi tantos emigrantes como en Galicia, aunque los canarios suelen ir a Venezuela. No es marino, pero trabaja de estibador en Puerto Nuevo y le va bien. Y conocerás a Edelmiro, que nació cerca de Pontevedra. Estuvo un tiempo en Brasil. Allí tuvo algún lío y decidió marcharse, llegó hace un par de años.

—¿Un lío con la policía?

—No, de faldas. Se enamoró de quien no debía y el padre le dijo que si no dejaba a su hija en paz más le valía tener cuidado, no fuera a aparecer tirado en una cuneta. Por lo visto la amenaza no era para tomar a broma. Cuenta que el hombre aquel ya había contratado a un tipo para deshacerse de un socio que le estaba timando en el negocio. Un asunto feo.

No tardaron en llegar. Había muchos clientes apostados a la puerta de El Carballo. Una ventana, con una pequeña repisa de madera, comunicaba la barra del local con la calle. Esto facilitaba el trabajo a los camareros que recogían las comandas que luego servían en las mesas colocadas en la acera, todas hasta arriba de gente a pesar de que el clima no acompañaba. Habían pasado los meses de calor, entraban en mayo y ya hacía falta una chaqueta. Precisamente en mayo empezaba el buen tiempo en Ventos.

Antes de entrar en el bar, Antonio recordó la pasada Navidad, ya viviendo en Buenos aires, con un calor asfixiante, extraña; sin su familia. Como era previsible, Isabella salvó la situación, que si era dura para todos los emigrantes, aún más si se trataba de la primera lejos de casa. Isabella decidió que esa Nochebuena la celebrarían en La Estrella con los empleados que quisieran venir, acompañados de sus familiares, y por supuesto invitados por ella y por su hermano. Adornaron el salón con bolas y cintas de colores y colocaron un belén

a la entrada de la cocina, con unas figuras españolas que le había regalado años atrás un cocinero murciano que había trabajado con ellos.

Se juntaron casi un centenar de personas, porque se sumaron algunos clientes que también estaban solos. Los hijos de los invitados y los sobrinos de Isabella hicieron olvidar las penas, con niños de por medio se hizo más fácil controlar las emociones. Cenaron toda clase de entremeses argentinos y pavo, cantaron villancicos y bebieron champán. Uno de los clientes contribuyó a la fiesta con unas cajas de vinos y licores de su tienda, una de las mejores de Buenos Aires. Dentro de la tristeza, recordaba ahora Antonio al entrar a El Carballo, había superado con entereza aquellas fechas difíciles, a tanta distancia de los suyos y de su tierra.

El Carballo era más grande de lo que parecía desde fuera. Y más claro. Un ventanal al fondo daba a un patio interior por el que entraba mucha luz. Dos de las paredes eran de piedra parecida al granito, y las otras dos pintadas de blanco. Fotografías de Galicia y una muy grande, enmarcada en madera, de un carballo, un roble como los que Antonio veía en Ventos cada vez que salía de casa.

Al lado del ventanal, un pote de tres patas como los que se encontraban en las cocinas de la aldea, en las lareiras. Pepe miró a su primo.

—Sitios como este los encuentras por todo Buenos Aires. Cuando salimos de la tierra, lo primero que hacemos es crear un espacio que nos haga sentirnos como allá.

Ricardo, el dueño, saludó a Pepe con un fuerte abrazo:

—Rapaz, *canto tempo* sin verte por aquí.

Pepe le presentó a su primo y le explicó que había cambiado de trabajo y que cada minuto libre lo dedicaba a montar el local que había alquilado con su socio. Ricardo se alegró de la noticia. Tras pedirle la dirección con la promesa de enviarle clientes, intercambiaron noticias sobre algunos conocidos.

—Andrés anda por ahí —le dijo Ricardo, mientras le señalaba una mesa en la que se sentaban seis o siete personas.

Todos eran hombres. Cuatro de ellos bebían vino en taza, señal de que eran gallegos; los otros en vaso y compartían una botella de vino blanco. Pepe le presentó primero a Andrés, un amigo de cuando llegó a Buenos Aires y con el que había vivido muchas experiencias «buenas y no tan buenas», como explicó Andrés al tiempo que estrechaba la mano de Antonio. Intercambiaron saludos

con los otros, que enseguida se apretaron para hacer sitio a los recién llegados. Tal y como imaginó Pepe, también estaban Paco y Edelmiro, pero se marcharon enseguida porque estaban invitados a comer en casa de alguien.

Durante la conversación, Antonio advirtió que los gallegos contaban experiencias no muy diferentes a las suyas. La nostalgia, la idea fija de regresar algún día a casa, la obsesión por el ahorro para crear un negocio que les hiciera ricos... y la casa en Galicia. Antonio, aunque no era el mayor de los que estaban allí, sí era el único que estaba casado. Todos se tenían mucha confianza. Andrés se puso algo pesado, insistiéndole a Antonio que se trajera a su familia en cuanto pudiera a Buenos Aires.

—Pero si yo lo que quiero es regresar un día a Galicia...

—Ya regresarás. Tráetelos para acá. Hazme caso, la distancia no es buena cosa, ni para ti ni para tu mujer ni para los chicos. Llevo aquí casi diez años y he visto de todo.

—¿A qué te refieres?

—Pues que acabas enredándote con la primera que te hace un poco de caso. Conozco muchos gallegos que han formado aquí una segunda familia y ya no saben para dónde tirar. Otra cosa te digo, las mujeres no deben estar solas mucho tiempo, y menos aun cuando son jóvenes. Pero, oye, con esto no te estoy diciendo que tu mujer se vaya a ir con el primero que encuentre... Tranquilo.

—Pues no lo digas... —interrumpió Antonio molesto.

—No, no lo iba a hacer. Pero comprende que no solo los hombres tienen necesidades.

Pepe seguía atento a la conversación y miraba la reacción de su primo, sin intervenir. Antonio se sentía contrariado, así que optó por quedarse callado, dándole vueltas a lo que acababa de decir Andrés. Su primo, queriendo disipar su malestar, le preguntó qué quería beber.

—Un vino, el mismo que pidas tú. Gracias —respondió Antonio en un tono algo bajo.

Ricardo, el dueño, enseguida les sirvió unas tazas y unos trozos de empanada.

—La acabo de sacar del horno. Si queréis comer, ya sabéis, lo de siempre: caldo y patatas con chocos extraordinarias. Hoy hay sardinas que parecen de la ría. Maruja las puede preparar en un momento. Aparte, hay carne, claro, que para

eso estamos en Argentina; pero la carne la encontráis en cualquier parte y, sin embargo, las sardinas no. Lo que me digáis.

Pidieron sardinas, el guiso de chocos, más empanada y más vino. Se tomaron el almuerzo con tranquilidad, disfrutando del buen momento compartido.

Antonio habló poco pero escuchó mucho, y Pepe explicó con entusiasmo cómo pensaba llevar su negocio. Mencionaba siempre a su socio. Antonio se dio cuenta de que no quería presumir de llevarlo solo, le constaba que había mucha gente que fanfarroneaba diciendo que ellos habían puesto en marcha un proyecto sin ayuda. Les dio la dirección y el grupo prometió que le irían mandando a quien preguntara por alguien que hiciera reformas o trabajos de carpintería. Antonio se alegró de haber aceptado la propuesta de su primo, comenzó a sentirse cómodo, podía comunicarse con personas que le entendían, que compartían recuerdos como los suyos, inquietudes como las suyas, sentimientos como los suyos. Que conocían los mismos paisajes, las mismas comidas, costumbres, tradiciones, las mismas canciones y hasta los rezos. Se reían de las mismas cosas y les angustiaban los mismos problemas. Incluso los dos argentinos que se encontraban con ellos, Santiago y Domingo, parecían comprender perfectamente de qué hablaban, como si también ellos fueran gallegos.

En el caso de Santiago no era difícil porque era nieto de gallego, pero Domingo era porteño por los cuatro costados y, sin embargo, parecía oriundo de una tierra que nunca había pisado. Domingo conocía mejor Galicia que muchos gallegos. Trabajaba con gallegos, sus mejores amigos eran gallegos y se sentía fascinado con las cosas que le contaban de allí.

—Iré algún día —le aseguró a Antonio—, y a lo mejor me enamoro de una mujer de allá y me quedo para siempre. Mi madre siempre anda con el cuento de que me va a atrapar una gallega melosa, pero dice que será aquí, en Buenos Aires. Quién sabe. Yo os admiro. Dejarlo todo y venir a América con lo puesto... Hasta que uno no lo ve de cerca... Conozco a personas que prefieren hacer una comida al día, que no gastan un peso, con tal de poder mandar dinero a sus casas o ahorrarlo todo para cuando regresen.

Antonio pegó un respingo. Le pareció escuchar que alguien había gritado su apellido a voz en cuello.

Vio cómo un joven se acercaba a la mesa. Debía de ser una confusión. Antonio no lo conocía, ni siquiera le sonaba aquella cara, aunque él parecía estar muy seguro de lo que hacía; con una expresión de alegría en el rostro, se abrió paso entre los clientes. Entonces fue directo hacia Santiago y ambos se fundieron en un abrazo.

—¡Cuánto tiempo! —dijo Santiago—. No sabía que andabas por Buenos Aires. Te hacía en Lobos.

—He venido a pasar el fin de semana con Mila, por eso no te he llamado. Está ahí fuera, he entrado solo para ver si había sitio.

—No te digo que te quedes con nosotros porque imagino que quieres estar solo con Mila. Salgo un momento a saludarla, eso sí.

Santiago se excusó con un «vuelvo ahora», y acompañó a su amigo hacia la puerta.

—Me pareció que lo había llamado Padín —le comentó con curiosidad Antonio a Andrés.

—Sí, es su apellido. Santiago Padín.

—Yo también soy Padín.

—Vaya. A lo mejor sois parientes, pregúntale —le animó Andrés.

—No creo, es un apellido bastante corriente en Galicia.

Sin embargo, una vez que Santiago se sentó de nuevo con ellos y les explicó que se trataba de un compañero de colegio, Antonio le contó que se apellidaba Padín, como él.

A Santiago le hizo gracia la coincidencia y comenzó a contarle su historia familiar.

—Mi abuelo es gallego, Manuel Padín. Emigró hace más de cincuenta años y se casó con mi abuela. Ella es argentina. Nunca volvió a Galicia, era de un pueblo de Pontevedra. Nunca quiso volver, y eso que hizo dinero suficiente como para hacerlo; pero siempre ha dicho que allí no le esperaba nadie, y de los amigos ni se acuerda. Perdió todo el contacto, ya no sabe quiénes siguen vivos y quiénes han muerto. Es más argentino que yo, le encanta el mate y se muere por un buen asado. De vez en cuando se queda callado durante horas, encerrado en sí mismo, y entonces mi abuela explica que se ha dejado llevar por la vena gallega.

—Yo soy de una aldea de Pontevedra, de Ventos —dijo Antonio mirando a Santiago.

—Mi abuelo también —dijo Santiago.

De pronto se hizo un silencio en la mesa y Antonio creyó que le iba a estallar la cabeza.

El abuelo. (Antonio)

Antonio y Santiago se miraron fijamente, como si uno le estuviera leyendo el mismo pensamiento al otro.

Pepe, paralizado, parecía a punto de hablar, pero se quedó callado a la espera de los acontecimientos. Domingo se revolvió incómodo y la chaqueta se le cayó al suelo. Arrastró la silla hacia atrás para agacharse y recoger la ropa. Fue el único sonido que se escuchó en la mesa, junto a las conversaciones del restaurante y el ruido de cubiertos y vajilla. Santiago fue el primero en hablar.

—¿Tu familia es la única de Ventos que se llama Padín?

Antonio, mirando a un punto fijo del suelo, no contestó, como si no hubiera oído la pregunta. Durante un tiempo que pareció interminable, nadie se atrevió a decir una palabra. Santiago, con voz muy baja, casi un murmullo, rompió el silencio:

—A lo mejor somos parientes.

Antonio permanecía callado. Se le veía confuso, aturdido, sin saber qué decir, ni cómo reaccionar. Pepe le apretó el brazo en un gesto de solidaridad. Era el único que comprendía, el único que se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo en ese instante. Finalmente, Antonio levantó la cabeza y aunque no miró a Santiago, como si tuviera miedo al ver su expresión, se atrevió a decir lo que pensaba:

—Tu abuelo era mi abuelo.

—¿Mi abuelo? ¿Manuel Padín?

—Tu abuelo Manuel Padín. Mi abuelo, que embarcó en Vigo hace cincuenta años y nunca más supimos de él.

—Pero ¿cómo va a ser tu abuelo si él no estaba casado?

—Lo estaba, con mi abuela Lola. La madre de mi padre.

—No puede ser. Se casó aquí por la iglesia con mi abuela Rosa, la madre de mi padre.

—Si tu abuelo se llama Manuel Padín, es de Ventos y llegó a Argentina a principios de siglo, es mi abuelo. No ha habido otro Manuel Padín en Ventos. Mi

abuela murió creyendo que era viuda, que su marido había muerto en Cuba, Venezuela, Argentina o en alguna otra parte de América. Ni siquiera estaba muy segura de que mi abuelo acabase en Argentina, aunque sí sabía que se había embarcado para Buenos Aires. Pero desde aquel día, nunca más se supo. Nadie lo vio, nadie nos dio noticias suyas.

—Y tu abuela no pudo con la pena...

—Era una mujer fuerte. Cuando murió yo debía de tener doce o trece años.

—No puede ser. Mis abuelos se casaron a los dos años de que él llegara acá.

—Eso ya no puedo explicarlo. Pero te aseguro que mi abuela estaba casada y bien casada con Manuel Padín, aunque, como ya te he dicho, mi abuelo desapareció. Después de tantos años, ella se creía una mujer viuda.

De nuevo se hizo el silencio. Nadie hablaba, ninguno se atrevía a hacer preguntas, todos estaban pendientes de la conversación entre Antonio y Santiago, con frases cortas y explicaciones breves. Breves pero contundentes.

Tanto el uno como el otro dieron por verdad sus respectivas historias. Ambas tenían visos de ser reales, ninguno tenía por qué mentir. Era absurdo.

Santiago, muy afectado por lo que había escuchado de boca de Antonio, al que acababa de conocer, cogió un tenedor de la mesa y comenzó a pasarlo por el mantel, haciendo dibujos de rayas cruzadas, ensimismado en sus pensamientos. Debía de estar encajando datos, asimilando fechas, nombres, recuerdos. En voz muy baja se le oyó decir:

—Somos primos.

Aquella frase fue una afirmación, no una pregunta. Al rato dio una nueva prueba de que aceptaba una situación que en principio parecía inverosímil.

—¿Manuel entonces era también tu abuelo? —le preguntó a Pepe.

Aliviado de tener la oportunidad de romper el diálogo a dos que seguían todos en vilo, Pepe respondió que no, que su padre era hermano de la madre de Antonio. Él no era Padín sino Beade.

—Pero conocí a Lola. En Ventos nos conocemos todos —continuó Pepe—, y lo que te ha contado Antonio es verdad. Nunca hubo noticias de Manuel. Lola pensó que había muerto. No le cabía en la cabeza que si su marido vivía no hubiera escrito o enviado noticias con alguien.

Al rato, Santiago se levantó y dejó unos pesos encima de la mesa. Se despidió de sus amigos. Necesitaba estar solo, dar un paseo.

Pepe también se puso en pie, como si quisiera añadir algo, dar la cara por su primo, pero Santiago no le dejó añadir nada más. Le puso una mano en el hombro mientras justificaba su marcha:

—Es mucho lo que tengo que pensar. Ahora mismo no sé qué debo hacer. No sé si mi abuela sabe que no está casada legalmente, pero, desde luego, mi padre y mis tías estoy seguro de que no tienen ni idea. Además, no sé si deben saberlo. Tengo que darle vueltas, pensar en todo lo que ha pasado.

—¿Cómo se llama tu padre? —le preguntó Antonio.

—Manuel, es el mayor de tres hermanos.

—Mi padre también se llamaba Manuel. Murió. Era el segundo de los tres. Sus hermanas, mis tías, se llaman Dolores y Nieves.

Santiago, se puso tan tenso que se le marcaron los músculos de la mandíbula. Hizo un extraño movimiento con la mano, como si quisiera coger la de Antonio, pero luego la posó sobre la mesa, agarró el vaso de vino, dio un trago y añadió dolido:

—Las dos hermanas de mi padre se llaman Dolores y Nieves.

A Pepe se le humedecieron los ojos, sentía en su propia carne el desconsuelo que estaban experimentando en ese momento su amigo y su primo. Santiago, pese a ser mucho más joven que Antonio, parecía tener más dominio sobre la situación. Se despidió una vez más .y sin mirar a nadie, se le escuchó decir: «Tenemos que hablar».

Antonio se quedó cavilando sobre cómo Santiago iba a encontrarse con él de nuevo, ya que no conocía su dirección ni su lugar de trabajo. Y entonces, rompiendo el silencio que había seguido a la marcha de Santiago, preguntó al resto de las personas que acababa de conocer si alguno sabía dónde podría localizarle. Luego pensó que mejor era dejar la dirección de La Estrella. Y en una servilleta de papel escribió los datos. Después solo se le ocurrió decir en voz alta:

—Me gustaría conocer a mi abuelo.

La larga travesía. (Manuel)

Salió del barco desorientado. Después de un mes de navegación en unas condiciones extremas, Manuel Padín había perdido la noción del tiempo. Antes de embarcar en Vigo rumbo a Argentina le habían advertido que el viaje duraría cuatro o cinco semanas si el estado de la mar lo permitía; de lo contrario, se verían obligados a refugiarse en algún puerto.

Las normas que la compañía naviera imponía a los emigrantes eran tan restrictivas e inflexibles que uno podía hacerse a la idea de que la travesía se haría difícil y había que estar muy convencido de querer partir, pues todo eran incertidumbres. Se marchaban sin saber cuándo regresarían, pero la falta de perspectivas de futuro obligaba a buscar otro horizonte en el que aún se dibujaba cierta esperanza. En todos los hogares se escuchaban los mismos argumentos por parte de los que se arriesgaban a viajar: regresarían, con dinero, lo antes posible.

Superar el viaje en situaciones de tanta precariedad Manuel lo consideraba ya un signo de que podría soportar todo, por malo que fuera lo que le esperaba. El equipaje voluminoso debía ser almacenado en la bodega porque las maletas impedían el paso entre las literas y obstaculizaban el buen funcionamiento del tubo de ventilación. De modo que cada pasajero únicamente podía tener consigo un bulto pequeño, una bolsa con lo indispensable. Era necesario disponer de al menos una muda a bordo y de jabón con el que asearse y lavar la ropa. Aconsejaban guardar a mano la ropa del desembarco, teniendo en cuenta que las estaciones climáticas en Argentina eran opuestas a las de España. El invierno coincidía con el verano español, y el verano con el invierno.

Por otra parte, no se admitía el embarque de mujeres solas con hijos menores de quince años, ni de hombres mayores de sesenta. A los jóvenes menores de quince se les permitía viajar siempre que lo hicieran acompañados de un adulto. En la aduana se impedía la entrada a cualquier persona con antecedentes penales, que hubiera padecido alguna enfermedad con anterioridad o presentara síntomas de tuberculosis, lepra, tifus o tracoma, o sufriera algún tipo de discapacidad.

Por fortuna, Manuel estaba sano y fuerte, y, por supuesto, no había tenido

problemas con la justicia. El hombre de la oficina naviera le entregó un papel con los requisitos obligatorios del viaje, que Manuel le dio al cura de Ventos y este se las leyó muy despacio. Las cosas se presentaban complicadas; al otro lado del océano, mucho se temía Manuel, no lo esperaban a uno precisamente con los brazos abiertos.

Él no tenía parientes allá, ni conocía a ningún paisano en Argentina. Los dos únicos hombres de Ventos que habían emigrado hasta el momento habían partido hacía años para Cuba; o al menos eso creían sus familias. Las noticias de la guerra en aquella colonia, tan trágica para España, llegaron incluso hasta una aldea perdida como Ventos, lo que echó para atrás a Manuel cuando, mucho más tarde, pensó en irse a América. La isla se había convertido en una nación independiente, y pensaba que los españoles no serían bien recibidos.

Antes de embarcar en Vigo, permaneció varios días alojado cerca del puerto en el Berbés, el barrio pesquero, a la espera de que le informaran sobre cuándo sería la salida. Compartía habitación con dos marineros y con un tal Ángel, de su misma edad, que, como él, se dirigía a Buenos Aires.

Tener pasaje con fecha cerrada no era ninguna garantía, lo sabían los dos y se lo terminaron de confirmar aquellos marineros que ya habían cruzado varias veces el Atlántico, hacia Cuba, Venezuela y Brasil. No se sabía cuándo llegaba el buque ni tampoco cuándo saldría. Además, había que ser espabilado y subir de los primeros, porque la compañía vendía más billetes que literas disponibles para acomodar a todo el pasaje.

Al cuarto día de espera, Manuel y Ángel descubrieron cientos de hombres apiñados en el muelle que, como ellos, esperaban la llegada del barco. Dormían a la intemperie, envueltos en lo que tenían a mano; muchos se habían provisto de cartones para aguantar el frío de la noche. Así que ellos no dudaron un segundo en regresar a la habitación alquilada, recogieron sus maletas y se instalaron en el muelle.

Sentados o tendidos según la hora y el cansancio, entablaron conversación con otros emigrantes. Sus historias no eran diferentes, todos escapaban de la falta de oportunidades. Era poco lo que ofrecía la España de principios de siglo. Aún se vivía la amargura de la pérdida de las colonias, los desastres de Filipinas y Cuba. La mayoría de edad del nuevo rey, Alfonso XIII, no auguraba aires nuevos en

una Galicia en la que escaseaba el trabajo, y no solo el trabajo. La mayor parte de la población vivía en la más absoluta precariedad.

Manuel había dudado mucho antes de sumarse a la ola de gallegos que en aquel tiempo embarcaban en Vigo, La Coruña o en Vilagarcía, pero cuando Lola quedó embarazada de su tercer hijo, se dio cuenta de que no había otra solución.

Su tío, veinte años antes, había hecho lo mismo. Se fue a probar suerte a Cuba. Allí debió de morir cuando la guerra colonial, jamás llegaron noticias de su paradero. Nunca se supo si había luchado, ni en qué bando, porque para entonces su tío había vivido más tiempo en Cuba que en España.

En eso y en aquello pensaba Manuel, entreteniéndose las horas, sin moverse de noche ni de día, tumbado en la explanada de la dársena, con los brazos detrás de la nuca, en una espera que parecía no tener un final cercano. Ángel se había acomodado cerca de Manuel, más próximo a las puertas de la aduana; veían a las mujeres que, como ellos, esperaban también su barco de partida. Uno de los hombres del grupo les explicó que viajarían todos en la bodega, pero que los hombres y las mujeres lo harían por separado. Su hermana se iba a Argentina con él en el mismo barco, y si todo iba bien, ambos se reunirían cuando llegaran a puerto.

El embarque fue una pesadilla. Una cola de rostros desesperados, personas que se empujaban en la pasarela; miradas de miedo y tristeza se dirigían hacia tierra firme, ansiosas por encontrar el último adiós, la última caricia de los suyos. Una vez en cubierta, eran conducidos hacia unas estrechas escaleras que llevaban a las entrañas de la embarcación.

Una mujer empezó a llorar, sus ojos se confundían con unas profundas ojeras; suplicaba con insistencia que la sacaran de allí, que quería bajar. Su hermano intentaba convencerla.

—¡No puedo, no puedo, no puedo! —gritaba ella de forma desgarradora.

Él insistía lleno de dolor:

—Tenemos que irnos. ¿Es que no lo entiendes?

La mujer se revolvía, intentando zafarse de los brazos de su hermano, luchaba por llegar de nuevo a la pasarela, pero la masa de personas que subían le impedía retroceder.

Manuel se sentía conmocionado por la escena. Apartó la mirada unos instantes y, cuando quiso buscarlos de nuevo, ya habían desaparecido. En los días

sucesivos, en aquel gran dormitorio compartido, no volvió a encontrarse con aquel hombre de ojos claros, quizás él y su desconsolada hermana se habían quedado finalmente en tierra; o quizás, como muchos emigrantes, prefirieron aguantar el viaje en cubierta. La mayoría permanecían acostados en el suelo, protegiéndose con mantas, soportando la humedad, el agua y las inclemencias del tiempo. Unos días muy fríos, y asfixiantes otros. Mejor aquello que soportar el ambiente irrespirable, la oscuridad y la falta de higiene de una masa de gente que se amontonaba, unos sobre otros, en las desvencijadas literas de la bodega, un nido de chinches y piojos.

Todas estas imágenes tristes y pesadas como la niebla regresaban a su memoria al llegar a su destino, a Buenos Aires. Todavía a bordo, con su pequeña maleta apretada contra el pecho, la cabeza le daba vueltas. Aquel sol rabioso le hería en los ojos, le costaba dar un paso, un enjambre de personas se movía de aquí para allá.

Manuel y Ángel permanecían en cubierta a la espera de desembarcar. Después de semanas de inseguridad e infierno, Manuel sintió de pronto un cansancio inhumano; las piernas apenas aguantaban el peso de su cuerpo, le costaba mantener el equilibrio, como si llevara dentro de sí el vaivén de las olas. Olas que en algún momento crecieron como montañas, y que afortunadamente Manuel no vio desde la bodega; de lo contrario, habría pensado que la muerte le esperaba en aquel océano negro y lleno de furia.

Ángel le había dejado a cargo de su maleta porque quería recoger algo en su litera. Regresó abriéndose camino a codazos y con novedades sobre el desembarco:

—El puerto se llama Puerto Madero y está en obras desde hace años. Parece que tiene poca profundidad y barcos como este no pueden atracar. Han dado orden de que el pasaje baje a las lanchas que nos transportarán a tierra. No nos queda otra que esperar nuestro turno —comentó Ángel—. Ni te imaginas la pelea que hay montada, la gente está muy nerviosa.

Llegaron al muelle con la maleta al hombro y los documentos a mano. En Vilagarcía ya le habían advertido a Manuel que los tuviera a buen recaudo. No era fácil entrar en Buenos Aires, los agentes de aduana estaban al quite para impedir que se colaran los que no tenían la documentación en regla. Siempre había quienes se embarcaban de manera clandestina y hacían todo lo posible

para eludir el control aprovechando la aglomeración que normalmente se formaba ante las puertas de entrada. Algunos polizones, sabiendo que la vigilancia era cada vez más estrecha, durante la travesía aprovechaban el menor descuido de cualquier emigrante para apoderarse de su documentación.

Manuel llevaba los papeles bien escondidos. Lola, su mujer, se los había pegado al pecho con la ayuda de una venda y no los sacó de allí hasta el momento de entregarlos a la policía de aduanas. Debían de oler a sudor y a mugre, pero en ningún momento quiso correr riesgos. Había tardado meses en conseguirlos y en ese tiempo vio de todo, incluso algún desalmado dispuesto a estafarle. Llegaron a ofrecerle un pase de «indigente» que le permitía viajar gratis en cualquier barco de los que cruzaban el océano. No se fio, y además no era indigente aunque se viera obligado a emigrar.

A bordo del buque que le llevaba a América —que llamaban trasatlántico, aunque era poco más que una cáscara de nuez con dos chimeneas y tres palos—, Manuel compartió espacio con hombres que efectivamente viajaban como indigentes, y a quienes los marineros trataban peor que si fueran perros callejeros.

Uno de ellos murió de unas fiebres poco antes de avistar tierra firme. Un sanitario firmó un papel certificando el fallecimiento, tras lo cual arrojaron su cadáver al mar sin ninguna consideración. Varios más habían tenido el mismo destino, como le contó Ángel aquella noche, y Manuel no disimuló su angustia. Tenía que llegar vivo a Buenos Aires; tenía que vivir. Por él mismo, por Lola y por los niños.

Despierto en aquella bodega, miraba las sombras que bailaban en el techo ennegrecido por la mugre. Tenía el oído atento a todo tipo de ruidos, a cada cual más pavoroso, como si el barco se estuviera partiendo por la mitad, a punto de naufragar. No sabía nada de barcos ni de la mar, pero aquello desde luego no sonaba bien. Los dos días que duró el temporal, Manuel sintió un miedo mortal. Con la manta se cubrió hasta la cabeza y cerró los ojos, le dolían todos los músculos de la cara y las sienes parecían a punto de estallar. Mientras se aferraba con todas sus fuerzas a los barrotes de la litera para no salir disparado, trató de convencerse de que no era más que un sueño, un mal sueño.

Hubo momentos en los que creyó que se encontraban boca abajo. Trató de no pensar en la muerte. Pensaba en su mujer, en sus tres niños. Nieves, la pequeña,

había nacido poco antes de que él embarcara en aquel barco maldito en el que todo el mundo pretendía engañarle. Unos intentaron ganar dinero ofreciéndole un plato de comida caliente; otros hicieron amago de ocupar su litera en cuanto se ausentaba. Ángel y él decidieron protegerse el uno al otro, y se turnaban incluso para tomar el aire fresco de la cubierta.

Con Ángel compartía los víveres que había traído de casa. El agente de la consignataria de buques le había explicado que la comida no sería un problema, pues el barco llevaba latas de conservas en abundancia y barriles de agua para los viajeros. Los barcos de ese tonelaje transportaban además conservas para vender en los países de América, pero entre la clase «emigrantes» —así llamaban a la clase inferior, a tercera— era frecuente que distribuyeran las que estaban en peores condiciones. Manuel guardaba como oro en paño una docena de latas grandes de sardinas que Lola se había empeñado en comprar en una fábrica de Vilagarcía. Con una de esas latas aguantaban los dos durante un día, gracias a que Ángel llevaba unos chorizos caseros que comían a mordiscos. El pillaje estaba a la orden del día, así que tanto Manuel como Ángel guardaban sus víveres en un hatillo y por la noche lo utilizaban de almohada.

Tenían también la posibilidad de tomar aquella especie de rancho que los marineros traían en grandes cacerolas en las que nunca había suficiente comida para todos. Para conseguir llevarse al plato un par de cucharones de aquel potaje, uno tenía que pelearse con un tumulto de hombres hambrientos y, después de ingerirlo, con frecuencia había que salir disparado hacia unas letrinas sucias y malolientes.

Las condiciones higiénicas no existían; igual que las sanitarias. Había que andarse con cuidado de no acercarse a ningún enfermo, pues el contagio significaba una muerte segura. Y Manuel quería llegar no solo vivo, sino en condiciones de encontrar trabajo cuanto antes. Había tardado más de dos años en reunir el dinero para el pasaje, y estaba decidido a alcanzar el objetivo que se había marcado: trabajar, trabajar hasta caer desfallecido. Volver a Galicia y, si no, traerse a Lola y los niños a Buenos Aires o a donde le empujara el destino. Argentina o cualquier otro sitio, Buenos Aires o cualquier otra ciudad.

El consignatario de Vilagarcía le preguntó si tenía algún familiar en algún país, si había pensado en algún destino concreto. A Manuel le daba igual, lo que le importaba era encontrar una oportunidad de trabajo. Entonces el funcionario

sacó pasaje para el barco que consideró adecuado al dinero del que disponía y en la fecha que le pareció más conveniente.

El aduanero le pidió los documentos que Manuel llevaba preparados de antemano, le planteó un par de cuestiones, formalidades del trámite, y le preguntó dónde iba a alojarse. Algo nervioso, respondió lo mejor que supo y dio el nombre del hostel que le había aconsejado el hombre de la consignataria de Vilagarcía.

Cuando logró salir del control de aduanas, Ángel le estaba esperando, tal y como habían acordado. Afortunadamente, ninguno de los dos había tenido problemas. Los policías despachaban a la gente con prisa. Quizá porque era domingo, como supieron más tarde pues habían perdido la noción del tiempo, y querían acabar cuanto antes; quizá porque la experiencia era larga y sabían de sobra que aquellos hombres y mujeres llegaban a Argentina como quien llega a la Tierra Prometida. En su mayoría buena gente, sin ganas de buscarse problemas.

—Manuel, tengo buenas noticias —le dijo Ángel, que había demostrado hasta ahora ser más espabilado y decidido que Manuel.

—¿Puede haber buenas noticias? Si ni siquiera sabemos para dónde tirar y dónde encontrar una cama en que dormir. Y encima, domingo.

—Ya te conté en Vigo que el hombre al que compré el pasaje me habló del Hotel de los Inmigrantes.

—Ángel, si venimos con lo puesto... Como para pensar ahora en un hotel.

—Hotel es solo de nombre. Es del gobierno argentino, para los que llegamos de fuera y necesitamos meternos en algún sitio. Cuando estaba en la aduana un tipo me volvió a hablar de ese lugar, y está aquí cerca.

Era evidente que Ángel se sabía mover. Fue una suerte que se hubieran encontrado. El tiempo se encargó de hacer el resto. Entre aquellos compañeros de viaje nacería una amistad sincera y profunda.

El hotel de los inmigrantes. (Manuel)

Decidido entonces. Nada de hostales, debían localizar el Hotel de los Inmigrantes.

—El hombre con el que hablé en la fila conocía bien esto —comentó Ángel—. Debía de ser de aquí porque hablaba en español pero con acento raro, seguro que era argentino. Me contó lo del Hotel de los Inmigrantes cuando le dije que no me esperaba nadie y que buscaba un sitio en el que dormir esta noche. Me explicó que es un buen sitio y que podíamos ir andando desde el embarcadero. Que lo encontraremos sin dificultad, entre el mar y las vías del tren. Según él no tiene pérdida, es un edificio redondo en el que se puede dormir y comer gratis.

El Hotel, conocido como La Rotonda, se había construido años atrás para acoger a los miles de extranjeros que cada día llegaban al país procedentes de Europa. Suponía una importante ayuda para los inmigrantes que, recién llegados, todavía no habían encontrado acomodo pero venían con ganas de trabajar. Su objetivo inicial era humanitario, sin embargo también existían motivos laborales, ya que en aquella época Argentina vivía un despegue jamás visto hasta entonces y necesitaba mucha mano de obra para construir carreteras, edificios, las vías del ferrocarril o el puerto de Buenos Aires, que aspiraba a ser el mejor del Atlántico Sur a pesar de su poco calado, y que obligaba a una labor ingente de ingeniería que el gobierno había emprendido pocos años antes.

Argentina quería mano de obra para desarrollar sus infraestructuras, pero también para trabajar los campos y levantar grandes ciudades con las que pretendía convertirse en la nación más importante de Sudamérica.

Manuel y Ángel siguieron las señas del hombre y enseguida encontraron aquel edificio que, efectivamente, parecía redondo, aunque su base era poligonal y el techo estaba rematado por una especie de cúpula. Tenía adosado un anexo, más convencional en su diseño, destinado a los comedores, la cocina, la lavandería, las oficinas de administración y los baños. En el patio había unos inmensos aljibes donde se almacenaba el agua.

En la construcción circular estaban los dormitorios, capaces de albergar cada

noche tres mil personas, según les contó un hombre bajito de rasgos indígenas, el primero que veían en su vida, mientras esperaban a ser atendidos. Una multitud de personas entraban y salían constantemente, pero se advertía cierto orden, una buena señal después de las aglomeraciones que habían sufrido.

La joven del mostrador de recepción les recibió con amabilidad. Les informó que podían alojarse durante cinco días gratuitamente, tenían a su disposición el comedor y una litera donde dormir. Les ofrecería la información necesaria sobre la ciudad y asesoramiento sobre dónde podían encontrar trabajo. Cinco días como máximo; ante un problema más que justificado, podrían alojarse unos días más. Esas eran las normas.

—Lo de los cinco días máximo es una buena señal, ¿no te parece? —le susurró Ángel al oído—. Significa que hay trabajo para todos.

Los dos sintieron que se quitaban un peso de encima, habían resuelto con rapidez la primera dificultad y de la mejor manera posible. No podían pedir más.

Esa noche, tras varias semanas, tomaron por fin su primera cena caliente y se acostaron en un inmenso e interminable dormitorio, con unas literas en las que unas lonas sujetas con ganchos a los bordes metálicos de la estructura de hierro hacían la función de colchón. Manuel durmió apenas, debido a la excitación, y eso que era la primera habitación bien ventilada en varias semanas; además la litera no era incómoda y la manta le protegía del frío.

Estaba en Buenos Aires. Se hacía mil preguntas sobre lo que le esperaba al día siguiente, cómo sería la ciudad a la que acababa de llegar, cómo le recibiría, si encontraría pronto trabajo y cuál, aunque el siempre optimista Ángel le había convencido de que antes de dos o tres días estarían los dos ya colocados. Se preguntaba también dónde iba a vivir cuando abandonara el Hotel de los Inmigrantes. Una cosa era segura: Ángel y él compartirían habitación, como habían hecho desde el día que coincidieron con aquellos dos marineros en el Berbés. Sin separarse desde entonces, se acompañaban bien uno al otro, aunque eran muy distintos de carácter. Quizá por ello congeniaran bien.

Era una buena cosa haber conocido a Ángel, se decía Manuel tumbado en la litera. En la de abajo, alguien pronunció, dormido, unas palabras incomprensibles. Manuel escuchó varios ronquidos, y para intentar dormir trató de adivinar a cuántas personas distintas correspondían. Su último pensamiento fue para Lola. ¿Qué estaría haciendo?

Se levantaron con el alba y les dieron café con leche y pan en un comedor tan amplio como el cuarto donde habían dormido. Solo había hombres. Las mujeres dormían y comían en otras salas.

En el edificio de al lado, tal y como les dijeron a su llegada, les facilitaron toda clase de información. Manuel iniciaba una nueva vida en Buenos Aires. Sentía tanta incertidumbre como miedo, ni siquiera recordaba lo que había dejado atrás. De momento, había que echar a andar, patear las calles de esa ciudad que les acogía con generosidad.

Al salir de La Rotonda se quedaron sorprendidos. Tenían delante un mar poco profundo por el que se movían pequeños barcos de vela y carretones tirados por caballos que trasladaban productos del campo, material de construcción y otras mercancías diversas.

—¿Habías visto alguna vez caballos en el mar? —preguntó Manuel desconcertado.

—Nunca, pero a lo mejor esto no es el mar.

—Tiene que serlo, allá se ven barcos grandes.

—Quizás sea que la marea baja más que en Galicia y por eso pueden meterse los carros. Pero nunca había visto una barca de vela arrastrada por un caballo.

—Debe de ser porque estamos en América.

—Será eso.

Durante unos minutos permanecieron parados observando el espectáculo. Se encontraban bien, descansados y contentos. El café con leche les había sabido a gloria. Se sentían limpios, pudieron cambiarse de ropa y los dos vestían pantalones de pana con los que soportaban perfectamente la temperatura, no muy alta. Querían causar buena impresión. Tenían dos retos inmediatos, y a los dos se dedicaron con el mismo empeño: buscar trabajo y buscar alojamiento.

En las oficinas del Hotel de los Inmigrantes les tranquilizaron, no encontrarían excesivas dificultades para una cosa ni para la otra. En el propio puerto se necesitaba mano de obra. No solo estibadores, siempre necesarios debido a la llegada continua de buques, sino también para otro tipo de tareas. Puerto Madero era además el lugar donde los contratistas acudían a buscar albañiles o temporeros para el campo. Según les explicó un funcionario, sentado tras una de las numerosas mesas de la sala de información, también se necesitaban cocheros

y les recomendó que se acercaran a la ferroviaria donde últimamente habían contratado a muchos inmigrantes.

—No les va a ser difícil encontrar trabajo, no más se dan una vuelta por las calles y en cualquier bar o comercio verán carteles en los que buscan personal — les animó.

Ninguno de los dos se atrevió a confesarle que el problema era que no sabían leer.

—¿Y si nos piden referencias? No conocemos a nadie...

—Suelen pedir las cuando se trata de particulares, pero a la mayoría les basta con que tengan buenas manos y ganas. Se están construyendo muchas calles y edificios, nuevas canalizaciones y vías para el tranvía... Incluso han dicho que van a construir un tren subterráneo, pero eso lo tengo que ver yo con estos ojos. En una palabra, si quieren, encuentran trabajo hoy mismo.

Se adentraron en la zona portuaria, que como les había dicho el hombre era un constante trasiego de carretones de caballos circulando a más velocidad de lo que aconsejaba la prudencia, con hombres que transportaban toda clase de bultos y fardos.

Al mediodía, Ángel ya había acordado con un tipo que se presentaría al día siguiente a primera hora de la mañana para empezar a trabajar como estibador, por un salario mejor del que hubiera pensado, teniendo en cuenta que acababa de pisar Buenos Aires.

Entraron en un bar a tomar un café y un hombre acodado en la barra les preguntó si eran gallegos.

—Sí, ¿por qué lo dice? —preguntó Ángel con la mosca detrás de la oreja.

—Porque el acento no se va ni aunque lleves aquí veinte años, como en mi caso. ¿De dónde sois? —se interesó el gallego.

Pronto se animó la conversación con el paisano. Le explicaron que estaban recién llegados, que se alojaban en el Hotel. Sin darles tiempo a mencionarlo, les preguntó si tenían trabajo.

—Ángel acaba de ser contratado en el puerto, de allí venimos —respondió Manuel—. Yo todavía no he encontrado nada, pero acabamos de empezar. Tampoco la cosa parece estar muy complicada.

—Esta ciudad se está construyendo casi entera, cada día hay un edificio nuevo. Yo me he pasado un tiempo en la construcción de viviendas, pero ahora hago

calle.

—¿Qué es eso?

—Trabajo pavimentando calles, revistiendo aceras. He hecho conducciones de agua, y alguna vez he estado con el alumbrado. En Buenos Aires dinero hay, pero también hay que sudarlo, ¿eh? Pagan mejor en los edificios, pero tuve una mala experiencia; cuando me vi allá arriba me dio vértigo, casi me mato. Prefiero pisar tierra, es menos peligroso. Y se aprende rápido, limpiar, alisar, empedrar, asfaltar... Quizás te interese. Piénsatelo. Estamos trabajando a un par de cuadras de aquí, en el descanso de media mañana me vengo a tomar un aguardiente y reponer fuerzas. Si decides probar, nos vemos mañana y te vienes conmigo para que te presente al capataz.

Tenían la suerte de su lado. Su primera mañana en Buenos Aires y ambos tenían por ahora el trabajo solucionado. Ángel le animó, era una buena oportunidad. Estaba decidido, al día siguiente Manuel acudiría a su cita.

En cuanto al alojamiento, el mismo paisano les indicó que buscaran en un conventillo.

—Nosotros no somos curas ni andamos en cosas de religión —aclaró Ángel.

—Ya imagino —dijo el paisano divertido—. Aquí los conventillos son las casas donde vive gente como nosotros. Los hay por todas partes, aunque, si me permitís un consejo, uno tiene que andarse con ojo porque hay propietarios que se aprovechan de los recién llegados que no saben lo que cuestan los alquileres y a veces cobran más que por una buena casa. En algunas los cuartos se caen a pedazos y no tienen baños. También están las habitaciones por horas, pero yo no las aconsejo a nadie. Alquilas un cuarto para dormir unas horas al día y después te tienes que marchar porque viene otro que ha alquilado el mismo cuarto en otro horario. Las llaman camas rotatorias.

Ángel y Antonio se miraron el uno al otro sin pronunciar palabra, se habían entendido. No estaban tan desesperados como para compartir cama con vete a saber quién. Aquello de los conventillos les pareció interesante, siempre que no encontraran primero alguna habitación de alquiler para ellos dos solos.

Preguntaron en varios sitios y vieron docenas de cuartos en los que se hacinaba gente muy variopinta; incluso encontraron un casero avisado que les pedía que pusieran ellos los colchones si querían la habitación.

Por la noche, cuando llegaron al Hotel, la misma joven de la recepción les preguntó cómo les había ido en su primer día. Ángel enseguida le puso al corriente de las buenas noticias, aunque el tema del alojamiento no lo tenían aún claro. Ella les aconsejó que fueran al barrio de Monserrat, donde encontrarían casas compartidas.

Dicho y hecho, en aquel barrio conocieron los «conventillos» de los que les había hablado el gallego. Edificios que ocupaban una cuadra en la mayoría de los casos, con un gran patio central en el que desembocaban las habitaciones donde vivían familias enteras. Excesivamente ruidosos los primeros que vieron, con demasiada gente y montones de basura sin recoger en la puerta. Les dio mejor impresión uno en el que un grupo de mujeres cosían en el patio sentadas en unas sillas de enea. Tendrían que hablar con el casero, les dijeron, solía pasarse por las tardes.

Las costureras les ofrecieron asiento para la espera y, mientras proseguían con su labor, explicaron que disponían de diez letrinas y cinco baños comunes, más que otras casas de inquilinos de la zona. Vivían allí algo más de cien personas, aunque nunca se conocía el número exacto porque algunos inquilinos alquilaban sus viviendas por horas sin que lo supiera el casero, y dejaban que alguien ocupara sus camas cuando iban a trabajar.

Casi todos eran inmigrantes, la mayoría de ellos italianos. «Los mejores —dijo riendo una mujer, italiana, casada con un albañil—, los más cariñosos», y también había judíos, procedentes de Centroeuropa y del norte de África. Pocas mujeres, todas ellas casadas, y algunos chiquillos que pasaban la mañana y parte de la tarde en la escuela.

Casi todas las mujeres cosían para una fábrica de ropa. Una vez a la semana aparecía un hombre con una carreta de la que bajaba unas cajas con los patrones ya cortados y se llevaba las camisas y pantalones terminados. No admitía retrasos y, explicó Laura, la vecina italiana: «Nos ayudamos unas a otras, somos como una familia. Cuando alguna está apurada le echamos una mano. Estos días tenemos a María enferma, pero cuando llegue mañana el carretón se llevará lo suyo, nadie tiene por qué saber si lo ha cosido ella o no».

A Manuel y a Ángel les gustó el espíritu que vieron en aquel patio de ropa tendida y mujeres habladoras. En el piso superior, con una barandilla que daba al patio, varias puertas estaban abiertas «para que se ventilen las habitaciones, que

no tenemos ventanas a la calle», les contaron. «Y cocinamos en los braseros que veis en la puerta. Si llueve, subimos al pasillo de arriba, que está cubierto, no vaya a ser que si metemos los braseros en las habitaciones acabemos ardiendo; no sería la primera vez, ocurrió no hace mucho en una casa de inquilinato de San Cristóbal. Murieron tres hombres».

Siguieron con su charla e incluso invitaron a los dos recién llegados a un vaso de vino mientras esperaban que llegara al casero. Estaban nerviosos, esperaban que les diera cobijo. Aquel «conventillo» tenía mejor aspecto que otras casas que habían conocido esa misma mañana, y que les produjeron una gran desazón por el hacinamiento, el olor y los destrozos visibles desde fuera, con tablones mal sujetos y chapas de metal en el techo. Sin embargo, la ropa tendida recién lavada, la forma en que trabajaba el grupo de mujeres, cómo les habían recibido y la charla intrascendente que duraba ya una buena hora les hicieron pensar que podrían sentirse bien en aquel lugar.

Tuvieron suerte. El casero, un hombre adusto y poco simpático, pero que parecía riguroso en lo suyo, les dijo que podía facilitarles una habitación en una semana, no antes. Si no encontraban dónde meterse mientras tanto, podían dormir en un rincón del patio, aunque pasarían frío. Ángel recordó que en el propio Hotel de los Inmigrantes le habían dicho que podían prolongar la estancia un par de días, solo un par de días, si había razones para aplazar la salida, y estaban convencidos de que si les enseñaban el papel en el que el casero había firmado un «recibí» por los pesos que le habían entregado como adelanto —y que leyó Laura para comprobar que era correcto y recogía la cantidad que habían pagado— en el Hotel les permitirían quedarse un par de días más de los cinco previstos. Y si no, dormirían en el patio; en lugares peores lo habían hecho. En el propio barco, sin ir más lejos.

Regresaron al hotel de tan buen humor que el hombre que se sentó a su lado en el comedor les comentó que parecía que les hubiera tocado la lotería. «Pues casi», le respondió Ángel. En su primera jornada en Buenos Aires habían encontrado trabajo y vivienda. No se podía iniciar su nueva vida con mejor pie.

Saúl, la gran oportunidad. (Manuel)

La noche a veces era canalla, arrastraba consigo todos los acontecimientos del día, de los meses, de toda una vida. En las horas de insomnio acudían los sentimientos contrariados, los temores, y los problemas parecían no tener solución.

El día anterior, Manuel había cumplido un año en Buenos Aires. Doce meses de experiencias inimaginables para un hombre que había nacido en un pueblo muy cerrado en sí mismo, ajeno a los acontecimientos del resto del mundo. En el tiempo que llevaba en Argentina había vivido situaciones que jamás habría podido imaginar. Incluso había participado en algunas manifestaciones políticas en las que sin querer se vio envuelto, dejándose llevar por un espíritu combativo que nunca había aparecido allá en Ventos, allá en Galicia. Su primera incursión en las turbulencias políticas se produjo en la rebelión de 1905, que provocó el estado de sitio en Buenos Aires durante tres meses.

No sabía nada de política ni de gobiernos, se enteró de todo en el patio, convertido en un auténtico centro de información en el que Manuel pasaba el poco tiempo libre del que disponía. Allí charlaba con la gente del conventillo y escuchaba confidencias. Compartía sus preocupaciones con otros vecinos y además se divertía con las bromas de las mujeres, eternas ocupantes del patio siempre a cuestras con su costura, que no perdían la oportunidad de sacarle los colores al tímido Manuel, que bromeaban diciéndole que todas las jóvenes que pasaban por la puerta estaban enamoradas del apuesto gallego.

Manuel nunca se había interesado por la política, pero en la convulsa Argentina de principios de siglo no se podía vivir al margen de ese mundo que le era tan ajeno. Se enteró de que la revuelta contra el gobierno conservador del Partido Autonomista Nacional la lideraba un tal Hipólito Yrigoyen, que acusaba al presidente Quintana de fraude electoral y exigía unos nuevos comicios.

En Buenos Aires se sofocaron con rapidez las manifestaciones de protesta con una fuerte represión contra obreros y sindicalistas en las que Manuel se vio involucrado sin querer. En mayo, hubo una manifestación como no se recordaba

en Buenos Aires, y Manuel llegó a su barrio espantado, contando que había visto hombres con pistolas y sables enfrentándose entre ellos y con la policía. Estaba seguro de que había muchos heridos; él mismo había visto a un grupo correr en auxilio de un joven al que le colgaba el brazo ensangrentado. Una mujer intentó hacerle un torniquete con una toalla. «Dos muertos», le dijeron en el patio, donde ya tenían todos los datos. Como suponía, hubo centenares de heridos, aunque el gobierno solo admitió la cifra de veinte. Lo peor fueron los dos muertos. Aquello presagiaba malos tiempos.

En el mes de agosto se produjo un ataque contra el presidente Quintana, quien, tras recibir un disparo, logró llegar con vida a la Casa de Gobierno. El autor del atentado resultó ser un anarquista catalán, lo que provocó que la policía empezara a controlar a los españoles. Los paraban por la calle y les pedían la documentación; incluso acudían a los centros de trabajo y se informaban sobre quiénes tenían un comportamiento sospechoso o frecuentaban gente poco recomendable.

Manuel enseguida tomó precauciones, no podía arriesgarse a ser encarcelado y poner en peligro su estancia en Argentina. De todas formas, con el transcurso de los meses, comprendió que había emigrado a un país en crisis permanente y que las tensiones políticas, por mucho que no tuvieran nada que ver con su día a día, terminaban por afectarle a uno de una u otra manera. Tras la manifestación de mayo y sus graves consecuencias, Manuel puso punto y final a sus actividades reivindicativas, a pesar de la insistencia de sus compañeros, la mayoría de ellos sindicalistas muy comprometidos en la lucha contra el régimen.

Mientras hacía balance de su primer año en Buenos Aires y reflexionaba sobre la necesidad de actuar con prudencia ante las manifestaciones, sintió cierta culpabilidad, porque reconocía que se encontraba bien, mejor de lo que pensaba cuando preparaba lleno de angustia su viaje a América. Ya no le causaba tanta ansiedad la lejanía, ni estaba obsesionado con volver a casa cuanto antes. Es más, Lola y los niños no estaban en su cabeza todos los minutos del día como le ocurría al principio.

Se sentía culpable porque ni siquiera les había escrito, y no era excusa que no supiera escribir. Saúl se pasaba casi todas las tardes en el patio escribiendo cartas para quien quisiera.

Saúl Córdova era un joven judío de unos treinta años que había llegado con sus padres y su hermana a Buenos Aires procedentes de Tánger. Vivía a dos cuadras del conventillo. «Cuadras. Ya hablo como los de aquí», pensó.

Hacía poco más de dos meses que el joven apareció por primera vez por el conventillo. Acompañaba a un vecino que quería escribir a su familia y que trabajaba en un comercio propiedad de los padres de Saúl. Este se había ofrecido a escribir la carta, y tras finalizar los dos folios al dictado de lo que le decía su «cliente», añadió varios párrafos de su propia cosecha, contando cómo era la vida en Buenos Aires. Una de las costureras le preguntó si también escribiría para ella y él accedió. Y pronto aparecieron más peticiones, por lo que Saúl se convirtió en una figura habitual en el patio, una especie de consejero y asesor.

Llegó allí una tarde con una idea en la cabeza que explicó a los pocos que encontró aprovechando la última luz del día.

—Llevo dándole vueltas a una propuesta. A ver qué os parece. ¿Por qué no aprendéis a escribir? No quiero decir con esto que esté cansado de hacerlo para vosotros, siempre me tendréis a vuestra disposición para escribir cartas o ayudaros en lo que haga falta, pero nunca vais a ser más de lo que ahora sois si no sabéis leer, escribir y llevar las cuentas. Todos queréis montar un negocio, algo que veo complicado si no sabéis leer un contrato, ni sois capaces de saber lo que ingresáis y lo que gastáis.

Miró a su alrededor y se dio cuenta enseguida de que su plan había tenido poco éxito. Laura, la italiana, la que hablaba siempre como portavoz de las costureras y una de las mujeres que contagiaba alegría a aquella comunidad, se atrevió a preguntarle lo que todos tenían en la cabeza:

—¿Cuánto costaría?, ¿quién sería el maestro?, ¿de dónde vamos a sacar el tiempo?, ¿quién se ocupará de nuestros hijos mientras...?

—Para, para, Laura, que he pensado en todo —la interrumpió Saúl con una amplia sonrisa—. No es necesario moverse del patio. Sé quién podría venir y además enseñaros sin pagar. Se llama Raquel, mi hermana Raquel. Quiere trabajar en una de las tiendas de mi padre, pero todavía no ha conseguido convencerle, por tanto, tiene mucho tiempo libre. Vivimos tan cerca que podría encargarse de venir una hora por la tarde, y quien quiera y pueda aprender no tiene más que sentarse a escuchar y empezar a hacer las tareas que mi hermana os ponga. Me ha dicho en varias ocasiones que le gustaría hacer algo por los

demás y en un primer momento pensé que podía acercarse conmigo para ayudarnos con las cartas, pero fue ella la que me propuso las clases para aprender a leer y escribir. ¿Qué os parece?

En su cama, Manuel recordó los rostros dubitativos de los hombres cuando escucharon al joven. Sin embargo, las mujeres estuvieron bien dispuestas desde el comienzo. Durante los primeros días fueron las únicas alumnas de Raquel Córdova, hasta que ellos fueron animándose unos a otros.

Raquel tenía un rostro aniñado que poco tenía que ver con su carácter decidido. Desde el primer momento demostró saber qué terreno pisaba y se hizo enseguida con la situación. Aparecía acompañada por Ana, una mujer mayor, al servicio de su familia desde que era pequeña. Se sentaba en una silla al lado de Raquel para ayudarla en lo que le pedía, repartir papel y lápices —que Raquel llevaba— y cada día instalaba una pizarra sobre un caballete que recogía al finalizar la clase y se guardaba en casa de Laura.

En la segunda semana, un par de hombres aparecieron con sus sillas y se sentaron detrás de las mujeres y, antes de que pasara un mes, casi había el doble de hombres que de mujeres y las clases transcurrían con una seriedad que para sí querían muchos maestros en sus escuelas.

La mayoría de las costureras continuaban con su trabajo, no lo interrumpían, y cosían mientras seguían las indicaciones de Raquel; cantaban las letras y salían a la pizarra, dejando la labor en la silla. Los niños, que en su mayoría iban a la escuela, no se reían al ver a sus padres. Todo lo más, se adelantaban a las respuestas de los mayores cuando preguntaba Raquel. Era su manera infantil de demostrar que no habían perdido el tiempo en clase.

Manuel se sentía culpable porque aún no había enviado ningún dinero a Lola. Se había comprometido a mandarlo con alguien que regresara a Galicia porque se fiaba muy poco de los consignatarios; no se atrevía a dejar sus ahorros en manos de desconocidos que además hacían negocio vendiendo pasajes a América a unos precios abusivos, para viajar luego en peores condiciones que los animales. De todas maneras, aquello no eran más que excusas, porque sí sabía cómo enviar dinero desde Buenos Aires sin ser víctima de tramposos. Se engañaba a sí mismo pensando que lo mejor para Lola era que él guardara su dinero en Argentina y se hiciera con una suma importante para regresar cuanto antes, montar un negocio y construir una buena casa.

Una casa. Nunca pudo pensar Manuel que sentiría aquel cuarto como su propia casa. No eran más de diez metros cuadrados que compartía con Ángel, que para entonces se había convertido para él en el hermano que nunca tuvo. Apenas dos camas —camas, con colchones rellenos de lana, nada de colchonetas en el suelo; fue el primer lujo que se dieron los dos—, una mesa con dos sillas, un armario de segunda mano que había restaurado Ángel, que se daba muy buena maña, y unos estantes en los que se veían unos platos, vasos, cubiertos y los cacharros para cocinar. Cocinaban en un infiernillo colocado cerca de la puerta de la entrada. En la pared, dos fotografías: la catedral de Santiago y la ría de Pontevedra con la isla de Ons, cortadas de unos calendarios que les había regalado el hombre que les vendió el armario cuando supo que eran gallegos. «Tengan, de su tierra, para que la tengan siempre presente», les dijo. Como si no la tuvieran...

¿La tenía él presente?, se preguntó Manuel poco antes de quedarse por fin dormido.

Como todas las mañanas tomó el tranvía para dirigirse al trabajo. Esos días la empresa se ocupaba de asfaltar una calle en un barrio nuevo en el que se acababa de construir una escuela infantil. Manuel estaba contento, a pesar de que aún no había trabado amistad con ninguno de sus compañeros, pues resultó ser una cuadrilla poco habladora. Descansaban solo al mediodía para tomar el almuerzo, momento que aprovechaban para intercambiar alguna frase, siempre relacionada con la tarea que tenían entre manos o la que quedaba pendiente por hacer. El trabajo era duro, pero no hacía falta tener grandes conocimientos, un capataz les daba las instrucciones y solo había que cumplirlas, sin más complicaciones. Aquel gallego que había conocido en el bar tenía toda la razón: mejor tener los pies en el suelo que ser albañil en las alturas, aunque pagaran más. Raro era el día en el que, a la hora del descanso, no contaba alguien la historia de un obrero caído de un andamio o herido de gravedad por una sierra.

Manuel se sentía cómodo en Buenos Aires. Curiosamente, lo que más le había costado al principio era manejarse con la moneda, con los pesos. Habitado a las pesetas, se equivocaba con las monedas y los billetes, y al desconocimiento inicial se sumaba que no sabía leer. Leer llegó a convertirse en una obsesión, por eso la propuesta de Saúl de que su hermana se ocupara de los inquilinos del conventillo, para Manuel, fue una tabla de salvación. Le daba vergüenza

expresar su deseo de ir a la escuela, y más aún pensar que si vencía esa vergüenza se vería en una clase rodeado de chiquillos que podrían burlarse de él. Un día se lo dijo a Ángel, cuando los dos se habían acostado ya y charlaban de cómo les había ido el día, con las velas apagadas.

—Ángel, ¿nunca has echado de menos no saber leer?

—Ahora sí, pero cuando estaba en casa no lo necesitaba.

—¿Y no te gustaría aprender?

—No creas que no le he dado vueltas al tema. En el puerto muchas veces tengo que preguntar porque no sé qué ponen los letreros de la carga, suerte que siempre encuentro a alguno que me echa una mano. Pero ¿a mi edad? ¡Cómo voy a ir a la escuela!

—Yo me digo lo mismo —confesó Manuel a su amigo—. A lo mejor, más adelante...

Manuel pensaba en esa conversación que parecía muy lejana, aunque se había producido solo seis o siete meses atrás. Sin embargo, las clases con Raquel eran ya algo cotidiano, el mejor momento del día. Estaba satisfecho con su progreso. Después de aprender a juntar sílabas, consiguió leer los carteles de una línea que encontraba camino a uno de los bares del puerto, donde se reunía con Ángel al terminar la jornada. Le gustaban los bares de Buenos Aires, locales abarrotados por la tarde, cada uno con su propia especialidad. Manuel encontró a varias mujeres gallegas al frente de la cocina, y más de una vez tomó sardinas soñando que habían sido pescadas esa madrugada en la ría de Arosa.

Un día que él y Ángel estaban solos en el bar, Manuel se esforzó por leer en voz alta el menú. Cuando llegó al final, la emoción le hizo soltar un grito de satisfacción. El camarero, casi un amigo, le dio un abrazo y les invitó a brindar con vino del bueno: «A tu salud, esto merece un trago. Si has conseguido leer en tan poco tiempo, nada se te va a poner por delante, chico. Ya decían por aquí que los gallegos eran tozudos, pero nunca pensé que lo fueran tanto».

Se cumplía un año desde su llegada y Manuel estaba contento con su vida en Buenos Aires, aunque tenía a su familia abandonada. En la puerta del conventillo se tropezó con Saúl. «Te estaba esperando», le dijo el chico.

—¿Ocurre algo? —Manuel temió que le hubiera pasado algo a Ángel.

—Tranquilo, nada malo —le tranquilizó Saúl con una amplia sonrisa que dejaba ver unos dientes blanquísimos—. Te invito a tomar una cerveza, necesito

comer algo para engañar al hambre hasta la hora de la cena. Quería hablar contigo sin tener gente alrededor.

No muy lejos de allí, Manuel conocía un bar donde les sirvieron un plato de empanadas recién salidas del horno.

—¿Estás contento aquí? ¿Qué tal te va con el trabajo? —le preguntó Saúl.

—No puedo quejarme. He aprendido un oficio nuevo, he conocido a gente y el patrón nos trata bien. Cuando escucho a otros hombres en el patio me doy cuenta de la suerte que tengo. No me pagan mucho, pero ya encontraré en su momento algo mejor. Las cosas me han ido bien hasta ahora.

—Precisamente quería hablar contigo de eso. Como sabes, mi familia tiene dos comercios de textil. Nos van bien las cosas y, con el crecimiento que está habiendo en Buenos Aires, hemos pensado abrir dos tiendas más y comprar un almacén para guardar la mercancía que nos llega de Europa. Ahora recibiremos más telas, las mujeres se vuelven locas cuando les dices que son de París, de Italia o de Londres. Hasta las sábanas y los manteles quieren que sean europeos, no digamos los vestidos. Raquel y mi madre quieren abrir una tienda de ropa para mujer. Tenemos familia en Francia y andamos en tratos para ver si nos pueden enviar modelos confeccionados en París, incluso de modistos conocidos. Estamos seguros de que aquí se venderían antes de llegar. Ya sabes, los hombres ricos quieren lucir buenos coches y buenas residencias. Y vestir a sus esposas e hijas con modelos de París.

—Entiendo, pero ¿yo qué tengo que ver en eso?

—Te explico todo esto porque vamos a necesitar gente con ganas y con buena cabeza. Raquel me ha sugerido que trabajes con nosotros. Por ella sé que eres una persona educada, que estás aprendiendo a leer muy rápido; está segura de que pronto sabrás hacer cuentas.

—¿Yo? ¿Hacer cuentas yo? —Manuel se echó a reír al oír tanto cumplido.

—Por ahora no es necesario. Lo que te propongo es un puesto en el almacén, para ordenar el material que vaya llegando y controlar las salidas. Con horario fijo, domingos libres y con un salario que puede incrementarse con el tiempo. Lo hago, te lo confieso, porque Raquel me ha pedido que te dé esa oportunidad. Está convencida de que, en un tiempo, sabrás manejarte en el mundo del comercio. Sé de lo que hablo, nuestra familia siempre se ha dedicado a este negocio. Allá, en Tánger, mi abuela contaba que cuando nuestros antepasados

fueron expulsados de España, ellos ya tenían una tienda de telas en Toledo. Es decir, que de esto entendemos. Me gusta hacer caso a mi hermana, pero además también a mí me gustaría que trabajaras con nosotros.

—¿Tengo que contestarle ahora? Me gustaría hablarlo con Ángel antes de decir que sí; porque le voy a decir que sí, pero ya sabe que Ángel es como un hermano para mí.

—Lo entiendo perfectamente. Si las cosas van bien, más adelante quizá podamos contar también con Ángel. Pero no le digas nada, no adelantes acontecimientos. En el mundo de los negocios hay que dar los pasos uno a uno y el que vamos a dar es trascendental: dos tiendas, un almacén, y una ampliación del personal. Manuel, este país se va a convertir en uno de los más importantes de América, hay mucho que hacer. Si trabajamos en la buena dirección podemos hacer buenos negocios. Si estás con nosotros mientras encontramos nuestro sitio, además de aprender también tú podrás abrirte un buen camino. Argentina, te repito, es oro puro.

Manuel llegó al patio por la noche con los nervios a flor de piel. Raquel ya estaba allí, rodeada de los hombres y mujeres que no faltaban a sus clases, aunque les robaran horas de descanso. Después, como todas las noches, Ángel y él se sentaron a la mesa y tomaron una carne asada que habían traído del bar, con un caldo gallego que había hecho Ángel con unas berzas que le habían regalado en el puerto. Generalmente se acostaban pronto porque a las cinco de la mañana ya estaban en pie. Manuel hizo un gesto con la mano a Ángel para que no se levantara.

Después de contarle lo que le había dicho Saúl, Ángel no tardó ni un segundo en apretarle el brazo con fuerza:

—No sabes lo que me alegro. Tienes que aceptar. Manuel, ha llegado tu momento, el que esperábamos cuando estábamos allá en Galicia. Una vida nueva. Yo seré el siguiente. No me dejarás atrás, ¿no? —añadió con una sonrisa tan sincera que Manuel tendió el brazo sobre la mesa y chocó la de Ángel con fuerza, como si se tratara de una promesa.

El mejor compañero. (Manuel)

—¡Menudo cambio!

Manuel miró a Ángel, que se había dirigido a él con cara burlona. Con el trabajo terminado, los dos habían decidido que Ángel recogiera a Manuel en el almacén y después, para celebrar la primera paga de Manuel, cenarían en una taberna cerca del puerto, a la que les gustaba ir cuando se creían merecedores de un pequeño lujo.

El cambio no tenía nada que ver con el aspecto físico. Manuel llevaba la ropa de siempre, la misma que utilizaba cuando terminaba de trabajar en el empedrado y asfaltado de calles: un pantalón de pana, camisa blanca y una chaqueta que pedía a gritos ser renovada. Los mismos zapatones de cordón y la boina que usaban casi todos los españoles en Buenos Aires. Pero era verdad que Manuel tenía otra cara, otro espíritu, nada que ver con el hombre taciturno que Ángel había conocido en aquella habitación de Vigo. Parecía más resuelto, más seguro de sí mismo, más emprendedor. Incluso se permitía alguna que otra sonrisa.

Ángel rara vez le había visto sonreír, excepto en las clases de escritura, que Raquel había transformado en una especie de juego en la que todos se reían de sus propios fallos.

Ángel recorrió por primera vez el almacén donde trabajaba su amigo. Era tan grande que la vista no alcanzaba el fondo; con las luces apagadas reinaba la penumbra. Las paredes estaban cubiertas de largas estanterías con cientos de rollos de telas, distribuidas por dibujos y calidades. Unas grandes mesas de madera, inmensas, como Ángel no podía ni imaginar que existieran, estaban colocadas en el medio de aquel espacio que parecía estar formado por tres salas; aquella en la que se encontraban, otra a la derecha y una tercera a continuación. A su izquierda, una puerta cerrada con un cartel: «Oficinas», y haciendo esquina se veía otra puerta.

—El servicio —le explicó Manuel.

—¿Qué servicio? —preguntó Ángel.

—El retrete. Tenemos uno para nosotros, un retrete y un lavabo. Es la primera vez que tengo un retrete solo para mí y los que trabajan conmigo, no hay que ir a la calle. Pido la llave y voy. Uno de los compañeros me ha contado que los judíos están siempre preocupados por la *ingiene*.

—¿Qué es eso de la *ingiene*?

—La limpieza. Lo dicen sus libros de religión, hay que lavarse mucho. Yo entro ahí dos o tres veces al día para lavarme las manos y la cara, que vean que soy muy limpio.

—¿Y qué es lo que haces aquí exactamente?

—Los de los comercios vienen a comprar las telas. Les atiende un primo de Raquel y Saúl, que es el encargado. Descargamos los carretones con la mercancía que llega cada dos o tres días del puerto. Yo y dos más colocamos los rollos en su sitio, con esas escaleras largas que llegan hasta el techo. Cuando se van los comerciantes, enrollamos con mucho cuidado las telas que se han quedado extendidas sobre las mesas. El encargado va apuntando en un libro cuáles compran y cuáles se quedan aquí. Al día siguiente, colocamos las que han vendido en aquellas carretas que ves en la calle y las llevamos a las tiendas una vez que se han pagado, así no hay problemas. En la sala del fondo hay telas para manteles, toallas y sábanas. La familia tiene un taller donde te las hacen a tu gusto. Allí trabajan las costureras y bordadoras, ni imaginas cómo duermen los ricos, qué sábanas, con qué puntillas y bordados.

—¿Solo vienen comerciantes?

—También modistos. Saúl me contó que entre ellos están los mejores de Argentina, que siempre quieren telas de París. Debe de ser donde se hace la mejor ropa, porque Raquel y su madre han abierto una tienda solo de vestidos y sombreros de París. Cuando voy allí, me quedo alelado. Nunca pensé que pudiera haber ropa así. Pesan mucho, no entiendo cómo las mujeres llevan vestidos con tanta tela. Y esos sombreros... No sé cómo pueden llevar eso en la cabeza sin que se les caiga.

—Pero ¿se los ponen para salir a la calle? Nunca los he visto.

—Eso parece, aunque no los hemos visto porque esa gente no va a los mismos sitios que nosotros. Anda, vámonos que se nos echa el tiempo encima y el encargado debe de estar terminando ya unas cuentas que tenía pendientes y querrá cerrar.

Manuel dio un toque en la puerta de la oficina para despedirse de un hombre joven con aspecto agradable que estrechó con fuerza la mano de un Ángel sorprendido por el trato, por la cordialidad.

—Ya me gustaría trabajar en un sitio así —le dijo a Manuel en cuanto pisaron la calle—, con gente amable, en un lugar cerrado y sin ruido, y sin pasar frío ni calor. Me he dado cuenta de que tenéis estufa.

—Sí, pero aún no la han encendido, no hace falta. Y cuando lo hagan, habrá que andarse con cuidado; con tanta tela, una chispa y salimos ardiendo. Aún no nos han dicho quién se ocupará de la estufa, espero que no me toque a mí. A nada que te manches con el carbón destrozas un rollo de tela. Supongo que también por eso tienen un lavabo aquí.

Tomaron rumbo al puerto, que no quedaba lejos del almacén. Como en todos los puertos del mundo, los bares de buena y mala nota se contaban por docenas. La mayoría atiborrados de marineros de paso que se dejaban allí sus buenos pesos o dólares —para alegría de los dueños— tras semanas o meses sin pisar tierra.

Se hicieron sitio a codazos hasta la barra, donde pidieron unos vinos mientras esperaban la oportunidad de ocupar una mesa que quedara libre. Unos tipos que conocían de vista les hicieron una señal invitándoles a compartir sitio, cosa que no dudaron ni un segundo. Después de tantas horas de pie, ambos estaban agotados y con ganas de tomar algo caliente.

El grupo era bullicioso, llevaba bastante alcohol encima y les recibió con los brazos abiertos cuando explicaron que celebraban el primer salario de Manuel, quien invitó a una ronda. Tomaron empanadas —no podían faltar—, chorizo argentino y un caldo espeso de no se sabía qué, pero que estaba sabroso. Era casi medianoche cuando regresaron a su habitación en Monserrat. Los de la mesa insistieron para que continuaran con ellos la juerga en un sitio en el que había mujeres «simpáticas y generosas», dijo uno de ellos, pero a ninguno de los dos les gustaban las putas.

En el camino, un Ángel taciturno, seguramente a causa del vino, se sinceró con Manuel, algo que no había hecho hasta ese momento a pesar de las muchas horas que compartían. Lo que no contó a Manuel en los interminables días litera con litera en el barco, ni tampoco en las noches en la habitación del conventillo, ni

las tardes de domingo que se daban una vuelta por las calles que veían animadas, se lo soltó esa noche en la que el vino le tocó la tecla sensiblera.

Todo empezó por un comentario sin importancia de Manuel:

—Cuánto tiempo hace que no me espera una mujer en casa. Siempre había alguna. Primero mi madre y mis hermanas, y después mi mujer...

Ángel, que de pronto se había convertido en un hombre anímicamente roto, derrumbado, solo dijo:

—Tienes suerte, a mí nunca me esperará nadie.

—¿Es que no piensas casarte nunca? —preguntó. Manuel se echó a reír por la ocurrencia de su amigo, pero dejó de hacerlo cuando se dio cuenta de que Ángel no estaba bromeando.

—Nunca —respondió de forma tajante su amigo.

Anduvieron varias manzanas, hasta que Ángel rompió el silencio:

—Tenía una novia en la aldea. Crecimos juntos, vivía en la casa de al lado. Se llamaba Josefa. Nunca miré a otra mujer ni ella a otro hombre. Nunca me declaré, pero se daba por hecho que era mi novia y que nos casaríamos. En fiestas, si alguien quería bailar con ella, me pedía permiso antes. Para mí no había otra que Josefa...

Manuel aprovechó que su amigo se había quedado callado y preguntó:

—¿Qué pasó?

—Cuando cumplí quince años decidí que tenía que buscarme la vida fuera. En mi casa pasábamos más hambre que un ratón en una iglesia. Sí, teníamos la huerta y el cerdo, pero allí no entraba una perra chica. Pensé irme a la mina, a Asturias, como había hecho el hijo de una vecina, que nunca regresó; pero al menos mandaba dinero a la familia de vez en cuando, lo que quería decir que ganaba buen jornal.

—Entonces te marchaste.

—Me marché. Mi madre me pidió que esperase a cumplir los dieciséis, creía que antes no me cogerían, pero se equivocaba. Cuando estuve en Langreo conocí chicos de quince, incluso había uno que solo tenía trece años. ¿Te imaginas? Pero yo no esperé. Hablé con Josefa y le dije que volvería para casarme. Aún recuerdo cómo lloraba. Me pidió que la llevara conmigo, que podía trabajar en alguna casa, y si no que nos casáramos antes de irme, pero su madre no lo permitió con la excusa de que éramos dos mozos y que la vida daba muchas

vueltas. La verdadera razón es que ella era viuda y necesitaba a Josefa para ayudarla a bregar con los hijos pequeños y para las faenas del campo. Así que me fui. En los cinco años que estuve en la mina tuve siempre la imagen de ella diciéndome adiós en la estación. Vino a despedirme y se quedó hasta que arrancó el tren. Yo no quise que me acompañara nadie de mi familia, necesitaba esas últimas horas para estar a solas con Josefa.

Ángel parecía buscar en sus recuerdos todos los detalles.

—Aquel día fuimos andando varios kilómetros, por primera vez hablamos de cómo sería nuestra vida juntos. Si yo no ganaba dinero suficiente en la mina, nos casaríamos, y después volveríamos a Asturias o a donde fuera, quizá a América. A la vuelta tendríamos nuestra propia casa y muchos hijos. Mientras viva, no olvidaré nunca aquella conversación. Estábamos tan emocionados, pensando que juntos todo era posible... Fue la primera vez que me sentí seguro de algo. A Josefa todo le parecía bien. Estábamos borrachos de felicidad, a pesar de que me iba por unos años. Cuando llegó el momento de despedirnos, Josefa no paraba de llorar. En el tren, recordé una y otra vez todos nuestros planes, y eso me dio fuerzas en el viaje.

Ángel, mirando al vacío, volvió a su mutismo. Esta vez Manuel respetó con paciencia su silencio hasta que su amigo quiso hablar de nuevo. Se mordía los labios como si quisiera contener su furia, o su emoción; no sabía muy bien qué, pero su rostro reflejaba una gran tristeza.

—Se había casado —murmuró Ángel—. Cuando volví a casa, Josefa se había casado y tenía una niña.

—¿Cómo pudo hacer eso? ¿No te había dicho que te esperaba? ¿Tardaste mucho en regresar?

—Cinco años, tal y como le prometí. Le había dicho que regresaría cuando tuviera veintiún años. Entre medias tuve que hacer la mili, ella sabía que sería así. Además, necesitaba al menos dos o tres años para ganar algún dinero. Trabajé como un burro para poder casarnos, aunque no gané tanto como hubiese querido. Con el pensamiento de que nos fuéramos a otro sitio donde pudiéramos trabajar los dos, como habíamos hablado el día de mi marcha. Y si no, pues nos quedábamos. Lo que ella hubiera querido, aunque fuera el fin del mundo, me habría parecido bien. Pero no me esperó.

—¿Le mandaste noticias tuyas en ese tiempo?

—Pocas, pienso ahora que tendría que haber hecho el esfuerzo de ir a casa alguna vez para ver a mi familia y a Josefa, pero estaba obsesionado con ahorrar todo el dinero que podía. Y con la mili no pude trabajar de seguido. Una vez mandé una carta a través de un amigo que volvía a Galicia, y que me escribió el capataz de la mina. Le contaba que ya había hecho la mili y que en dos años como mucho estaba en casa. Lo que no sabía era que ya estaba con otro, que después se quedó embarazada y que se casaron deprisa y corriendo.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo contó mi madre nada más entrar por la puerta. No volví a verla nunca más. Al día siguiente de llegar, sin dar ni siquiera una vuelta por la aldea por miedo a encontrarla, me despedí de mi madre. Me marché a Ferrol y fui a comprar un billete para el primer barco. Solo pensaba en marcharme lejos. En la propia consignataria de buques me arreglaron los papeles y me buscaron un cuarto donde meterme el tiempo que tardé en conseguir los documentos y los permisos. El primer barco que salía para América fue el nuestro, desde Vigo. Mi idea era viajar a Cuba, pero no aguanté más. Me daba igual un sitio que otro. Todo el dinero que había ahorrado para casarme con Josefa lo gasté en el billete y en la pensión. No me arrepiento. No pienso volver a Galicia, aunque lo siento por mi madre. Me tranquiliza pensar que mis hermanos cuidarán de ella. Con ellos apenas he tenido trato, eran muy pequeños cuando me fui a Asturias.

—¿Cómo aguantas lo que aguantamos sin pensar que un día podrás tener una vida diferente?

—No ha sido tan difícil. Cogí ese barco con la idea de vivir sin ataduras. Ni tierra, ni mujer. Además, me gusta Buenos Aires. En cuanto me llegue la oportunidad, tendré un trabajo mejor. Ahora tengo amigos, sin contarte a ti, que eres como mi familia. Allá vivía peor, y no digamos cuando me fui a picar en la mina... Ni era vida ni era nada, el carbón, el miedo a un desprendimiento, la oscuridad, el olor, el polvo, sin saber si era de día o de noche... Lo soporté todo por ella. Mira, entre las cosas buenas que me han pasado aquí es que ahora puedo hablar de Josefa sin derramar una lágrima. No la he olvidado, pero cada vez me duele menos. Mi madre lo entendió enseguida. Solo le dije que si un día quería venirse conmigo no tenía más que decirlo. No se lo he contado a nadie, pero hace unos meses, cuando ya estuve en condiciones de escribir unas frases, le mandé una carta. Muy corta, porque me era muy difícil, pero le expliqué que

era yo el que escribía, que sabía leer, y que seguía en pie mi promesa de mandarle un billete de barco si quería venirse. Con permiso de Raquel le di su dirección para cuando pudiera contestarme, hay una chica en correos que escribe las cartas a la gente que tiene fuera a sus hijos o maridos. Como no sé cuándo va a responder y a lo mejor ya no vivimos donde ahora, si manda la carta a Raquel ella me la hará llegar. Ni tú ni yo vamos a estar siempre en el conventillo, pero la familia de Raquel nunca dejará su casa. ¿Y tú? ¿Has sabido algo de Lola?

Manuel se resistió a contestar y siguió andando.

No sabía nada de Lola y no quería saber. Tenía mala conciencia. A veces se preguntaba qué le ocurría. Porque después del dolor de la despedida, de la desesperación con la que se dijeron adiós, de aquella última mirada a sus hijos, al bebé recién nacido, a la propia Lola, que era un mar de lágrimas, después de aquella escena en la que se dejó llevar por un sentimiento tan profundo donde parecía que se le iba a romper el corazón, que jamás podría recuperarse, ahora se sorprendía al ver todo aquello tan lejano, como si hubiera sido un sueño.

De alguna manera se había protegido con un caparazón de frialdad que amortiguaba su dolor, pero, sin comprenderlo, ese distanciamiento se había apoderado de él y había conseguido no echar de menos su vida anterior. Ni a Lola ni a sus hijos.

Se sentía mal por ese desapego, más por los niños que por Lola. Pasaba muchas noches intentando descubrir lo que ocurría, preguntándose si quería a su mujer y a sus hijos, si alguna vez les había querido. El peso de la culpa era insoportable, era un malnacido, no se merecía tanta suerte. Después se tranquilizaba pensando que cuando volviera recuperaría el tiempo perdido y la vida sería como antes.

—De Lola no sé nada. Ni siquiera le he escrito, así que ni sabe dónde vivo ni puede ponerse en contacto conmigo.

—Parece mentira, Manuel.

—Es que no sé qué me pasa. A veces pienso que no la quiero o, al menos, no como se debe querer a la mujer de uno. Puedo vivir sin ella, y me pasa igual con los hijos.

—Yo no me preocuparía demasiado. Quizás sea una manera de soportar la separación porque, conociéndote como te conozco, estoy seguro de que la quieres más de lo que piensas.

—Ojalá fuera así. Se me va el sueño pensando qué voy a hacer. En su momento hablamos que si yo no regresaba en cinco o seis años mandaría a buscarla y que los niños se quedaran con su madre mientras tanto. Trabajando los dos aquí podríamos ganar más dinero y regresar antes. Luego pondríamos un negocio en Caldas. Pero ahora, solo de pensarlo... No sé, es como si hubiera hecho planes con una extraña. Y solo ha transcurrido un año, Ángel. ¿Qué va a pasar dentro de tres o cuatro años?

—Deja de darle vueltas. Tu preocupación te hace ver todo más negro. Haz una cosa, escríbele, y a ver qué pasa. Me parece mal que la mujer no sepa nada de ti, y menos cuando ahora le puedes escribir sin necesidad de pedírselo a nadie. Pero lo que me parece aún peor es que todavía no le hayas mandado dinero, por mucho que la ayude su familia. Tienes tres hijos pequeños, Manuel. Aunque Lola te importe menos en este momento por las circunstancias, por la lejanía o por lo que sea, tus hijos te necesitan.

—Tienes razón. Mandaré dinero y le escribiré, pero necesito reunir el ánimo necesario. Es que además me echa para atrás saber que una vez que escriba, mi cabeza volverá a darle vueltas a todo mientras espero una carta suya, que ni siquiera sé si va a llegar. ¿Y si me dice que le ha pasado algo a uno de los niños, o a mi madre? ¿Y si no me contesta porque tampoco está segura de quererme y prefiere tenerme en la distancia? Eso no lo soportaría...

—Lo que quiere decir que te importa más de lo que crees.

Manuel se paró en medio de la calle, miró a Ángel con ojos tristes, y pronunció un «no sé» entre dientes.

Siguieron su camino y entraron en el patio del conventillo, a aquella hora desierto, aunque se oía con toda claridad que en una de las habitaciones de la última planta una pareja se hablaba a gritos mientras un bebé lloraba inconsolable. Se veía una luz tenue y temblorosa por debajo de la puerta del retrete. De pronto, la pareja que discutía bajó el volumen de la discusión, pero las palabras que resonaban en el patio seguían siendo agrias.

Una vez acostados, Manuel buscó en la oscuridad la sombra de su amigo en la cama de al lado.

—Ángel, no te he contado toda la verdad. He conocido a una mujer. Se llama Rosa.

Manuel creyó que Ángel no le había escuchado, pero al cabo de un gran silencio, su compañero cambió de postura y por fin dijo:

—¿Quién es?

Y Manuel empezó a hablar tan desordenadamente, tan emocionadamente, que costaba seguir el hilo de su relato. Cuando casi dos horas más tarde los dos conciliaron finalmente el sueño, Ángel se había hecho un retrato bastante exacto de la situación. Manuel se creía enamorado de una mujer con la que no había cruzado palabra, de la que nada sabía excepto que trabajaba como bordadora en una de las tiendas de la familia Córdova.

Se fijó en ella el primer día. Manuel llevó al taller el carretón de telas y allí vio que una docena de cortadoras, encajeras y bordadoras confeccionaban sábanas y manteles con metros y metros de tejidos delicados. Nunca había visto nada igual. Tres o cuatro jóvenes sentadas ante una especie de almohadones cubiertos de alfileres sostenían unos encajes que las mujeres iban fabricando con unos palos de madera muy finos que hacían un curioso sonido al chocar entre sí. Muy cerca, otro grupo de mujeres dispuestas en círculo charlaban mientras cosían unas telas muy tirantes fijadas a unos aros de madera.

Manuel se quedó tan quieto mirando embobado el espectáculo que ni se movió para descargar los rollos de la carreta; hasta que sintió una mano sobre su hombro. Una Raquel muy sonriente saludó a Manuel. Su profesora estaba muy elegante con un vestido de color gris claro, con pocos adornos, pero un cinturón muy ancho, rojo sangre, marcando la cintura de la que salía una falda que le llegaba hasta los tobillos y que dejaba ver un forro también rojo al moverse. Sin apenas escote y con mangas muy ceñidas hasta el puño, Raquel demostraba tener un estilo muy especial para elegir su ropa. Era lógico, se dijo Manuel, que se dedicara a ese negocio, seguro que asesoraba mejor que nadie a sus clientas.

—Manuel, qué gusto coincidir contigo. He venido a ver cómo van unos bordados que encargué el otro día para unos vestidos que estamos haciendo según unos patrones que nos han llegado de París. ¿Estás contento? No te he preguntado en el patio por no ponerte en un compromiso.

Manuel apenas llevaba una semana en el almacén. De hecho, era la primera vez que pisaba aquel lugar, y Raquel se ofreció enseguida a enseñarle el taller. Se veía que disfrutaba con aquello.

—La tienda de ropa no está muy lejos de aquí, en una zona más comercial. Estas mujeres hacen maravillas. Algunos trajes nos llegan ya confeccionados de Europa, pero de otros solo nos mandan los patrones y los figurines que nos permiten copiar, o sacar ideas de lo que se hace en París o en Londres. En el taller las mujeres hacen bordados, incrustaciones, encajes o plisados maravillosos.

Manuel no sabía qué eran los plisados ni las incrustaciones, ni entendía la mitad de las palabras que pronunciaba Raquel, pero se contagió de su entusiasmo. Le enseñó el trabajo de bolillos, pidió a una de las jóvenes que trabajara mientras le explicaba a Manuel cómo se iban formando los encajes. Luego le mostró los bastidores en los que quedaban encajados tejidos finísimos, casi transparentes en algunos casos, y que las agujas sabiamente manejadas iban cubriendo con diminutas flores.

La joven bordadora miró a Raquel cuando esta le pidió:

—Rosa, hazlo despacio para que Manuel lo vea.

Aquella mirada de ojos oscuros dejó a Manuel sin aliento. Rosa, se llamaba Rosa. Le pareció que nunca en su vida había visto una mujer más guapa.

Rosa. (Manuel)

Durante meses, la idea de ir al taller se convirtió en obsesión diaria. Manuel llegaba al almacén a primera hora de la mañana y lo primero que hacía era preguntar si había llegado algún barco y si era necesario llevar telas a bordar.

No podía ofrecerse como voluntario. Rubén, el encargado, distribuía el trabajo en función de lo que había que resolver en cada momento y, para desesperación de Manuel, no siempre le indicaba que se ocupara de la carreta. Al contrario, cada vez con mayor frecuencia le pedían que realizara tareas más organizativas. Su otro compañero era analfabeto y Rubén necesitaba que Manuel clasificara los rollos de tela en función de los números y las letras que indicaban las etiquetas. Así que cuando se le pedía que se acercara hasta el taller, a Manuel se le aceleraba tanto el corazón por el camino que creía que le iba a estallar.

Por el momento no había cruzado una palabra con Rosa, algo que le tenía alterados los nervios; pero ni se atrevía ni tenía excusa para hacerlo. Cuando entraba en el taller se dirigía directamente a un cuarto en el que se guardaban las telas que pasarían por las manos de las costureras. Momento que aprovechaba para mirar a Rosa de reajo, eso era todo. Se sentía perdidamente enamorado, aunque sabía que aquello era una absoluta estupidez. «Una chiquillada», como le había dicho Ángel cuando se atrevió a confesarle que no podía olvidarla.

—Un hombre hecho y derecho como tú no se enamora en serio de una mujer de la que no sabe nada. Esto no es más que una chiquillada porque te sientes solo, Manuel —le dijo Ángel mientras le cogía por los hombros—, ¿es que no lo ves? Tienes mujer e hijos, y algún día volverás con ellos. Podría entender que te enamoras de otra mujer. Como dicen, la distancia es el olvido. Pero eso de pensar todo el día en una muchacha a la que ni siquiera has oído hablar... Te has obsesionado, y como sigas por ese camino vas a acabar mal. ¿Quién te dice que no está casada, o ennoviada, o que es inaguantable a pesar de esa carita que según tú es preciosa? No metas el hocico en ese avispero.

Pero Manuel no quería escuchar ningún tipo de razones, y Ángel prefirió no tocar más el tema. Temía que, si seguía insistiendo, Manuel se empeñaría aún

más en una historia sin futuro con aquella mujer a la que detestó desde el principio.

Que no hablaran de Rosa no significaba que Manuel la tuviera apartada de su mente. Y eso que pasaba semanas sin verla porque Rubén le pedía que hiciera cada vez más tareas en el almacén, hasta el punto de que delegó en él gran parte del trabajo a excepción de la contabilidad. Manuel llevaba el control de lo que llegaba de los barcos y lo que se distribuía a las tiendas, talleres propios y mayoristas. Incluso llevaba alguna de las negociaciones con los clientes habituales, sobre todo con quienes no era necesario discutir sobre precios o entregas, ya que conocían cómo funcionaba el negocio. Poco a poco aprendió a reconocer las calidades de los tejidos, su textura, y cuáles eran las más indicadas según la demanda de los clientes.

El almacén tenía cada vez más movimiento, crecía a ojos vistas porque los parientes de los Córdova en Francia y en Holanda conocían bien el negocio y su selección de fabricantes y modistos estaba muy cuidada. De manera que enviaban a Buenos Aires un material que no se encontraba en la competencia.

La alta sociedad presumía de que su ropa blanca llevaba firma de los Córdova. Las cosas no podían marchar mejor. Se contrató a dos mujeres con experiencia y una exquisita educación para llevar la tienda que habían abierto Raquel y su madre. Por allí pasaba la joven todos los días, al igual que por el taller, acompañada de su «ama» Ana. Tenía modistas exclusivas para ella, además de los vestidos parisinos. La tienda se convirtió en una de las *boutiques* —así la llamaba Raquel— más solicitadas por las damas porteñas, que pronto se acostumbraron a hablar de Paquin, Poiret y de una tal Jeanne Lanvin, de la que se decía que podía convertirse en una diseñadora tan buena como el desaparecido Worth.

Las mujeres de la alta sociedad pronunciaban esos nombres como si se tratara de personas que conocían de toda la vida, y en la elegante tienda de Raquel intercalaban constantemente en sus charlas las palabras *toiles* y *couturières* para aparentar que se encontraban al nivel de las casas francesas de alta costura.

Raquel había demostrado tener visión de futuro y conocer muy bien el carácter de las mujeres argentinas cuando convenció a su padre para abrir una tienda de moda con la que complementar su ya floreciente negocio de textil.

En ese ambiente tan alejado del que había vivido en su Ventos natal, tan distinto que a veces le costaba recordar sus orígenes, se fue produciendo el cambio en la vida de Manuel. Muy gradualmente, pero siempre hacia adelante. Estaba contento también porque Ángel empezaba a despegar. Uno de los propietarios de una tienda de tejidos, cliente de los Córdova, le había ofrecido trabajo a Manuel como dependiente. Manuel estaba contento donde estaba, pero mencionó que tenía un amigo de confianza que podía ocupar el puesto. Su sugerencia fue apoyada por un Saúl que no tardó en llamar al propietario y recomendar encarecidamente a Ángel, un hombre serio, lo cual hizo que en cuestión de días el «hermano» de Manuel encontrara, al fin, un trabajo a su gusto.

Saúl, en un aparte, le comentó a Manuel que él no había abandonado la idea de que Ángel algún día se incorporara a la empresa familiar.

—Si empieza a conocer desde ahora el negocio, cuando venga tendrá una experiencia que me permitirá ofrecerle algo más interesante que lo que podría ofrecerle en este momento. Pero prefiero que no le adelantes nada, no quiero que se impaciente, sino que todo siga su curso y que se ilusione con su nuevo trabajo.

Manuel le prometió a su jefe guardar silencio sobre el asunto. Entre otras razones, compartía el criterio de Saúl: cuanto más aprendiera Ángel como dependiente, mejor trabajo podría desempeñar cuando se necesitara un nuevo empleado en alguno de los negocios de los Córdova.

Volcado en sus nuevas tareas, contento del derrotero que tomaba su vida y de la mejorada situación de Ángel, Manuel decidió acercarse a un colmado que cerraba bien entrada la noche con la idea de comprar algo para la cena de los dos.

Sus pensamientos, sin embargo, iban en otra dirección. Se decía que tanto él como su amigo debían comprar algo de ropa nueva. Hasta entonces uno y otro vestían unos largos guardapolvos que les facilitaban en el trabajo para atender a los clientes, pero había llegado el momento de comprar al menos un par de pantalones nuevos y una chaqueta más presentable que la que había traído de España y que cuidaba como oro en paño. Preguntaría a Rubén dónde podía hacerse también con unas camisas. Llevaba casi dos años en Buenos Aires y no solo tenía un trabajo que suponía un ascenso social —no era lo mismo atender

clientes mayoristas que transportar paquetes de ropa—, sino que sus ingresos le permitían ya cambiar de pantalones de vez en cuando.

Al pensar en el dinero le invadieron de nuevo los remordimientos. Continuaba sin mandar nada a Lola, y a medida que pasaba el tiempo le costaba más hacerlo. ¿Qué le diría después de tanto tiempo de silencio? ¿Y le parecería bien que le mandara dinero sin unas letras? Esas dos preguntas, que en alguna ocasión había hecho en voz alta a un Ángel que sí se ocupaba de su madre, se las respondió su amigo en una ocasión:

—No busques excusas. No escribes y, lo que es peor, no envías dinero porque no te da la gana. Tú mejor que nadie sabes cuánto lo necesitan. Te marchaste de tu casa con la intención de mejorar sus vidas, ¿o no? A veces me pregunto cómo a alguien que ha dejado tirada a su familia así puedo quererlo como a un hermano. Allá tu conciencia.

Su conciencia. Hacía tiempo que había decidido no dejarse llevar por la conciencia. Si alguna noche se despertaba con el recuerdo de Lola y los niños, se daba la vuelta en la estrecha cama y se obligaba a pensar en las tareas que le esperaban al día siguiente en el almacén. De esta forma evitaba pensar en Ventos y lo que Ventos significaba. Su egoísmo se superponía a su sentido de la responsabilidad.

Absorto en sus reflexiones, chocó con una persona que en ese preciso instante salía de la tienda. Se dio cuenta de que se trataba de Rosa, que cargaba con una cesta. Se quedó tan paralizado que fue incapaz de pronunciar una frase de excusa. Todavía estupefacto, sin dar crédito a lo que le estaba pasando, se atrevió a balbucear el nombre de la muchacha. Entre sorprendida y extrañada, Rosa intentó esquivar a aquel hombre que la había llamado por su nombre.

—Rosa, ¿se acuerda de mí? —insistió Manuel. Tenía delante a la mujer que le quitaba el sueño. Tenía que aprovechar la oportunidad que el destino ponía frente a él—. Nos hemos visto varias veces. Trabajo en el almacén de Córdova.

La muchacha cambió el gesto. Intentó responder algo amable.

—Ah, sí, ahora recuerdo —dijo sin ninguna convicción. Sonrió a modo de despedida y se fue calle abajo dejando a Manuel conmocionado, incapaz de reaccionar. La siguió con la mirada y esperó a que la figura de la muchacha desapareciera. Fue entonces cuando oyó la voz del tendero preguntándole qué necesitaba.

Cuando llegó a casa, Ángel estaba en el patio charlando con un matrimonio que vivía dos puertas más allá de la suya. Se trataba de unos argentinos que habían llegado de una región del norte, de Formosa. El patio había perdido el bullicio de los tiempos en los que Raquel enseñaba a leer y a escribir. Ahora la joven disponía de menos tiempo libre, aunque aparecía alguna vez para charlar con sus «alumnos», como ella los llamaba. Siempre venía cargada de libros y los amenazaba con enviar a una maestra amiga suya para que siguieran estudiando.

Era muy querida entre los inquilinos. En sus visitas se repetía el rito de sentarse a su alrededor, con su inseparable Ana, y comentar las novedades de las distintas familias del conventillo. Casi siempre proponía leer por turnos algún capítulo de algún libro que llevaba en su bolso de tela del que salían objetos inesperados, desde caramelos para los niños hasta un chupete que un día puso en la boca de uno de los bebés que no hacía más que berrear.

Manuel se sentó al lado de Ángel, pero a los cinco minutos dejó al matrimonio argentino con la palabra en la boca diciéndole a su amigo que tenían que subir a la habitación con la excusa de que necesitaba que le ayudara con un trabajo.

—¡La he visto! ¡La he visto y he hablado con ella! —le soltó entusiasmado, antes de terminar de abrir la puerta.

—¿A quién has visto? —Ángel estaba ansioso por escuchar las noticias que traía su compañero de habitación.

—¡A Rosa! —exclamó Manuel emocionado, buscando la complicidad de Ángel. Se encontró con una reacción muy distinta a la que esperaba.

—¿Pero sigues con esa historia? Manuel, ¡por Dios! —atajó su amigo.

—La encontré en la calle. Ella salía de la tienda que me coge de camino cuando vuelvo a casa. —Manuel no se daba por vencido con facilidad. Prefirió ignorar el tono de frialdad de Ángel—. Eso significa que vive por allí.

—Te veo venir. Eres capaz de plantarte delante de la puerta durante días hasta encontrarla de nuevo.

—Pues es lo que pensaba hacer, y si no me comprendes es que no te has enamorado en tu vida —se defendió Manuel. Se sentía profundamente incomprendido. ¿Era tan difícil de entender?

—¿Me vas a dar tú lecciones de amor? Tú, que has abandonado a tu mujer, a la que supongo que quisiste en algún momento, la madre de tus hijos. ¿Me

vienes ahora con que estás locamente enamorado de una muchacha a la que no conoces?

—La he conocido hoy, he hablado con ella.

—¿Y qué te ha dicho?

—Bueno, nada, fue un momento. Pero ya me conoce.

—Te lo vuelvo a repetir. Estás loco. No te ha dicho nada, pero te conoce. ¿Dónde tienes la cabeza?

—Todo te parece mal...

—No es eso, Manuel, es que me preocupa que te compliques la vida, que te metas en un lío. —Ángel intentaba que su amigo entrara en razón.

—No va a pasar, no te preocupes.

Cenaron sin mencionar más el asunto. Se respiraba la tensión, pero los dos hacían esfuerzos por recuperar la cordialidad. Ninguno quería discutir. La conversación derivó hacia el trabajo. Ángel estaba muy contento con su nuevo empleo. Ser dependiente le parecía toda una aventura, tratar con clientes generalmente bien educados, buscar las telas a gusto del comprador, medirlas sobre el metro colocado en el borde del largo mostrador de madera...

—Esto sí que es vida, y no aguantar todo el día al aire libre, con frío y con calor, descargando barcos y dejándote los riñones... Me parece que me gusta ser señorito —comentó a un Manuel que, pasado el momento de sorpresa, se sentía cansado. No veía el momento de meterse en la cama y recordar, segundo a segundo, su breve encuentro con Rosa.

Esa noche se despertó de madrugada. Había soñado con Lola. Él estaba con Lola en Ventos, en una casa desconocida. Se sentía muy feliz. Lola le sonreía y él le cogió la mano. Hacía mucho tiempo que no soñaba con su mujer. Aquello le dejó mal sabor de boca. Precisamente esa noche, cuando había conciliado el sueño pensando en una mujer distinta... ¿Significaba algo ese sueño? Se estaba comportando de una forma despreciable. Lo reconocía. Pero no quería cambiar, no pensaba rectificar. Quería borrar el pasado para siempre. Y Rosa no era responsable. La había visto por primera vez tan solo unas semanas antes; sin embargo, durante los casi dos años que llevaba en Buenos Aires no había tenido el menor gesto de enviar unas frases a Lola. Se preguntaba por qué ahora soñaba con su mujer. También le vino la imagen de sus tres hijos, a los que había

abandonado. Como decía Ángel, no tenía perdón de Dios. ¿Se había convertido en un monstruo?

Dio muchas vueltas sin lograr recuperar el sueño. Se martirizó pensando la manera en la que había dejado atrás a las personas más queridas. Cuando la luz de la mañana se deslizó por la ventana de la habitación, saltó de la cama, se aseó y se fue a la calle decidido a hacer tiempo hasta que Rubén abriera el almacén. No volvería a hablar con Ángel de Rosa, tampoco le mencionaría el sueño. Tenía suficiente con la voz de su conciencia. Quería recuperar la tranquilidad, solo así sabría qué camino debía tomar. El problema era que el camino que debía tomar no coincidía con el que sentía en el corazón. Era un lío, una locura, quizás una estupidez.

Los días posteriores aguardó a la misma hora delante del colmado, esperaba un buen rato hasta que se convencía de que esa noche tampoco la vería, y volvía a casa. Regresaba bastante tarde, sin dar ningún tipo de explicaciones. Ángel sabía de sobra cuál era el motivo de sus retrasos. Terminó la época en la que ambos se sentaban un rato en el patio participando de la tertulia vecinal. Desapareció también la costumbre de bajar andando hasta el puerto para tomar algo que les sirviera de cena. Para entonces conocían ya un buen número de bares llenos de humo y aire viciado, donde los camareros les servían sin preguntar. Allí encontraban algún grupo con el que entablar conversación. Durante su época de estibador Ángel había hecho muchos amigos y a Manuel lo conocían por ser su compañero inseparable.

Esas visitas animadas al puerto o las charlas con los vecinos habían desaparecido para Manuel. Cuando terminaba la jornada, se lavaba la cara en el lavabo, se paraba delante del espejo y se peinaba el cabello corto con el peine que ahora llevaba siempre en el bolsillo. Se calaba la boina y salía del almacén a toda prisa hacia el colmado. Hacía tiempo que no tenía ningún encargo que hacer en el taller donde Rosa trabajaba como bordadora.

Diez días después del primer encuentro la volvió a ver. Rosa se acercaba con su cesto. En menos de un minuto se encontraría con él. De inmediato olvidó todo lo que había pensado decirle. Ni siquiera hizo un gesto cuando Rosa le miró al verlo en la acera, y a Manuel le dio la impresión de que lo había reconocido. Con el corazón desbocado, Manuel era incapaz de articular una palabra.

Rosa entró en el colmado y él se quedó esperándola afuera, tratando de controlar los nervios. Temía comportarse como un estúpido, perder una vez más la ocasión de hablar con ella. ¿Y si no la volvía a ver?

—Rosa —logró decir con un hilo de voz cuando ella salió de la tienda. Y sacando valor de donde no lo tenía, añadió—: ¿Se acuerda de mí? Nos hemos visto en el taller. Yo también trabajo para la familia Córdova, en el almacén de tejidos.

En esta ocasión, la muchacha reaccionó con naturalidad.

—¿En el taller? Lo siento, allí entra tanta gente... Me pareció verle el otro día por aquí. Me ha extrañado que conociera mi nombre. Pero claro, si trabajamos los dos para los señores Córdova y ha ido a donde cosemos para doña Raquel, ya me explico por qué sabe cómo me llamo.

—Pues sí, la he visto en más de una ocasión —aclaró Manuel. Pareció querer explicarse algo más, pero al final desistió—. ¿Me permite que le ayude con la cesta?

—No se preocupe. Además, no nos conocemos.

—En cierto modo sí. La he visto en varias ocasiones, pero usted no ha reparado en mí porque no levanta la vista de la labor —dijo él tratando de que Rosa tomara confianza—. Casi somos compañeros de trabajo.

—De acuerdo. La verdad es que el cesto pesa y llevo un día en el que todavía no he tenido ni un minuto de descanso. He salido tarde del taller, y he puesto en orden la casa antes de venir a comprar las cosas que nos hacen falta.

Manuel se quedó sin respiración cuando escuchó el «nos». ¿Tendría marido? ¿Viviría con sus padres? ¿Estaba casada, tendría hijos? Parecía muy joven como para ser madre, pero nunca se sabía.

Trató de tranquilizarse mientras construía en su cabeza la pregunta siguiente. Quería saciar su curiosidad sin levantar suspicacias.

—¿Son ustedes muchos en casa? Porque es verdad que esto pesa.

Rosa, un tanto turbada, enseguida quiso agarrar el cesto.

—Faltaría más. —Rio discretamente Manuel—. ¡Hablabas en broma!

—Somos seis, mis padres, mi abuela y dos hermanos pequeños. Yo soy la mayor. Mi abuela se encarga de todo durante el día, mientras mis padres y yo nos vamos al trabajo y mis hermanos están en la escuela. Por la noche, suele ser

mi madre quien se ocupa de la cena, pero hoy la he visto agotada. Me he ofrecido a venir al colmado y echarle una mano en la cocina.

—¿Le gusta cocinar?

—Hay que hacerlo, como otras tantas faenas de la casa. La cocina no es lo peor, incluso me entretiene. Y no lo hago mal.

—¿Mejor que bordar?

—Ah, no. Soy muy buena bordadora. Pregúntele a la señorita Raquel o a su madre. Ellas contratan a las mejores. Si no les pareciera bien, yo no estaría en el taller. También hago bolillos, pero muy de vez en cuando. Soy mejor con el bastidor. Una de mis compañeras, Lucía, ¿la conoce? Esa sí que hace unos encajes a bolillo que son una joya.

Llegaron a una casa de una sola planta, pintada de rosa pálido y con la puerta de madera. A Manuel le recordó las casas de los cuentos. Los que solía llevar Raquel cuando les estaba enseñando a leer, porque las letras eran más grandes.

—¿Vive usted aquí?

—Sí, en la casa de mis abuelos. Aquí nació mi madre. Hace años el barrio estaba muy abandonado, pero después cambió mucho. Cuando mi abuelo murió, a mi abuela la casa se le cayó encima y nos vinimos con ella. Mi padre, que es albañil, se encargó de acondicionarla. Puso tabiques para un nuevo dormitorio, agrandó la cocina y decidió pintarla por fuera porque se veía muy vieja. Le preguntó a mi abuela qué color le gustaba y ella respondió «rosa». Mi padre compró la pintura y al día siguiente, al volver del colegio, nos quedamos boquiabiertos. Mi abuela estaba encantada, pero ahora a veces, para bromear, explica que ella quiso que fuera Rosa, mi madre, la que eligiera el color. No sé si es verdad o lo inventa. Así que vivimos en la única casa de color de rosa que hay en el barrio. Todo el mundo nos conoce.

—Rosa, me gustaría volverla a ver —le soltó Manuel de pronto, nervioso y pálido.

La joven le miró con aquellos ojos profundos que tanto le habían impresionado la primera vez que la vio en el taller.

—Me gustaría —respondió, aunque Rosa parecía insegura—. Tengo que preguntar a mi padre. Como usted trabaja con los señores Córdova, quizá me lo permita. Porque no me autorizaría nunca salir con un desconocido.

El engaño. (Manuel)

Aquella casa hechizó a Manuel desde el principio. No solo porque allí viviera su novia, como él llamaba a Rosa en sus pensamientos. Le atraía el contraste del color rosa con el verde de las plantas de las ventanas, su historia, su singularidad en aquel barrio de viviendas de aspecto triste, construidas años atrás para familias que trataban de labrarse un porvenir en la ciudad.

Manuel siguió acercándose al colmado. Si Rosa aparecía por allí, la acompañaba de vuelta a casa, disfrutando de una conversación animada, aunque siempre pendientes de mantenerse convenientemente alejados uno de la otra; solo eran una pareja de compañeros de trabajo que habían coincidido y él se había ofrecido a llevarle la cesta hasta su casa. Nada más. Sin embargo, llegó un momento en el que Manuel pensaba que Rosa sabía de él casi tanto como él mismo. Como era natural, le habló de Galicia, de la vida en su pueblo, de las razones por las que había decidido marcharse. Le contó lo duro que había sido el viaje por mar y la amistad auténtica que había encontrado en Ángel. Nunca pronunció el nombre de la aldea, ni dónde estaba. Y por supuesto, le ocultó que era un hombre casado.

Rosa, por su parte, le contó cosas de su familia. Ellos no pasaban estrecheces. Le había resultado difícil ponerse a trabajar porque no era costumbre que una mujer soltera saliera de casa. Fue precisamente su abuela Mercedes, una mujer de carácter, y siempre de acuerdo con su nieta, quien la apoyó cuando ella pidió entrar en el taller de costura. La propia señora Mercedes se había ocupado de enseñarle. Las dos habían pasado muchas horas juntas ante el bastidor. Gracias a ella, Rosa aprendió a ajustar bien la tela, a tratarla con delicadeza, a elegir los hilos y agujas y, sobre todo, aprendió a armarse de paciencia para que la labor fuera preciosa.

Doña Mercedes conocía a Raquel. La abuela le pidió personalmente que le hiciera una prueba a Rosa cuando se enteró de que abrían la tienda-taller de ropa blanca. Raquel la aceptó enseguida, era de lejos la mejor de las bordadoras que

se habían presentado. Contrató a tres más, pero los trabajos delicados eran para la nieta de doña Mercedes.

Aquellos inocentes paseos dieron alas a Manuel. Cuanto más conocía a Rosa, más seguro estaba de que era la mujer de su vida.

Nunca quedaban de un día para otro. Llegó un momento en el que Rosa no ponía cara de sorpresa cuando le veía allí, aunque hubieran pasado una o dos semanas sin que apareciera por la tienda. Habitualmente Rosa iba derecha a casa desde el taller para ayudar a su madre y a su abuela. Con frecuencia llevaba trabajo a casa y bordaba hasta muy tarde a la escasa luz de una vela. Era difícil hacer buenas puntadas, minúsculas, blanco sobre blanco, con tan poca luz. Pero a Rosa le gustaba su trabajo y estaba obsesionada con acabarlo en tiempo de entrega. Por eso su madre la enviaba a hacer recados solo cuando era indispensable.

Manuel estaba distraído en el trabajo. Rubén tuvo que llamarle la atención más de una vez porque se quedaba mirando las estanterías como embobado. «Anda, espabila, ni que te hubieras enamorado...». Y cuando observó que Manuel enrojecía no volvió a mencionar el asunto. Sabía que había acertado y prefería no entrar en profundidades.

Ángel, en cambio, no ocultaba su preocupación. Era el depositario de las confidencias de Manuel y le asustaba su entusiasmo. Comprendía que su amigo se enamorara, pero le amargaba pensar en su mujer y en sus hijos. Seguían existiendo. A pesar de la distancia, estarían esperándolo.

Rosa no era un capricho tal y como había pensado desde el principio, sino que se había convertido en algo real. Desconocía si Rosa compartía la misma ilusión de un Manuel convencido de que aquella relación, aún muy incipiente, podía tener futuro.

Ángel, que deseaba tener algún tipo de actividad al finalizar el trabajo para no dar vueltas a la inquietud que le provocaba la situación de Manuel, emprendió la tarea de buscar un sitio más cómodo en el que vivir los dos. Les gustaba la casa de inquilinos, pero era ya el momento de pensar en disponer de más espacio y mayor intimidad. Sin embargo, no era fácil encontrar un lugar en el que meterse, dada la avalancha de emigrantes que llegaban a Buenos Aires. Quienes conseguían un cuarto en un conventillo a menudo debían pagar alquileres superiores a los de viviendas mejor situadas, mejor construidas y con unos

mínimos servicios sanitarios. Sus propietarios, con frecuencia, se resistían a alquilar sus casas a los de fuera, pensaban que eran foco de enfermedades desconocidas, hacinamiento y suciedad. Se construía mucho, pero casi todo lo nuevo estaba vedado a personas como Ángel y Manuel.

De la situación se aprovechaban quienes administraban los conventillos. Sus inquilinos sufrían abusos de todo tipo, entre los que no eran menores los desperfectos y el deterioro de los cuartos, sin posibilidad de que los propietarios accedieran a costear los necesarios arreglos, a pesar del alto precio del alquiler.

Todo ello provocó un descontento generalizado que acabó en revueltas. La más reciente había sido una huelga de inquilinos a la que se sumó incluso el conventillo del barrio de Monserrat en el que vivían Manuel y Ángel. Se sumaron a pesar de que se encontraba en condiciones mucho mejores que los de la mayoría de los más de tres mil conventillos que había en Buenos Aires en esos primeros años del siglo. Aquella revuelta obligó a los propietarios a tomar medidas para contentar a los emigrantes y dio paso a la creación de cooperativas de viviendas, la mayoría de ellas auspiciadas por los socialistas, que tenían una influencia importante en el mundo de la emigración.

Ángel y Manuel querían mejorar sus condiciones de vida. Les gustaba el barrio y el conventillo, pero querían al menos un dormitorio para cada uno y una cocina suficientemente amplia para comer allí en una mesa con unas sillas. Tenían buenos trabajos, buen salario, y posibilidades de ascenso, o al menos así se lo repetía Saúl a los dos. Pensaban que estaban en condiciones de asentarse en un lugar en el que al menos no tuvieran que cocinar en un pasillo al aire libre, compartido con el resto de los vecinos.

Ángel se encargó por tanto de buscar. Manuel, en cambio, dedicaba su escaso tiempo libre a vigilar el colmado. Le prometió a su compañero que los domingos se ocuparía él de patear Buenos Aires hasta encontrar un lugar en el que meterse.

Una noche, cuando Manuel llegaba de su habitual ronda, sin éxito en esta ocasión, encontró a Ángel muy excitado.

—Tengo una idea que creo puede funcionar. Me he enterado de que la familia de al lado se va. Como son seis, los del sindicato les han dado prioridad en una cooperativa. Como sabes, su casa tiene dos dormitorios. Podríamos alquilar esa casa con la condición de que el administrador nos deje hacer reformas. Cambiamos unos tabiques y nos queda un cuarto para ti y otro para mí, aunque

sean pequeños, más una cocina que tiene ventana. Hasta podemos tener un retrete con un lavabo para nosotros solos. ¿Qué te parece? Entre los dos, más algún albañil que nos eche una mano, acabaríamos rápido la obra. Si compramos el material donde Quico, la cosa puede salirnos bastante económica. Así no tendríamos que marcharnos de aquí.

—¿Podríamos hacerlo? —preguntó Manuel, entusiasmado.

—No lo sé. Dependerá del administrador. Hay que presionarle diciéndole que tenemos ofertas para entrar en varias cooperativas, y que estamos pensando en irnos. Además, el día que nos vayamos tendrá una casa en mejores condiciones que la de ahora, y encima gratis, porque nos hacemos cargo de la obra. Espero que no exagere con el precio... No perdemos nada proponiéndolo, ¿no crees?

El administrador estuvo de acuerdo, no sin antes regatear y hacerles firmar un papel en el que se comprometían a asumir todos los gastos y cualquier problema que pudiera surgir en el futuro.

Los dos gallegos no ocultaban su nerviosismo. Se sentían tan ilusionados como si fueran a comprar una casa en un gran barrio, cuando ni iban a ser propietarios ni la vivienda tendría ningún tipo de lujos. Pero después de llevar tanto tiempo en Buenos Aires era lo más parecido que tenían a lo que siempre habían soñado.

Durante un mes, cada minuto libre lo dedicaron a la obra, ayudados por dos hombres a los que conocía Manuel de cuando era obrero y que iban al conventillo al terminar el trabajo para tirar tabiques y sobre todo ocuparse de la fontanería. Los vecinos contribuían con pequeñas ayudas, que la mayoría de las veces consistía en llevar un refrigerio a los que trataban de adecentar la casa. Laura apareció un día con una cacerola de espaguetis con tomate que desaparecieron en un instante. Una tarde llegó Raquel con un mantel de cuadros «para cuando inauguréis la cocina».

Durante ese tiempo a Manuel le fue imposible acudir por las noches a sus encuentros con Rosa. No encontraba el momento de que las obras acabaran. Cuando volviera a verla, lo primero que le contaría era que tenía casa nueva, aunque no fuera nueva, aunque no fuera suya, aunque la compartiera con su medio hermano, de quien ya le había hablado.

Para la inauguración organizaron una fiesta en el patio a la que todo el mundo llegó con algo. La casa estaba abierta de par en par para los vecinos. Una mesa y

cuatro sillas eran los únicos muebles nuevos. El resto lo formaban las dos camas que ya tenían y la mesa pequeña que quedó en el dormitorio de Ángel. No querían gastar mucho más, ya habría tiempo de ir haciéndose poco a poco con lo necesario. Los amigos les regalaron pequeños objetos, entre otros un candil, vasos, un calendario para la cocina, una fuente y varias botellas de vino para la celebración. Al acostarse en su nuevo cuarto, el más alejado de la cocina, Manuel le comentó a Ángel que era uno de los días más felices de su vida. Y añadió: «El siguiente será el de mi boda con Rosa».

Para mantener la racha de felicidad, al día siguiente, después del trabajo, se dirigió al colmado. Al poco de llegar vio que Rosa se acercaba por el final de la calle. Estuvo a punto de gritar de emoción cuando una Rosa sonriente, sin siquiera pronunciar unas palabras de saludo, le dijo:

—Pensé que me había olvidado.

Y Manuel, sin pensarlo dos veces, tal como le salió de dentro, le respondió:

—No podría. Estoy enamorado de usted. No pienso más que en usted día y noche.

Rosa, sin mirarle y en voz baja, como si le diera vergüenza expresar sus sentimientos, musitó:

—Yo... yo no sé. Yo creo que también.

Durante unos segundos, Manuel permaneció inmóvil, sin saber cómo actuar. Después cogió el cesto de Rosa, lo dejó en el suelo, se plantó frente a ella, le cogió la mano y se la besó, sintiendo la emoción de ese momento en el que tanto había soñado sin esperanzas de que llegara algún día.

Rosa no dijo nada, retiró la mano y con una timidez absoluta, como si estuviera arrepentida de lo que había dicho, asustada, cogió el cesto precipitadamente y entró en la tienda. Manuel se quedó quieto, esperando, tratando de procesar lo que había ocurrido en esos segundos que podían cambiar su vida.

Rosa tardó en salir más de lo acostumbrado, o al menos eso le pareció a un Manuel impaciente. Rosa salió y emprendió camino deprisa y muy pegada a la pared. Parecía asustada.

Manuel se acercó inmediatamente, le cogió el cesto y, sin decir palabra ninguno de los dos, siguieron andando con más rapidez de la habitual. Cuando llegaron a la casa rosa, la joven agarró su cesta, balbuceó un «gracias» con un

hilo de voz y entró cerrando la puerta despacio, sin dirigir ni una mirada a Manuel. No le importó. Es más, lo entendía; Rosa necesitaba poner orden en sus sentimientos, pero había dicho lo que había dicho y Manuel estaba seguro de que ella le quería.

Esa noche Manuel cenó solo. A final de mes, Ángel se quedaba más tiempo en la tienda ayudando con el inventario. Quería aprender a manejar los números porque en sus sueños estaba tener algún día un negocio propio.

Manuel bajó al patio, donde había una tertulia de hombres que hablaban del gobierno, que andaba muy revuelto. No le interesó y subió de nuevo al dormitorio. Se tendió en la cama a la espera de Ángel, pero cuando llegó prefirió no contarle nada. No todavía. No hasta ver cómo se desarrollaban las cosas con Rosa.

Ella le habló dos días más tarde:

—Le dije a mi madre que vendría yo a la tienda, quería tomar un poco el aire porque llevo todo el día sentada. La verdad es que quería verle. —Y mirándole con ojos tímidos, añadió—: No sé...

—¿Qué es lo que no sabe, Rosa? ¿Piensa que no le he dicho la verdad, cree que ha sido un arrebató mío? Le aseguro que estoy enamorado de usted, y solo espero que me dé la oportunidad de demostrárselo. Y esto es serio, lo más serio que me ha pasado en mi vida.

—Pero si apenas nos conocemos, si no sabe nada de mí.

—Sé lo suficiente. Sé que no podré querer a nadie más. Pienso en usted día y noche desde que la vi por primera vez, y estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, hasta que usted se convenza. Confíe en mí, Rosa, confíe en mí y deme la oportunidad de conocernos mejor. Si lo desea voy a hablar con sus padres ahora mismo. Les pediré que me permitan visitarla o salir de paseo.

—Pero no está bien, no puedo verme a solas con usted. Una cosa es que me ayude con el cesto cuando vengo a la tienda y otra que salgamos solos.

—Pues salimos acompañados, por su madre, por su hermano o su hermana, por quienes ellos consideren adecuado. Rosa, por favor, lo que importa es si usted siente algo también por mí.

—Sí —respondió Rosa en un tono apenas audible.

—¿Ha dicho que sí? —preguntó Manuel. Necesitaba estar seguro.

—Sí, pero estoy muy confundida. Apenas hemos hablado, apenas nos conocemos...

—Deje ya de decir que no nos conocemos. Si eso le preocupa, lo que tenemos que hacer es empezar a conocernos mejor. No le estoy pidiendo ningún compromiso, solo que nos demos la oportunidad de averiguar si lo que sentimos es serio —insistió Manuel. Quería demostrar a Rosa que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que le creyese—. Hable con sus padres, que me reciban para que yo pueda contarles mis intenciones. Hable con su abuela, con sus hermanos, con Raquel, con quien sea. Intentémoslo, Rosa. Si no, nos arrepentiremos toda la vida. Le aseguro que lo que siento por usted no se vive todos los días.

—Hablaré con mis padres, Manuel. Hablaré con ellos —dijo, como si se diera ánimos a sí misma.

La semana siguiente fue una tortura. Rosa no se presentó. Manuel pasó el domingo dando vueltas por las calles cercanas a la casa rosa esperando verla en algún momento. Ella ni siquiera salió para ir a misa. Manuel se derrumbó. En los meses transcurridos estaba seguro de que al final conseguiría enamorarla, pero ahora, sin embargo, imaginaba que sus padres rechazaban la idea de que su hija entrara en relaciones con un emigrante gallego, del que no habían oído hablar y que había tenido la osadía de abordarla en plena calle, lo que nunca haría un hombre formal con una joven decente. Manuel supuso que los padres la tendrían encerrada en casa por una temporada. Se desesperaba porque tampoco tenía posibilidad de acercarse al taller y preguntar directamente a Rosa la razón de aquel insoportable silencio.

Una tarde, gris como su estado de ánimo porque pensaba que todo estaba perdido, la vio llegar. La acompañaba un joven algo mayor que ella. Manuel se sintió confundido. ¿Qué había pasado? Sin embargo, Rosa venía hacia él con una amplia sonrisa.

—Es Diego, mi hermano —dijo a modo de presentación.

Manuel, aliviado, se apresuró a tender su mano, que Diego estrechó con fuerza, mientras pronunciaba frases de saludo.

Rosa, con un «enseguida vuelvo», entró en la tienda y dejó a los dos hombres fuera, esperándola y sin saber muy bien por dónde empezar a hablar.

Fue Diego el que tomó la iniciativa:

—Mi hermana nos ha dicho que usted la pretende y desea conocerla mejor. Me envían mis padres. Están muy sorprendidos porque no le conocemos, piensan que usted no ha sido correcto abordando a Rosa en la calle.

—Lo entiendo. Me era difícil encontrar a alguien que nos presentara formalmente. Pensé en pedirselo a Raquel, la señorita Córdova. Yo también trabajo para la familia, en el almacén de telas, ayudo al encargado. Cuando había decidido hablar con Raquel, la casualidad hizo que me tropezara con su hermana. Reconozco que no ha sido lo más correcto. —Manuel hablaba en un tono comedido. Sabía que la impresión que de sí mismo dejara en el hermano de Rosa sería decisiva—. No sé si usted está enamorado. Quiero decir, seguro que me comprende. Me gustaría que sus padres sepan que soy un hombre serio y mis intenciones son sinceras. Estoy dispuesto a hacer lo necesario con tal de que se me permita visitarla. Con el corazón en la mano, le digo que no deseo otra cosa.

—Se lo comentaré a mis padres. A partir de ahora, comprenda que ella solo saldrá conmigo. Con el tiempo veremos si usted puede visitarla en casa. Siempre que mis padres lo autoricen, claro.

Rosa salió al poco rato y Manuel, casi de forma automática, se acercó a cogerle el cesto, pero Diego se le adelantó.

—Le diré algo cuando hable con mis padres. Ahora tenemos que irnos —dijo, en el mismo tono neutro que había mantenido durante la conversación.

Rosa no se atrevió a pronunciar una palabra, sus ojos apenas se detuvieron en Manuel. Parecía atemorizada por la presencia de su hermano mayor. Diego había demostrado una exquisita corrección, aunque fue tajante con respecto a cuáles eran las normas a seguir desde aquel momento.

A Manuel no le quedaba otra salida que esperar. La forma en la que inicialmente había abordado a Rosa podía convertirse en un obstáculo insalvable; ya se vería. En cambio, si la relación progresaba solo podía terminar en boda. Pero antes de precipitar las cosas era lógico que la familia quisiera saber quién era aquel gallego.

De camino al conventillo, Manuel iba desgranando frase por frase la conversación. En ningún caso Diego le había exigido que dejara de ver a Rosa. Era lo más importante para él, pero también estaba claro que todo lo que hiciera sería controlado por la familia de la mujer de la que se había enamorado. «Si ha

venido con su hermano es porque Rosa les ha hablado de mí», se decía. Los padres le pondrían a prueba y Manuel estaba dispuesto a morir en el empeño.

Se había dejado llevar por el corazón, no por la cabeza. En palabras de Ángel, «había metido el hocico en el avispero».

De pronto, tras la euforia, le invadió la angustia y sufrió un ataque de ansiedad: estaba proyectando un futuro prohibido por la ley de los hombres. Casi tres años sin saber de Lola, sin preocuparse por sus tres hijos. Los había desterrado de su vida, pero seguía casado. Comenzó a sentirse mareado, se le nubló la vista, las piernas no le respondían. Pensó que se iba a desplomar. Apoyó su cabeza contra la pared y vomitó. Manuel comenzó a llorar en silencio. ¿Qué estaba haciendo? ¿En qué locura se había metido?

Cuando recuperó la serenidad se metió en un bar y buscó una mesa en la que sentarse. Pidió un aguardiente y se lo tomó de un trago. Esperó unos minutos, se levantó, pagó en la barra y se fue a casa pensando que acababa de empezar una nueva etapa de su vida. Una etapa que se iniciaba con un monumental engaño.

El último favor. (Manuel)

La discusión era tan fuerte que Manuel temía que pudieran escucharla los vecinos. Se sintió dolido con los reproches amargos que salían de los labios de Ángel, de su amigo Ángel, de su hermano Ángel.

No se atenía a razones, no quería ni oír los argumentos que Manuel, roto en llanto, trataba de explicarle con frases entrecortadas.

—Ella es ahora mi vida. No voy a regresar nunca a Ventos. ¿Por qué no tratas de entenderme, Ángel? Quiero casarme con Rosa. Es lo único que quiero. ¿Crees que soy un monstruo? Esta es mi oportunidad de felicidad, y no permitiré...

Ángel le interrumpía en cada frase alzando la voz.

—Te has vuelto loco. Entérate de una vez por si no lo sabes. Aunque quieras negarlo, has destrozado una familia, tu familia —subrayó estas últimas palabras, para que Manuel las escuchara con claridad—. Y ahora pretendes arruinar la vida a esa chica con tu mentira. ¿Es que no lo ves? Si descubren que estás casado, Rosa quedará marcada para siempre. Ningún hombre volverá a mirarla a la cara. Vas a hundirla, Manuel. Sé bien de lo que hablo, ya lo sabes.

Manuel estaba muerto de miedo, agotado por la tensión. Tenía los nervios rotos, ni siquiera podía contener las lágrimas. De pronto, aquella felicidad que días atrás veía cercana se hacía añicos delante de sus ojos. Ángel le estaba mostrando la verdad en toda su crudeza; la única verdad.

—Ángel, te repito: nunca volveré a Galicia.

—Ni Rosa ni nadie merecen vivir engañados.

—Claro que no —dijo Manuel con la misma gravedad.

Miraba suplicante a su amigo, buscando un mínimo gesto de comprensión. Sin embargo, aquel Ángel que tenía enfrente era muy distinto al amigo que él conocía. Su hermano del alma se mostraba inflexible y despectivo.

—Pero ¿no me has dicho que quieres casarte con ella?

—Es lo que quiero, aunque todavía no hemos hablado de nada, ni siquiera sé si sus padres van a permitirnos ser novios.

—Muy bien, pero después de un tiempo de noviazgo, como es natural, llegará

un momento en el que habléis de matrimonio. ¿Qué piensas hacer entonces?

—No lo sé. Supongo que habrá alguna manera de solucionarlo.

—Supongo, supongo... no supongas nada. Te repito: estás ca-sa-do. En España no te puedes separar y aquí no existe el divorcio. Para casarte te pedirán papeles que demuestren que estás soltero. ¿Se lo explicarás a Rosa cuando tenga el ajuar medio preparado? ¿Me lo quieres decir, eh? Me has decepcionado. Pensaba que eras un hombre leal, pero ahora me doy cuenta que solo piensas en ti, y esa pobre chica ha tenido la mala suerte de cruzarse en tu camino.

Manuel optó por quedarse en silencio y agachar la cabeza. Aún llevaba la boina puesta. Aquel último reproche había sido un golpe bajo. Le había llegado muy hondo. Permaneció sentado a la mesa. Un silencio tenso flotaba en el aire. Ángel tenía esperanzas de que Manuel entrara en razón. Lo quería de veras, porque Manuel significaba mucho para él. Era el primer amigo de verdad que tenía. Pero cuando Manuel habló, no fue precisamente para escuchar lo que él esperaba.

—¿Me vas a ayudar?

—¿A qué? ¿A escribir por ti esa carta a Lola donde le pides perdón? ¿Esa carta en la que le prometes que por fin verá ese dinero que llevas años sin mandarle? ¿Esa carta donde le preguntas si están todos vivos?

—¿Cómo que si están todos vivos?

—Pues lo que te estoy diciendo. Tu mujer puede haber muerto, o alguno de tus rapaces... ¿Te das cuenta de que no sabes absolutamente nada de ellos?

—¿Por qué van a morirse?

—¿El amor te ha vuelto tonto, o qué? Veo que no te importan en absoluto.

—Claro que me importan.

—Cualquiera lo diría... Pero explícame, ¿en qué quieres que te ayude yo?

—Con los papeles, los papeles para casarme.

Ángel se levantó, lo agarró violentamente por los hombros y lo alzó con tanta furia que su amigo apartó la cara pensando que le iba a golpear. Ángel clavó sus ojos en Manuel y vio en ellos algo parecido al odio. Al instante, como si lo hubiese pensado mejor, Ángel lo dejó caer en la silla y se marchó pegando un portazo. No regresó esa noche, ni la noche siguiente.

Manuel estaba seriamente preocupado. Ángel se había ido con lo puesto, sin ropa, sin dinero. Podía haberle ocurrido algo. Tampoco había tenido noticias de

Rosa ni de su hermano. La angustia se tradujo en un malestar físico generalizado, un permanente dolor de cabeza y un nudo en la boca del estómago que, solo con pensar en la comida, le provocaba náuseas.

El domingo, al verlo tan solo, Laura le invitó a tomar un plato de pasta con su familia. Manuel apenas probó bocado. Además, se sintió incómodo porque su vecina italiana intentaba por todos los medios tirarle de la lengua. Acobardado, contó que Ángel, aprovechando que en la tienda le habían dado una semana de asueto, había decidido visitar a un amigo que vivía en el sur. Sospechaba que los gritos de la otra noche se habían convertido en la comidilla del patio.

Le preocupaba Ángel, pero sobre todo se preguntaba lo que podría estar pasando en casa de Rosa. Su hermano le había parecido un tipo amable, le dio la impresión de que trasladaría a sus padres una imagen favorable de su persona. Tanto silencio a su alrededor le impedía dormir, aquella situación le estaba matando. Aunque era poco religioso, llegó a convencerse de que Dios le enviaría un castigo por adúltero. Aun así, soportaría las siete plagas si esa fuera su pena. El amor era más fuerte que el miedo que experimentaba.

Estaba decidido. El lunes siguiente inventaría una excusa para que el encargado del almacén lo enviara al taller. Necesitaba ver a Rosa. Sabía que no podría hablar con ella, pero con solo mirarla él adivinaría cómo estaba la situación. Una simple sonrisa significaría que todo marchaba bien, que sus padres accedían a que iniciara la relación. Una mirada de angustia le diría todo lo contrario. Después de tantos días de una incertidumbre insoportable necesitaba saber, porque se estaba volviendo loco. Saber la verdad, aunque fuera la peor de las noticias. Quizás tendría que renunciar a su amor, quizás sus padres no querían saber nada de él. Rosa, estaba claro, no mantendría una relación en secreto. Además, después de lo ocurrido, la tendrían atada en corto.

Se sentía profundamente desgraciado sin Ángel. Pese a lo sucedido, pese a la rabia, pese a haber escuchado tantas frases hirientes, sin él estaba perdido. Su estado de ánimo no pasó inadvertido para algunas personas. Laura fue una de ellas. Con la intuición propia de una mujer vapuleada por los problemas, la italiana adivinó que su vecino estaba atravesando un mal momento. Una tarde, le propuso dar un paseo hasta el parque donde sus hijos solían jugar los fines de semana.

—Anda, y de paso tomas el aire —le dijo—. Que no haces nada aparte de ir y venir del trabajo. Se te ve muy solo.

Manuel dudó unos instantes, pero, al final, ante la idea de quedarse tumbado en la cama cavilando o pasear en compañía de la italiana, siempre de buen humor y con una palabra amable, pensó que al menos podría evadirse de sus problemas por unas horas.

La tarde se fue llenando de sombras. Para cuando regresaron a casa, había caído la noche. Desde el patio, Manuel se dio cuenta de que había luz en su casa. Ángel había vuelto.

Lo encontró sentado a la mesa frente a un vaso y una botella de vino. Ni siquiera se volvió cuando entró Manuel. Estaba absorto, con la mirada extraviada, abandonado a la tristeza que desde aquella noche de la discusión se había posado sobre ellos como la niebla. Manuel cogió otro vaso, se sentó junto a su amigo y se sirvió de la botella. Permanecieron mucho rato en silencio. Como si los dos supieran que su amistad había sufrido un daño irreparable.

Ángel se levantó y se dirigió a su dormitorio. Manuel continuó en la misma postura, y así le encontró Ángel cuando volvió de nuevo al cuarto casi una hora más tarde. «¿Quieres cenar?», preguntó. Manuel no respondió. Ángel se acercó al infiernillo, cogió una sartén y revolvió media docena de huevos con un par de tomates. Volcó todo en dos platos y puso uno delante de Manuel, quien comenzó a comer cuando Ángel casi había terminado. Recogió su plato y el de Ángel; los lavó y secó, y se sentó de nuevo.

—Mira, lo he estado pensado. Creo que lo mejor es que dejemos de vivir juntos —le anunció Ángel—. Antes de irme, buscaré a alguien de confianza con el que puedas compartir gastos.

Manuel se encogió de hombros. Ángel continuó como si hablara para sí mismo:

—No comparto tu forma de actuar. Tu decisión de enredarte con Rosa sin tener en cuenta a tu familia. No soporto el engaño. Piensas que estoy marcado por lo de Josefa, pero no es así. Te conozco desde hace tres años, eres el mejor amigo que he tenido nunca, hemos compartido todo lo bueno y lo malo desde que nos fuimos de Galicia, pero pensaba que teníamos los mismos principios, los que tú y yo hemos mamado. Me he dado cuenta de que no es así, y contra eso no puedo luchar pero tampoco voy a aceptarlo.

De todos los razonamientos de su amigo, a Manuel le dolió en particular una frase. Y esta vez sí se defendió:

—No me voy a enredar con Rosa. Pienso casarme, si ella quiere y sus padres lo permiten.

—No quiero discutir de nuevo, Manuel, pero ¿cómo te vas a casar si ya estás casado?

—Seguro que hay alguna forma. Aquí nadie sabe si estoy casado o no.

—Pues en tu pasaporte lo pone bien claro.

—Sí, pero puedo haberlo perdido y solicitar uno nuevo.

—En el que también pondrá que estás casado.

—O no.

—Ya veo que lo tienes todo pensado —dijo Ángel. Estaba claro que Manuel seguía en sus trece.

—Ángel, escúchame un momento, por favor, solo un momento, por lo que hemos compartido estos años. Sé que hago mal, sé que te he decepcionado. Sé que Lola y los niños no se lo merecen. Sé que mis padres se morirían de pena si lo supieran. Sé que Rosa no merece vivir en una mentira, como sé que tengo responsabilidades que cumplir y sin embargo no las he cumplido hasta ahora. Todas esas cosas las sé, y me siento culpable. No soy de piedra. Aún no sé qué voy a hacer, pero te juro que voy a hacer algo.

—Dime cómo, estoy deseando escucharte y que me lo expliques. Me hablas de cambiar tus datos para poder casarte, que es lo mismo que decirme que quieres borrar tu pasado, y sin embargo aseguras que a tu familia no le va a faltar nada. ¿Qué pretendes? ¿Qué yo me ocupe de ellos? Es lo que me faltaba por oír.

—No, tú no tendrás que ocuparte de nada, es un problema que debo resolver yo. Déjame que piense. Comprendo que no quieras saber nada de mí, comprendo que creas que no soy lo que siempre pensabas que era, un hombre decente, pero... Ángel, mírame. Tengo que seguir viviendo y no puedo volver a la vida de antes. Te juro por Dios que me ocuparé de que mis hijos tengan lo necesario para salir adelante, y Lola también. Ángel, lo estoy pasando condenadamente mal, te suplico que me comprendas. Vete a otra casa si quieres, pero no me dejes solo —dijo Manuel, como si le diera vergüenza reconocer su debilidad—. Necesito verte y que sigas siendo mi hermano. Eres lo único que tengo.

Manuel tenía la voz quebrada, temblaba como un niño asustado. Ángel sintió compasión. El sufrimiento de su amigo era sincero. Vio cómo las lágrimas se precipitaban por las mejillas de Manuel, quien rápidamente las borró con la manga de su camisa, y trató de serenarse. Aquel hombre que había demostrado sobradamente su fortaleza física, se había venido abajo, estaba anímicamente hundido. De nuevo se instauró un silencio lleno de melancolía hasta que Manuel dijo en un tono apenas audible:

—Te necesito.

Allí estaban, el uno frente al otro. Ángel miraba a su alrededor como si estuviera buscando las palabras, sin encontrarlas. Los escasos muebles proyectan en las paredes unas sombras inciertas. Por primera vez, aquella habitación le pareció pobre y fría. Ángel se frotó las manos y se levantó.

—Me voy a la cama. Estoy rendido. Buenas noches.

Manuel se quedó todavía un rato pensando en la conversación que habían mantenido. Tenía las emociones a flor de piel. Era mucho lo que les unía, a pesar de la dureza de las palabras de Ángel. Se fue a la cama con el ánimo destrozado. De lo único que estaba seguro era de que estaba enamorado de Rosa.

Por la mañana, con el mismo sentimiento de abatimiento, desayunaron un café y unas magdalenas, y salieron juntos como si se tratara de un día más. En el momento de separarse, Ángel se despidió con un «hasta luego» como todos los días. Sin embargo, Manuel se preguntó si estaría en casa cuando regresara.

No fue al taller a ver a Rosa, como había planeado antes de encontrar a Ángel en casa. Le preocupaba tanto qué pasaría con su amigo, cómo podría mantener la relación con él, que decidió que esperaría al día siguiente para buscar una excusa que le permitiera acercarse al lugar donde trabajaba como bordadora. Sin embargo, sí se acercó a la tienda de ultramarinos, como hacía todas las tardes al terminar en el almacén. Estuvo de pie, mirando la esquina por la que solía aparecer la joven, hasta que comprendió que ya no saldría de casa; era demasiado tarde.

Tenía un nudo en el estómago, hacía más de una semana que había mantenido la conversación con su hermano y no sabía qué ocurría, cuál había sido la reacción de los padres de la mujer con la que quería casarse.

Cuando regresó a casa se repitió la misma escena de la noche anterior. Ángel estaba sentado frente a la mesa con una botella y un vaso. Manuel se sirvió un

dedo del vino oscuro, que bebió de un trago.

—Te voy a hacer un último favor —le dijo Ángel en tono tan frío que heló la piel de Manuel.

—Tú dirás.

Manuel trató de aparentar serenidad. Sabía lo que se avecinaba: Ángel estaba a punto de anunciarle que ya tenía un candidato con el que podría compartir la vivienda. Ese había sido su compromiso: encontrar a alguien con buen carácter y un trabajo suficientemente seguro como para que él no se agobiara con los gastos. La marcha definitiva de Ángel sería una pérdida dolorosa. Atrás quedarían sueños compartidos, conversaciones sinceras, los paseos hasta la taberna. Desaparecía para siempre un compañero de alegrías y penurias, un amigo leal en aquel viaje que una vez iniciaron juntos.

—Esta tarde me pasé por el despacho de un amigo de mi jefe, que trabaja de oficial en una notaría. Le pregunté qué ocurría si alguien que se quería casar había perdido el pasaporte y me respondió que no había problema porque en el consulado le hacían uno. Le conté que tenía muy malas relaciones con el consulado por una cuestión personal, que si podía casarse sin el pasaporte, y me explicó que en algunas circunstancias se aceptaba la copia del documento de entrada en Argentina; que era habitual en personas que vivían en pueblos pequeños y sin medios para acudir al consulado. En cuanto a la boda, los párrocos exigen algún documento que acredite que el que se casa está bautizado y que no ha contraído matrimonio. Lo cual complica la cosa. Pregunté cuánto tardan en llegar esos certificados desde España y me respondió que varios meses, pero que algunos curas se conformaban con... espera que lo he escrito, el «certificado de libertad de los contrayentes», y además las mujeres deben aportar la autorización paterna. Insistí en si había alguna manera de adelantar los trámites sin ese certificado, dándole a entender que se trataba de un matrimonio que debía celebrarse con urgencia —seguro que pensó que había un embarazo de por medio— y me dijo que había párrocos que cuando uno de los contrayentes es extranjero, lo que ocurre ahora con frecuencia por la cantidad de emigrantes que llegan, se conforman con una declaración jurada de testigos, dos personas que juren ante notario que el que se va a casar es soltero. Como te decía, te voy a hacer un último favor antes de desaparecer: testificaré que eres soltero. Buscaré a otro gallego como testigo. Te aconsejo que no conozcas ni su nombre, ni que

andes mucho con gallegos a partir de ahora, no vaya a ser que alguien se entere o alguien conozca a alguien de Ventos que sepa de ti y de tu familia.

Manuel, por primera vez en mucho tiempo, dejó que las lágrimas salieran de forma incontenible de sus ojos. Comenzó a sollozar como un chiquillo, hasta el punto de levantarse para coger una toalla con la que limpiarse la cara. Ángel, desconcertado, le acercó el vaso de vino y él se lo bebió de un trago.

Manuel se sonó con ruido, apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza sobre las manos, mirando hacia el suelo incapaz de pronunciar una sola frase. No sabía si lloraba por la generosidad de Ángel y su prueba de lealtad y de amistad; si lloraba porque seguía sin saber nada de Rosa y por tanto se sentía muy perturbado por los planes matrimoniales de Ángel; o si lloraba porque al fin encontraba una salida a una situación que le superaba, pero que estaba absolutamente decidido a afrontar si Rosa aceptaba casarse con él.

De nuevo el llanto se hizo incontenible y fue el propio Ángel el que le tendió la toalla. Cuando finalmente se tranquilizó, Manuel le miró directamente:

—Nunca voy a olvidar esto. Nunca. Ángel, te suplico que sigas siendo amigo mío y que estemos juntos hasta que me case, si me caso. Que nunca dejemos de vernos. No podría soportarlo.

—¿Qué es eso de «si me caso»? ¿Has cambiado de idea?

—No, pero no sé nada de Rosa desde que hablé con su hermano. Ángel, voy a prometerte algo: me ocuparé de que no falte nada a mis hijos, te lo juro por Dios. Me ocuparé de que Lola y los niños tengan lo que necesiten. Voy a pensar cómo hacerlo porque, me case o no me case con Rosa, mi vida está aquí, y es para siempre. Además, ya no puedo volver con Lola, la haría muy desgraciada porque no la quiero, o no la quiero como merece; le tengo cariño porque es la madre de mis hijos, pero podría odiarla si no pudiera estar con Rosa. Sin embargo, te juro que me voy a ocupar de mi familia, les voy a mandar dinero. Lo he pensado estos días, Ángel, y creo que podría hacerles creer que he muerto, pero que tenía un dinero ahorrado y que alguien se lo haga llegar. Tendrían derecho a ese dinero porque se trata de mis hijos... Y Lola lo aceptaría.

Noticias de Buenos Aires. (Lola)

Manoliño se revolvió en la cama y Lola se despertó inmediatamente.

El menor ruido de cualquiera de sus hijos, una tos, un gemido, una frase — Nieves, con apenas cuatro años, hablaba dormida—, eran suficientes para que toda ella se pusiera alerta, y con los ojos abiertos aguardaba para ver si alguno de los niños estaba mal, pedía agua, se levantaba o tenía una pesadilla. Podían caer rayos y truenos y crujir todo el tejado por un vendaval que Lola seguía durmiendo tranquilamente. Pero el sonido de sus hijos la despertaba de golpe.

Era lógico, solo la tenían a ella y eran muy críos todavía. Dolores, con siete años, ya era capaz de cuidar de sus hermanos cuando Lola les dejaba solos. No tenía que estar muy pendiente de Nieves, que no se movía de la habitación donde la había dejado su madre; podía pasar horas quieta jugando con una muñeca de trapo que le había hecho su abuela con restos de lana y de tela.

La abuela vivía en la casa de al lado, puerta con puerta, y pasaba tantas horas con sus nietos como su propia madre. Adoraba a Manoliño, seis años ya. Cuando estaba solo con las dos hermanas podía llegar a ser insoportable, Dolores se desesperaba. Pero con su madre y su abuela en casa era ejemplar, obediente, con una sonrisa permanente en la cara y, sobre todo, expresaba un cariño hacia ellas que les provocaba auténtica pasión por él. No era habitual en los niños, pero Manoliño les acariciaba la cara, les cogía de la mano cuando salían fuera y les daba un beso cuando llegaba. Un día pegó una patada a su primo de cinco años cuando le dijo que se portaba como una niña, que los hombres no están todo el día besando.

Para Lola su hijo era el mayor consuelo. Quería a sus tres hijos y habría mirado con extrañeza a quien le dijera que distinguía a Manoliño respecto de sus hermanas. Lola no concebía su vida sin ellos; todo lo que hacía, que era mucho, era pensando en ellos, en los tres. La comida, la huerta, las faenas de la casa y del campo, cuidar la ropa, organizarse para estar con los críos el mayor tiempo posible, hablarles de su padre...

Les hablaba mucho de Manuel, todos los días. Pero, despierta ya del todo a

pesar de que Manoliño no había vuelto a moverse, Lola se dijo que cada vez le costaba más hablar de su marido, porque sus hijos no se acordaban de él. Y ella... ella pensaba en él cada noche, y para él era su primer pensamiento por la mañana.

Los primeros meses de silencio pensaba que aún no había llegado a América, a Argentina o a donde fuera. Su barco iba a Buenos Aires, pero le habían contado que muchos emigrantes, una vez allí, se marchaban a Cuba, Venezuela o incluso a Panamá, para construir el canal. Lola no sabía dónde estaba exactamente Panamá cuando le hablaron del canal, pero alguien le enseñó un libro con un mapa en el que aparecía Panamá dibujado, una especie de lengua muy estrecha de color amarillo, entre dos manchas muy grandes azules. Le explicaron que aquellas manchas eran el mar, y que con el canal los barcos podrían ir de un mar al otro. Pero para eso hacía falta mucha gente porque había que dinamitar la tierra. Eso sí lo comprendió; en la cantera de granito se utilizaba dinamita.

El padre de su cuñada, un domingo que fueron todos a la playa a Vilagarcía, hizo con las manos un surco profundo en la arena para enseñarle cómo pasaba el agua de un lado a otro. ¿Estaría Manuel en Panamá? ¿O en Cuba con la caña de azúcar, como el marido de su hermana Eufemia, que había mandado una carta después de un año de su marcha para contar que había llegado a Cuba?

Era tan largo el silencio de Manuel que aquellos primeros meses, sin que se lo dijera nadie, Lola decidió que su marido se había ido a otro país, y por tanto no podía tener noticias suyas hasta que llegara a su destino y tuviera trabajo. Nadie le había visto, nadie sabía nada de él, y eso que había tres o cuatro personas de Ventos que se habían ido a América. Y solo el marido de Eufemia había dado señales de vida, así que Lola tampoco se sentía especialmente preocupada. Su desesperación ante la decisión de Manuel de emigrar y buscarse la vida en América era precisamente por eso, porque sabía que pasaría mucho tiempo de incertidumbre, aparte de años de soledad.

Con el paso del tiempo, a la incertidumbre sucedió la sensación de abandono, y para paliar el dolor Lola se convenció de que lo más probable era que Manuel no pudiera pedir a nadie que le escribiera porque estaba en camino de su destino. Es decir, que no estaba en Argentina.

No tenía ningún indicio de que fuera así, pero su poder de autoconvicción era tan grande que un día se encontró comentando a su suegra, con toda normalidad,

que «como Manuel está en Cuba...». Su suegra la miró sin decir nada. Lola había decidido que era Cuba, porque allí había trabajo por hacer y Manuel acudiría allí donde hubiera trabajo. ¿Por qué no Panamá? Pues porque Lola pensaba que lo del canal debía de ser peligroso, con tanta obra, tanta dinamita, tantas montañas por derribar. Y como su corazón y su cabeza no admitían que su marido pudiera estar herido, o muerto... pues Cuba. Una manera como otra cualquiera de proteger sus sentimientos: buscaba una justificación al silencio de Manuel, y si no tenía datos para la justificación, pues los buscaba dentro de sí misma. En ningún caso admitiría ante los demás que los inventaba. Entre otras razones porque se había convencido de que no eran invenciones: Manuel estaba en Cuba, lo sabía, lo sentía dentro de su corazón.

Su vida era monótona, pero con Manuel al lado tampoco habría sido muy distinta, salvo que tendría un hombre en la cama.

Atendía a sus hijos con ayuda de su suegra, que pasaba más horas en casa de Lola que en la suya, y se ocupaba de la huerta y de los animales de la casa. Les daba de comer y preparaba las cuadras con el toxo que recogían en el monte una vez cada quince días, cuando la propia Lola iba a buscarlo en el carro. No era la única mujer que llevaba el carro. Ventos se había convertido en un lugar en el que las mujeres marcaban las jornadas de trabajo; fuera la hora que fuese, eran mujeres las que iban de un lado a otro por los caminos y corredoiras, con sus faldas largas, el pecho cruzado por un amplio pañuelo por encima de una blusa o un jersey, y otro pañuelo más en la cabeza, atado arriba con un nudo. Cabezas siempre tiasas sobre cuellos firmes, capaces de sostener el gran peso que llevaban encima. A veces los cestos pesaban como si llevaran piedras. También pesaban las cántaras de madera con el agua de la fuente, un permanente trasiego en el que colaboraban las niñas de muy corta edad, que ayudaban a sus madres desde que levantaban un palmo del suelo y se responsabilizaban de que las cántaras de casa, las grandes, estuvieran siempre llenas. Dolores ya lo hacía, y Nieves exigía a su madre que le dejara, pero Lola aún la veía muy pequeña para andar transportando el agua.

Su suegra era una gran ayuda. Se manejaba bien con el hilo y la aguja, arreglaba para Nieves lo que ya no servía a Dolores, y con cualquier retal hacía una falda para la mayor o unos pantalones para Manoliño. Incluso había sacado

dos de unos que habían sido de su padre y que no se había llevado a América porque le quedaban estrechos.

A Lola ni siquiera le quedaba el consuelo de la compañía de otras vecinas. Las veía poco, los domingos. La que más la que menos tenía tanto trabajo como ella, incluso más porque no contaban con la ayuda de la abuela, porque la mayoría de los maridos se habían marchado a América o a León, a la mina. Ventos se quedaba sin hombres.

Le producía una profunda desazón el pueblo, cada vez más reducido, cuando la lógica decía que con el paso del tiempo los pueblos crecen porque nacen niños que con los años se convierten en nuevos padres de familia. No era el caso: los hombres se habían ido, sus hijos marcharían también, y las mujeres... las mujeres esperaban su regreso. «Al menos tengo a mis hijos», se decía Lola en los momentos en los que se dejaba llevar por la tristeza. «Peor lo tiene Mariña, que se le fue el novio y la dejó sola hace ya seis años y no sabe si volverá algún día. Si no regresa pronto se encontrará con que Mariña se ha casado con otro. Y habrá hecho bien, no ha tenido noticias desde que se marchó y le pidió que le esperara».

También Manuel se había despedido diciéndole a Lola que volvería, pero de aquello hacía tres años y no tenía noticias ni había recibido ningún dinero de él, lo que no tenía perdón si Manuel ya estaba asentado en alguna parte y tenía trabajo y un sueldo. Él mejor que nadie sabía que sus hijos necesitaban alimentos, ropa y una casa en condiciones.

A Lola, cada vez con más frecuencia, le costaba superar la angustia, los problemas del día a día, la soledad, no saber qué podía esperar del futuro. Le preocupaba faltar y que nadie se hiciera cargo de sus hijos, porque la abuela tenía muchos años. Lola la veía cada vez más consumida, a pesar de que hacía esfuerzos para mostrarse animosa con sus nietos.

—Madre, ¿puedo ir a casa de la tía Eufemia?

—Sí, pero no llegues tarde, antes de que se haga de noche te quiero aquí. No me obligues a ir a buscarte, que bastante tengo con andar pendiente de tu hermana y de Manoliño.

—Se lo prometo, vendré pronto.

No le gustaba mucho que una niña tan pequeña anduviera de un lado para otro, pero Eufemia vivía a menos de trescientos metros, el pueblo era seguro, y

Dolores tenía una relación muy especial con su tía, que no tenía hijos ni era fácil que los tuviera con el marido tan lejos y sin saber cuándo volvería. Si volvía. Cuando iba su sobrina le preparaba un tazón de vino caliente con pan de maíz y azúcar, que a la niña le encantaba. Pero lo que más le gustaba a Dolores era que cuando estaba con Eufemia su tía era solo para ella, le contaba historias mientras arreglaba la casa o sachaba en la huerta, le enseñaba a colocarse bien el pañuelo, le explicaba cómo aguantar más peso sobre la cabeza colocando de determinada manera el trapo enrollado sobre el que se ponía la cesta, el cántaro o el haz de leña o de varas de maíz, y le contaba cómo era el lugar al que había ido su padre. Hasta el punto de que Dolores creía que Eufemia sabía dónde estaba Manuel y qué vida hacía.

Cuando volvía le decía a su madre que su padre vivía en una casa con flores y que trabajaba en una fábrica en la que ganaba dinero para cuidar a sus hijos cuando regresara. Lola aprovechaba la primera ocasión que veía a su hermana para pedirle que no inventara historias de Manuel para Dolores. Que era peor porque la niña se hacía ilusiones; pero Eufemia seguía en lo suyo: «Tenía apenas cuatro años cuando se fue. Mejor contarle cosas de su padre, aunque no sean verdad, para que lo tenga presente, que dejar que se olvide de él con el paso del tiempo». Y Lola acabó comprendiendo que tenía razón.

Dolores era la única de sus hijos que recordaba bien a Manuel. Y si seguía sin dar señales de vida, ese recuerdo se esfumaría. «Como se me va olvidar a mí si no tengo noticias tuyas», se dijo con amargura.

* * *

—Madre, este señor pregunta por ti —le dijo Nieves con la puerta de la calle medio abierta.

A Lola le dio un vuelco el corazón. Tuvo un mal presagio. A Ventos, aquella aldea desconocida, no llegaban extraños porque sí.

Desde la ventaba vio a un hombre parado delante de la casa. No reconocía aquel rostro, aunque parecía que no era de temer. Llevaba sombrero, como la gente elegante. Y zapatos. Pero no aparentaba ser rico; un pantalón oscuro, una camisa abotonada hasta el cuello y una chaqueta larga, que es lo que llamó más la atención de Lola. En la aldea los hombres llevaban chaquetas cortas, de faena.

Y sombrero ni siquiera los domingos. Alguna vez en Caldas había visto hombres elegantes, pero el que estaba en la puerta tenía aspecto de trabajador.

Cuando Lola le abrió, con Nieves pegada a su falda, el hombre se quitó el sombrero:

—¿Estoy hablando con la esposa de Manuel Padín?

Mientras hacía un gesto afirmativo con la cabeza, Lola se agarró a la puerta. Le temblaban las piernas, pensó que se iba a caer al suelo. «Ahora, ahora me lo dice: a Manuel le ha pasado algo».

—¿Lola? Traigo noticias de su marido.

Se quedó sin habla, con el corazón paralizado:

—¿Noticias tuyas? ¿Está bien?

—¿Le importa que pase, señora? Vengo desde Vigo para hablar con usted.

Lola se hizo a un lado para dejarle pasar, se sentó en una silla mientras con una mano separaba otra de la mesa para que se sentara el desconocido; se levantó, le puso delante un vaso de agua y se sentó de nuevo. Nieves no perdía detalle, se le notaba la expectación en la cara. Su silencio —tan poco habitual— indicaba que también ella comprendía que era un momento importante. Aquel hombre sabía dónde estaba su padre.

—¿Está bien? —volvió a preguntar Lola.

—Sí, señora, pero no tengo noticias directas tuyas, aunque sé que está bien. Me voy a presentar, me llamo Pedro Frieiro y le traigo un dinero que en cierto sentido es de parte de su marido.

—¿Qué quiere decir que es de su parte?

—Trabajo en Vigo en un despacho que lleva asuntos en Argentina, en colaboración con las consignatarias y algunas empresas conserveras. Un industrial con negocios en Argentina ha venido a vernos para contarnos que hace dos años montó un bar con su marido, y que afortunadamente les fue muy bien pues estaba en el puerto. Trabajaron duro, explicó, pero en poco más de un año ganaron suficiente para cubrir la inversión.

—Perdone, pero no sé qué es eso.

—Su marido había conseguido ahorrar un poco de dinero, trabajaba de camarero en ese bar. El propietario se fue a vivir a otra ciudad y propuso a su marido Manuel y a mi cliente traspasarles el bar. Su marido puso sus ahorros y mi cliente una cantidad bastante mayor. La idea era que Manuel devolvería esa

cantidad prestada, lo que llamamos inversión, con parte de su salario. Y es lo que hizo. Como le digo el negocio marchó mejor de lo previsto; pero hace unos meses, cuando pagó el dinero que le habían prestado, decidió marcharse porque le había salido una oportunidad de ganar mucho dinero no sabemos muy bien dónde, porque a mi cliente le dijo primero que se iba a Cuba y después que a Méjico. Y ante un notario acordaron que si el bar generaba más ganancias, o era traspasado...

—¿Eso qué es?

—Que se lo vendían o alquilaban a otra persona o a otra sociedad. Pues en el caso de que lo traspasaran o de que generara ganancias, le enviaran a usted la parte correspondiente. Y eso es lo que ha ocurrido. El socio de su marido, a través de un notario de Argentina, se ha puesto en comunicación con nosotros para enviarle la cantidad que habría ganado su marido este año si se hubiera quedado en Argentina.

—Pero ¿dónde está Manuel? —preguntó ella con cierta desesperación.

—No lo sé, lo siento. No hay noticias de él desde que se marchó de Buenos Aires. Ni siquiera sabe mi cliente si se fue a Cuba o a Méjico, como le he explicado dio los nombres de los dos países. Pero hay un dinero para usted que le traigo y que me tiene que firmar el recibí; y si el bar sigue generando ganancias, en un año volveré de nuevo con más dinero, porque es el notario argentino el que controla la situación. Pide periódicamente las cuentas y marca qué le corresponde a usted y a sus hijos. En confianza, debo decirle que su marido buscó a un buen hombre con el que asociarse; otro ya habría desaparecido con el dinero.

—Ni sé firmar ni sé escribir. Además, no entiendo bien lo que usted trata de decirme.

—No se preocupe por la firma. Es suficiente con la huella del dedo. Mire, Lola, su marido ha desaparecido hace más de un año, pero que haya desaparecido no significa que esté muerto, métase eso en la cabeza. Simplemente, no sabemos dónde está, nadie sabe dónde está, pero debe comprender que es muy complicado establecer comunicación desde determinados países. En América se están produciendo muchos cambios, llega mucha gente emigrante y hay países en los que no dan abasto para organizar que funcione el correo, el transporte... usted ya me entiende. Su marido debía saber

que podía ocurrir algo así, y ha demostrado que pensaba en usted y en sus hijos cuando se fue a un notario con su socio para que ustedes recibieran el dinero que les corresponde; tanto si vive como si no. Lola, no sé qué es de Manuel, de su marido, pero al menos le soluciona sus problemas económicos. Le traigo una cantidad importante de pesetas, y el año que viene, si Dios quiere, vendré a verla con el dinero que corresponda, que espero que sea una cantidad igual o mayor que la de ahora.

—¿Y qué hago con el dinero?

—Eso lo sabrá usted, pero si me permite que le aconseje debería guardar parte para el futuro. No sabemos qué va a ocurrir, y si su marido se vio obligado a emigrar es porque no andan ustedes muy sobrados. Si yo fuera usted, metería en un banco el dinero y lo sacaría poco a poco, según lo necesitara.

—Nunca he ido a un banco.

—Mire, debo regresar a Vigo porque tengo cosas que hacer; pero si usted quiere, vuelvo la semana que viene, más temprano, y la acompaño a Vilagarcía. Tengo un amigo que trabaja allí en un banco y que se puede hacer cargo de su dinero, y además le aconseja qué hacer con él, cómo sacarlo cuando lo necesite. Y si le sobra, lo va ahorrando pensando en el futuro porque, le repito, no sabemos cuánto tiempo seguirá usted recibiendo dinero de su marido. Lo que le entrego ahora es mucho, estoy seguro de que no lo va a gastar en un año a no ser que cometa usted locuras. Pero para afrontar los gastos más importantes de la casa tiene de sobra.

—¿Y dónde guardo el dinero hasta que usted venga?

—Le propongo una cosa. ¿Hay algún vecino que sepa leer?

—No conozco a ninguno.

—Pues entonces tenemos dos salidas: o se queda usted con el dinero y lo guarda en un buen escondite, o yo me lo llevo y le firmo un recibo, aunque usted no sepa qué he escrito. Sería una prueba de confianza que me da y que no sé si merezco.

—Se lo lleva y me firma el recibo. Luego no dormiré en una semana pensando que usted se ha quedado con el dinero, pero lo prefiero así, me da miedo quedarme con él en casa.

—Gracias por la confianza, Lola. Le firmo un recibo y además le dejo algo de dinero. Si desaparezco —añadió sonriendo— al menos tendrá una cantidad de

dinero mayor de lo que tenía hace solo una hora. Yo me vuelvo a Vigo y cuando regrese la semana que viene guarda usted el dinero en el banco y va sacando lo que necesite.

—¿Y en el banco está seguro?

—Lola, si me permite que la llame por su nombre. El banco es el lugar en el que se guarda el dinero mejor que en ningún otro sitio que usted pueda conocer.

—¿Tienen unas cajas seguras?

—Tienen cajas, pero tienen algo mejor todavía: hacen crecer su dinero. Poco, pero algo es algo. Dentro de un año usted tendrá algo más de lo que guarde ahora. Mire usted, la acabo de conocer, pero me parece una mujer inteligente y fuerte. No se ha venido abajo con lo que le he contado de su marido y está dispuesta a sacar adelante a sus hijos hasta que regrese su padre. Y, si quiere, le voy a ayudar con todo lo relacionado con su dinero, que además no será difícil de entender para una mujer como usted.

—No sabe lo que se lo agradezco; es muy complicado para mí estar sin marido, con los niños pequeños... y sin tener ningún conocimiento de nada, de cómo se hacen algunas cosas importantes.

—Usted conoce de la vida mucho más que la mayoría de la gente; lo está demostrando al criar sola a sus hijos. Ahora tengo que irme, pero regresaré el martes o el miércoles de la semana que viene. Un último consejo: no le diga a nadie que tiene una pequeña cantidad de dinero en casa. Cuando le pregunten quién soy y a qué he venido, cuénteles la verdad si quiere, pero dígales que me he llevado el dinero de vuelta a Vigo y que lo llevaremos al banco. Y ahora Lola, adiós; sea fuerte, y piense que su marido ha estado pendiente de usted. No sabemos dónde se encuentra ahora mismo, pero ha dado pruebas de que, allá donde esté, ha querido que a usted y a sus hijos no les falte nada.

Frieiro se levantó, estrechó la mano de Lola, que se la limpió con el delantal antes de tendérsela, y se despidió con una sonrisa, como si quisiera darle ánimos, mientras se levantaba el sombrero.

No sabía Lola que acababa de conocer a un hombre que se iba a convertir en el amigo más leal y generoso que podía encontrar.

Llegó una nueva cantidad de dinero, en dólares, unos meses más tarde; y una tercera cantidad más pequeña que las anteriores casi cuatro años después de la primera. Nada más. Cuando Lola y Frieiro esperaban, según sus cálculos, que a

través del banco con el que operaba Frieiro, el Pastor, les llegara un nuevo envío, solo recibieron un telegrama del notario de Buenos Aires en el que informaba que en el bar se había producido un asunto muy turbio que había provocado su cierre por la policía.

Lola se echó a llorar, desconsolada, cuando Frieiro la visitó para leerle el telegrama. «No lo siento por el dinero, o no lo siento tanto por el dinero, de alguna manera saldremos adelante como salimos en los años en los que no recibí una sola peseta de mi marido. Pero si ha cerrado el bar me quedo sin saber nada de Manuel».

—Lola, usted no sabe nada de Manuel desde hace mucho tiempo, el cierre no cambia las cosas.

—Sí las cambia. Si tenía un negocio en Buenos Aires, en algún momento querría enterarse de cómo iba, y si alguien le cuenta que ya no hay bar, ¿qué interés tiene en volver a Buenos Aires?

—¿Y a usted que más le da que esté en Buenos Aires o en Pernambuco?

—Pues sí me da. En Buenos Aires hay barcos para Galicia.

—Sí, y en La Habana, y en La Guaira, y por toda América. Lola, si está de Dios que vuelva a casa, es igual que lo haga desde un lugar o desde otro. Lo que importa es qué va a hacer usted con sus hijos.

—Pues qué voy a hacer, seguir trabajando. Doloriñas, con diez años, ya me ayuda mucho, y de alguna manera saldremos adelante.

—Y estoy yo, Lola. Sabe que puede contar conmigo.

—Sí, lo sé, respondió Lola intentando sonreír mientras sorbía la nariz y se secaba las lágrimas con la punta del pañuelo que llevaba sobre los hombros.

En los años siguientes fue su consejero, asesor, confidente, compañero — jamás amante, Lola era mujer de un solo hombre—, un segundo padre para sus hijos que incluso se ganó el afecto de la abuela, que nunca sintió recelo ante aquella relación tan estrecha entre Pedro Frieiro y su nuera, porque era evidente que se trataba de una amistad sin dobleces, sincera, entre dos personas adultas que necesitan compañía y afecto, nada más. Y nada menos.

Frieiro visitaba Ventos aproximadamente cada mes, revisaba las magras cuentas familiares, iba al banco con Lola cuando hacía falta, porque durante varios años aquellos dólares sirvieron para cierto desahogo, gracias entre otras cosas a que el previsor Frieiro había insistido en la necesidad de ahorrar por si

Manuel no regresaba pronto; y además desde el primer momento pensó que aquello del bar no podía durar mucho tiempo. No conocía a nadie tan absolutamente decente, tan santo, como para enviar un porcentaje alto de sus beneficios a la familia de un socio que había desaparecido y que, por tanto, no contribuía con su esfuerzo a la buena marcha del negocio.

Lo que nunca supo Frieiro, ni Lola, es que ni había bar, ni socio, ni cierre, ni policía. Todo era una farsa inventada por Manuel para que llegara un dinero a Ventos. Fue la condición que puso Ángel para no romper su relación con Manuel.

Frieiro llegó a establecer una relación casi familiar con Lola, sus hijos y la abuela María. Soltero y sin ganas de cambiar de estado civil, la amistad con Lola era cómoda porque jamás hubo coquetería en ella, ni situaciones tensas.

Era una mujer que creía en el matrimonio para toda la vida; que seguía queriendo a su marido a pesar de no saber nada de él. Que estaba volcada en sus hijos y a la que ni se le había pasado por la cabeza la idea de que era joven y tenía derecho a disfrutar de la compañía de un hombre.

Pedro era como de la familia, incluso se iba a Ventos si tenía unos días de vacaciones. Jamás dio que hablar en la aldea, porque era tan natural la relación con Lola y su familia, tan sin malicia, que los de allí lo trataban como si fuera un pariente lejano, aunque sabían que no lo era. Dormía en una pensión de Vilagarcía y aparecía a comer al día siguiente, siempre con algo; unas sardinas, unos chorizos, naranjas... Se pasaba por la plaza de Vilagarcía y compraba lo que pensaba que podía gustar a los niños.

Le llamaban Pedro y de tú, y Manoliño un día le dijo que le habría gustado que fuera su padre. «Ya tienes un padre, y volverá un día. Mientras tanto, si quieres, cuidaré de ti y de tus hermanos». «¿Y miña nai?».**** «De tu madre también. Y de la abuela. De todos».

**** ¿Y de mi madre?

La nueva familia. (Santiago)

Santiago salió del bar con una confusión que le superaba, conmocionado por la noticia. Aquel hombre, Antonio, era su primo. No había duda. El mismo apellido, la misma aldea, tres hijos en Ventos con los mismos nombres que Manuel y Rosa habían puesto a sus hijos en Argentina. ¿Sabría su abuela que su marido era un hombre casado cuando le conoció? ¿Estaban realmente casados su abuelo y su abuela? ¿Era válido su matrimonio? Que él supiera, en España no había divorcio. ¿Se habría separado o divorciado su abuelo de la mujer que había dejado en España? ¿Existía el divorcio en España cuando emigró?

Antonio le había contado que Manuel era el padre de su padre y ya estaba casado cuando emigró a Argentina. Después, no habían vuelto a saber de él. Santiago no sabía qué pensar ni a quién confesar su angustia, su desazón, su intranquilidad, su miedo a haber descubierto un gran secreto que podía hacer saltar su familia por los aires. Una familia, los Padín, unida como una piña. Una familia que giraba en torno a unos abuelos que acogían en su casa a hijos y nietos, que habían transmitido a las dos generaciones que el núcleo familiar debía preservarse por encima de cualquier circunstancia.

Santiago, al igual que sus primos, adoraba a su abuela Rosa. Una mujer encantadora, de enorme dulzura en el trato y enérgica cuando había que exigir disciplina. Rosa, que había celebrado hacía poco una gran fiesta por sus setenta y cinco años, era sin duda el alma de los Padín. Su casa estaba siempre abierta, con un plato dispuesto para el recién llegado y una cama para el que quisiera quedarse a dormir. Todos los sábados, sin excepción, reunía en torno a una gran mesa a hijos, nietos, y a los amigos que estuvieran con los hijos y nietos. Era el centro de la familia, la mediadora cuando había conflictos, la que escuchaba a los nietos cuando surgían desacuerdos con los padres. Rosa, la abuela Rosa. ¿Conocería la verdad? ¿Sabría que su marido había dejado una familia en España? Y el abuelo, tan estricto, tan escrupuloso con las grandes y las pequeñas cosas, ¿cómo podía haber vivido con tan gran engaño a sus espaldas?

¿A quién podía contar lo que había ocurrido? ¿A quién trasladar su

preocupación? Santiago no podía dar la espalda al hecho sorprendente de que sabía que su abuelo Manuel había ocultado durante años que su vida era una gran mentira.

Era verdad, sin embargo, que había emigrado desde una aldea gallega, y que trabajó muy duramente en Buenos Aires incluso cuando ya contaba con la ayuda inestimable de los Córdova, y gracias a ellos pudo convertirse en pocos años en un pequeño empresario del sector textil. Los Córdova le asesoraron cuando tuvo la idea de crear un negocio de uniformes para trabajadores en una ciudad floreciente en la que había que vestir a todo tipo de empleados, desde personal de hotel hasta médicos y enfermeras para los hospitales, sirvientas, chóferes e incluso empleados municipales.

Los nietos de Manuel y Rosa conocían perfectamente la vida de sus abuelos, las dificultades primeras, Manuel trabajando de sol a sol en los talleres en los que se diseñaban y elaboraban los uniformes que llegaron a distribuirse por distintas zonas del país, no solo en Buenos Aires. Sabía Santiago que su abuela Rosa siguió con su trabajo de bordadora después de casada, que Raquel le pidió que continuara haciendo bordados para ella, al ritmo que pudiera, de manera que le permitiera atender sus nuevas obligaciones familiares. No quería prescindir de sus delicadas labores, que se habían convertido en señas de identidad de la ropa blanca que se vendía en las tiendas de la familia Córdova.

Santiago conocía el apoyo que Raquel y Saúl ofrecieron desde los comienzos a su familia. Ellos siempre estuvieron muy cerca. Santiago les conocía desde que era un niño. Además de protectores se habían convertido en amigos entrañables de sus abuelos. ¿Sabrían ellos la verdad? Le costaba creerlo. ¿Y Mabel, la nieta de Ángel, el amigo de su abuelo a quien él no tuvo la suerte de conocer? Seguramente Ángel se llevó con él aquel secreto a la tumba.

Su abuelo hablaba de él a menudo. Se habían conocido esperando el barco y habían vivido juntos hasta que Manuel se casó con Rosa. Estuvo muy unido al matrimonio Padín hasta que murió, dos años después de casarse con la tía Alicia. Siempre la consideraron de la familia.

La muerte de Ángel desencadenó una crisis aguda en el estado anímico de su abuelo, tal y como les había contado él mismo alguna vez. La muerte de su amigo le había sumido en una especie de pozo sin fondo durante mucho tiempo, explicaba Rosa. Era difícil para su abuelo hablar de ciertas cosas, tan parco a la

hora de demostrar sus sentimientos, aunque sus nietos sabían muy bien que en el fondo era un sentimental. No había más que ver cómo miraba a su mujer, o la ternura que demostró siempre a sus nietos cuando eran pequeños.

Manuel estaba orgulloso de su familia, de la vida que había construido junto a Rosa. Ángel, que nunca había querido casarse según contaba Rosa, se enamoró como un crío cuando había cumplido cuarenta años y parecía que efectivamente había renunciado definitivamente al amor, a envejecer con una mujer al lado.

Ángel, por lo que sabía Santiago, acabó trabajando para los Córdova, como su abuelo. En la inauguración de una de las tiendas que la familia abrió en Buenos Aires, conoció a Alicia y, ante la sorpresa general, se casaron a los pocos meses. Ambos estaban seguros de lo que hacían y fue un matrimonio inmensamente dichoso, sobre todo después del nacimiento de su hijo Ramón.

Ángel se convirtió en un hombre diferente. Manuel y Rosa descubrieron un nuevo Ángel, desbordante de felicidad, con sentido del humor, satisfecho de su vida, orgulloso de su mujer y loco con su hijo. Desgraciadamente, la alegría se truncó de repente. Al año de nacer Ramón, a Ángel le detectaron un tumor maligno.

Su mujer, Alicia, no se separó ni un instante de su lado, primero en casa y después en el hospital. Manuel y Rosa le hacían compañía constantemente. Manuel no sabía qué hacer para evitar lo que parecía estar sentenciado; le resultaba difícil disimular su angustia cuando veía cómo su amigo, su hermano, a pesar de mostrarse animoso, se iba apagando poco a poco.

Como todas las mañanas, justo antes de la hora del almuerzo, se presentaron en la habitación. Rosa, con su habitual ramo de flores y Manuel con el periódico del día. Tras interesarse por el enfermo, Alicia le pidió a Rosa que la acompañara a dar un paseo, mientras Manuel se quedaba con Ángel. Necesitaba un poco de aire, llevaba días encerrada en aquel cuarto.

Manuel entendió que era una excusa para dejarlos a solas. Ángel quería hablar con él, y así se lo había dicho a su mujer. Una vez que las mujeres desaparecieron por la puerta, Ángel comenzó a hablar:

—Manuel, amigo, esto se acaba. No me queda mucho tiempo, y necesito oír de tus labios que cuidarás de Alicia y de nuestro Ramón. Quiero morir tranquilo, sabiendo que tanto Rosa como tú estaréis siempre ahí. Necesito que tú les administres el dinero que les dejo. Alicia es una gran mujer, pero no entiende

nada de negocios. Tengo un dinero ahorrado, y qué mejor garantía que dejarlo en tus manos. Tú, Manuel, eres... Lo siento —se disculpó Ángel—, me cuesta respirar.

Ángel cerró los ojos, tratando de serenarse. De todas maneras, no era necesario decir nada más, en el corazón de ambos quedaba todo entendido.

Manuel, tan austero a la hora de demostrar sus afectos, se acercó a la cama de su amigo, le cogió la mano y, por primera vez en su vida, sin disimular las lágrimas, abrazó a su amigo y le dio un beso en la mejilla. Ambos sabían que se estaban despidiendo. Ambos sabían también que todo quedaba perdonado. Lo habían sido todo el uno para el otro, se habían encontrado en el viaje de la vida y ahora tenían que aceptar que ese momento tan temido estaba cerca.

Después de que Ángel se marchara, Alicia siguió a su marido dos años más tarde. No fue la pena lo que la mató, aunque nunca llegó a recuperarse del todo, sacaba fuerzas de donde no las tenía para que su hijo no creciera en una casa de luto. A Alicia se la llevó el cáncer. Los Padín, tal y como Manuel había prometido a su amigo, estuvieron a la altura. Después de cuidar de Alicia hasta el final, se hicieron cargo de Ramón. El niño se crió con los chicos Padín, que, en plena adolescencia, se encontraron con un pequeño de cuatro años corriendo por la casa.

La desgracia se había cebado con la familia de Ángel y su único descendiente, porque Ramón se casó muy joven pero se quedó viudo, con una niña de apenas cinco años, Mabel, que no vivía con los Padín sino con su padre, pero consideraba abuelos a Rosa y Manuel, y siempre dijo que sus primos eran los nietos de Rosa y Manuel. Se sentía una Padín. En todo excepto en el apellido.

* * *

Santiago salió a toda prisa del bar El Carballo tratando de asimilar lo que había ocurrido. Se preguntaba una y otra vez quién sabría que su abuelo estaba casado cuando llegó de Galicia. ¿Su abuela? No, no lo creía. Sin embargo, estaba seguro de que Ángel conocía la verdad de su familia.

Llegó a su casa después de vagar por la calle durante horas haciendo todo tipo de cábalas sobre su abuelo y, también, sobre cómo sería la vida de su familia gallega. No debía de ser muy afortunada, ni fácil. La prueba era que Antonio tuvo que emigrar, y solo emigraban los que pasaban hambre o los que dejaban

atrás algún problema tan serio que la mejor forma de escapar de él era poner tierra, o un océano, de por medio.

No le parecía que Antonio fuera de los que huyen de una situación complicada, más bien debía de pertenecer al grupo de emigrantes que buscaban un futuro mejor para los suyos. ¿Estaría casado, como lo estaba el abuelo cuando emigró?

Sin siquiera saludar a sus padres, con los que vivía, se encerró en su cuarto. Tenía que tomar una decisión, contarle a alguien de la familia lo que había descubierto. Ya no se podía mantener en secreto por más tiempo la historia de su abuelo, aunque quisiera. Él había averiguado que Manuel tenía otra familia, pero también Antonio se había enterado de que su abuelo vivía y tenía mujer, hijos y nietos en Buenos Aires.

No había cruzado más que un par de frases con Antonio antes de que entrara su amigo en el restaurante y se produjera la confusión con el apellido. Le pareció que Antonio era un hombre serio. Trabajaba de camarero, así que sería fácil localizarlo de algún modo. Alguno de los que estaban en la mesa sabrían dónde encontrarle. Tenía que verle otra vez, hablar con él más despacio. ¿O debía hablar antes con el abuelo?

Su madre tocó en la puerta de su habitación anunciándole que la cena estaba preparada. Llegaba el momento de disimular, de tragarse la preocupación para que ni sus padres ni su hermana notaran nada raro hasta que decidiera cuándo hablar con el abuelo y en qué términos.

Mientras gritaba «¡ya voy!» se autoimpuso el esfuerzo de borrar de su mente todo lo que había ocurrido desde el mediodía.

Después de cenar trató de dormir pensando solo en el trabajo que le esperaba, las cuestiones que debía resolver en la oficina y la reunión que debía preparar con un cliente. Decidió que la noche siguiente, de vuelta en casa, con más sosiego, pensaría cómo abordar un problema que iba a producir una auténtica conmoción en la familia, pero que debía plantear sin demora.

¿Cómo era aquello que repetía siempre su abuela Rosa? Era un dicho español que le había enseñado su marido: que más valía una vez colorado que ciento amarillo. Pues es lo que iba a hacer. Se acercaría a casa de los abuelos el martes al salir del trabajo. A esas horas no encontraría allí a nadie más. Durante la semana no era costumbre que aparecieran los hijos o los nietos. Le diría a su

abuelo Manuel que quería hablar con él, dándole a entender que se trataba de algo relacionado con el trabajo para que Rosa les dejara solos.

Ya pensaría cómo decirle lo que había averiguado. No era fácil, pero mejor ir de frente y cuanto antes. El abuelo, además, no era un hombre pusilánime ni siquiera a sus casi ochenta años de edad. Las dificultades de la vida le habían curtido, el abandono de su familia gallega tenía que haber sido un peso difícil de sobrellevar.

Santiago se preguntaba por qué lo habría hecho. No encajaba con la personalidad de su abuelo, hombre intachable en su comportamiento, que había antepuesto a su mujer y a sus hijos —al menos a su mujer Rosa y a los hijos nacidos en Argentina— a cualquier otra responsabilidad, incluidas las de su trabajo. En los tiempos de mayor esfuerzo, de más horas de dedicación a un negocio aún incipiente, contaba Rosa que su marido jamás había dejado de desayunar con sus hijos y, si era muy tarde cuando llegaba a casa, no se acostaba sin acercarse a los cuartos de sus hijos para darles un beso o, ya crecidos, para charlar un rato con ellos antes de irse todos a la cama.

¿Cómo era posible que un hombre así hubiera borrado de su vida a su primera familia? ¿Quizá ocurrió alguna tragedia que le obligó a tomar esa determinación, alguien le dijo que su mujer y sus hijos habían fallecido? Santiago, que sentía un profundo respeto y admiración por su abuelo Manuel, esperaba que pudiera darle una explicación que justificara un comportamiento que, tenía que reconocerlo, le parecía injustificable.

No podía dormir, las preguntas le asaltaban sin remedio. Su intención de pensar en asuntos de trabajo, en los problemas que tenía que resolver al día siguiente, no sirvió de nada. Repasaba la agenda para tratar de olvidar el encuentro con Antonio, pero se encontraba buscando las frases que debía decir a su abuelo para entrar en conversación. No quería herirle, pero iba a hacerlo. Dudaba cómo abordar los hechos para hacerle el menor daño posible. No se trataba de una locura de juventud que se perdona con el paso del tiempo, sino de algo mucho más grave.

Pensó que su abuelo se habría preguntado en alguna ocasión si le llegaría la muerte sin que nadie conociera su secreto. Cuando alguien deja familia atrás se produce tal desgarró que necesita compartir sus sentimientos para buscar alivio, afectos, comprensión a su desmoronamiento anímico. Y a Santiago, en esos

momentos de analizar lo que debió de ser la vida de su abuelo, no le cupo duda de que Ángel fue su confidente además de su amigo. Al amigo con el que inicia una vida nueva para los dos le confiesas todo. ¿Pudieron los dos, Manuel y Ángel, urdir un gran engaño, una gran mentira, con un objetivo no confesado y que a Santiago se le escapaba? ¿Estaría Ángel, él también, casado en Galicia? ¿Cómo reaccionaría Mabel, su mejor amiga, si le hubiera ocurrido lo mismo que a él, si se encontrara en un bar a un primo que le contase que su abuelo había dejado en Galicia a su primera familia?

Sin posibilidad de dormir con tantas preguntas en el aire, con tanta inquietud por la conversación que debía mantener con su abuelo y con tanta intranquilidad por miedo a desencadenar un drama familiar, por desvelar algo que su abuelo jamás quiso que fuera desvelado, Santiago decidió que antes de acudir a casa de su abuelo iría a ver a Antonio.

Lo primero que haría al llegar a su despacho era averiguar cómo localizarlo. Pepe, el primo de Antonio, era amigo de alguien del grupo que compartía mesa. Se acercaría al bar, seguro que el dueño podía ayudarle: trataba a algunos del grupo con familiaridad, como si les conociera bien por acudir allí con frecuencia.

El acercamiento. (Antonio)

Antonio no se sorprendió cuando a última hora del martes lo vio entrar en La Estrella.

Desde el domingo vivía en un estado de excitación que, además de no dejarle dormir, le tenía absolutamente distraído, hasta el punto de que Isabella tuvo que llamarle la atención porque a una de las mesas le sirvió la comanda en tres viajes. Siempre olvidaba algo y tenía que volver a la cocina para pedirlo.

«¿Te ocurre algo? Tienes la cabeza en otro sitio». Antonio hizo un gesto de negación y procuró estar más atento al trabajo, pero era inútil. Su abuelo vivía y tenía otra familia. ¿Cómo iba a estar tranquilo?

No sabía qué hacer, pero de algo estaba seguro: quería conocer a su abuelo. Después de tanto tiempo necesitaba respuestas. Por qué había abandonado a los suyos, por qué no había dado señales de vida, por qué había permitido que su mujer pensara que había muerto, por qué no había ayudado a sus hijos... Él, Antonio, jamás les habría hecho algo así a Maruxa y a los niños.

Aunque esperaba que más pronto que tarde su nuevo primo aparecería por la puerta, Antonio sintió que el corazón le daba un vuelco cuando vio a Santiago buscándole con la mirada.

Se saludaron con timidez, a los dos se les notaba inseguros, y Santiago preguntó a qué hora terminaba el trabajo. Antonio le dio a entender que acabaría cuanto antes y le invitó a sentarse en una mesa.

—¿Quiere un café, un té, una copa? —preguntó Antonio.

—No me trates de usted, que somos primos —le respondió Santiago con media sonrisa—. ¿Puedo tomar un whisky con soda?

—Por supuesto. Ahora mismo.

Tras servir a su primo, Antonio se acercó a la caja:

—Isabella, no puedo explicarle mucho porque tardaría demasiado tiempo, pero le prometo que mañana le cuento todo. Necesito que me deje salir lo antes posible. Sabe que no se lo pediría si no fuera un asunto serio, de tipo privado.

—De acuerdo. Espero que no te hayas metido en ningún lío.

—Por supuesto que no, confíe en mí. Se trata de mi familia. Es más, necesito su consejo. Estoy tan confundido que soy incapaz de ver las cosas con claridad.

—¿Pero tan grave es, hijo mío?

—Más que eso. La noticia me ha afectado tanto que, aparte de no dejarme dormir, me impide concentrarme en lo que hago. Por eso necesito hablar con usted.

—Cuenta conmigo, claro. ¿Pepe está al tanto?

—Sí, pero no le afecta tanto como a mí, aunque también debe de estar dándole vueltas al tema.

—Pues no te preocupes por el trabajo. Te puedes marchar. Mañana vemos qué se puede hacer. Yo me hago cargo de las mesas. Además, tampoco queda tanto tiempo para que termines el turno, Octavio debe de estar a punto de llegar.

Antonio se cambió de ropa y se acercó a la mesa donde le esperaba Santiago con la copa vacía. «Pues sí que se la ha bebido rápido», pensó. Santiago se levantó y se llevó la mano al bolsillo, pero Antonio le detuvo y miró a Isabella, haciéndole entender que la consumición corría de su cuenta.

Salieron juntos de La Estrella y anduvieron un rato sin dirigirse la palabra.

—¿A dónde vamos? —preguntó Antonio.

—No sé, ¿dónde podemos hablar?

—Hay un parque muy cerca con una cafetería. A estas horas es raro que haya alguien, aunque por la mañana está siempre lleno de madres que llevan de paseo a sus hijos. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien. ¿Vives por aquí cerca?

—No demasiado. Normalmente vengo en tranvía. A veces, después de trabajar, cuando necesito aire fresco, me voy andando hasta casa. Cuando bordeo el parque siempre veo bullicio en el café, pero, como te digo, no creo que ahora haya mucha gente.

Estuvo en lo cierto, el local estaba prácticamente vacío. Santiago pidió otro whisky y Antonio un zumo, aunque enseguida se arrepintió y se decidió también por el whisky. Le ayudaría a templar los nervios y afrontar una conversación que podía ser difícil.

—Háblame de ti —dijo Santiago—. ¿Desde cuándo vives en Buenos Aires?

Antonio le contó su vida en Ventos, la falta de perspectivas vitales, las dificultades para ofrecer un futuro a sus hijos. Le habló de Maruxa, del bebé que

acababa de nacer cuando se marchó de casa, de los problemas para conseguir el dinero para el pasaje y de las dudas ante una separación que no sabía cuánto podía durar.

—Pesó mucho el recuerdo de mi abuela, ¿sabes? Se pasó toda la vida esperando a un marido que no sabía si estaba vivo o muerto. Nunca le guardé rencor, porque mi abuela confiaba tanto en él que, cuando finalmente dejó de llegar el dinero, pensó que había muerto. Ella siempre decía que si mi abuelo viviese habría regresado o habría mandado noticias.

—¿Enviaba dinero?

—Sí, creo que durante dos o tres años, algo de eso le oí a mi padre. Mi abuela evitaba hablarnos de él. Al parecer, después de tres años de ausencia, llegó alguien contando que mi abuelo estaba en Panamá o en Cuba. Había dejado un negocio, un bar, en Buenos Aires, y su socio enviaba cada año el dinero de las ganancias que le correspondía a nuestra familia. Así fue durante no sé cuánto tiempo. El hombre que traía el dinero explicó que se había cerrado el bar. Pero vuelvo a decirte que yo no conozco bien la historia. Una vez que mi abuela se convenció de que era viuda, mencionaba poco a su marido. En cambio, sus hijos hablaban mucho de su padre y eso que apenas le conocieron. Yo siempre supe que había tenido un abuelo en América y que allí había muerto.

—Y no le buscaste al llegar a Buenos Aires.

—¿Cómo le iba a buscar si creía que había muerto? Además, de buscarlo, habría sido en Panamá o en Cuba, no aquí. Por eso el otro día me quedé helado cuando hablé contigo y me enteré...

—Me lo imagino. A mí me ocurrió lo mismo. No sé cómo va a afectar todo esto a mis abuelos, cómo va a afectar a toda la familia, pero hay que hacer frente a esta situación. Además, sería injusto que tú, su nieto, no pudieras conocer a tu abuelo, una persona excepcional, independientemente de lo que haya hecho.

Los dos se mantuvieron en silencio durante un rato. Antonio estaba sereno. Santiago, por el contrario, movía el vaso sin parar, haciendo tintinear los cubitos de hielo.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Santiago.

—No sé. ¿Has pensado algo?

—No pienso en otra cosa desde el domingo. No sé si debo hablar yo con él directamente, o contárselo antes a mi tía Dolores, la mayor de sus hijas, soltera,

que vive con mis abuelos, para que me aconseje sobre cómo abordarlo. Pienso en mi abuela, una mujer muy fuerte, pero a la que voy a causar un gran sufrimiento... No es fácil.

—No, no es fácil, me hago cargo. Te agradezco que quieras contar la verdad. Soy consciente de que lo haces por respeto a mi familia.

—Si te soy sincero, esta noche pensé que lo mejor sería dejar las cosas como están. Claro que después, lo más lógico sería que tú intentaras localizar al abuelo, aunque yo te pidiese que no lo hicieras. Pero ahora que hablo contigo y empezamos a conocernos, creo que eres un hombre de palabra.

—Nunca aceptaría ocultar la verdad, no por mí, sino por mis tías. Tienen derecho a saber que su padre vive. Mi padre murió hace tiempo, pero las tías viven. Ellas se lo merecen, después de esperar tanto tiempo. Y también mis primos. Pero estoy de acuerdo en que debemos hacer el menor daño posible. No conozco a tu tía Dolores, ahora que lo pienso medio tía mía también. No sé si es mejor que hables antes con ella, o que lo hagas tú directamente con el abuelo... Quizá ella, como mujer e hija, sepa mejor cómo enfocar las cosas. Además, hay que pensar en tu abuela. Tengo la sospecha de que no tiene la menor idea.

—Yo tampoco lo creo. Desde pequeños nos ha inculcado el rechazo a la mentira, como hizo con nuestros padres. Tenemos mucho contacto con los abuelos. Somos una familia muy unida.

—Entonces, creo que debes hablar primero con Dolores. Ella, mejor que tú y que nadie, sabrá cuál es la mejor manera de explicar lo que pasa; aunque el daño me parece que será inevitable.

—Para mí es brutal saber que voy a lanzar a mi familia una bomba de consecuencias imprevisibles.

—Lo entiendo. Para mi familia también va a ser un golpe. Provocará tristeza, decepción ante un padre y un marido que no tuvo en cuenta sus responsabilidades, pena por la abuela que se creía viuda. Ya me imagino el sufrimiento de mis tías, pero al fin y al cabo ellas están lejos. Lo vuestro es mucho más grave. Si puedo ayudar en algo...

—Solo quiero que confíes en mí. Estoy decidido a plantear este asunto cuanto antes, que conozcas a nuestro abuelo. Quizás mi tía Dolores me pida unos días para estudiar cuál es el mejor momento y la mejor forma de llevar el asunto. Te pido que te mantengas al margen hasta que yo te lo diga.

—De acuerdo. Un rechazo por parte del abuelo me dolería mucho, no lo podría soportar. No le quiero; no puedo quererle porque no le conozco y, además, si te soy sincero, siento una profunda indignación hacia él, pero me gustaría conocerle. Y que me aceptara.

La fuerza de Rosa. (Manuel)

A Dolores le extrañó que su sobrino se acercara a casa de sus abuelos para decirle que necesitaba hablar con ella a solas y tardaron en ponerse de acuerdo sobre el dónde. No podía ser en su casa —la de Manuel y Rosa—, ni en la de Santiago —que vivía aún con sus padres—, ni tampoco en un lugar público. Santiago temía que su tía se echara a llorar, y no quería testigos. Finalmente fueron los dos a casa de una amiga de Dolores a la que previamente había preguntado si podía ir con Santiago un par de horas y estar solos.

—Debe de tener algún problema serio porque no quiere que nos veamos en casa y, como sueles pasar las tardes fuera, me pregunto si podíamos reunirnos en tu salita.

—Por supuesto. ¿No habrá dejado embarazada a alguna muchacha?

—No lo sé. Lo he pensado, pero no me ha adelantado nada.

No se trataba de un embarazo. Ojalá lo hubiera sido, se decía Dolores después de verse con Santiago. A fin de cuentas, un embarazo no buscado empezaba a ser habitual, un problema vivido por algunas de las familias que Dolores conocía, y que se superaba con dosis de tolerancia y con la sensatez suficiente como para ayudar a la embarazada tras la conmoción inicial. Pero lo que le explicaba su sobrino era algo mucho más serio. Impensable, demoledor, que afectaba a la familia entera. Algo que destrozaría a su madre. Porque Dolores no dudó ni un instante que su madre era absolutamente ajena a lo ocurrido.

Tras escuchar a Santiago sin pronunciar palabra, no por estar atenta a conocer el final de la historia, sino porque se quedó muda de la impresión, solo dijo: «Mamá no sabe nada». Y se echó a llorar de una forma incontenible mientras buscaba un pañuelo en su bolso.

Tras unos minutos sin saber qué hacer, Santiago se sentó a su lado y echó el brazo por el hombro de su tía cuando ella apoyó su cabeza contra el pecho de su sobrino, buscando apoyo. Así, medio abrazados, se mantuvieron un largo rato en el que solo se escuchaban los gemidos de Dolores, mientras se llevaba el pañuelo a los ojos y a la nariz. «¿Cómo ha podido hacer esto?», le oyó decir Santiago,

que no respondió y le hizo un gesto cariñoso en la mejilla mojada por las lágrimas.

Comprendía su estado de ánimo. Dolores era la persona más apegada a los abuelos, siempre había vivido con ellos, y al contrario de lo que sucede en muchas familias en las que los padres acaban siendo tratados por sus hijos como si ellos fueran menores, Dolores seguía siendo una niña para Rosa y Manuel. Su madre, y era motivo de burlas y bromas en la familia, controlaba sus salidas, se angustiaba si llegaba tarde y no permitía que Dolores entrara en la cocina, como si se pudiera quemar o volcar algo. Sin embargo, Santiago seguía convencido que era la persona adecuada para decidir cómo abordar la situación.

Incluso ahora que la tenía abrazada contra su pecho, llorosa y como inerme, sin fuerzas, sin capacidad de reaccionar, no dudaba que Dolores sabría qué hacer, de qué manera había que explicar a su padre que conocían su gran secreto y que uno de sus nietos se encontraba en Buenos Aires y había descubierto que Manuel, su abuelo, no estaba muerto, sino que vivía y había formado una nueva familia.

Pasaron la tarde pensando cuál era la mejor manera de explicar a Manuel el descubrimiento. Si solo a Manuel, si a Manuel y Rosa, si dejar que Manuel se lo contara a su mujer, si Dolores debía hablar a solas con su madre, si sería bueno contarle antes a los otros dos hermanos, a Nieves y a Nono, el padre de Santiago... Analizaban los pros y los contras, cómo reaccionaría cada uno, si Manuel se sentiría más nervioso ante sus tres hijos que solo con Dolores, si más incómodo con Rosa o sin Rosa...

Transcurrió el tiempo tan deprisa que llegó la amiga de Dolores, Teresa, a pesar de que se había retrasado a propósito precisamente para dejar a solas a Dolores y a Santiago. Dolores ya se había serenado, la larga conversación con su sobrino había actuado como un bálsamo después de la herida tan profunda que había sufrido. Discutir sobre la mejor manera de informar a la familia en cierto sentido obligaba a dejar de lado los sentimientos.

Iban a asestar un fuerte golpe a la estabilidad emocional de todos, que sufrirían una gran decepción por el engaño de Manuel. Nada menos que el patriarca, el hombre de conducta intachable, la persona a la que admiraban sin límite hijos y nietos; el marido al que Rosa quería como si todavía fueran novios, sin que ninguna fisura se hubiera producido en sus casi cincuenta años de matrimonio,

en donde habían atravesado momentos difíciles en lo económico, que habían superado en gran parte gracias a la ayuda y el cariño de los Córdova. Los Córdova siempre habían estado ahí, para lo bueno y para lo malo. Mantenían con ellos una relación casi familiar además de la profesional, porque Manuel se había convertido con el paso del tiempo en uno de los principales colaboradores de Saúl en su red de negocios y empresas.

Dolores saludó con afecto a su amiga, y no escondió sus ojos hinchados por las lágrimas.

—Ya puedes arreglarte la cara —le dijo Teresa—, en cuanto llegues a casa tus padres van a preguntar qué te ha pasado. Diles que te ha dejado tu novio —añadió para hacerla reír.

—¿Tienes novio? —preguntó sobresaltado un Santiago que no entendió la broma.

—Ni lo tengo ni ganas de tenerlo, ya se me pasó la edad. Estoy bien como estoy y no lo echo de menos. Anda que no conozco mujeres que me envidian por no tener marido —comentó sonriendo a su sobrino.

—Yo misma, sin ir más lejos —dijo Teresa—. Suerte que tengo que está más tiempo fuera que en casa, siempre de viaje. Cuando lo veo por aquí dando vueltas no hago más que preguntarme por qué me educaron con una prioridad, encontrar marido cuanto antes.

—A ti y a todas. Pero has tenido unos hijos extraordinarios, no te quejes —añadió Dolores.

—Sí, extraordinarios, pero ahora que se han ido debo aguantar yo sola a su padre.

Dolores se fue al baño para tratar de recomponerse la cara y Santiago se quedó solo con Teresa.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Y gracias por tu ayuda, Teresa. Tenía que informar a mi tía de un asunto que le iba a doler y prefería no hacerlo con gente delante. No quería que lo supieran mis abuelos.

—No te preocupes, ya sabes que nos conocemos desde que somos niñas y siempre podemos contar la una con la otra. Lo único que deseo es que todo se arregle, lo que sea. La he visto muy afectada.

—Sí, lo está, pero ha llorado todo lo que tenía que llorar y creo que se ha serenado lo suficiente como para saber cuál es la mejor manera de abordar el problema. Ya te contaré.

—Sí, ya te contaré —dijo Dolores, que aparecía en ese momento y se había echado polvos en la cara para disimular los ojos enrojecidos—. Solo una cosa: Santi no va a ser padre.

—¿Qué es eso de que no voy a ser padre?

—Ya te lo explicaré más tarde. Anda, vámonos, que tus abuelos deben de estar preguntándose dónde me he metido.

Fueron hasta casa de Dolores andando, dando un paseo.

—Para que se te borren definitivamente las huellas del delito —dijo Santiago tratando de que su tía recuperara el buen ánimo.

—¿Qué delito? —saltó ella.

—Mujer, que era una broma. No has hecho nada malo. Al contrario, vas a asumir la responsabilidad de comunicar a los abuelos una noticia demoledora; y lo vas a hacer, estoy absolutamente seguro, mejor que nadie para que el golpe sea el menor posible.

Y así, andando, decidieron finalmente que Dolores hablara a solas con su padre y que fuera él quien se lo contara a su mujer, a solas los dos. O con Dolores si él pensaba que era mejor sentirse acompañado ante la conversación más difícil de su vida.

Una vez en casa, Dolores decidió que cuanto antes mejor, que no descansaría hasta hablar con su padre; si dejaba pasar el tiempo su propia inquietud se agrandaría y provocaría aún más tensión en una conversación que necesariamente iba a ser muy tensa.

Después de cenar, le preguntó a Manuel si podía hablar con él, y afortunadamente Rosa no advirtió nada extraño y dijo que ella se iba a la cama, que habían estado los dos bisnietos pequeños en casa y se encontraba agotada.

—Papá, no te va a gustar esta conversación, le dijo Dolores nada más sentarse enfrente de Manuel.

—¿Por qué no me va a gustar?, ¿qué ocurre?

—No sé ni cómo decírtelo. Mejor ir de frente y sin rodeos: Santi se ha encontrado casualmente a un nieto tuyo. De Ventos. Antonio Padín Castro.

Manuel se quedó lívido. Hizo un intento de levantarse, pero no pudo, y cayó pesadamente en el sillón, derrumbado. Dolores se acercó inmediatamente a él y le cogió las manos con las suyas, apretando fuerte. Su padre musitó un «Dios mío» inaudible y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tranquilo —le dijo su hija—. Tranquilo, papá, no te alteres. Esto lo vamos a pasar todos juntos, no vas a estar solo.

—¿Lo saben tus hermanos?

—No, solo Santiago y yo. Me lo dijo esta tarde y he preferido hablarlo contigo cuanto antes.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a pasar con tu madre?

—¿Sabía que estabas casado?

—No, claro que no. Jamás habría consentido en casarse conmigo. En aquellos años eran muy difíciles las comunicaciones, y Ángel, el abuelo de Mabel, juró ante el párroco que nos casó que me conocía desde que éramos niños y que yo estaba soltero. No podía soportar la idea de perder a tu madre, jamás pensé que se pudiera querer a alguien tan desesperadamente.

Y mirando a su hija con los ojos llenos de lágrimas, le dijo:

—Dolores, he vivido con este peso toda mi vida, por la mentira y por el abandono a la mujer y a los hijos que dejé en Ventos; ese remordimiento siempre ha estado ahí, aunque ya apaciguado. Durante años pensé que algún día se descubriría todo, pero con el tiempo me sentí ya a salvo. Y ahora... ¿Cómo es el chico? ¿Qué te ha contado Santiago?

—Antonio es hijo de Manuel y está tratando de salir aquí adelante. Emigró hace dos o tres años porque vivía muy precariamente en Galicia. Dejó mujer e hijos. Desea conocerte.

—Lo entiendo. ¿Le ha contado a Santiago cómo está su abuela, Lola?

—Murió hace años. Pensaba que era viuda, que habías muerto. El padre de tu nieto también ha muerto, tu hijo Manuel.

Manuel se quedó un largo rato en silencio, asimilando lo que le contaba su hija. La cabeza gacha, la mirada perdida, sin soltar las manos de Dolores, sentada en el brazo del sillón como para darle aliento con su cercanía. Manuel empezó a llorar de nuevo y Dolores le tendió el pañuelo que, por precaución, se había metido en el bolsillo antes de iniciar la conversación con su padre.

—¿Qué voy a hacer? ¿Cómo se lo explico a tu madre? ¿Qué va a pensar de mí?

—No lo sé, padre, no lo sé. No puedo decirte que ella merecía todo, incluso esa enorme y grave mentira con tal de no perderla; no te lo puedo decir porque creo que hiciste algo que va contra todos los principios, contra todo lo que tú y mamá nos habéis inculcado desde pequeños. La situación es difícil, y la hemos analizado esta tarde Santiago y yo. No sabemos si vuestro matrimonio es válido, lo que evidentemente tendría consecuencias. Pero lo que más nos preocupa es que la noticia pueda provocar un serio problema de conciencia a nuestra madre, tan religiosa, tan creyente. Lo que me importa es mamá, como te ocurre a ti. Ni siquiera me preocupan mis hermanos, ni los sobrinos. Pero mamá... No sé si quieres que te acompañe cuando hables con ella, o si prefieres estar solo. He pensado también que podíamos hablar antes con don Pablo, su confesor, quizá él pueda darnos una idea sobre cómo enfocar todo esto.

—No, déjate de curas, aunque le tengo respeto a don Pablo. Pero es un asunto terrenal, no espiritual, en el que tu madre se ha visto envuelta sin buscarlo, sin quererlo. No tiene ninguna responsabilidad ni ninguna culpa. ¿Tú crees que es capaz de abandonarme?

—Papá, qué cosas dices.

—Ten en cuenta que ante la Iglesia no soy su marido, nuestro matrimonio no es válido, es adúltero.

—No digas esas palabras, ¿cómo va a ser adúltero?

Manuel se echó a llorar, esta vez sin contención, amargamente.

—Anda, cálmate. Tienes que descansar, tienes que dormir. Y mañana, o cuando te encuentres con fuerzas, hablas con mamá.

—¿Cómo quieres que duerma con este peso? Tengo un sentimiento de culpabilidad aún mayor que cuando engañé a todo el mundo, cuando Ángel intentó quitarme a tu madre de la cabeza, cuando me repetía una y otra vez que no podía casarme, que tenía mujer e hijos. Se marchó de casa, ¿sabes? Vivíamos juntos y se marchó cuando le dije que pensaba casarme con Rosa. Tardó días en volver, creí que no lo vería nunca más. Pero apareció, lo hizo para ayudarme con el cura. Fue un amigo como nunca tuve otro, por eso quiero tanto a Mabel, a su única nieta. Habría estado orgullosa de su abuelo, y él se habría vuelto loco con ella.

—Seguro que sí. Tú mismo estás también loco con ella, siempre dice que te considera su abuelo. Pero ahora debes descansar, aunque no duermas. Mañana te espera un día muy difícil.

Dolores acompañó a su padre hasta la puerta de su dormitorio, donde le dio un beso de buenas noches.

Rosa no estaba dormida, y se giró en la cama al oírle entrar. Se incorporó con una agilidad impropia de su edad cuando vio su rostro descompuesto.

—¿Qué te ha contado Dolores? ¿Qué le pasa, qué ocurre?

Manuel se acercó a su mujer, se sentó en el borde de la cama, la abrazó con fuerza y se dejó llevar por la pena. Sollozos, lágrimas, palabras ininteligibles que asustaban aún más a una asustadísima Rosa.

—¿Está enferma, alguien está enfermo, ha muerto alguien?... Los niños, ¿están bien los niños?

La desesperación de Rosa obligó a Manuel a reaccionar. Siempre abrazado a su mujer de manera que no pudiera verle la cara, la tranquilizó.

—No es eso, todo el mundo está bien. —Y recurrió a las mismas palabras con las que Dolores había iniciado su conversación—. Pero tengo que contarte algo que no te va a gustar y no sé cómo hacerlo para hacerte el menor daño posible.

Rosa intentó deshacerse del abrazo para mirarle, pero Manuel lo impidió:

—Prefiero que no me mires. Estoy tan avergonzado, tan avergonzado... —Y se calló.

—No me asustes más, Manuel. Dime lo que sea, aunque duela.

—Es que te va a doler mucho y no puedo soportar verte sufrir.

Manuel calló, y Rosa se mantuvo también callada durante un rato largo, hasta que finalmente, con la voz quebrada, Manuel empezó a hablar.

—Lo que te voy a contar ocurrió hace cincuenta años, cuando nos conocimos. No, no te sueltes, quédate así. Y te pido, te suplico, que no me interrumpas, quiero explicarte todo de una vez.

Calló, se dio unos segundos de tiempo y, con voz quebrada por la emoción y por los nervios, soltó la frase que iba a romper a su mujer y a su familia:

—Rosa, estaba casado cuando te conocí.

Rosa le dio un empujón para tratar de desembarazarse de él, pero Manuel la tenía fuertemente abrazada.

—Por favor, escúchame. Por favor, Rosa, escúchame hasta el final. Estaba casado en Ventos, tenía mujer y tres hijos. Antes de conocerte, ya me sentía completamente desvinculado de ellos, como si me fueran ajenos, y no estoy tratando de justificarme porque no tiene justificación posible. Pero antes de llegar a Buenos Aires, en el barco, me di cuenta de que soltaba amarras definitivamente con mi vida. No quería saber nada de mi pasado, quería borrarlo, empezar de cero. Cuando te conocí llevaba más de dos años en Buenos Aires, y en ese tiempo nunca escribí a mi familia, ni les envié dinero, no tuvieron noticias mías. Y cuando me enamoré de ti sentí que había encontrado la mujer que siempre había buscado. Tú serías mi destino, mi refugio, mi razón de vivir, la madre de mis hijos. Enloquecí, tendría que habértelo confiado, pero el miedo a perderte pudo más que la razón, que la responsabilidad, que la verdad. Y te engañé, pero trataba de tranquilizar mi conciencia diciéndome que mi vida anterior no contaba, que mi vida empezaba contigo.

Rosa trataba de soltarse, pero Manuel la retenía:

—No te vayas, escúchame, necesito contarte todo lo que he callado durante estos cincuenta años. No concebía la vida sin ti. Solo Ángel sabía que estaba casado, le conocí la misma noche que salí de Ventos y durante el viaje hablamos de lo que habíamos dejado atrás. Nadie en Buenos Aires sabía de mi vida en Galicia, jamás conté a nadie que estaba casado, ni siquiera los Córdova pudieron sospechar que tenía familia en Galicia. Procuré no frecuentar los lugares en los que podía encontrar gente de Galicia, incluso pensé cambiar de nombre cuando te conocí, en aquellos años no era difícil, se perdían muchos documentos y no te exigían demasiados certificados para hacer unos nuevos. Ángel fue el único que trató de hacerme entrar en razón desde el primer día que le conté que me había enamorado de ti, y jamás dejó de exigirme que cortara esa relación o que te contara la verdad. Finalmente, después de una dura conversación en la que me anunció que no quería volver a saber de mí, decidió ayudarme a casarme contigo, pero le tuve que prometer que enviaría dinero a mi familia gallega. Urdió una historia para hacer llegar dinero a Ventos, contando que yo me había ido, pero tenía un negocio aquí que rendía beneficios... Durante dos o tres años él se encargó de pedirme el dinero para enviar a Galicia, hasta que el nacimiento de los niños convirtió esos envíos en un peso que no podía asumir, nuestros ingresos no eran suficientes para mantener dos familias.

Rosa, inmóvil, como un peso muerto en los brazos de Manuel, que la apretaba contra él, escuchaba a su marido.

—Ángel presentó testimonio de que yo era soltero ante el párroco que nos casó, lo que era habitual en aquella época. —Tras un breve silencio en el que parecía que Manuel esperaba la reacción de su mujer, al no escuchar una sola palabra, siguió hablando con desconsuelo—. Perdóname, te pido que me perdones. Por el engaño, por no habértelo contado antes, por provocar esta situación cuando los dos tendríamos que disfrutar plenamente de los años de vida que nos quedan juntos... Necesito que me perdones, Rosa, necesito tu perdón.

Manuel aflojó el abrazo para tratar de adivinar la reacción de Rosa. Ella, sin mirarle, y con una voz que para él era desconocida, hueca, cascada, rota, solo hizo una pregunta:

—¿Por qué me cuentas esto ahora? ¿Qué sabe Dolores?

—Santiago ha hablado con Dolores esta tarde. Le ha contado que ha conocido a un nieto mío de forma casual, que está aquí, en Buenos Aires.

—¿Te buscaba?

—No, creía que había muerto.

—¿Y tu mujer?

—Rosa, mi mujer eres tú. Solo tú has sido mi mujer en estos cincuenta años. La primera, con la que me casé en Ventos, murió hace diez años.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he sabido ahora. El chico se lo contó a Santiago. Nunca en estos años he sabido nada de ellos, no he querido saber. No le he debido dedicar más de media docena de pensamientos en estos cincuenta años de matrimonio contigo. Mi mujer eres tú, mis hijos son los tuyos, mis nietos los hijos de nuestros hijos. Rosa, no he tenido más vida que la que empezó el día que te conocí.

—¿Cuántos hijos tenías?

—Tres.

—¿Cómo se llaman?

Manuel no contestaba y Rosa pensó que no le había oído.

—¿Cómo se llaman tus hijos?

—Dolores, Nieves y Manuel.

Rosa se separó bruscamente de su marido, hizo un gesto de rechazo y se tumbó mientras se cubría la cabeza con la manta.

—Vete, por favor. Déjame sola. Quiero estar sola.

Manuel intentó acercarse y tumbarse a su lado, pero ella se separó y, con un tono de voz que su marido no le había oído nunca, le empujó con fuerza:

—Déjame sola.

Manuel se levantó, se dirigió a la puerta y apagó la luz. Se fue al cuarto que había sido de sus hijos y se tendió en una de las camas, vestido como estaba, sin quitarse siquiera los zapatos.

Al poco entró Dolores:

—Te he oído. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Tu madre me ha echado de la habitación. Quiere estar sola.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, no podía seguir con este peso encima, quería afrontarlo cuanto antes.

—¿Cómo está?

—Quiere estar sola.

—Lo entiendo, pero voy a verla.

Dolores entró en el cuarto de su madre, se acostó a su lado y la abrazó por la espalda. No dijo una palabra, ni Rosa tampoco. Permanecieron toda la noche así, abrazadas, en silencio. Ninguna de las dos dormía, lo adivinaban por la respiración desacompasada de la otra.

Por la mañana, Dolores se levantó y llevó a su madre una taza de té con leche y una tostada, su desayuno habitual. Rosa no se movió y Dolores dejó la bandeja en la mesilla de noche. Al mediodía seguía intacta. Intacto dejó también el plato de sopa y la tortilla que le llevó por la noche. Manuel preguntaba ansioso cada vez que Dolores entraba en el cuarto del matrimonio. Dolores no respondía, hacía un gesto negativo, triste, con la cabeza. Volvió a acostarse, siempre en silencio, al lado de su madre, abrazada a Rosa para ofrecerle un consuelo que ni siquiera sabía si ella quería.

Al día siguiente, dos después de la confesión de Manuel, cuando Dolores entró con el desayuno y retiró la cena del día anterior, sin tocar, Rosa se colocó la bandeja sobre las piernas y le pidió a Dolores que le soltara el agua del baño

mientras tomaba el té. Tardó en salir del cuarto, pero lo hizo bien arreglada, con el pelo recién lavado, perfumada y la cara con un poco de color.

Manuel esperaba en la salita, sabía que su mujer se había levantado y también él se había dado un baño reconfortante con el que tomar fuerzas para la conversación que iban a tener. Los nervios a flor de piel, llevaba casi dos días tratando de adivinar cuál sería la reacción de Rosa, asustado ante la posibilidad de que ella diera su matrimonio por no válido o quisiera alejarse de él, o que le anunciara que no podía perdonarle el engaño.

Incluso había pensado que Rosa, tan católica, sabiéndole ya viudo, pretendiera casarse nuevamente, lo que le parecía ridículo, pero estaba dispuesto a hacerlo con tal de no perderla. Había imaginado todos los escenarios posibles, todos ellos dramáticos. El único que no barajó fue el que le planteó su mujer.

Sin una palabra de saludo, ni de buenos días, ni mucho menos un gesto de cariño, se sentó en el sillón de enfrente.

Le había pedido a Dolores que les dejara solos, y su hija, después de acompañarla hasta donde se encontraba su padre, cerró la puerta, se puso un sombrero e hizo ruido al salir de casa para que sus padres comprendieran que podían discutir, llorar e incluso gritar: nadie escucharía lo que se dijeran en aquella conversación que Dolores adivinaba muy complicada, con los sentimientos a flor de piel.

—Es muy grave lo que me has hecho, Manuel, o más bien tendría que decir que es muy grave lo que nos has hecho a tu mujer y a mí.

—Mi mujer eres tú...

—No me interrumpas. Ella ya no es porque ha fallecido, pero fue tu mujer hasta el día de su muerte y ese peso no me lo quita nadie de encima. Siento que he ocupado estos años el lugar que correspondía a otra persona, y si me produce una profunda herida moral porque conoces mis convicciones religiosas, me provoca también una sensación difícil de describir, porque por mi culpa ella ha vivido abandonada con sus hijos, en condiciones que debieron de ser muy penosas, porque de no ser así su nieto no tendría que haber emigrado. En aquella casa que era tuya debió de faltar de todo, en caso contrario tu nieto no se habría marchado dejando a su mujer y a sus hijos allá, como me has contado.

Calló unos segundos y parecía que Manuel iba a hablar, pero Rosa le hizo un gesto con la mano para que callara.

—Estas últimas horas he pensado de todo, casi todo malo, y he tenido muchas tentaciones, todas ellas malas. Malas para ti y para mí, y para nuestra familia, para nuestros hijos y nuestros nietos. No puedo perdonarte, al menos hasta que se apacigüe este desgarró que me ha hecho desear la muerte. Hasta ese punto me has hecho daño. Pero en los pocos años que me quedan de vida voy a mantener el espíritu que he tenido siempre. Te repito que no te puedo perdonar, pero voy a intentar superar esta situación. No lo hago solo por los muchachos, sino también por mí. Soy tan egoísta que, a pesar del engaño, de la gran mentira, quiero seguir a tu lado. Para encontrar justificación, que no la hay porque no es posible justificar lo que has hecho, he encontrado consuelo estas horas pensando que mucho me debías de querer para haber caído tan bajo, para haber abandonado a tus hijos, para haber organizado esa patraña de ceremonia religiosa que debía avalar un matrimonio que era nulo porque tú no te podías volver a casar. Esta noche pasada, por primera vez, me he alegrado de que mis padres estén muertos. Les he ahorrado un daño que no habrían podido soportar, les he ahorrado la vergüenza de que su hija no estaba bien casada, que se casó con un hombre que no tuvo el valor de explicarle la situación.

Las lágrimas corrían por el rostro de Manuel, que no se atrevía a interrumpir a Rosa, y trataba de centrarse en la frase que más le había conmovido «voy a seguir a tu lado», y que era la que había provocado las lágrimas. De desahogo, no de tranquilidad, porque no podía tenerla hasta que Rosa acabara de hablar.

—Somos muy mayores los dos para tomar decisiones drásticas —seguía su mujer—, y además no concibo vivir sin ti, y te aseguro que no se trata de que me he acostumbrado a vivir contigo, o que nos atan muchas cosas y hemos creado una familia. No es eso, si he decidido seguir contigo es por una razón más profunda; te aseguro que si fuera un problema de costumbre o de miedo a encontrarme sola por las noches no dudaría en pedirte que te marcharas. Intentaré superar esta angustia de ahora pensando que ese engaño estuvo motivado por el amor que sentías, pero no va a ser fácil. Y te voy a poner condiciones. La primera, que nuestros hijos sepan la verdad, aparte de que sería difícil ocultarla porque la conoce Santi. Pero, por respeto a ellos, deben saberlo. Y segundo, y no es una condición sino una exigencia, tenemos que ayudar a ese muchacho nieto tuyo. Lo quiero conocer, quiero que venga a casa, quiero que se relacione con nosotros, que forme parte de esta familia mientras esté en Buenos

Aires. Me parece justo, de alguna manera debes compensar el abandono a su familia. Quiero que le encuentres un buen trabajo dentro de sus posibilidades, que le ayudes a formarse y a abrirse camino. Si lo hicieron Saúl y Raquel por ti y por mí, sin ser nada nuestro, con más razón debes ayudar a tu nieto.

—Por supuesto que lo haré, Rosa. Porque me lo pides y porque se lo debo.

—Y ahora tienes que hacer algo muy difícil: reunir a nuestros hijos, a los tres, aunque Dolores ya está al tanto de todo. Estaré a tu lado en ese momento para demostrarles que estoy decidida a superar esta situación, pero eres tú quien debe dar la cara.

—Lo que quieras. Has dicho que no me perdonas, pero voy a dedicar lo que me queda de vida a intentarlo. Solo dos palabras más: te quiero más que nunca. Y gracias.

Rosa, con los ojos llenos de lágrimas, se levantó y se acercó a su marido. Hizo un esbozo de sonrisa, pero de inmediato se impuso un rictus amargo.

—Y ahora, arriba, que hay mucho que hacer. Esta familia debe salir adelante como ha hecho otras veces. Y más ahora que son tan grandes las dificultades.

—Rosa, no me equivoqué al enamorarme de ti.

—Lo que no sé es si me equivoqué yo. Estas dos noches han sido tan terribles que he llegado a dudar que haya valido la pena casarme contigo. Lo ha sido por los chicos, por supuesto, pero este dolor...

Tres nombres para seis hijos. (Manuel)

Al día siguiente por la tarde se reunió toda la familia en la casa del barrio de San Cristóbal en la que vivían Manuel y Rosa; la casa en la que habían crecido sus hijos y que compraron con mucho esfuerzo a los tres años de casarse, poco después de nacer Dolores.

Durante un tiempo se habían acomodado en un apartamento cercano a la casa rosa que tanto había impresionado a Manuel la primera vez que la vio, pero cuando los ingresos de Manuel se estabilizaron y contaron con algunos ahorros se mudaron a una vivienda mayor.

En aquel barrio de clase media, con un alto porcentaje de inmigrantes extranjeros, encontraron el ambiente que siempre habían deseado. Un amplio piso cerca de la Avenida de la Independencia, muy luminoso, con escuela cercana para los chicos, con amigos y donde Rosa tenía todo a mano.

Allí vivió la familia con horror los disturbios del Enero Rojo de 1919, que se iniciaron precisamente en San Cristóbal y que durante una semana convulsionaron toda la ciudad. Anarquistas contra nacionalistas se hicieron con la calle en multitudinarias protestas por las precarias condiciones laborales. La chispa prendió de tal modo que la violencia sobrepasó con mucho las reivindicaciones sindicalistas, hasta el punto de que en esa Semana Trágica se produjeron atentados contra los negocios y viviendas de los judíos sin que el gobierno de Hipólito Yrigoyen reaccionara con eficacia, lo que provocó centenares de muertos.

Rosa encerró en casa a sus hijos, aterrorizada por los tiros, los gritos y la gravedad de las noticias. Tanto ella como Manuel vivieron varios días de angustia hasta que supieron que los Córdova, judíos, estaban sanos y salvos.

A pesar de los periodos de convulsión política que evidentemente tenían consecuencias en la tranquilidad familiar, los Padín se sentían felices en su casa de San Cristóbal. Incluso mejoró su economía, y Rosa pudo permitirse contratar a una mujer que había llegado de un pueblo sin futuro, con la esperanza de

encontrar un trabajo en la capital. Eva, como se llamaba, crio a los niños como si fueran propios y murió en la casa cuando ya había nacido el primer nieto.

Durante muchos años Rosa siguió con sus bordados, más por capricho y por sentirse ocupada que por otra cosa, mientras Manuel iba escalando posiciones en la estructura de la red de tiendas de los Córdova. Nunca fueron ricos, pero jamás les faltó nada de lo imprescindible e incluso pudieron permitirse algunos lujos; entre ellos el que más llenaba de orgullo a Rosa y Manuel: que sus hijos pudieran estudiar carreras universitarias. Incluso Dolores y Nieves, que se licenciaron en Historia. Las dos chicas soñaban con la posibilidad de investigar codicilos y legajos descubiertos por ellas en archivos ignotos, pero nunca pudieron hacerlo y acabaron dando clase en el colegio en el que se habían graduado. Nieves abandonó cuando nació su cuarto hijo, pero Dolores fue cogiendo gusto a la enseñanza y se convirtió en una profesora respetada y querida por los alumnos, a los que se dedicaba con pasión al no estar casada y no tener familia propia. «He conocido tantos hombres fascinantes a través de los libros que no encuentro ninguno al que admirar», respondía a quienes le preguntaban por qué nunca había querido poner fin a su soltería.

Manuel, el mayor, llamado familiarmente Nono, provocó disgustos en la casa de San Cristóbal. Tenía un don especial para buscarse líos, y cuando estudiaba Derecho en la Universidad de Buenos Aires se metió en los grupos políticos más radicalizados, participando muy activamente en las revueltas que provocaron finalmente las destituciones de los decanos de Derecho y Medicina. En la universidad eran constantes las manifestaciones y cargas policiales, las turbulencias propias de un país con inestabilidad política y precariedad económica. Tanto la reelección del presidente Yrigoyen, en 1928, como el golpe de Estado que le derrocó dos años después y llevó a Uriburu a la Casa Rosada provocaron en la Facultad de Derecho manifestaciones, huelgas, cierres y enfrentamientos entre distintas facciones de estudiantes.

Uno de los días peores de su vida para Rosa fue cuando le avisaron de que su hijo estaba en la cárcel y herido. Afortunadamente las heridas eran superficiales y apenas pasó dos noches en prisión. La policía sabía que Nono Padín no era un cabecilla, sino un simpatizante que se sumaba a los actos de rebeldía que organizaban otros. Pese a ello, Rosa vivía las noches como un infierno, y solo recuperaba la tranquilidad cuando escuchaba que su hijo llegaba a casa. Un año

más tarde terminó la carrera y, para satisfacción de Rosa, Nono empezó a trabajar a las pocas semanas en un bufete de la capital gracias a la amistad de Saúl Córdova con un miembro del gabinete de Uriburu, el presidente cuya destitución había exigido Nono en las revueltas estudiantiles.

Nono, su mujer, su hijo Santiago y su hija Emma, así como Dolores y Nieves con su marido y sus cuatro hijos, se encontraban ahora reunidos, expectantes, en la casa de San Cristóbal que era el centro de la familia, vivienda de muebles lustrosos por los años y por las muchas capas de cera, que no había conocido más desgracia que la muerte de Eva. Su desaparición les llenó a todos de una pena sincera porque Eva había sido como de la familia.

En ese salón que solo se abría en las grandes ocasiones o cuando se juntaban demasiados, o en la salita que era el centro de tertulias y chismorreos, había transcurrido la vida de tres generaciones de Padín, que identificaban el piso con el núcleo familiar y las celebraciones. Allí se guardaban recuerdos; los niños encontraban juguetes que habían pertenecido a sus padres; los armarios eran una eterna caja de sorpresas; y los manteles que cubrían la gran mesa llevaban el sello inconfundible de las manos de Rosa que, a pesar de su compromiso con Raquel, siempre había puesto más empeño en las labores dedicadas a su casa, a su familia, que a los encargos. Cumplía con minuciosidad con su trabajo, siempre impecable, pero se dejaba llevar por la imaginación cuando tenía en el bastidor una batista, un lino o una tela de hilo para su casa o para las de sus hijos.

Cuando Dolores avisó a sus hermanos para que acudieran todos, al completo, el tono de su voz daba a entender que no iba a ser una cita como las habituales; no se trataba de una fiesta sorpresa, ni un aniversario, ni se iba anunciar una buena noticia que merecía ser conocida por todos al mismo tiempo. Los celos iniciales se confirmaron al llegar a San Cristóbal: Manuel parecía que se había echado diez años encima, se encontraba demacrado e incluso un poco desaliñado, lo que era insólito en una persona siempre tan pulcra como él. Y Rosa... Rosa se había puesto demasiado colorete en la mejilla, como si quisiera disimular su mala cara. Y se abrazó a sus hijos Nono y Nieves de una forma nada habitual, como desesperada.

Cuando Rosa les pidió que se sentaran en el salón porque el abuelo tenía que contarles algo, las sospechas se convirtieron en certezas: nunca habían sido

convocados a sentarse para escuchar algún tipo de anuncio; todas las noticias se habían dado siempre de manera informal.

A Nono no le pasó inadvertido que su hijo Santiago buscó sitio al lado de su abuela, y le cogió la mano cuando todos estuvieron ya sentados y dispuestos a escuchar lo que Manuel tuviera que decirles.

—No os va a gustar lo que os voy a decir —fueron sus primeras palabras.

Y Manuel miró a Rosa, como si buscara su apoyo tras pronunciar las mismas palabras que le habían servido de introducción cuando se lo había explicado a su mujer dos días antes. Se fijó en que a Santiago le asomaba un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y, esas cosas que ocurren en los momentos de mayor tensión, se le pasó por la cabeza que menos mal que su nieto estaba cerca de Rosa, seguro que ella iba a necesitar limpiarse las lágrimas. Dolores, con un gesto casi imperceptible, parecía darle ánimos, que siguiera adelante, mientras Nieves cogía a la menor de sus hijas y la sentaba en sus rodillas.

—Tengo que contaros algo que me es muy difícil, porque significa que os he mentido; sobre todo a vuestra madre, a la que he hecho mucho daño.

Los ojos de todos se clavaron en Rosa, que intentaba mantenerse serena; sobre todo para no angustiar a sus nietos pequeños. La menor de Nieves tenía once años, Rosa había discutido con Manuel y Dolores sobre la conveniencia de que acudieran todos, pero fue Manuel el que insistió en convocar a todo el mundo.

—No quiero poner a nadie en la situación de contar a sus hijos la historia de su abuelo; quiero evitarles esa amargura. Debo hacerlo yo, y os pido ayuda para encontrar las palabras más adecuadas, pensando sobre todo en los niños. Si Nieves y Nono tienen preguntas que hacerme, que las tendrán, se las responderé a ellos solos en el momento adecuado, pero este trance de exponer la situación ante la familia lo debo asumir yo, como debo asumir las consecuencias.

Su mujer y su hija, por tanto, le dejaron hacer, y cuando esa tarde todos buscaron sitio para escuchar lo que el abuelo tenía que decir, Rosa se sentó justo enfrente de su marido con la intención de transmitirle fuerza si le veía vacilante, angustiado o tenso.

Manuel retomó la palabra tras la frase inicial de que a nadie le gustaría lo que iban a escuchar:

—Solo os pido que no me interrumpáis; esto no es fácil para mí y desearía llegar al final de mi relato. Cuando termine podéis preguntar y opinar. Aunque

os pido benevolencia con las opiniones —añadió con una sonrisa de amargura.

Habló con voz cansada, pero sin pausas. Contó su vida en Ventos, la falta de medios, cómo la mayoría de los hombres de la aldea habían tenido que emigrar ante la falta de futuro con el que sacar adelante a sus familias.

—Yo tenía familia, es lo que quería decirlos. Mujer y tres hijos. A los que abandoné cuando vine a Argentina.

Nieves se llevó la mano a la boca y la hija que estaba sentada en su regazo se levantó y se sentó en el suelo junto a su madre, con la cabeza apoyada en sus rodillas. Nieves no pudo evitar preguntar en voz alta:

—¿Viven?

Manuel la miró desconsolado.

—Las chicas sí, pero el chico, lo he sabido ahora, murió en la mina. Su madre murió hace diez años.

—¿Te divorciaste de ella? —continuó preguntando Nieves.

Manuel tardó unos segundos en responder. Sus ojos se llenaron de lágrimas y respondió muy bajo.

—No. Ese es el engaño de mi vida. Esa es la razón por la que no puedo perdonarme el daño que he hecho a vuestra madre y el que os estoy haciendo a vosotros.

Dos de las hijas de Nieves estaban llorando. Santi se acercó a su abuelo y le puso una mano en el hombro. Nono miró a su madre. Manuel no parecía capaz de articular ni una palabra más, se dejaba ir. Dejaba que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

Y fue Rosa la que se levantó, se colocó al lado de su marido y le echó el brazo sobre los hombros y sobre la mano de Santiago.

—Por eso vuestro padre no quería interrupciones, quería explicaros por qué actuó así. Pero te comprendo, Nieves, comprendo que te hayas quedado horrorizada y necesites saber si estaba casado cuando vino. Lo estaba, aunque yo no lo he sabido hasta hace dos días. Han sido los dos peores días de mi vida, que he pasado en cama, odiando a vuestro padre, aunque bien sabéis que es la persona que más quiero en el mundo. Todavía no estoy en condiciones de perdonarle, pero le perdonaré por una razón que quizá la veáis como una excusa inaceptable, pero es la excusa que me va a permitir el perdón y mantener esta familia unida, como lo ha estado siempre. La actitud de vuestro padre con su

primera mujer y con los hijos que dejó en Ventos es inaceptable, y será a ellos a los que deba dar explicaciones sobre su abandono. Y tendrá que hacerlo, luego os explicará el porqué. Pero si ha convertido su vida en un engaño tan monumental, si cayó tan bajo como para renunciar a sus principios, que vosotros conocéis, si actuó de forma tan irresponsable, si fue capaz de obligar a mentir a su mejor amigo para que jurara ante un sacerdote que era soltero, si no ha sido capaz de sincerarse conmigo, si ha mantenido esa mentira durante los cincuenta años transcurridos desde que me conoció... fue por miedo a perderme. Por miedo a no casarse conmigo; por miedo a que no pudiéramos vivir una historia de amor que empezó desde el día que me vio por primera vez, como él os ha contado muchas veces en cada ocasión que nos preguntabais cómo nos habíamos conocido. Su actitud con sus hijos de Galicia no tiene nombre, pero si ha hecho lo que ha hecho, si ha cometido esa barbaridad, es por amor. Hacia mí, porque se enamoró de mí, y por amor a vosotros, sus hijos, a los que no quería renunciar de ninguna manera.

Y Rosa, soltando el hombro de su marido, que permanecía en silencio, se plantó de pie en medio de la habitación y, mirando a todos, pero deteniéndose sobre todo en los ojos de Nieves, dijo con voz firme:

—Esta familia tiene que superar esta situación. Vamos a superar esta situación. Nos va a afectar, por supuesto, nadie puede sentir indiferencia ante una noticia como la que acabáis de conocer, pero lo conseguiremos. Vuestro padre y yo os hemos educado para que sepáis cómo sobrellevar las dificultades, y se lo habéis transmitido a vuestros hijos, a nuestros nietos. Tenemos que salir adelante y vamos a salir adelante, no quiero desfallecimientos. Llorad hoy todo lo que tengáis que llorar, y a continuación hagamos el esfuerzo de buscar los puntos de apoyo que nos permitan recuperar la normalidad; la familia, el trabajo, que cada cual intente salir adelante como pueda.

Siempre había sido menuda, pero esa tarde Rosa parecía una mujer fuerte, sólida, que defendía con energía lo suyo. Siempre se crecía ante las dificultades, como bien sabían su marido y sus hijos. Nunca habían visto a Rosa debilitada ante la adversidad. Al contrario, sacaba ánimo no se sabía de dónde, pero lo sacaba, y en esa ocasión tan especial en la que por encima de todo había que salvar el equilibrio familiar y sacar adelante a su marido, la fortaleza que mostraba llegaba a ser contagiosa.

—Hoy empieza una nueva etapa de nuestra vida —dijo sin un titubeo, con voz muy nítida y agarrando la mano de su nieta pequeña, que se había acercado a su abuela—, y empieza con un peso añadido a los muchos que hemos soportado hasta ahora. No quiero alargarme demasiado, solo añadiré algo que debéis meteros bien en la cabeza: para iniciar esta nueva etapa es fundamental que descorramos todos los telones; que se despejen todas las dudas; que no quede nada oculto. Así que empiezo por deciros algo que debéis saber cuanto antes. Uno, vuestro padre tenía tres hijos que se llamaban, se llaman, Manuel, Dolores y Nieves. Y dos, el hijo de Manuel está en Buenos Aires y ha encontrado casualmente a Santiago. No sabía que su abuelo estaba vivo; tampoco que se había casado hace años. Y tres: le vamos a conocer. Todos le vamos a conocer porque no es culpable de lo que hizo su abuelo, como nosotros no somos culpables de lo que ha hecho vuestro padre y abuelo. Esta familia, repito, tiene que superar esta situación. Y por Cristo Bendito que la vamos a superar.

Manuel, que desde que se inició la reunión había mantenido la cabeza agachada incluso cuando hablaba, como si tuviera vergüenza de mirar a la cara a sus hijos y nietos, levantó la vista ante el exabrupto final de su mujer, ese «Cristo Bendito» que sonaba extrañamente amenazante; como un reto, en boca de una mujer tan religiosa y siempre tan serena como Rosa.

Nadie habló durante un minuto que se hizo eterno, hasta que Nieves preguntó casi con miedo:

—¿Por qué nos pusiste los mismos nombres que a tus hijos gallegos?

Fue Rosa la que respondió:

—Eso mismo le he preguntado yo y me lo pregunto desde que lo supe. Es probablemente lo que más daño me ha hecho, y tu padre no ha sabido explicarme el porqué. Fueron los nombres que propuso cuando nacisteis y me parecieron bien. Manuel por su padre, me explicó, Dolores por su madre y Nieves porque es una virgen muy venerada en el valle del Salnés, donde nació. Es lo que me dijo entonces. Ahora... ahora ya no sé qué pensar y casi prefiero no seguir pensándolo porque llegaría a conclusiones que no me gustan.

—Santi, ¿cómo conociste a tu primo? —preguntó Nono a su hijo.

Relatar el encuentro en el bar y cómo fue a buscarle al día siguiente a La Estrella tuvo un efecto balsámico. La atención se centró en el que, según Rosa, iba a convertirse en un nuevo miembro de la familia. Y Manuel pudo seguir la

conversación, sin intervenir, sintiéndose a salvo durante un rato de las esperadas y temidas miradas de reprobación o las preguntas que le costaría responder. Porque ni él mismo se sentía capaz de encontrar respuesta a por qué había tomado determinadas decisiones tantos años atrás; por qué había actuado con tanta ligereza e irresponsabilidad al no compartir con Rosa la realidad que había dejado en Galicia. Siempre llegaba a la misma conclusión: temía perderla y no podía soportar esa idea.

Rosa se acercó a su marido una vez que Santiago se convirtió en centro de la atención familiar. No le dijo nada y se sentó a su lado. Manuel, sin volverse hacia ella, sin rozarla por miedo a que ella se alejara, solo dijo: «Tenía miedo de perderte». Rosa comprendió su drama interior, pero todavía no estaba en condiciones de perdonar el engaño. Sí que hubiera mentido para casarse con ella, sí que hubiera obligado a Ángel a jurar en falso... pero el engaño durante tantos años, durante toda su vida en común, todavía no podía perdonarlo.

Su hija Dolores, mientras tanto, trataba de contestar las preguntas de sus hermanos. Los sobrinos pequeños dejaban hablar a los mayores, como si la situación les fuera ajena. Y en cierto sentido lo era. Solo Santi, el mayor, era capaz de comprender la envergadura del engaño y cómo iba a convulsionar la hasta ahora apacible vida de la familia.

Todos querían saber cómo era su primo Antonio, y les contó el encuentro y su impresión personal, solo personal.

—No es como nosotros, procede de una familia muy humilde, sin ningún tipo de medios, por eso se vio obligado a emigrar. Nunca fue a la escuela, aprendió a leer cuando llegó a Buenos Aires y trabaja en un café de camarero. Vive en un piso compartido con otros emigrantes y tiene un primo que es también su mejor amigo. Se llama Pepe y estaba con él cuando le conocí. No es familiar nuestro, porque es primo por parte de madre. Antonio me parece un buen chico, muy trabajador, discreto, con ganas de aprender; me dijo que se sintió como un héroe hace meses cuando logró terminar su primer libro. Está casado y dejó allá mujer y dos hijos; el pequeño, un bebé que ahora debe de tener unos tres años, una niña, y les manda dinero todos los meses. Su mujer es hija de una maestra y me contó Antonio que tanto ella como él quieren que sus hijos tengan las oportunidades que él no tuvo y vayan a la escuela. No habla mucho; lo que sé de

él se lo saqué casi a la fuerza, porque no paré de preguntarle sobre su vida en Galicia y su vida en la capital.

—¿Y va a seguir trabajando en el café? —preguntó una de las hijas de Nieves.

—No lo sé, es él quien tiene que decidir. Y nosotros tenemos que decidir por nuestra parte qué tipo de relación vamos a mantener con él. Por mi parte pienso verle siempre que pueda. Estos días he pensado que de alguna manera debemos compensarle por haber disfrutado de lo mejor del abuelo; tenemos una familia que ha salido adelante, estudios, trabajo... Y si está en mi mano, además de darle afecto, podríamos facilitarle que recibiera la formación necesaria para que pueda dedicarse a algo mejor que atender mesas en La Estrella, por buena que sea la cafetería. Que lo es. He ido allí un par de veces a recoger a Antonio, con el que me he visto a diario desde el encuentro del domingo, y he conocido por tanto el lugar en el que trabaja. La clientela es educada, buena. Y los dueños, que no conocen la historia en profundidad, pero les he contado que somos primos, tienen el mejor concepto de Antonio. De hecho, la dueña me ha dicho que cada vez le da más responsabilidades porque piensa que se mueve bien en el mundo de la hostelería e incluso le ha enseñado las reglas básicas de contabilidad.

Manuel, que escuchaba atentamente a su nieto sin pronunciar palabra y con la misma expresión que había mantenido toda la tarde, desde que empezó la reunión familiar, levantó la voz y, en un tono al que le faltaba la firmeza habitual, la que conocían muy bien sus hijos y nietos, dijo:

—Debemos conocerlo cuanto antes. Yo al menos quiero conocerlo cuanto antes.

Rosa, que seguía a su lado, fue más contundente que su marido:

—Yo también. Sin duda comprendéis todos que esta situación es más dolorosa para mí que para todos vosotros, pero el chico no tiene culpa de nada y es hijo de un hijo de vuestro padre, por tanto, pertenece a esta familia y no podemos dejarle al margen. Ahora que estamos todos reunidos es el momento de decidir qué hay que hacer. Vuestro padre quiere conocer a su nieto, me parece justo. Es más, creo que en cierto sentido debe reparar en Antonio el daño que ha hecho a su otra familia, el abandono. Si Antonio quiere, por supuesto. Yo estoy decidida a apoyarle, a considerar a Antonio como un miembro más de esta familia, pero sois vosotros, todos y cada uno de vosotros, los que debéis tomar la decisión. Santiago, hasta ahora, ha actuado como le parecía bien, sin contar con nadie

porque aún no nos había informado de lo ocurrido. Creo que su actitud ha sido la adecuada, y gracias a él sabemos al menos que vamos a encontrarnos con una persona seria, trabajadora, que con toda seguridad se encuentra tan conmocionado como nosotros, probablemente aturdido, y que desde luego está mucho más solo que cualquiera de nosotros para encarar la situación. Quiero adelantaros que a partir de este momento las puertas de esta casa estarán abiertas para Antonio, aunque quedan cosas por solucionar entre vuestro padre y yo, y las solucionaremos; porque es mucho lo que hemos vivido, mucho lo que nos ha unido en estos años, y en lo que a mí se refiere este dolor me lo voy a tragar más pronto que tarde porque quiero vivir serena y a su lado los pocos años que nos quedan. Por tanto, os advierto que Antonio entrará en esta casa si él quiere, y me da la impresión de que va a querer. Pero comprenderé que alguno de vosotros prefiera mantenerse al margen, y no tiene más que decírmelo para evitarle el mal rato de coincidir con Antonio.

Miró a su alrededor y nadie hizo el menor gesto del que pudiera deducirse que no estaban dispuestos a aceptar al recién llegado, al nuevo y desconocido miembro de la familia.

—Es evidente —continuó Rosa— que no podré tratarle como a un nieto, porque no siento que sea mi nieto, pero haré todo lo que pueda para que se encuentre a gusto en esta casa y en cierto modo sienta que es la casa de su familia. Que lo es, porque es la casa de su abuelo.

Manuel se mantuvo en silencio, pero sacó un pañuelo de su bolsillo, se sonó con ruido la nariz y se enjugó los ojos, y musitó un «gracias» que solo escucharon su mujer y su nieta pequeña, que seguía sentada al lado de sus abuelos.

—Lo que hagas me parecerá bien, mamá —dijo Nono—. No solo vendremos cuando esté Antonio, sino que, al menos en nuestro caso, haremos lo que podamos para que se sienta a gusto. Y ayudaremos a que se integre lo más pronto posible en esta familia. Por lo que cuenta Santiago, está falto de estudios y de formación, y tendremos que esforzarnos todos para que no se sienta desplazado.

—Yo puedo ocuparme de eso —añadió Dolores—, tengo menos responsabilidades que vosotros, más tiempo libre, montones de amigos a los que pedir ayuda para que nos asesoren en todos los aspectos, incluso los legales... Sí,

papá, los legales, no me mires con esa cara de asombro. Nadie más que nosotros tiene por qué saber que tenías mujer en Galicia, nadie tiene por qué conocer que abandonaste a tu familia. Yo creo que podíamos explicar que eras viudo y que solo lo sabía mamá, nos evitaremos así muchos problemas. Pero no hay por qué ocultar que Antonio es hijo de un hijo tuyo y que tú le vas a echar una mano para que salga adelante económicamente y pueda regresar un día a su casa en condiciones de mantener bien a su familia.

—Me parece muy buena idea —dijo Nieves por su parte— y contad con nuestro apoyo para todo. Y tú y yo, Nono, nos ocuparemos de que nuestros hijos comprendan la importancia de mantener en secreto lo que aquí hemos sabido. Papá, has demostrado esta tarde un sentido del deber y de la responsabilidad que compensa lo que nos has ocultado; convocar a los chicos, a los nietos, demuestra que tenías voluntad auténtica de acabar con las mentiras. Pero no hay por qué trasladar fuera de esta casa el error que cometiste hace cincuenta años.

—Mamá, no te preocupes por nosotros, no diremos nada —dijo su hija mayor—. Abuelo, puedes estar tranquilo.

—Estoy segura, cariño —continuó Nieves— y como dice Dolores, hay que pensar en la mejor manera de ayudar a ese joven a que se integre en la familia y en nuestra vida. Hay cursos profesionales que le abren camino a trabajos mejores que el de camarero, y debemos pensar también que tendríamos que facilitarle un lugar donde vivir que no sea un cuarto compartido con personas con las que apenas tiene nada en común; ni siquiera con amigos, por lo que cuenta Santiago.

Todo el mundo quería hablar, aportar ideas; incluso los nietos, que se sentían involucrados en una historia cuyo alcance no comprendían. Aunque sí entendían que era importante para la familia que se mantuviera en secreto.

Lo más importante era conocer a Antonio cuanto antes porque, como dijo Santiago con buen criterio:

—No hagamos planes sobre su vida. Damos por hecho que quiere cambiar de casa y de trabajo, pero a lo mejor prefiere hacer las cosas paso a paso y a su ritmo. Hay que ser cuidadosos. Que no se sienta presionado. Y os voy a decir algo más, y es que da la impresión de que en cierto sentido os avergüenza que no cuente con apenas formación, que sea inculto, que no disponga de medios para vivir más cómodamente. Cuidado, todo el mundo tiene su orgullo y Antonio también, aunque es muy tímido. Os escucho y me siento orgulloso de esta

familia por cómo ha reaccionado ante una noticia tan perturbadora, pero también siento miedo a que queráis organizar la vida a Antonio sin tener la certeza de que él quiera que se la organicen.

—Tienes razón, hijo —señaló Nono.

—Sí, la tienes —añadió Dolores—, a lo mejor me he precipitado al expresar todo lo que estoy dispuesta a hacer por él. Quizá he dejado muy patente que me siento poco útil.

—Qué cosas dices, tía —le cortó Santiago—, pero si no paras de hacer cosas por los demás...

—Sí, porque en cierto sentido he hecho que mi vida sea procurar que las cosas sean más fáciles para la gente que quiero.

—Y bien que lo celebramos —dijo Nieves—, no solo has cuidado a los niños cuando eran pequeños, sino que papá y mamá están estupendamente atendidos gracias a ti. ¿Te parece poco?

La reunión terminó con un pequeño homenaje a Dolores. Manuel, mirando a su hija, que recibía elogios y frases de cariño de todos, tratando de que se sintiera reconfortada por ser un pilar fundamental de la familia, pensó que no le faltaba razón a su hija mayor cuando decía que era la que disponía de más tiempo y más medios para ayudar al nuevo nieto. Si quería ser ayudado, se dijo Manuel. Tenía razón Santiago, era Antonio el que debía marcar el camino a seguir, el que debía indicarles si efectivamente quería que el encuentro con su familia supusiera un cambio radical en la vida que había llevado hasta entonces en Buenos Aires.

Manuel sintió un deseo casi irracional de conocer cuanto antes a su nieto. Por primera vez en dos días se sentía sereno: Rosa parecía dispuesta a no tirar por la borda la relación envidiable que habían mantenido a lo largo de sus muchos años de matrimonio y su familia había reaccionado de una forma ejemplar. Interrumpió las varias conversaciones cruzadas que mantenían su mujer, sus hijos y nietos, y dirigiéndose a Santiago le dijo:

—Santi, tráelo a casa cuando puedas y cuando él quiera venir. Dile que estoy impaciente por conocerle.

El abuelo. (Antonio)

Dos días más tarde, después del almuerzo, Manuel esperaba nervioso la llegada de Antonio. Rosa optó al principio por dejarlos solos.

—Pero solo unos minutos —le advirtió—, quiero conocerlo y que sienta que no es rechazado por esta familia.

Santiago abrió la puerta de la salita donde se encontraba su abuelo e invitó a su primo a entrar. Antonio se quedó junto a la puerta mientras Santiago se dirigía hacia donde se encontraba su abuelo. Este se levantó despacio del sillón con los nervios a flor de piel. Santiago le dio un beso a Manuel, apretándole la mano con el propósito de darle confianza, y a continuación salió de la habitación dejando a Antonio con Manuel, quien enseguida posó su mirada sobre su nuevo nieto.

Antonio se había quedado en el mismo lugar, sin saber qué hacer, embargado por los nervios y el miedo a hacer o decir algo inconveniente. Fue Manuel quien se acercó hacia él con pasos vacilantes. Su rostro había pasado del rubor a la palidez y respiraba con dificultad. Le puso las manos sobre los hombros como para sostenerse, y sin dejar de mirarle le dijo:

—Eres más Castro que Padín. Me recuerdas a tu abuela —dijo con la voz quebrada. Y tras un largo suspiro, lo estrechó entre sus brazos.

La espera. (Antonio)

Al sentir el abrazo de un abuelo a quien conocía solo de oídas, se desvaneció toda la tensión acumulada. La felicidad del momento borró cualquier atisbo de resentimiento, si es que alguna vez había existido. Le conmovió escuchar cómo aquel hombre mayor sollozaba contra su pecho. Regresaron a él los días anteriores, la multitud de preguntas lanzadas al vacío, las noches en vela... tanto sufrimiento desaparecía en aquel abrazo.

Recordó como un tormento la tarde en la que se celebró la reunión familiar, que le pareció interminable. Sabía por Santiago que se reunirían en la casa de sus abuelos, y de lo que ocurriera en aquel salón dependía que él fuera aceptado en la familia. Su familia. Sonaba extraño, pero la familia de Santiago era también su familia.

Buen tipo su primo. Se habían visto con frecuencia desde que coincidieron aquel domingo en el bar al que le llevó Pepe, y le caía bien. Era simpático, había comprendido su situación, su desconcierto, su miedo al rechazo de su abuelo y el miedo también a provocarle una conmoción de imprevisibles consecuencias.

Santiago le había asegurado que sus abuelos eran fuertes y sin problemas de salud, pero no dejaban de ser dos ancianos, más cerca de los ochenta que de los setenta, y las emociones podían afectarles seriamente.

También sentía miedo al rechazo social, y Santiago dio muestras de entender lo que pretendía transmitirle Antonio cuando se lo expuso tímidamente, inseguro incluso en la forma de expresarse. Por lo que le había contado su primo, los Padín argentinos eran cultos, con formación, vivían bien y nunca habían conocido las estrecheces económicas, gracias en primer lugar al trabajo y el esfuerzo de Manuel, pero también gracias al trabajo y el esfuerzo de Rosa, que en los primeros años había contribuido a la economía familiar con sus bordados, con los que ganaba un dinero que venía muy bien a pesar de que Manuel iba escalando puestos en la red de negocios de los Córdova. Pero tres hijos suponen muchos gastos, y más cuando los padres estaban decididos a que recibieran la educación que ellos no habían tenido.

Pepe se acercaba casi todos los días a ver a Antonio. Escuchaba sus confesiones, sus temores, sus inquietudes, y le daba ánimos. Más aún desde que coincidió con Santiago y se fueron los tres juntos cuando Antonio finalizó su trabajo en La Estrella. Santiago trató a Pepe como si fuera también de la familia: «Eres primo de mi primo».

Para Antonio era una garantía que los Padín estuvieran tan unidos como Santiago daba a entender, y que les preocupara tanto el daño emocional que podían sufrir sus abuelos, su padre y sus tías. Pero, como le explicó Santiago para tranquilizarle, lo más probable era que, tras la conmoción inicial, todos aceptaran a aquel nuevo nieto cuya existencia desconocían y que necesitaba apoyos para afrontar en solitario una situación que le superaba. Pues eran conscientes de que él estaba solo, y no tenía las experiencias, los conocimientos y la seguridad de aquella familia que le caía de improviso.

Isabella por su parte vivía en un sin vivir. Antonio, tal y como le había prometido, le contó con detalle todo lo que había ocurrido aquel domingo que, lo intuía, marcaba un antes y un después. Ella se imaginó su propio escenario: Antonio se convertía en el nieto adorado por su abuelo, le convencía para que trajera a su mujer e hijos a Buenos Aires y le convertía en un hombre rico.

Ni por un momento se le pasó por la cabeza que su pupilo fuera rechazado por su nueva familia. No solo porque sentía profundo afecto por Antonio y se sentía orgullosa del cambio que había sufrido desde que llegó a La Estrella, sino porque últimamente estaba muy influida por los *happy end* de las películas americanas que veía en los cines de la zona comercial de la calle Corrientes. Cines donde triunfaban comedias de Marilyn Monroe, como *Los caballeros las prefieren rubias* o *Cómo casarse con un millonario*. Se enamoró de Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*; aunque no tanto como de Humphrey Bogart después de ver *La Reina de África*. Isabella era una mujer optimista. Siempre se apuntaba al lado positivo de la vida y estaba absolutamente convencida de que Antonio, su Antonio, iba a salir bien de esa historia familiar. «Es como una novela», era su frase habitual cuando Antonio le daba cuenta de cómo se iban desarrollando los acontecimientos.

Antonio no había escrito a Maruxa explicándole que había «descubierto» al abuelo que creía muerto. Y eso que, en los años que llevaba en Buenos Aires, escribía a su mujer cada vez que le ocurría algo importante. Como su vida era

muy plana, sin altibajos, Antonio solía contarle cosas de los demás. Le explicó cómo era la novia de Pepe; que uno de sus amigos, al que veía de vez en cuando, se había comprado un automóvil; y que algún día ellos también se comprarían uno.

En sus cartas siempre se mostraba esperanzado. Era su manera de hacer que a Maruxa se le hiciera menos dura una ausencia que duraba ya años. No se planteaba todavía el regreso, pero era evidente que su situación había cambiado mucho en ese tiempo.

El cambio no suponía que se hubiera trasladado a una vivienda alquilada, puesto que seguía compartiendo piso. Pero no le importaba, prefería ahorrar todo o casi todo lo que ganaba para cumplir con el objetivo que se habían marcado: ganar dinero suficiente para construir una buena casa en Ventos y montar un negocio en Vilagarcía, Caldas o Cambados.

Isabella le había adelantado su idea de abrir un café pensado para señoras, para mujeres, en el que tomar un aperitivo con exquisiteces saladas que empezaban a ponerse muy de moda, al estilo francés, o un buen té con tartas, pasteles y tostadas por la tarde, tés de diferentes sabores y mermeladas inglesas. Todo muy europeo, porque lo europeo era lo que se llevaba en el Buenos Aires de los años cincuenta. Quería que Antonio se hiciera cargo del día a día de ese posible negocio, que ella supervisaría como hacía siempre.

Antonio se sentía emocionado, pero no quería hacerse ilusiones hasta que Isabella y su hermano encontraran los créditos necesarios. Isabella quería un local en la mejor zona comercial. Quizá en Palermo, donde empezaban a residir las grandes fortunas.

Mientras esperaba el resultado de la reunión que se mantenía en aquel momento en casa de su abuelo, Antonio trataba de adivinar qué estaría ocurriendo en aquel encuentro. Sabía por Santiago que su abuela era una mujer extraordinaria.

—Ya verás, aunque no seas su nieto, te va a tratar como si lo fueras. La abuela Rosa es de ese tipo de mujeres como se dan pocas veces. Mi madre suele decir que con su suegra se rompió el molde y no le falta razón. Sin embargo, el abuelo... es una gran persona, muy trabajador, muy familiar, pero muy estricto en todo. Mi miedo es que, respecto de tu aparición, que es resultado de una actuación suya que no tiene perdón, pueda mostrarse muy duro contigo

precisamente para tratar de demostrar que no hace concesiones; que no admite nada irregular, aunque sea él, y no el resto de la familia, el que ha cometido una falta tan grave como abandonar a su mujer y a sus hijos. Te digo más, Antonio: ten la certeza de que si esto se arregla, si sale bien, será gracias a mi abuela. El abuelo hará lo que diga la abuela, y si ella decide que tú eres un Padín de Argentina, además de ser un Padín de Galicia, pues serás un Padín de Argentina a todos los efectos.

Antonio, sin embargo, no las tenía todas consigo. En las tres o cuatro conversaciones en profundidad que había mantenido con Santiago desde que se habían conocido hacía menos de una semana, se había sentido atraído por esa familia de la que sabía mucho, aunque todavía no conocía a nadie. Santiago le transmitía confianza. Deseaba verse frente a esa mujer, Rosa, la principal víctima del engaño, y a la que Santiago admiraba tanto, quería tanto y respetaba tanto. En cuanto a su abuelo, ¿cómo reaccionaría al verle? ¿Y qué debía hacer cuando lo tuviera delante? ¿Darle la mano? ¿Esperar que le hablara? ¿Le preguntaría por su padre? ¿Le preguntaría por su abuela? Antonio le daba vueltas una y otra vez a estas cuestiones, imaginando la escena. ¿Estaría él a la altura?

Desde que había llegado a Buenos Aires era consciente de sus muchas lagunas en educación. Se sentía contento de haber hecho caso a Pepe y a Isabella al aprender a leer. Había progresado mucho desde aquellos tiempos en que recibía clases en el Centro Gallego y practicaba leyendo los carteles y anuncios de la calle. Ya leía libros, aunque no le entusiasmaban. Advertía que con el transcurso del tiempo se sentía menos desplazado cuando se encontraba en grupo e intervenía más en las conversaciones. Pepe tenía un amigo pintor que en alguna ocasión les llevaba de galería en galería, algo que Antonio no había conocido hasta que llegó a Buenos Aires. Incluso una vez insistió para que los dos gallegos fueran con él al museo de Arte Hispanoamericano pues, según les dijo, era la mejor manera de conocer la historia de su país de adopción. A Antonio le gustó la experiencia, hasta el punto de que a partir de ese momento aceptó las sugerencias que recibía del artista, Ramón, de escaso éxito profesional pero un entusiasta del arte y la historia, un magnífico guía para quien estuviera interesado por algo más que por la diversión y las noches de farra y copas.

Ahora, ante esa situación que le tocaba vivir, inesperada, emocionante y preocupante al mismo tiempo, no dejaba de pensar que se encontraba más

preparado para enfrentarse a su nueva familia que tres años atrás.

Era un Antonio completamente distinto de aquel que llegó aturrido y asustado tras varias semanas de travesía y solo respiró tranquilo cuando vio a Pepe esperándole en el puerto. Entonces su vocabulario era muy limitado, y sus modales... No eran ordinarios, pero sí algo toscos. Por fortuna, había transcurrido el tiempo necesario como para que se hubieran producido en él los cambios adecuados. Tenía un buen acicate en Pepe, quien al llegar a Buenos Aires comprendió con rapidez lo importante que era formarse si quería entrar en ciertos círculos donde encontrar el trabajo adecuado. Y luego estaba Isabella, una bendición de mujer.

Cuando reflexionaba sobre lo mucho que había cambiado, se daba cuenta de que el esfuerzo había valido la pena. Se había convertido en un hombre más seguro de sí mismo, capaz de mantener cómodamente cualquier conversación si no requería un nivel excesivo. Se movía con naturalidad en las salas de conferencias y exposiciones, algo hasta entonces desconocido para él. Le apasionaba acudir a una sala abarrotada de gente para escuchar al conferenciante hablar de sus libros, de su obra o de sus cuadros, lo que jamás imaginó que podría ocurrirle. En más de una ocasión había escuchado decir a Maruxa que los niños eran como esponjas, y ahora entendía bien que tenía razón.

El Centro Gallego le había facilitado la integración en Buenos Aires. Cuando se hicieron menos frecuentes las salidas con Pepe porque este ya tenía novia formal, Antonio a menudo se acercaba solo a la calle Belgrano. Allí siempre encontraba algo que hacer, algo que ver, conocidos con los que charlar. Veía a Pilar, que seguía siendo una especie de mujer para todo, igual arreglaba asuntos en secretaría como daba información sobre los cursos o estaba enredada con la organización de un evento.

Antonio la había invitado alguna vez a salir, incluso habían tonteado durante un tiempo, nada serio porque Antonio no quería problemas y tenía a Maruxa muy presente. En el último año Pilar se había ennoviado con Sergio, un bonaerense simpático, aunque para Antonio excesivamente pagado de sí mismo. Pilar estaba contenta y eso era para él lo más importante, porque se habían hecho muy buenos amigos.

En todo ello pensaba Antonio mientras esperaba. ¿Qué estaría pasando en la casa de San Cristóbal? Santiago había prometido pasarse por La Estrella, pero se

acercaba la hora de la salida y seguía sin noticias. ¿Era bueno o malo que se prolongara tanto tiempo la reunión familiar? Bueno, se decía Antonio para tranquilizarse. Si fueran mal las cosas, Santiago no tardaría tanto.

Hacía todo lo posible por centrarse en su trabajo, aunque no podía evitar mirar hacia la puerta cada vez que esta se abría, atento a la llegada de Santiago... y a la cara que podía traer.

Cuando apareció y vio que su primo se acercaba con una sonrisa de oreja a oreja, desaparecieron todos sus temores.

—Mejor de lo que podía pensar, y eso que soy optimista por naturaleza —le confirmó Santiago.

Antes de sentarse en una de las mesas, fue hasta la caja a saludar a Isabella, a quien se veía particularmente tensa.

—Ha ido todo muy bien. Muy bien. —La tranquilizó Santiago—. Cuando tenga un momento se lo cuento. Voy a esperar a que termine Antonio.

Isabella, sin poder controlarse y desbordando entusiasmo, salió de detrás de la caja y dio un fuerte abrazo a Santiago:

—Hijo, no podía ya con los nervios.

Antonio se cambió de ropa y salieron deprisa de La Estrella. Santiago estaba impaciente por poner al corriente a Antonio de las buenas noticias.

—Te quiere ver. El abuelo quiere conocerte ya.

—¿Ya? ¿Ahora?

—Mañana. Le expliqué que esta semana entras a trabajar a media mañana, y me preguntó si podrías pasarte antes por su casa.

—Cuéntame, ¿cómo fue? ¿Qué dijo él? ¿Y tu abuela? ¿Cómo reaccionó tu padre? ¿Y los demás?

—Espera, espera. Dame tiempo. No puedo contestarte todo a la vez.

Santiago contó la reunión con todo detalle. Las lágrimas del abuelo, las palabras firmes de su abuela Rosa en favor de Antonio como miembro de la familia, el apoyo de Dolores, la reacción de los nietos...

—Nos gustaría que lo ocurrido no saliera de la familia —dijo Santiago—. Nadie tiene por qué saber que el abuelo estaba ya casado cuando llegó, ¿entiendes lo que quiero decir?

—¿Que yo soy nieto de una abuela soltera?

—No, no. Hemos pensado que podemos explicar que el abuelo era viudo cuando vino a Buenos Aires, y que solo lo sabía mi abuela. Siempre que te parezca bien. Es la versión que nos parece más apropiada para que la abuela no se sienta más humillada aún. Independientemente de los problemas legales que podrían producirse si llega a saberse que el abuelo no estaba soltero cuando se casó por segunda vez.

—Por mí no hay problema. Si viviera la abuela Lola sería distinto, pero murió hace tiempo. Si me preguntan diré que murió al poco de emigrar el abuelo.

—No sabes lo que te lo agradezco. Lo que te lo agradecemos. Como comprenderás ha sido un mal trago para todos, pero la abuela... la abuela no merece que salga todo esto a la luz.

—Lo entiendo. Ya tendremos tiempo de hablar sobre qué le digo a la familia de Ventos, sobre todo a mis tías Nieves y Dolores.

—Lo sé, no lo olvido. Lo pensaremos cuando llegue el momento. Lo importante ahora es vuestro encuentro de mañana.

Se puso el único traje que tenía, una camisa blanca que repasó con la plancha antes de salir y una de las dos corbatas que guardaba en el armario para las ocasiones en que iba a algún espectáculo en el Cervantes, como cuando fue con un grupo de gallegos a ver a la actriz María Casares, la hija de Casares Quiroga, jefe de Gobierno con Manuel Azaña, y que triunfaba en París, a donde había seguido a su padre al exilio.

Antonio se pasó dos veces la cuchilla de afeitar y se miró detenidamente en el espejo. No haber dormido en toda la noche profundizaba sus ojeras, pero suponía que tampoco iba a encontrar a Manuel con muy buena cara; posiblemente había dado tantas vueltas en la cama como él mismo. Esta vez, como una excepción, se puso unas gotas de la colonia que le había regalado Isabella en Navidad. Deseaba tener buen aspecto. Sabía que la primera impresión es siempre muy importante. Quería gustar a su abuelo. ¿Cómo sería? ¿Se parecería a sus tías?

Se quedó paralizado cuando se vio frente a él. Dos segundos en los que llegó a temblar sin saber qué hacer: «Eres más Castro que Padín. Me recuerdas a tu abuela». Cuando Manuel le abrazó, Antonio tuvo la sensación de que había vivido ya ese momento. Conocía de antes ese hombro, ese recodo del cuello. Era un lugar conocido, un lugar seguro.

El otro. (Maruxa)

Le gustaba aquel hombre. No podía engañarse por más tiempo, le gustaba, y no sentía ningún remordimiento. Llevaba años sola, nadie podía reprocharle nada ni hacerle la menor crítica. Ella seguía esperando a su marido como muchas otras mujeres en su situación. Algunas habían entablado relaciones nuevas, a pesar de los pocos hombres que se podían encontrar en Ventos o en las aldeas vecinas. La mayoría, como Antonio, se habían marchado a probar suerte en otros lugares.

Maruxa se dedicaba en cuerpo y alma a sus hijos, asumiendo además el papel del padre ausente. Estaba agradecida a Virtudes, su suegra, la trataba como si fuera su hija, estaba pendiente de ella y la ayudaba con los nietos mientras Maruxa trabajaba el campo.

Ahora vivían más tranquilos. La economía en Galicia, como en el resto de España, empezaba a mejorar, poco, pero se advertía una recuperación que llegaba incluso a aquella aldea del Salnés. Maruxa apenas leía los periódicos, pero de vez en cuando escuchaba comentarios a los que prestaba atención. Franco había metido en el gobierno a personas que estaban empeñadas en que se abrieran más empresas y se potenciara la industria, esas empresas necesitaban trabajadores, y gran parte de los emigrantes se iban a Cataluña o el País Vasco. Cada vez menos gallegos pensaban en América. A Alemania sí, y a Francia, y a Suiza, pero no estaban tan lejos como América y además mandaban noticias. Incluso los había que venían para llevarse a su familia, porque en esos países había trabajo para todo el mundo. El hijo de Clotilde contaba que los hoteles y restaurantes de Suiza estaban llenos de gallegos. En Ventos se notaba poco que la economía fuera mejor, pero ya era un cambio que la gente no hiciera planes para irse a América, sino a Bilbao o Barcelona.

Maruxa se sentía muy sola sin su marido, pero podía considerarse una privilegiada porque Antonio, aparte de escribirle cada dos o tres meses —qué orgullo aquella primera carta escrita por él, con una letra infantil que fue evolucionando con el tiempo—, le enviaba dinero con regularidad. No era mucho, pero suficiente para que sus hijos estuvieran bien alimentados, tuvieran

ropa y calzado y pudieran ir a la escuela. Uno de sus pocos sueños era que sus dos hijos tuvieran estudios, y tenía ya planeado que Antón y Maruxiña irían al colegio.

Precisamente había conocido a Juan en el centro escolar de Vilagarcía. Tenía que hacer unas compras y se acercó al colegio público para informarse de si existía la posibilidad de solicitar plaza para Antón cuando acabara la escuela en Ventos. Todavía tenía un par de años por delante, pero quería enterarse de los requisitos que se exigían a los nuevos alumnos y, por si acaso, pensar en otras opciones para su hijo si aquella no era posible.

Juan era el secretario del colegio. Debía andar por la treintena, físicamente atractivo, de ojos brillantes y cabello negro. Vestía de manera formal, con chaqueta pero sin corbata. Las gafas le daban un aspecto de seriedad que nada tenía que ver con la amabilidad de su carácter, como Maruxa comprobó cuando le solicitó la información que necesitaba. Rara vez había visto a gente con gafas y pensó para sus adentros que muchas de las personas que conocía, consideradas torpes, probablemente no veían bien y nadie les había explicado que su «torpeza» se curaba con un oculista.

Salió del colegio muy animada. Antón podría matricularse cuando tuviera la edad reglamentaria. Además, a partir del curso siguiente, el colegio ofrecería transporte escolar a los niños de las aldeas próximas. A ella lo que le preocupaba era que Antón tuviera plaza, lo del autobús era secundario. Su hijo tenía buenas piernas y estaba acostumbrado a ir andando a Vilagarcía, aunque debía recorrer casi tres kilómetros por corredeiras y otro tramo más corto por la carretera.

Llegó a Ventos contenta, animada por las buenas perspectivas. El último tramo del camino lo había hecho en el carro de los Gundín, el hijo mayor la invitó a sentarse sobre la hierba y Maruxa no lo dudó ni un momento. Le dolían los brazos con el peso que llevaba, unas piezas de tela y unos zapatos para Antón, que crecía tan deprisa que no le servían los que le había comprado hacía solo seis meses. Al tener niño y niña no podía aprovechar la ropa de uno para la otra; un gasto más donde no reinaba la abundancia.

Semanas más tarde volvió a Vilagarcía y se encontró con Juan a la altura de la playa de Compostela. Sus miradas se encontraron y ambos tuvieron la misma reacción; dudaban si saludarse, aunque los dos tenían la impresión de que se habían visto en otro lugar. Maruxa no pudo reprimir la tentación de pararse y

girar la cabeza, tratando de hacer memoria. ¿Dónde había visto antes a aquel hombre? Juan hizo igual, y no les quedó más remedio que sonreír. Fue Maruxa la primera que recordó dónde y preguntó en voz alta:

—¿En el colegio?

Juan continuaba sin identificarla, pero por educación aclaró:

—Sí, trabajo en el colegio.

Maruxa, ya junto a él, le recordó que le había pedido información para su hijo.

—Veo tantas caras distintas al cabo del día que... —dijo Juan tratando de justificarse. Para compensar el despiste la invitó a tomar un café. Maruxa aceptó tras pensárselo unos segundos. Al fin y al cabo, le pareció una buena oportunidad entablar conversación con el secretario del futuro colegio de Antón y Maruxiña.

Se sentaron en una mesa al aire libre en una cafetería frente a la playa. Juan le ofreció la silla con vistas al mar y, después de preguntar a Maruxa qué le apetecía, pidió dos cafés con leche. Ninguno de los dos disponía de mucho tiempo, Juan había salido a hacer unas gestiones y Maruxa quería estar en casa a la hora de comer.

Juan le contó que era de Vilagarcía, hijo de un guardia civil que había estado destinado en distintos lugares fuera de Galicia hasta que logró que le mandaran finalmente a su pueblo. El secretario había estudiado contabilidad en una academia y después encontró trabajo enseguida. Le ayudó que su padre conocía a mucha gente en Vilagarcía y, sobre todo, que no había tantas personas preparadas.

Le gustaba el colegio. Además del papeleo, le daba oportunidad de tratar con los alumnos y con sus padres. Tenía poco tiempo para aburrirse; siempre había algo que hacer. Cuando supo que Maruxa era hija de maestra y la vio tan sensibilizada con la escolarización de los niños de los pueblos, Juan pensó que era una suerte conocer en esos tiempos, en una ciudad tan pequeña, a una mujer preocupada por la educación. No era lo habitual, y menos aún en una mujer con un marido emigrante. Normalmente la prioridad en estas familias era que los hijos trabajaran cuanto antes, en la casa o en el campo.

Maruxa hablaba con entusiasmo de su marido, y Juan sintió en su interior cierta envidia. El afortunado tenía una mujer que continuaba esperándole con la ilusión intacta, como si los años de separación no hubieran erosionado su

relación. Se la veía una mujer fuerte, decidida, segura de sí misma, preocupada por sus hijos y sin dudar de que Antonio volvería a casa.

La conversación era tan entretenida que no se dieron cuenta de lo tarde que se les había hecho. Juan saltó de la silla cuando miró el reloj, había pasado casi una hora. Se disculpó por las prisas y Maruxa también reaccionó con preocupación, tenía que apresurarse si no quería perder el único autobús que la llevaría a Ventos por la mañana.

—Lo siento de verdad, he citado a la madre de un alumno y debe de estar esperándome.

—No te preocupes, también yo voy con retraso. Quiero estar en casa cuando lleguen los niños de la escuela.

—La próxima vez que vengas, si te parece, acércate por el colegio a saludar. A media mañana suelen estar las cosas tranquilas, con los chicos en clase, y a lo mejor podemos tomar otro café por allí.

—Lo haré. Y muchas gracias por la invitación.

—Ha sido un placer. No todos los días tiene uno oportunidad de hablar con una mujer tan especial como tú.

—No me considero especial —dijo Maruxa, halagada por el cumplido.

—Ya lo creo. Es muy fácil hablar contigo. No conozco a mucha gente tan sensibilizada por la educación, créeme.

—Gracias. Se lo debo a mi madre, como te he dicho. Siempre he pensado que fue una mujer poco corriente. Ella insistía en que debía tener tanto empeño como los hombres, o más aún. Debía esforzarme por adquirir conocimientos y estar atenta a lo que ocurría. Me enseñó a buscar en los libros lo que no tengo posibilidad de conocer de primera mano.

—No te olvides. Pásate por el colegio cuando estés por aquí.

—Lo haré, pero será dentro de un tiempo, hay mucho trabajo en casa. A Vilagarcía vengo cuando tengo compras o gestiones que hacer, y a veces me acompaña mi suegra. Pero en cuanto pueda, te voy a ver.

Y no faltó a su palabra. Un mes más tarde salió de Ventos decidida a ver a Juan. Organizó la mañana de manera que pudiera hacer parte de los recados a primera hora y pasar después por el colegio con más tiempo libre. Incluso le comentó a Virtudes que probablemente tomaría algo en Vilagarcía y dejó todo

listo para que, cuando llegaran los niños, almorzaran con su abuela. Esta vez quería estar tranquila, sin las prisas de la vez anterior.

Se descubrió arreglándose en el espejo. En cinco años había cambiado mucho, los rasgos de su rostro habían adquirido cierta serenidad. Se sentía joven y bien. Con la cara lavada como siempre, recogió el pelo con una peineta. Antonio siempre le decía que la veía muy guapa cuando se la colocaba detrás de la oreja.

Metió en la bolsa los zapatos que utilizaba los domingos para ir a la iglesia y evitar así que se le llenaran de polvo en el camino, y se los puso nada más llegar al banco. Quería comprobar si había llegado el dinero de Antonio. Después empleó un buen rato en la mercería, quería comprar unos hilos y unas tijeras para su suegra, las que tenía estaban muy viejas y Virtudes se quejaba de que ya no cortaban la tela sino que la «pellizcaba», y tenía razón. Su suegra había cortado con aquellas tijeras los primeros vestidos de Maruxiña. Compró también unas madejas de lana a buen precio, pensando en un jersey para Antón. Cuando terminó, nerviosa, se dirigió al colegio a ver a Juan, tal y como le había prometido en su primer encuentro.

Juan estaba en la secretaría; nada más pasar la puerta principal del edificio, a la derecha, en un pequeño cuarto con dos mesas. Sentado delante de una barriguda Olivetti de color verdoso, tecleaba con rapidez al tiempo que leía las hojas manuscritas que tenía a su izquierda. Juan miró por encima de las gafas hacia la puerta y con una alegría sincera dio la bienvenida a Maruxa.

—¡Qué sorpresa!

—Lo prometido es deuda.

—No sabes lo que me alegro. ¿Puedes esperarme dos minutos? Siéntate, termino enseguida. Gloria —dijo a la joven que se sentaba en la mesa de enfrente—, salgo un momento. ¿Te encargas tú si viene alguien? Aunque a estas horas no creo que haya lío.

—Por supuesto, ve tranquilo —respondió la chica sonriente. Miraba con curiosidad a la inesperada visita. Maruxa prefirió quedarse de pie mirando algunas fotografías de las aulas y del colegio, clavadas con chinchetas en la pared.

A los pocos minutos estaban sentados en un velador de mármol de una cafetería cercana al colegio.

—¿Quieres café, un refresco...? —preguntó Juan.

—Un café está bien. Con mucha leche, por favor.

Juan pidió dos cafés desde la mesa, uno de ellos largo de leche. El camarero les sirvió y regresó detrás de la barra donde se puso a lavar tazas y vasos sin perder detalle de la pareja. Maruxa intuyó que conocía a Juan, o al menos sabía quién era; con seguridad Juan entraba allí a diario.

En ese segundo encuentro continuaron el mismo tipo de charla que el primer día. Esta vez Juan le contó a Maruxa aspectos más personales de su vida. Estaba soltero, había tenido novia hasta hacía unos meses, pero lo habían dejado porque eran demasiado distintos. Muy buena chica, desde luego, pero no tenía más ambición que casarse y tener los hijos que mandara Dios, y él aspiraba a tener al lado una mujer con la que pudiera compartir algo más que asuntos familiares, historias y chismes de los vecinos.

—Como diría mi madre, maestra como te conté, tienes otro tipo de inquietudes —comentó Maruxa.

—Pues no sé si se trata de inquietudes o no, pero me gusta saber lo que pasa en España y fuera de España, leer el periódico, he ido a Santiago a conferencias de personas que me interesan, o a Cambados, donde hay alguna tertulia literaria que merece la pena... Llámalo como quieras, pero lo que no quiero es pasar por la vida sin saber qué ocurre más allá de Vilagarcía, sin conocer otra gente. Por mi padre hemos vivido en diferentes pueblos, conozco Andalucía y Extremadura, y he tenido oportunidad de conocer a los hijos de otros guardias en las casas cuartel. Tengo curiosidad por muchas cosas, y me gustaría que la mujer con la que me case la tenga también; entre otras razones porque pretendo que mis hijos, si los tengo algún día, sean personas instruidas, con la oportunidad que yo no he tenido de estudiar en una universidad, y que crezcan en una casa en la que haya libros. Parece una tontería, pero mi sueño es vivir en una casa en la que haya una gran biblioteca. He visto películas con personajes que tenían en casa una habitación solo para libros y para leer. Y se encerraban allí, se levantaban, cogían un libro de una estantería, lo ojeaban, buscaban otro... Hay muchos lujos, pero para mí el lujo sería una biblioteca. Y que mis hijos crecieran preguntándome qué podían leer y yo les buscara el libro más adecuado para su edad.

—No es habitual encontrar una persona como tú.

—Porque vivimos en una sociedad en la que la prioridad es la supervivencia. El día que regresen los que se han visto obligados a marchar, a lo mejor esa sociedad empieza a valorar las cosas que a mí me importan tanto.

—Has tenido mucha suerte de nacer en la familia en la que has nacido.

—No creas, la vida de un guardia civil es muy dura, y su familia anda escasa de todo porque el salario es muy precario.

—Sí, pero el padre no se ve obligado a emigrar. Yo soy hija de maestra y, además de que no nos faltaba en casa lo necesario, tuve la suerte de que mi madre se ocupó de enseñarnos que había cosas por las que preocuparse, como la educación. Pero mi marido, por ejemplo, no sabía leer cuando le conocí, ni cuando se marchó a América. Ha tenido que emigrar para darse cuenta de lo importante que es leer y escribir. Aunque no sea más que para escribirme cartas sin necesidad de pedir a alguien que lo haga, y decirme cosas que probablemente no le gustaría que alguien las escribiera por él. Aparte de que, por lo que me ha contado, no habría sido tan valorado en su trabajo, donde cada vez le dan más responsabilidades y, por tanto, tiene mejor salario. Me escribía no hace mucho que los dueños del café en el que trabaja, que debe de ser un sitio muy bien montado porque la clientela es importante, le han sugerido que a lo mejor podían abrir otro local más pequeño, especializado en té y dulces, pensado para una clientela más de señoras, y que él podría llevarlo.

—Es una buena noticia.

—No tan buena, no creas, porque eso significa que tendrá que quedarse allí mucho tiempo todavía. Él quería trabajar duro, quizá montar un negocio propio, ganar dinero rápido y regresar. Pero no debe de ser fácil. Esto en cambio es más seguro.

—¿No habéis pensado en ir todos a vivir allí si le van bien las cosas?

—No creas que no le doy vueltas, le echo mucho de menos y los niños necesitan un padre, pero él no me lo ha planteado. Antes de irse, siempre decíamos que él se marchaba, estaría un par de años y regresaría. Lo que ocurre es que haces proyectos y no siempre salen como habías planificado. No sé cuándo vendrá, ni cómo, ni si sería mejor que nos fuéramos todos allá... Vivo al día. Y me considero una mujer con suerte. Mi marido me escribe y también me manda dinero. Si te contara... hay historias de todos los colores. El abuelo de

Antonio, por ejemplo, fue uno de los que se marcharon y de los que nunca más se supo.

—Sí, conozco más casos. Y de mujeres que después de quince o veinte años rehacen su vida e incluso tienen hijos, y de pronto aparece un día el marido que nunca había dado señales de vida.

—En Ventos le ocurrió eso a una amiga de mi suegra, Susa. Y todo el mundo se puso al lado de ella, hasta el punto de que el marido legal acabó marchándose, creo que a Cataluña. Había vuelto solo por interés, cuando empezó a envejecer, para que ella le cuidara en sus últimos años de vida. Un egoísta. Supimos después que tenía otra mujer allá, y creo que incluso hijos, pero él debió de pensar que Susa le cuidaría mejor. O quizás su mujer de Cuba, o de Venezuela, no sé muy bien de dónde era, no estaba por la labor de cargar con un marido enfermo, y el hombre decidió regresar a Ventos con la familia que había abandonado. No tuvo el recibimiento esperado. Su mujer tenía otro hombre, su hijo no sentía nada por él pues nunca se había ocupado de él y sus padres habían muerto hacía mucho tiempo. Toda la aldea le puso mala cara. Susa lo había pasado muy mal durante muchos años y solo volvió a sonreír cuando encontró un nuevo marido. Bueno, realmente no era su marido, pero como si lo fuera, el padre de sus hijos pequeños. La gente, contaba mi suegra porque yo la conocí ya mayor, consideraba que su verdadero marido era el hombre que la había cuidado, querido, y había aliviado su soledad después de tantos años abandonada y con un niño pequeño. Menos mal que vivimos en una Galicia muy tolerante con estas cosas, y se entiende bien que las mujeres de los emigrantes que no regresan en años, o no regresan nunca, tienen derecho a vivir.

—Esa es una de las discusiones serias que tuve con la que era mi novia. No entendía ese tipo de relaciones. En una ocasión llamó golfa a una de esas viudas en vida. De hecho, aquella discusión fue el principio de nuestra ruptura final. Me decepcionó tanto que fui yo el que se volvió intransigente; no le pasaba ni una. Saltaba cada vez que le escuchaba un comentario hiriente o le veía un mal gesto.

—Te comprendo. No se puede juzgar a una mujer abandonada, por muy casada que esté.

—Maruxa, tengo que volver al colegio. ¿Puedo verte otro día? —preguntó Juan, demostrando verdadero interés.

—Claro, la próxima vez que venga me paso por el colegio.

—Si te apetece, podemos quedar un domingo y dar un paseo, sin estas prisas...

—Quizá —dijo Maruxa sonriendo, y añadió—: Pero no pienses que soy una mujer abandonada, una viuda sin serlo.

—Lo tengo claro. No eres viuda, ni estás abandonada, ni eres libre... ¿Quiere puntualizar algo más la señora?

—Soy libre —se defendió Maruxa—. Con compromisos. Con marido y con hijos, pero soy dueña de tomar mis propias decisiones.

—Faltaría más —dijo Juan en tono de sorna.

—Faltaría más.

Una nueva vida. (Maruxa)

Se había acostado con él y no era capaz de sacarse de la cabeza que se había acostado con él. Con Juan. Sin remordimientos, sin ningún sentimiento de culpa. Tenía derecho a hacerlo; era una mujer sola desde hacía años. Incluso aunque no fuera una mujer sola tenía derecho a sentir, se decía Maruxa. No hacía mal a nadie, no hacía sufrir a nadie, solo se haría daño a sí misma si no se daba la oportunidad de vivir una relación que tanto a ella como a Juan les aportaba plenitud, ilusión. Es más, se había enamorado. Cuando daba vueltas en la cama por la noche, con cuidado de no despertar a sus hijos, era tanta la necesidad de Juan que reconocía que la relación sexual tiraba mucho, se emocionaba al pensar en su piel junto a su piel, enloquecía al recordar cómo se descubrían uno al otro, de qué manera Juan la había llevado a sensaciones que desconocía. Pero la relación entre ellos iba mucho más allá que el sexo. Nunca había compartido tanto con un hombre, tanta confianza, tantas confesiones que no se había atrevido a hacer ni a ella misma. No concebía que pudiera perder a Juan, no quería pensarlo. Antonio era el padre de sus hijos y su compañero, pero Juan... Juan era el hombre con el que quería estar el resto de su vida.

Una encrucijada que solo ella podía resolver y no sabía cómo hacerlo. No dormía, hacía comparaciones, aunque le disgustaba profundamente hacerlas, se reprochaba dar prioridad a Juan sobre Antonio, pensaba en el sacrificio que había hecho su marido por ella y por sus hijos, y a continuación trataba de justificar su enamoramiento diciéndose que había pasado demasiados años sola y que no sabía cuántos más debería pasar sola todavía.

Finalmente decidió vivir al día, no tomar decisiones, impensable dejar a Juan e impensable explicar a Antonio la situación, no merecía ese golpe que le destrozaría el corazón y su orgullo. No podía hacerlo. Lo más adecuado sería que el tiempo pusiera las cosas en su sitio. Mientras, actuaría con la máxima discreción porque se lo debía a sus hijos. A sus hijos y a su suegra. Debía protegerlos, que nadie pudiera echarles en cara que Maruxa no guardaba ausencias a su marido.

Guardar ausencias. Era una expresión que siempre le había chocado. No sabía bien qué significaba guardar ausencias. ¿Recordar permanentemente al ausente? ¿Ser casto o casta durante la ausencia del ausente o la ausente? ¿Es que solo la castidad servía como elemento a considerar para lo que se llamaba guardar ausencias? Por otra parte, se decía Maruxa, había una gran tolerancia hacia las mujeres de los emigrantes, pero le producía una gran inquietud herir los sentimientos de sus hijos.

Maruxiña adoraba a su padre, aunque no tenía más recuerdo de Antonio que las historias que le contaban su madre y su abuela, sufriría lo indecible si supiera que su madre salía con otro hombre. Que había encontrado un sustituto, porque así es como Maruxiña, con toda seguridad, vería a cualquiera que se acercara a Maruxa. En cuanto a Virtudes... Virtudes había vivido de todo y visto de todo; era difícil que su suegra se escandalizara. Maruxa le había escuchado con frecuencia comentarios de comprensión hacia las mujeres de los emigrantes que mantenían otras relaciones, se emparejaban, se quedaban embarazadas o se iban a otro lugar para empezar una vida con «maridos» sin que nadie supiera que no estaban casados. Sin embargo, Virtudes no dejaba de ser la madre de Antonio, y saber que ella estaba con otro hombre la entristecería, como era natural. Incluso podría pensar que su nuera no iba a insistir para que su hijo regresara de Argentina en cuanto tuviera oportunidad.

A Maruxa le asaltaba a menudo la misma pregunta. ¿Tendría Antonio otra mujer en Buenos Aires? No le extrañaría incluso que hubiera formado una nueva familia. Era un hombre joven cuando se marchó y los hombres, sobre todo cuando son jóvenes, necesitan una mujer al lado. «Y nosotras también», se dijo.

El hecho de que Antonio le escribiera con frecuencia significaba que no la olvidaba ni a ella ni a los niños; y tampoco a Virtudes. Siempre terminaba con «un cariñoso abrazo para madre», y además nunca dejaba de enviar dinero a pesar de los años transcurridos desde su marcha, lo que provocaba envidia en otras mujeres que jamás habían recibido una transferencia o después de un tiempo habían dejado de recibirlas. Sin embargo, las cartas de Antonio ya no eran tan cálidas como los primeros tiempos, cuando la echaba tanto de menos y se lo repetía sin cesar, aunque aquellas primeras cartas las escribía Isabella. Maruxa siempre tuvo la sospecha de que aquella mujer, a la que su marido debía tanto, añadía frases que Antonio no le dictaba; frases cariñosas, que nunca había

escuchado en boca de su marido. Antonio siempre tan callado, tan tímido, tan «cortado» a la hora de expresar sus sentimientos. Solo en los días anteriores a su marcha, los días previos a embarcar, Antonio se había mostrado verdaderamente cariñoso con su mujer. Antes, su austeridad en los gestos le hacía parecer incluso frío, distante.

En los años de ausencia Maruxa había descubierto que su suegra, parca en sus gestos de afecto, era una mujer de gran sensibilidad. La comunicación a la que habían llegado en los años de convivencia, las preocupaciones compartidas cuando uno de los niños se encontraba mal, llegaba a casa con una noticia que le parecía importante o hacía un comentario sorprendente, todo ello había acercado tanto a las dos mujeres que Maruxa sentía un profundo afecto por Virtudes. La quería de verdad.

Se conocían tan bien, sabían interpretar de tal manera los gestos y las frases una de la otra, que Maruxa estaba convencida de que su suegra había adivinado que había otro hombre en su vida, aunque el nombre de Juan no se había pronunciado nunca en esa casa ni jamás contó que cuando iba a Vilagarcía no era únicamente para hacer recados.

Una de esas noches en que se quedaba a charlar con su suegra al calor de la cocina con las puertas del dormitorio abiertas por si llamaban los niños, estaban comentando sobre una conocida que había quedado embarazada por segunda vez desde la marcha de su marido, y las dos coincidieron en que había que comprenderla. Virtudes, porque fue Virtudes, le preguntó si nunca había pensado que podía ocurrir que Antonio tuviera «alguien» en Buenos Aires —utilizó esa expresión, «alguien»— y si ella nunca había pensado que podía ocurrir que, a ella, a Maruxa, le gustara «alguien».

Maruxa se echó a reír como para descartar que eso fuera posible, pero, inmediatamente, consciente de que a su suegra le había costado mucho esfuerzo decir en voz alta lo que sin duda había pensado con frecuencia, le contestó:

—Por supuesto que sí, claro que lo he pensado. Yo no creo que me pudiera enamorar de ningún otro hombre, pero muchas veces me digo que no sería extraño que Antonio estuviera con alguna mujer. Lo que me preocupa es que sea una, porque entonces sería ya algo serio; si es con varias... pues, mire, cosa de la naturaleza. Pero cuando me entero de lo que ha ocurrido con el marido de Dorita, con mujer y dos hijos allá, o con el de Josefa, que a los tres meses de

llegar le confiesa el marido que ha dejado en Cuba a cinco hijos de tres mujeres que ha tenido en los diez años que estuvo allí... pues se me viene el mundo encima. No nos engañemos; las mujeres sabemos que esas cosas pasan, y más si tardan mucho en volver. Si vuelven. Los que se van a Alemania o Suiza son otra cosa, están menos tiempo y es más fácil que la mujer se vaya con ellos, o que los maridos vengán alguna vez en vacaciones. Claro que pienso en ello, Virtudes.

—Pues nunca lo mencionas.

—¿Con quién voy a hablarlo? Son cosas que no contamos a nadie, ni siquiera a las mejores amigas. Que además ya sabe que no tengo muchas.

—Lo sé. Y tampoco las vas a hablar conmigo, tratándose de mi hijo...

—Pues mire usted. Le tengo gran confianza, hemos compartido mucho juntas y nos hacemos muy buena compañía. Y como decía, no soy muy de amigas, porque mi prima no cuenta.

—Tú eres distinta, tienes un carácter que no se suele ver en las mujeres de por aquí.

—Mi madre siempre me andaba diciendo que tenía que salir más... yo estaba todo el día trasteando por casa, me entretenía con cualquier cosa; hasta quise aprender a hacer bolillos, aunque luego lo dejé porque se necesitaba demasiado tiempo para hacer encajes bonitos. Era mi madre la que tenía que empujarme para ir a las fiestas, no tenía nunca ganas, y en una de las primeras que fui, ya conocí a Antonio.

—Tuvo mucha suerte.

—Y yo, Virtudes, yo también tuve mucha suerte —le respondió Maruxa apretándole con cariño la mano.

Recordaba Maruxa esa conversación, mantenida tiempo atrás, cuando ni siquiera conocía a Juan y, como le comentaba a su suegra, ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de estar con otro hombre que no fuera su marido. Y mucho menos acostarse, como había ocurrido con Juan. Por supuesto, jamás había pensado que podía enamorarse de otro, como le había ocurrido. Es más, ahora pensaba que nunca había querido como quería a Juan.

Le asustaba estar tan segura de que había encontrado ese amor al que se referían las novelas que le gustaba leer y que siempre había creído que solo se vivía en los libros, porque la realidad era muy distinta. Sin embargo, la forma en que se había enamorado, tan poco a poco, no dejaba de asombrarla. A los dos.

Primero se habían acostumbrado a hablar mirándose a los ojos en aquellas charlas de café pendientes del reloj porque Juan debía incorporarse al trabajo en el colegio. Después empezaron con los paseos cerca del mar, y más tarde los encuentros de los domingos, cuando Maruxa dejaba a sus hijos con Virtudes y se acercaba a Vilagarcía. Con el paso del tiempo se fueron descubriendo uno al otro; se contaban cosas intrascendentes y también sus pensamientos más profundos; se expresaban abiertamente con una sinceridad que ninguno había compartido hasta entonces con nadie, y eso que Juan había tenido novia durante años y Maruxa había tenido, o más bien tenía a pesar de la ausencia, un marido.

Todo se desarrolló con tanta sencillez que un domingo, después de comer en Carril, cuando Juan propuso a Maruxa ir a su casa, ella aceptó con toda naturalidad. Eran conscientes de que había llegado el momento de dar un nuevo paso en su relación, y ambos estaban preparados.

Maruxa se sentía torpe. Torpe y avergonzada, aunque convencida de que tenía que dar ese paso. Juan bajó la persiana y dejó la habitación en penumbra, como si pensara que así le facilitaba las cosas. Se besaron muy tímidamente, era casi la primera vez, la discreción había impedido que tuvieran oportunidad de intercambiar algo más que unos besos precipitados en algún paraje solitario. La timidez se transformó en pasión mientras Juan empezaba a desnudar a Maruxa y ella respondió desabrochándole la camisa. Cayeron sobre la cama mientras se desvestían uno al otro precipitadamente, con urgencia, e hicieron el amor casi con desesperación, quedando los dos exhaustos y, de alguna manera, decepcionados por la prisa, por la rapidez, por haberse dejado llevar por la pasión tanto tiempo contenida. Quedaron tendidos uno al lado del otro, tratando de controlar la respiración, desbocada. Ya serenos, Juan se inclinó sobre un brazo y miró a Maruxa, a la que adivinaba desconcertada, por no decir decepcionada. Le acarició el pecho con un dedo y la besó otra vez, con suavidad. Hicieron el amor nuevamente, muy despacio, recreándose, tocándose, descubriéndose. Juan demostró una delicadeza exquisita con aquella mujer a la que ya consideraba completamente suya, aunque legalmente pertenecía a otro hombre.

Le preocupaba que tuviera algún sentimiento de culpabilidad, pero afortunadamente Maruxa se entregó de una manera que le hizo comprender que al menos en ese momento era Juan la única persona que ocupaba su cabeza y su

corazón, no había otro hombre en su mente. Juan le acarició la mejilla cuando se hizo un ovillo a su lado.

—¿Todo bien?

—Todo bien —respondió ella—, contigo siempre va todo bien. Tengo la sensación de que los problemas no existen.

—¿Y cuáles son esos problemas?

—En este momento ninguno. Estoy contigo y solo quiero pensar que estoy contigo. Ya llegará el momento de dar vueltas a mi vida y a mis preocupaciones.

—Pero precisamente porque estás conmigo, y no me refiero al ahora, a este instante, quiero que compartas conmigo esas preocupaciones. Dos es más que uno y juntos podemos ver más salidas a esos problemas que te preocupan.

—Juan, ni has nacido ayer ni eres un irresponsable, así que no tengo que decirte que, sin que seas uno de mis problemas, es evidente que formas parte de mi vida desde hace tiempo; más todavía a partir de hoy, y es algo sobre lo que tengo que pensar.

—No estarás pensando en que hay que tomar decisiones traumáticas, ¿verdad?

—Si decisiones traumáticas es dejar de vernos, olvídalo, no pienso hacerlo. Tengo derecho a estar contigo siempre que no haga daño a nadie; pero precisamente porque no quiero hacer daño a mis hijos ni a mi suegra debo pensar sobre la mejor manera de llevar esta relación. Y te repito que no quiero pensarlo ahora, no en este momento.

—Me sorprende que en ese no hacer daño a nadie no incluyas a tu marido.

—Mi marido... Lo hemos hablado en varias ocasiones, Juan. Quiero a Antonio, es el padre de mis hijos y se ha ido a América por ellos y por mí.

—Y por él mismo —le interrumpió Juan.

—Y por él mismo, sí. También él quiere tener una vida mejor que la que puede tener aquí. Pero fundamentalmente se ha ido para que los niños tengan algún futuro. Que le quiera y que haya estado conforme con que se fuera no significa que no supiera los riesgos de esa marcha. No soy tonta y sé qué pasa en otras familias con emigrantes. Es habitual que los que se han ido tengan allá una nueva mujer, o nuevas mujeres; incluso que formen una familia y no quieran volver. Y es normal también que las que se quedan tengan otras relaciones. Entre otras razones porque tanto los que se van como las que se quedan son jóvenes, y se entiende que tengan necesidad de compañía.

—¿Eso soy yo, compañía? —dijo Juan incorporándose sobre un brazo, mirando a Maruxa a los ojos y con un tono de voz que le desconcertó a él mismo, porque sonaba cortante como el hielo.

—No Juan, no necesito compañía, o al menos este tipo de compañía. Llevo más de cinco años sola y no he necesitado a nadie. Esto es distinto, y lo sabes.

Juan, siempre con la mirada fija en Maruxa, preguntó:

—¿Podrías enamorarte de mí?

—No podría enamorarme de ti. Creo que me he enamorado de ti, lo pienso desde hace tiempo.

Juan la abrazó de nuevo y, junto a su oído, dijo muy bajo:

—Yo también estoy enamorado de ti. Tenemos un problema.

—¿Por qué?

—Porque no quiero perderte. Porque voy a hacer todo lo que pueda para no perderte, ni siquiera cuando vuelva Antonio.

—Estás más seguro que yo de que va a volver; sin embargo, no lo conoces.

—Creo que volverá porque en ningún momento ha perdido la comunicación con vosotros ni ha dejado de enviar dinero. No sé si tiene allí otra mujer o no. Le he dado muchas vueltas a eso y me parece difícil pensar que un hombre de apenas treinta años se sienta obligado a ser fiel a su mujer durante tanto tiempo. Pero está pendiente de ti, de vuestros hijos y de su madre, y eso significa que piensa en el regreso y solo espera a ganar dinero suficiente. Y será entonces cuando tengamos un problema.

—Juan, es mejor no pensar mucho en eso y vivir al día. Lo que pase, pasará.

—Pero es que yo no quiero vivir al día viéndonos a escondidas. No te estoy pidiendo que vayamos juntos a todas partes y que tus hijos me reciban en casa como si fuera su padre, porque ya lo tienen. Pero quiero verte más, necesito verte más...

—Yo también.

—Tú también. Y algo habrá que hacer, porque no podemos olvidar que, a pesar de la ausencia, está Antonio y volverá algún día. Yo estoy decidido a mantener una relación más continuada, más seguida, que la que tenemos ahora. Me he enamorado, Maruxa.

Maruxa no respondió, y Juan no supo interpretar si estaba de acuerdo o necesitaba tiempo para analizar lo que le había dicho. Se quedaron un rato más

en la cama, acariciándose de forma tranquila, en silencio, pesando los dos en lo ocurrido y en sus consecuencias. Fue Juan quien miró el reloj y le dijo a Maruxa que tenían que levantarse.

—Son las ocho. Te acompañaré hasta la entrada de Ventos. No me gusta que andes de noche por la carretera.

—No te preocupes, no hay peligro. Además, seguro que hoy encontraré gente conocida que ha venido a Vilagarcía.

—¿Te molesta que te vean conmigo?

—No, nada. Me importa poco lo que comente la gente. Lo único que me asusta, como te he dicho, es hacer daño a los que quiero, y no es el caso. Por otra parte, la gente de Ventos no es chismosa. Le gusta saber lo que pasa y lo comentan, pero nunca he oído una frase dicha con mala intención; no juzgan. Entre otras cosas porque no hay familia en la que no haya un emigrante, una mujer con otras relaciones porque su marido se marchó hace años, un hombre que regresó cargado de hijos allá o que encuentre que su mujer ha tenido algún hijo aquí... Cada familia tiene sus propias historias y no se mete en las de las demás. Es más, estoy segura de que más de uno y más de dos, o más de una y más de dos, se ha preguntado cómo aguanto tanto tiempo sin una relación. Las mujeres gallegas somos tolerantes porque sí, porque va en nuestro carácter y porque en gran parte somos mujeres sin hombres y llevamos todo el peso de la familia encima. Y comprendemos las debilidades y los problemas de los demás porque los hemos sufrido también. No te preocupes por lo que piensen los demás con respecto a mí, Juan. Lo único que pretendo es que mis hijos no me juzguen mal, y ya me ocuparé yo de explicarles que su madre necesita un tipo de cariño que ellos no pueden darme; ni tampoco la abuela, y solo me lo podría dar su padre, que no sabemos cuándo va a volver. A los niños, cuando les das razones, aceptan las cosas mejor de lo que se cree.

—Me lo vas a decir a mí, que trabajo en un colegio. Con frecuencia tengo que tratar sobre cuestiones personales con padres que no entienden a sus hijos y que se confiesan conmigo con más confianza que con un maestro, al que consideran una persona instruida y por tanto más distanciado de lo que es la vida de una familia empobrecida que necesita a los niños trabajando para ganar unas pesetas que hacen falta en casa. No imaginas lo que sé de los niños y de las relaciones con sus padres; qué esperan unos de los otros.

—Y eso que no tienes hijos...

—Y eso que no tengo hijos. Pero los tendré algún día —añadió mirándola—, los tendré algún día.

Maruxa llegó a casa bien entrada la noche. Había avisado a Virtudes para que no la esperara levantada, pero su suegra estaba junto al fuego zurciendo unos calcetines de Antón. Maruxa apenas hizo ruido, le hizo un gesto con la mano y se acercó a las camas de sus hijos, que dormían profundamente. Les dio un beso, remetiÓ la manta de Maruxiña, que se había destapado, y volvió junto a Virtudes.

—Acuéstese, que es tarde.

—Hay caldo caliente y puedo hacerte una tortilla.

—Solo el caldo, ya me lo preparo yo. Acuéstese, yo también me voy a la cama enseguida.

—Termino con este calcetín, que me falta poco. Hay que ver lo que rompe este niño, no hay semana en la que no tenga que zurcir algo.

—Está en la edad; es buena señal que rompa la ropa, porque significa que juega y está alegre. Me preocuparía que llegara a casa con la ropa y las rodillas limpias.

—Pero Maruxiña no era tan desastrada a su edad.

—Maruxiña es niña. Cuando tienes niño y niña te das cuenta de que ellas son más listas, pero también más tranquilas. Ya me gustaría que Antón tuviera el sentido de responsabilidad y la seguridad que tiene su hermana, a pesar de que es más pequeña. En cambio, él tiene una especie de sentimiento de jefe de la familia que no he visto nunca en Maruxiña.

—Eso es porque su padre está lejos.

—Sí, claro, pero también podría pensar lo mismo su hermana.

—Claro, pero Antón es el único hombre de la familia que vive en esta casa, y cree, incluso sin pensar mucho en eso, que su obligación es cuidarnos.

Al rato, Virtudes rompiÓ con los dientes el hilo tras dar la última puntada. Dobló el calcetín con la pareja que había zurcido antes y metió los útiles de costura en una caja de lata con un anuncio de chocolate. Se levantó y tras dar las buenas noches a su nuera se fue a su cuarto. Maruxa se levantó minutos después y se metió de prisa en la cama, a oscuras. Pasó un buen rato hasta que se quedó dormida. Se resistía al sueño. Quería recordar lo ocurrido esa tarde; quería recordar a Juan, el rostro de Juan. Y sus palabras.

No bajó a Vilagarcía en toda la semana. Habían quedado en verse el domingo por la mañana, y Maruxa no quería mentir a su suegra. Hasta ahora no lo había hecho. Siempre aprovechaba que tenía que hacer gestiones o compras en Vilagarcía para encontrarse con Juan, y los domingos ponía como excusa que iba al cine. Y, quizá para no mentir a Virtudes, todos los domingos había visto alguna película con Juan, excepto el último, que lo pasaron en su casa.

Virtudes nunca preguntaba con quién iba al cine y ella tampoco lo contaba, pero a esas alturas debía de saber que tenía allí un acompañante, porque el Arosa era la única sala de Vilagarcía y Maruxa casi siempre había encontrado conocidos de Ventos, a los que saludaba sin esconderse. No tenía por qué hacerlo. Sin embargo, ese domingo no quería decir a su suegra que iba al cine porque sabía que no era cierto.

—Virtudes, ¿le viene mal quedarse este domingo con los niños?

—Por supuesto que no, no tengo nada mejor que hacer. ¿Vas de nuevo a Vilagarcía? ¿Echan alguna película bonita?

—Esta vez no iré al cine —respondió Maruxa mirando a Virtudes como tratando de que, sin palabras, comprendiera lo que le estaba diciendo. Ante el silencio de su suegra, añadió:

—Me voy a ver con alguien, no quiero mentirle.

—¿Es bueno contigo? —Fue lo único que preguntó Virtudes después de un largo silencio.

—Muy bueno. Nos conocemos desde hace pocos meses, pero hasta ahora solo hemos dado paseos, hablamos mucho y nos contamos nuestras cosas. Hasta la semana pasada.

—¿Qué hace?

—Trabaja en el colegio al que fui para ver si podían tener a los niños.

—Maruxa, no tienes que darme explicaciones de lo que haces, pero te agradezco que no me mientas. No puedo estar contenta porque no olvido que estás casada con mi hijo, pero te entiendo. Lo único que te pido es que los niños no escuchen nunca un comentario que les haga mal. Ya sabes que sienten una gran admiración por su padre. Entre otras razones, porque no le conocen y lo consideran una especie de aventurero, un hombre que se ha ido muy lejos para trabajar mucho por su familia, que es lo que tú y yo les hemos contado siempre. ¿Cómo se llama?

—Juan.

—Prefiero no conocerlo, pero dile de mi parte que tiene que tratarte bien. Y no te preocupes por los niños, el domingo, después de misa, les llevaré a casa de mi hermana para que estén con sus primos y a lo mejor llevo algo y comemos todos allí. Vete tranquila.

Maruxa no lo pudo evitar; se acercó a su suegra, le cogió las dos manos con fuerza y después le dio un abrazo. Ninguna de las dos solía expresar sus sentimientos; no eran efusivas excepto con los niños. Y ese abrazo era significativo. Maruxa musitó un «gracias» que ni siquiera supo si Virtudes había escuchado. Le emocionaba, más de lo que podía imaginar, que, cuando contó a su suegra que existía Juan, su única preocupación hubiera sido preguntar si era buen hombre y la trataba bien.

El salón de té. (Antonio)

Antonio todavía no daba crédito al cambio que se había producido en su vida.

Aquel despacho en el que estaba sentado mejoraba en mucho al que compartían Isabella y su hermano Emilio en La Estrella, aunque este era más pequeño. Verse allí le parecía una especie de milagro.

Vestía de forma impecable, con un traje que le sentaba muy bien; uno de los tres que había comprado con su primo Santiago en una tienda de la calle Florida en la que imitaban casi a la perfección los ternos Gath & Chaves, el centro de lujo inglés al que acudían las familias más adineradas de Buenos Aires y de toda Argentina. Creado a finales del siglo XIX, asociado después a Harrod's, era una firma de prestigio con fama de buen gusto.

La primera vez que había visto G&Ch, poco después de llegar a Buenos Aires, se había quedado impresionado. Le llevó Pepe para que conociera uno de los edificios simbólicos del Buenos Aires emergente y cosmopolita de mitad de siglo. Tanto su sede central como el anexo impactaban por sus escalinatas que parecían dignas de una corte europea; sus vidrieras, cúpulas, mostradores de maderas exquisitas y decoración solo podían verse en París o Londres.

Con un salón de té que Antonio no conoció en aquella ocasión, pero que ahora visitaba con frecuencia en compañía de Rosa, sus tías e Isabella, antes de abrir el local que habían alquilado en una hermosa calle de Palermo.

Chelsea no era, ni de lejos, tan lujoso como «Gatichaves», como llamaban coloquialmente los porteños a Gath & Chaves, pero las mujeres Padín, e Isabella, habían copiado algunos de sus detalles. Paredes de rosa pálido con grecas de flores a la altura del techo, manteles hasta el suelo a juego con las grecas, una bonita lámpara de araña con lágrimas de cristal, multitud de bombillas que imitaban velas y distintas vajillas inglesas compradas en San Telmo a buen precio por ser incompletas, que hacían perfectamente su papel porque nunca se sentaban más de seis personas en una misma mesa. Casi siempre mujeres. Era raro que entrara algún hombre; en los dos meses que el

Chelsea llevaba abierto, los hombres que habían acudido a tomar el té se podían contar con los dedos de la mano. Y siempre iban acompañando a sus mujeres.

También de San Telmo procedía la mesa inglesa con cajones en los laterales del despachito de Antonio. Allí sentado, se decía, parecía un hombre importante. ¿Lo era? No lo sabía, pero dirigía un negocio que a pesar del poco tiempo advertía que podía ir muy bien. Y además era socio del negocio.

Todo había transcurrido sin darse cuenta y muy deprisa. Su relación con la familia Padín se había desarrollado con tanta naturalidad que a veces, cuando se preparaba para acudir al almuerzo de los domingos, le parecía que siempre había sido uno más entre ellos. Ni siquiera se sintió extraño en la primera reunión. La algarabía de los jóvenes y los niños, el afecto que le demostraron sus tíos y, sobre todo, la forma en que le trataba Rosa, siempre pendiente de él, había facilitado que se sintiera parte de esa familia en la que ni siquiera le hacían preguntas porque daban por sentado que las preguntas solo se hacen a los de fuera.

Desde el momento en que se había sumado a los almuerzos de los domingos se había convertido en un Padín, como sus primos.

Ocurría lo mismo con Mabel, la nieta de Ángel, a la que Manuel y Rosa trataban como si también ella fuera nieta, y por la que Antonio sintió una simpatía especial nada más verla. Era guapa, extrovertida, intervenía en varias conversaciones al mismo tiempo y conseguía centrar la atención de todos cuando contaba historias del colegio al que acudía un par de días a la semana para dar clase de Arte a alumnos que no sabían distinguir un Velázquez de un Da Vinci. Cuando sobreactuaba para expresar así su desesperación, miraba a Antonio y le soltaba «Antonio, un día te voy a dar clase a ti, no sabes lo que te pierdes». Pero lo decía con tanta delicadeza que Antonio no se sentía humillado ni incómodo. Al contrario.

La primera vez que respondió «Tengo mucho que aprender», todos le miraron con simpatía; pero la tercera, cuarta y sexta vez, se convirtió en una especie de broma familiar, y cuando alguien explicaba algo y Antonio, poniendo una cara especial, pretendía intervenir, todos coreaban «Tengo mucho que aprender» antes de que lo dijera el recién llegado. Se sentía bien, comprendido y aceptado a pesar de sus lagunas culturales. A nadie parecían importarle; al contrario. Y le

escuchaban con el máximo interés cuando contaba historias de Galicia y de su vida, con una sinceridad que les conmovía.

El cambio se produjo cuando Rosa le dijo que le gustaría conocer a Isabella, y Antonio concertó una cita entre las dos. Fue en La Estrella, pues Rosa quería ver el lugar donde trabajaba su nieto. Para ella era su nieto, y le pidió que la llamara abuela, aunque a Antonio le costó. Pero finalmente lo hizo ante su insistencia.

Las dos mujeres conectaron de inmediato, Antonio estaba seguro de que iba a ser así. Isabella le contó cómo había evolucionado Antonio desde el día que empezó a trabajar, sus esfuerzos por aprender, su seriedad y cómo ella, de acuerdo con su hermano, le iba dando cada vez más responsabilidades. Porque —le explicó a Rosa— la cafetería era un buen negocio, con una clientela muy fija, y habían pensado en abrir otro café.

—Pero al ver cómo se introducen cada vez más las costumbres y las modas de París y Londres —añadió—, he pensado que quizá en lugar de otro café podía ser una buena idea abrir un salón de té en uno de los barrios en los que residen las familias más adineradas y que precisamente más entusiasmadas están por parecer europeas. Y he pensado también que Antonio, serio, bien parecido —dijo, y miró a Antonio, que se sonrojó, y ella insistió aún más—, guapo, con buena planta y que conoce el oficio, puede llevar el salón con dos o tres camareros. O camareras, tengo que estudiar qué gustaría más a las mujeres de la alta sociedad. Con eso, y un par de reposteros que sepan hacer buenos scones, tartas y los sándwiches que toman los ingleses, podemos poner en marcha un salón de té muy especial. Con mermeladas inglesas, por supuesto; aunque puedan elaborarse en Buenos Aires, las mermeladas del salón que quiero abrir, auténtico salón de té inglés, deben ser también auténticamente inglesas.

—Veo que tiene las ideas muy claras, Isabella; que sabe lo que quiere. ¿Conoce Londres? Habla como si hubiera estado allí con frecuencia.

—No he ido en mi vida, pero he leído muchas revistas y visto películas donde se ve cómo vive la alta sociedad. Y también he leído algún libro. Cuando abrimos La Estrella mi hermano y yo pensamos antes qué tipo de clientela queríamos y qué buscaba esa clientela, y ahora he hecho lo mismo. Y digo he hecho porque el negocio será de los dos, pero Emilio me ha dejado vía libre para montarlo como a mí me parezca oportuno.

—Efectivamente. Lo tiene todo pensado.

—Todo. Llevo meses trabajando en esto. He hablado con una veintena de profesionales de pastelerías conocidas y también he ido a escuelas de hostelería donde he preguntado por alumnos aventajados. Como le he dicho, he leído libros y revistas de decoración. Con mi hermano hemos recorrido Palermo de cabo a rabo buscando posibles locales. Lo que nos frena es que son caros. Mi hermano quiere hacer muy bien los números antes de dar el salto. Pero lo daremos, no lo dude, y será más pronto de lo que cree Antonio, al que estoy formando para que se pueda hacer cargo cuando llegue el momento.

—Está ya todo decidido, entonces.

—Totalmente. No creo que haya mucha gente en esta ciudad que sepa tanto como yo sobre los salones de té ingleses. Aparte de fijarme en los que ya hay. Sobre todo Gatichaves, dirigido por unos ingleses y que no tiene nada que envidiar al mejor de Londres. Por medio de una clienta inglesa, he conocido a una camarera de la embajada británica a la que doy una gratificación para que un día por semana me explique los secretos del té, cómo se debe servir y con qué acompañamiento, en función de la hora. Porque no es igual el del desayuno que el té de las cinco. Estoy preparada, y cuando llegue el momento le garantizo que Antonio estará preparado también, ya me ocuparé yo de que sea así. Lo único que nos retrasa un poco es encontrar un local adecuado y que además esté en precio.

Esa noche Rosa habló largamente con su marido. Y al día siguiente acudió Nono a casa de sus padres. Economista de profesión, llevaba las cuentas de todos los negocios desde la jubilación de Manuel y se había ocupado de invertir sus ahorros que, sin ser exagerados, le permitían llevar una vida holgada. Escuchó atentamente a su madre, que le exponía su idea, pero no sabía si podía llevarse a cabo. Tras explicarle lo que le había contado Isabella, Rosa dijo a su hijo:

—He pensado que, a través de los Córdova, que tienen tantos contactos en el mundo inmobiliario, quizá podamos encontrar un local para alquilar en la zona de Palermo que no sea exagerado de precio. Incluso comprarlo, eso tienes que verlo tú. Y, si Isabella y su hermano aceptan, podríamos asociarnos con ellos. Isabella me parece una mujer que sabe lo que hace, muy capaz, sería un buen negocio invertir en el salón de té.

—¿Crees que esos hermanos estarían dispuestos a compartir el negocio con nosotros o con Antonio? —preguntó Nono.

—No lo sé, habría que tantearles primero. Isabella me dio a entender que todo el proyecto dependía del local. Me llevé la impresión de que si alguien le ofreciera asociarse, aceptaría encantada, pero antes de hablarle de nada quería saber lo que opinas. En cuanto a Antonio, él va a trabajar ahí, aunque no ha descartado su idea de volver a Galicia en cuanto tenga un dinero ahorrado. Ayer, después de estar con Isabella, se me ocurrió que Antonio podría tener una participación en el negocio. Sobre esto también quería consultarte. Por supuesto, Antonio no sabe nada, ni tampoco Isabella. Nosotros, tu padre y yo, podríamos prestarle el dinero y él podría devolvérselo poco a poco. ¿Cómo lo ves?

Nono estudió a fondo el proyecto, y a los pocos días acudió a casa de sus padres para decirles que, efectivamente, había posibilidad de comprar un local en la zona que quería Isabella. Mejor comprar que alquilar. Un amigo de los Córdova que tenía locales en Palermo vendería uno a buen precio si también entraba en el negocio. Sin preguntar siquiera en qué consistía porque en ese momento todo lo que se abriera en Palermo tenía el éxito asegurado.

—Dolores y Nieves también me han dicho que quieren invertir —dijo Nono a sus padres—. Como veis salen socios hasta de debajo de las piedras. Eso es muy buena señal. El gasto sería más fácil de sobrellevar y entre varios se liquidaría enseguida. Haría falta que los hermanos de La Estrella estuvieran de acuerdo en crear una sociedad. Con nosotros tienen la ventaja de que el local sería en propiedad, y si la cosa funciona como creo, según la reacción de las personas con las que he hablado, en el futuro se podrían abrir más salones en otras zonas de Buenos Aires. Así que solo falta hablar con Isabella y con Antonio. Si llegamos a un acuerdo, concretar la compra del local, las obras de remodelación, decidir sobre los proveedores y buscar a los trabajadores necesarios sería cuestión de semanas. Semanas, no meses.

* * *

Sobre todo ello pensaba Antonio sentado en su despacho mientras la mujer de la limpieza daba un repaso al salón de té, que abriría en una hora.

Recordaba la reunión con Isabella, su entusiasmo al ver que podía poner en marcha su salón antes de lo previsto. Quería la mayoría de la sociedad, y era

justo que así fuera. El anterior dueño del local quedó con un porcentaje mínimo, que costó fijar porque quería más.

Antonio aceptó de inmediato la propuesta y el préstamo, que empezó a devolver con su salario desde el mes siguiente de firmar la sociedad en el escribano público, el notario, como decían en España. Su salario iba a ser mejor que en La Estrella, y además se llevaría un porcentaje de los beneficios mensuales, independientemente de lo que le correspondiera como socio. Igual ocurriría con los camareros. Era la forma habitual de incentivar a los que tenían contacto directo con los clientes, tanto en comercios como en bares y restaurantes.

Antonio reflexionaba sobre los cambios que se habían producido en su vida. Esperaba la hora de abrir el establecimiento, en el que flotaba un agradable e intenso olor a pasteles que llegaba de la cocina. Aún le costaba creer en su suerte: una familia, un negocio... y una nueva vivienda.

Al poco tiempo de iniciar las obras de acondicionamiento del local, Antonio pidió a Santiago que le ayudara a encontrar un apartamento pequeño y amueblado cerca de donde vivían los Padín. La sensación de vivir solo por primera vez le producía cierta inquietud. Sin embargo, le resultó más fácil de lo que pensaba y enseguida se hizo con la situación. La sobrina de Eva, la antigua sirvienta de la casa familiar de San Cristóbal, acudía dos veces por semana para limpiar y ocuparse de su ropa. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

¿Y Maruxa? Se sinceró consigo mismo y reconoció, no sin remordimiento, que no la echaba tanto de menos. Le habría gustado tenerla en Buenos Aires, sobre todo porque eso significaría tener a sus hijos con él, pero en cierto sentido Maruxa no acababa de encajar en su nueva vida, lo sabía muy bien.

Le costaba recordar su rostro, también la imagen de los niños se había vuelto borrosa. Hacía mucho que Maruxa no le enviaba fotos. Como en medio de un sueño, con los párpados entrecerrados, se esforzó por recuperar sus caras cuando se despidió de ellos con un beso. Maruxiña era todavía un bebé, y ahora andaba cerca de los siete años. Antón estaría hecho un chico responsable. Le invadió un golpe de ternura y de soledad. Pero al mismo tiempo, cuando pensaba en volver, sentía vértigo.

Se encontraba bien con su vida en Buenos Aires. Por otra parte, no veía claro qué tipo de negocio podía montar en Ventos o en Vilagarcía. Muchos

emigrantes, al regresar, abrieron restaurantes o tabernas y no les iba mal, pero era volver a una vida muy distinta a la que llevaba ahora. Tanto en La Estrella como en el Chelsea, se había acostumbrado a un tipo de clientela con clase y educación, siempre exigente, pero fácil de tratar si se estaba a la altura de sus exigencias.

De todas formas, en el día a día Antonio había comprobado que se sentía mejor dedicado a la gestión que atendiendo las mesas. Con el apoyo incondicional de Isabella y de su tío Nono, y por decisión unánime del resto de los socios, se encargó a Antonio que se responsabilizara de las estrategias a seguir para que el Chelsea cumpliera con las expectativas de los clientes.

Uno de sus aciertos fue ofrecer a media tarde una especie de empanadas dulces. La demanda fue tanta que Antonio hizo números, compró un horno mayor y comenzaron a aceptar pedidos para llevar a casa. Se le ocurrió encargar a una empresa papelera unos recipientes desechables y unas bolsas de papel estilo británico con el logo del Chelsea.

Lo que le apasionaba a Antonio de su trabajo era la libertad que tenía para llevar a cabo sus iniciativas, valorar nuevas líneas del negocio, dirigir a su equipo de camareros para que estuvieran al más alto nivel. Aprovechaba cualquier momento para hacer relaciones públicas entre la clientela y averiguar qué más podía ofrecer. Antes de cumplir los tres meses, el Chelsea se había convertido en un referente en esa zona de Palermo, hasta el punto de que ya proyectaban abrir nuevos locales con el mismo nombre. Llevaba también semanas dándole vueltas a cómo podía atraer al público masculino. De esto habló mucho con su primo Santiago, que se había convertido en otro de sus mejores amigos, como ocurría con su primo Pepe.

Creía que una carta de cócteles podía resultar muy atractiva si encontraban el barman adecuado. Claro que antes de dar cualquier paso, había que conocer qué grado de aceptación tendría la idea entre el público femenino. No podían caer en el error de abrir las puertas a los hombres sin saber previamente si a las señoras que habían convertido el salón de té en su club social les haría gracia encontrarse allí a sus maridos o a los amigos de estos.

—Antonio, por lo que conozco a las mujeres, y creo que las conozco bien, me parece un plan arriesgado —le advirtió Santiago—. No creo que los padres de las chicas solteras que frecuentan el salón a la hora del aperitivo se sientan

tranquilos si empiezan a venir jóvenes. Esos padres las dejan venir solas al Chelsea porque saben que se trata de una clientela femenina. Los pocos hombres que entran ahora vienen con sus esposas. Hay que dar una vuelta a lo de los cócteles. Esperemos un tiempo. A lo mejor, lo que había que pensar es que, si esto sigue funcionando como hasta ahora, podríamos abrir otro Chelsea pensado para el público masculino, con un barman que se especialice en cócteles originales, poco conocidos aquí. Todo muy *british* y exclusivo, ya sabes, como le gusta a la clase alta.

Al resto de los socios la idea les pareció perfecta, y se pusieron a trabajar en ello. Indagaban entre amigos y conocidos sin que estos se percataran de que estaban siendo «encuestados». Pretendían tantear el terreno entre las clientas y estudiar —era asunto de Isabella, que se había revelado como una auténtica emprendedora— cómo eran ese tipo de establecimientos en Londres y en París, qué ofrecían y qué tipo de clientes atraían. Se dedicó a buscar bármanes, tanto argentinos con buena experiencia como algún inglés o irlandés que pudiera «robar» a otro local.

En todo ello pensaba Antonio, ilusionado con lo conseguido hasta ese momento y las perspectivas de un futuro prometedor.

A veces le invadía la angustia, porque en algún momento tendría que regresar a casa. No se lo quería ni plantear, pero no podía engañarse: cuanto mejor le fuera en el negocio que acababa de emprender, cuanto más dinero ganara, más se adelantaría su marcha a Ventos. Allí le esperaban los suyos.

Maruxa y él, en las horas de ánimo bajo, sobre todo las semanas previas a su embarque, cuando ya tenía el billete comprado y ninguno de los dos era capaz de dormir pensando en la separación, solían recordar, para darse ánimos mutuamente, la historia de los Lago. Una historia con final feliz a pesar de que se había iniciado con las peores perspectivas, y que ellos, sobre todo Antonio, pensaban que se podía repetir. ¿Por qué no? ¿Por qué no iba a ser él tan afortunado como Antonio Lago?

Antonio Lago era un hombre de Mondariz que a finales de 1850 se ganaba la vida a duras. Recorría los pueblos de la provincia de Pontevedra vendiendo los cestos que tejía con los juncos que recogía en las riberas de los ríos.

Tenía una novia en Saiar, no muy lejos de Ventos, Josefa. Sin embargo, era impensable para ellos casarse; ni siquiera la ayuda de las dos familias era

suficiente para que pudieran hacer proyectos de boda y tener hijos.

España vivía una situación política inestable, Isabel II veía cómo los sucesivos jefes de gobierno apenas duraban un año; los países europeos se habían adueñado de África sin contar con España en el reparto y, aunque se tomaban iniciativas que a medio plazo mejorarían sensiblemente la calidad de vida de los españoles y crearían puestos de trabajo —una red nacional de ferrocarriles, enseñanza obligatoria de los seis a los nueve años—, nada de ello llegaba a la mayoría de los pueblos, incluido Mondariz, cuyo principal centro económico era el balneario.

Solo se conocían las malas noticias, como la declaración de guerra al sultanato de Marruecos. Las madres vivían con el miedo metido en el cuerpo solo de pensar que sus hijos fueran llamados a filas. Era como dejarlos marchar hacia la muerte. Por otra parte, la penuria en la mayoría de los pueblos de Galicia era tan acuciante que miles de hombres partieron hacia América como los conquistadores en busca de El Dorado, seducidos por las leyendas en boca de todos sobre lo fácil que era enriquecerse en el «nuevo continente». Antonio, buen trabajador, se inclinó por emigrar a Argentina, hacia donde partían varios barcos desde los puertos gallegos, y prometió a Josefa que regresaría pronto y celebrarían su boda.

Antes tuvo que deslomarse para conseguir el dinero para el pasaje. El barco resultó ser un carguero que igual transportaba hombres que animales, la mercancía tenía el mismo valor. Pero aquellos emigrantes, henchidos de sueños, sabían bien que no había recompensa sin dolor, y el dolor empezaba en el instante del viaje. Aquellos pobres diablos estaban dispuestos a entregar su destino al océano, al capricho de los vientos, la hambruna y las tormentas, donde la muerte tiene su dominio. Si después de tanto sufrimiento conseguían llegar a la tierra prometida, durante un tiempo les tocaría vivir otros infortunios, el rechazo, las guerras, el pillaje y la miseria que ya conocían. Ellos no se rendirían en su empeño hasta que la suerte les mirara a los ojos. Tarde o temprano llegaría esa oportunidad que habían ido a buscar, imposible en la España de 1860, donde a la gente humilde se les negaba incluso el derecho de albergar esperanzas.

Se contaba por Saiar que Lago anduvo por algún país en guerra y que desollaba los cadáveres de los caballos que caían en el campo de batalla y vendía las pieles a los curtidores. Que malvivió en antros y su vida estuvo en peligro en

varias ocasiones; que iba de un lado para otro buscando un trabajo estable con un salario fijo, aunque fuera bajo, y que sufrió miserias de todo tipo en las que le faltó de todo excepto amigos. Andaba siempre con gallegos que, como él, habían escapado de una tierra hermosa pero sin futuro.

En Saiar, Josefa pasó mucho tiempo sin saber nada de Antonio, pero siempre le esperó, nunca dudó que volvería en cuanto pudiera.

Y regresó. Regresó rico, muy rico.

Se había empleado como policía rural en La Patagonia, tierra de gauchos, quienes a la menor ocasión sacaban sus espadones del cinto. Antonio Lago aprendió a disparar, y dice la leyenda que de un solo disparo era capaz de atravesar el cuello de una botella a treinta metros de distancia. Tenía buen salario, aunque insuficiente como para pensar todavía en regresar. Sin embargo, fue un privilegiado tocado por la diosa Fortuna: en un viaje de Navidad, él y dos de sus amigos se fueron a Buenos Aires, donde compraron unos billetes de lotería. Les tocó el premio gordo.

Su primer gasto fue acudir a un buen sastre, encargar unos trajes bien cortados como los que llevaban los hombres importantes, de seda color crudo, y tras comprar sombreros y zapatos acudieron a un fotógrafo para dejar testimonio de la nueva vida que comenzaban, vestidos como dios manda, elegantes de pies a cabeza y con los grandes mostachos propios de la época.

La fotografía llegó a Mondariz antes que Antonio, que sin perder tiempo acudió a Saiar para fijar la fecha de la boda con Josefa.

Se casaron muy pronto y vivieron cerca de la iglesia mientras construían una casa para ellos y su familia, una vivienda de dos pisos con una galería que ocupaba toda la fachada del piso de arriba. Una gran casa con corral, bodega, cuabras y una enorme huerta detrás.

Como tantos otros emigrantes, Antonio Lago comprendió que la formación era elemento clave para prosperar, y a su único hijo, José, cuando terminó en la escuela y el colegio, le envió a Vigo a estudiar perito industrial, y después a París a estudiar aquel elemento que estaba revolucionando el mundo de la construcción: el hormigón.

José creó su propia empresa constructora, se casó con una maestra de Carril, Agustina, y se fueron a vivir a Vigo, pero pasaban gran parte de su tiempo en Saiar, la aldea a la que José cuidó y atendió para continuar la labor de sus padres,

que habían dedicado todo su esfuerzo a aquel lugar perdido en el mapa en el que iniciaron su vida de casados.

Dio trabajo a mucha gente. Llevó a Saiar los primeros tractores, construyó un molino en el que se molía el trigo y el centeno de toda la parroquia. Más tarde también construyó una panadería, un taller de carpintería y se ocupó de que hubiera electricidad en cuanto se creó Fenosa, una empresa en la que tuvo un importante papel como impulsor. Su mujer, Agustina, maestra, enseñó a leer y las cuatro reglas a cuanto niño había en la aldea, en una escuela que era poco más que un cuarto amplio. Ya con nietos, promovió la construcción de un grupo escolar, dos edificios contiguos, uno para niños y otro para niñas.

José, como había pasado con su padre, Antonio, estaba obsesionado con la educación. Facilitó estudios a muchos jóvenes y, cosa insólita en la Galicia de los años treinta, quiso que además de sus tres hijos, sus tres hijas fueran también universitarias. Pilar, la mayor, fue una de las primeras mujeres que tuvo su título de médico en Santiago. Y tanto Antonio Padín como su madre habían acudido en más de una ocasión a la casa familiar de los Lago para consultar a doña Pilar por una dolencia, un vómito, un orzuelo, unas ronchas que les habían salido en los brazos o una incontenible colitis. Pilar, que no tenía consulta en Saiar, les daba remedios caseros o les enviaba con urgencia al médico a Caldas o al hospital de Pontevedra, y en más de una ocasión y en más de dos el coche de don José trasladó a un enfermo para que fuera atendido cuanto antes si Pilar veía que sufría algo serio.

Antonio Padín, a punto de abrir el salón de té, recordaba que Maruxa y él llamaban a aquella historia de la lotería «el milagro de los Lago». En la cama, abrazando a su mujer, que lloraba quedamente, trataba de animarla: «Maruxa, los milagros existen. ¿Por qué no vamos a tener el nuestro?».

«Claro que existen», se dijo Antonio mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Lo podía decir bien seguro. ¿O no era un milagro que hubiera encontrado a su familia, que le acogieran con tanto cariño, que le ayudaran para trabajar y ser socio de un negocio que, estaba convencido, iba a ser un éxito? De hecho, ya lo era; la prueba, que estaban pensando ya en su expansión.

Dio una vuelta por la cocina para comprobar que todo estaba listo. Echó un vistazo a las mesas preparadas para el desayuno, aunque la mayor parte de la clientela llegaba a la hora del aperitivo y por la tarde, para las meriendas

interminables de té y cháchara, y se sentó de nuevo en su mesa para revisar si todos los proveedores habían traído los encargos.

Hacía tiempo que no pensaba tanto como esa tarde en Galicia y en Maruxa. Sin embargo, se acercaba el momento en el que debía tomar una decisión.

Decisión, se confesó a sí mismo, que no quería tomar. Nunca se había sentido mejor. Con una posición económica estable, en una ciudad que le gustaba y en la que no se sentía extraño; y con una familia numerosa, emprendedora, cálida y bullanguera. Le faltaba una mujer y a veces lo echaba de menos. Pero esa mujer a la que echaba de menos no era Maruxa, sino una mujer sin rostro, nombre ni voz, con la que soñaba cuando se dejaba llevar por la imaginación. Una mujer con la que compartir sus nuevos proyectos, a la que quisiera con locura y ella a él, como Rosa le había contado que quería a su marido desde que lo conoció. Una mujer alegre, que le recibiera por la noche con una gran sonrisa de acogida y un abrazo fuerte. Una mujer con la que compartir noches de amor, proyectos, ilusiones, risas, broncas y reconciliaciones.

Alguna vez iba al cine y veía complicidades de pareja que no había sentido nunca. Se preguntaba al salir si ese tipo de relación era posible con Maruxa. Nunca se atrevió a darse respuesta; procuraba pensar en otra cosa.

Mabel. (Antonio)

A Antonio le atraía Mabel, la nieta de Ángel, el amigo de juventud del abuelo Manuel. Era la mejor amiga de Santiago, la joven a la que los Padín consideraban un miembro más de la familia; incluso disponía de cuarto propio en la finca del campo donde pasaban las vacaciones.

Nunca se había casado y no le habían faltado oportunidades, porque había tenido al menos media docena de novios.

—Cada vez que empieza una relación, Mabel nos convence a todos de que por fin ha encontrado al amor de su vida —explicaba Santiago a su primo Antonio—; al cabo de unos meses, o semanas, el amor de su vida y el Romeo de turno huyen por la ventana, o es Mabel la que huye.

—¿Y eso por qué?

—Es muy independiente, no acepta ataduras, y mucho menos que le digan lo que tiene que hacer. Es hija única y tiene dinero para dirigir su vida como quiere. En algún momento todos mis amigos han estado enamorados de ella, dos de ellos han quedado destrozados. Huye de cualquier compromiso. Lo de tener marido y niños no está en sus planes. No la verás en muchas fiestas, pero la encontrarás en tertulias literarias, exposiciones de pintores o escultores nuevos o consagrados, en conferencias, conciertos o teatros. Le gusta todo, y además entiende. Es amiga de cuanto personaje se mueve en ese ambiente. Ha ayudado a algún pintor comprándole obra y pidiendo a sus amigos que compraran si querían hacer una buena inversión. Es una persona muy especial, a la que es imposible no adorar por su carácter, por su generosidad, por la alegría que transmite. Siempre encuentra la palabra adecuada para animar, te hace sentir bien.

—No entiendo por qué no te casas con ella, si lo tiene todo y encima es una belleza.

—El abuelo suele decir que es celta, que se le notan las raíces gallegas, por ese pelo tan rubio y los ojos claros. Mabel se defiende diciendo que los gallegos que conoce son tristes y muy introvertidos, y algo de razón tiene.

—¿Yo doy esa impresión?

—Hombre, si te soy franco, alegre, alegre, no eres —le respondió, propinándole un golpe en el hombro, y añadió riendo—, pero has mejorado mucho desde que estás con nosotros.

—Es que han cambiado mucho las cosas desde que nos conocimos. Soy un tipo con suerte. Con vosotros estoy feliz.

—Somos nosotros los afortunados. En serio, estamos muy contentos de haberte conocido.

Santiago era sincero. Además, era evidente que todos le querían. A veces sentía remordimientos por la facilidad con que se había sumado a aquella familia a la que acababa de conocer a pesar de que compartían lazos de sangre. Remordimientos porque nunca se había sentido tan cómodo con sus tíos y primos de Galicia. Le resultaba más fácil compartir sus sentimientos con Rosa que con su propia madre. Siempre tenía algo que contarle, algo que consultarle; y ella, la mujer de su abuelo, también tenía con Antonio una relación especial.

Sentía auténtica admiración por Rosa. Por la forma en que había reaccionado al descubrir el engaño de su marido. Cómo se había puesto de su lado desde el principio, sin tibiezas. Gracias a ella, a su forma de manejar el asunto ante el resto de la familia, la cosa no desembocó en tragedia como podría haber ocurrido. Si hubiera sido una mujer diferente, Antonio estaba seguro de que el matrimonio se habría desmoronado y de la noche a la mañana Manuel habría sido cuestionado por sus hijos y nietos. Si no rechazado.

Antonio le confesó a Santiago que no solo admiraba a su abuela Rosa, sino que se sentía absolutamente conquistado por ella.

—Ya te dije que era especial, es normal que la adores.

—Pues sí, ojalá fuera mi abuela.

—Para ella eres uno más de sus nietos.

—Eso es lo que me parece admirable, la facilidad con la que me ha aceptado; pero, como decimos en España, quizás la procesión vaya por dentro.

—¡Qué va! Es más —añadió Santiago riendo—, empiezo a tener celos. Hasta que tú apareciste, yo era el nieto favorito...

Santiago exageraba. Continuaba siendo el ojito derecho de Rosa, aunque era cierto que Antonio se había esforzado por corresponder a su «abuela» y al resto con el mismo cariño que él recibía. Su nueva familia, además, le había abierto

una nueva vida profesional, una oportunidad nunca imaginada al hacerle socio de una pequeña empresa que tenía buenas perspectivas de futuro y convertirse en un excelente negocio. Tal y como se habían desarrollado las cosas, no le cabía ya ninguna duda, en los Padín de Argentina tendría siempre el apoyo que necesitara.

Aparte del trabajo bien hecho, de esforzarse por conocer al detalle la marcha de un negocio de cara al público, con absoluta autoexigencia para responder a las expectativas que tanto los Padín como Isabella y Emilio habían puesto en él, Antonio había pedido a Santiago que le ayudara a aprender lo que no enseñaban los libros, y que la mayoría de las familias de clase media con las que se relacionaban los Padín habían asimilado desde la cuna. Antonio quería mejorar sus buenos modales y elevar su nivel cultural, esto le daría la seguridad necesaria para estar a la altura de cualquier conversación o de cualquier acto social con los que estaba obligado a cumplir, dado su nuevo estatus.

Santiago le recomendó que leyera los periódicos, cosa que Antonio jamás había hecho. Pronto se despertó en él la necesidad de conocer la convulsa vida política argentina. Adquirió la costumbre de comprar el *Clarín* a primera hora de la mañana, y antes de que llegaran los empleados al Chelsea, Antonio estaba al corriente de la actualidad. Los vaivenes políticos estaban influidos por el peronismo, de nuevo ilegalizado, y por los militares. La permanencia del presidente, Arturo Frondizi, en el poder desde 1958, estaba condicionada por la cúpula militar y los sucesivos golpes de Estado. Cumpliendo su acuerdo con Juan Domingo Perón, decidió legalizar el Partido Peronista siempre que aquel no se presentara a los comicios. En las elecciones de 1962, los peronistas ganaron en diez de las catorce gobernaciones, incluida la estratégica provincia de Buenos Aires, lo que provocó un nuevo golpe militar que tuvo mucho de sainete. Cuando el jefe militar que iba a hacerse cargo de la presidencia entró en la Casa Rosada, se llevó una sorpresa. Un civil, José María Guido, ya había jurado como presidente de la nación. Guido gobernó condicionado por los militares y volvió a ilegalizar el partido de Perón. Finalmente, en 1963, tras varios intentos de golpe de estado, se vio obligado a convocar nuevas elecciones donde mantuvo la exclusión de los peronistas.

Todas esas convulsiones políticas eran un tema presente en las conversaciones, y Antonio se felicitó por aprender aquellas interioridades de la vida pública de su

país de acogida.

Mabel se convirtió en otra consejera personal. Tenía buena mano eligiendo libros y consiguió que su primo —porque, para Mabel, Antonio era su primo— comenzara a disfrutar con la lectura de forma gradual, recomendándole que dedicara al menos un cuarto de hora a leer antes de dormir. Primero fueron novelitas cortas, de las que uno quedaba atrapado ya desde la primera página. La cosa funcionó, y al cabo de los meses Antonio disfrutaba tanto con los libros que pasaba horas enganchado a las novelas que sus primos habían leído años atrás.

El cine y el teatro eran otras de las aficiones que compartían. Solían ir casi todos los domingos, después de las jornadas agotadoras del fin de semana con el Chelsea hasta la bandera, donde además se hacía muy buena caja. La idea de acabar el día viendo una película o disfrutando de una función de teatro, para Antonio, era como recibir un premio semanal.

El arte, sin embargo, era algo en lo que rara vez se ponían de acuerdo. Cuando Mabel lo llevaba a ver alguna exposición de arte abstracto siempre surgía la misma polémica. Antonio no lo entendía y a Mabel, por el contrario, le entusiasmaba. Él prefería los cuadros que reflejaban la realidad, y Mabel se enfadaba, o hacía como que se enfadaba, cuando Antonio le argumentaba que lo que ella llamaba arte era una broma y, por cierto, muy cara.

A Antonio le gustaba Mabel. Había quedado con ella y con Santiago en uno de sus días libres, como era habitual. Fue tanta la insistencia de Mabel para que la acompañaran a ver una obra de teatro experimental que representaba un grupo amigo, que no pudieron decir que no, aunque Santiago le recordó que el teatro nunca había sido una de sus aficiones favoritas y además no podía soportar nada que viniera precedido de la palabra «experimental». Pero Mabel, cuando decidía algo, no aceptaba un «no» por respuesta; se empeñó en ir al teatro con Santiago y Antonio y no cejó hasta que quedaron en firme para pasar a buscarla.

Entraron los tres en el vestíbulo del teatro, donde Mabel no paró de recibir besos y abrazos como si fuera una de las protagonistas. Antonio sintió celos al verla rodeada de tantos amigos. Ella se comportaba como si aquella efusividad fuera habitual, estaba acostumbrada a ser el centro de atención. No olvidando, sin embargo, que había invitado a sus dos primos, se acercó a la esquina donde la esperaban y entró en el patio de butacas con ellos. Se sentó entre los dos y, apagadas las luces, Antonio se quedó de piedra cuando sintió primero que los

dedos de Mabel buscaban los suyos, y después le apretaba con fuerza la mano. Le faltó la respiración y, cuando finalmente se atrevió a mirar, vio que Mabel tenía los ojos fijos en el escenario, con una sonrisa en la boca que indudablemente estaba dedicada a él. Antonio observó a su primo, por si este había advertido algo, pero Santiago parecía seguir la obra con la máxima atención, a pesar de su rechazo a lo «experimental».

Ante la turbación de Antonio, al salir a la calle después de visitar a los actores en los camerinos para darles la enhorabuena, más los consabidos y nuevos abrazos de Mabel a cuanto amigo encontraba, Mabel volvió a coger la mano de Antonio cuando se dirigían a un bar cercano a tomar algo.

—¿Y esto? —preguntó Santiago, señalando las manos entrelazadas—, ¿desde cuándo?

—Pues desde ahora —respondió Mabel tajante, sin dar pie a que Antonio, rojo hasta las orejas, pudiera siquiera abrir la boca.

—Pues felicidades, chicos —añadió Santiago riendo—. ¿Puedo ir con vosotros o preferís disfrutar en solitario de vuestra nueva intimidad?

—Por supuesto que puedes venir —musitó por fin Antonio, sin saber qué terreno pisaba. Dudaba si Santiago estaba siendo irónico y tampoco sabía qué significaba aquella iniciativa de Mabel.

«Su prima» no parecía sentirse incómoda, sino todo lo contrario. Llevaba la batuta, como si supiera que era la única forma de actuar con un Antonio tan inseguro en ese terreno. Durante el tiempo que pasaron en el pequeño restaurante, donde encontraron algunos conocidos, Mabel se sentó al lado de Antonio y se comportó con más mesura, aunque en un momento determinado bebió de su vaso, un gesto de intimidad que sorprendió a un Antonio que nunca se había encontrado en una situación tan fuera de su control. Cuando Santiago y él dejaron a Mabel en la puerta de su casa, ella besó a su primo en la mejilla y, con la misma desenvoltura que había demostrado a lo largo de toda la noche, besó en los labios a Antonio.

—Qué mujer... —comentó Santiago sinceramente sorprendido. Creía conocer bien a Mabel, de hecho, algo había intuido, pero al final siempre lograba desconcertarlo—. ¿Cuándo empezó esto?

—No lo sé. Supongo que esta tarde.

—¿Te gusta Mabel?

—Creo que sí. Mejor dicho, me gusta desde hace mucho tiempo, aunque nunca me habría atrevido a decírtelo, ni siquiera quería reconocerlo. Pero esto de hoy ha sido inesperado, jamás pude pensar que Mabel se interesara por mí.

—Pues, como ha quedado demostrado, te equivocabas. Hacía tiempo que veía cosas, la conozco desde que éramos niños, nos hemos criado juntos, y era evidente que esta relación vuestra estaba tomando unos derroteros que no tenían nada que ver con una relación de amistad o de familiaridad, por lo menos por parte de Mabel. Te conozco menos y, como eres tan tímido, era difícil saber qué pasaba por tu cabeza; pero lo de Mabel, al menos para mí, estaba claro.

—Pues yo no lo veía así. No sé muy bien cómo actuar.

—Si me permites un consejo, haz lo que sientas. Puede dar la impresión de ser una mujer superficial, pero Mabel es muy seria con sus sentimientos, tanto los de amistad como los amorosos. Sé cómo se entrega y lo que sufre cuando la persona de la que se enamora no responde a sus expectativas. Hoy ha tomado ella la iniciativa porque probablemente pensaba que era la única manera de que tú te decidieras a mirarla de una forma distinta a como lo has hecho hasta ahora. Dile lo que sientes, en confianza.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Antonio. Mabel sabe perfectamente cuál es tu situación. No hay engaño en esta historia. Por tanto, si quieres seguir adelante, díselo, ella conoce el riesgo que asume. Pero no la mientas. No lo merece. Estoy convencido de que está ahora mismo en su casa tomándose una copa de algo fuerte, le habrá costado mucho expresar abiertamente sus sentimientos esta noche. No le hagas daño, Antonio. Te repito que no lo merece y además tendrías que vértelas conmigo. Es más débil de lo que imaginas.

—No lo parece, siempre pensé que Mabel era una persona con mucha fuerza, muy acostumbrada a tomar decisiones. No te preocupes, Santiago. No sé en qué quedará esto, pero te aseguro que si veo que puede acabar mal, que no estoy a la altura de lo que Mabel espera, hablaré muy claro con ella. Me importa mucho más de lo que crees, aunque no te oculto que en este momento me siento incapaz de analizar con tranquilidad lo que ha sucedido. La situación me supera. No pensaba mover un dedo para que Mabel se interesara por mí, precisamente porque no quiero hacerle daño.

Los dos amigos siguieron su camino en silencio. En un par de ocasiones a Santiago le dio la impresión de que Antonio quería preguntar algo, o comentar algo, pero cuando parecía que iba a hacerlo se quedaba callado. Se despidieron en la puerta del edificio en el que se encontraba el apartamento de Antonio, y Santiago, sin ganas de irse a casa porque no quería pensar en lo sucedido con su prima, se fue andando hasta un bar cercano, donde encontraría amigos con los que sentarse a compartir una copa. Ya tendría tiempo de pensar.

Le había pedido a Antonio que no hiciera daño a Mabel, pero también le preocupaba él. En el último año había madurado mucho, tenía más mundo, más fortaleza; sentirse responsable de un negocio en el que tenía una pequeña participación societaria y poner en marcha la ampliación de ese negocio le había convertido en un hombre más sólido desde el punto de vista social, pero Santiago sentía que afectivamente era un hombre con dudas, temeroso en el terreno de los sentimientos.

Que él supiera, Antonio no había tenido mujer, ni compañera, en los años que llevaba en Argentina, aunque suponía que no se había mantenido casto en ese tiempo. Su dificultad inicial para adaptarse a un nuevo país y a una nueva situación, su empeño en el aprendizaje, el nuevo ambiente en el que se movía al principio con tanta inseguridad y, sobre todo, su situación familiar... todo ello hacía muy difícil que pudiera pensar seriamente en mantener una relación sólida con alguna mujer.

Por otra parte, Antonio era un hombre de principios muy arraigados. De vez en cuando hablaba de Maruxa y de sus hijos como para dar a entender que su paso por Argentina tenía un final. Si se enamoraba de Mabel, y Santiago estaba convencido de que podía enamorarse de ella, sobre todo si Mabel lo estaba de él, la idea del regreso quedaría aplazada por un amor que Antonio viviría de una forma auténtica y profunda. Y Santiago no sabía qué consecuencias podía tener esa historia.

* * *

Tal y como había imaginado Santiago, Mabel, hecha un ovillo en un sofá de su salón, en el que solía pasar horas leyendo, no cogió un libro al llegar a casa, sino que se preparó un whisky con mucho hielo, que contemplaba aparentemente ensimismada en los juegos de color ámbar que producía ella misma al girar el

vaso. Tan segura siempre de sus actos, ahora, sin embargo, se preguntaba si había acertado al tomar la iniciativa ante un Antonio que le atraía como hacía tiempo no le atraía ningún hombre. Pues, aunque estaba muy lejos del modelo de pareja que siempre había buscado, hombres brillantes que se movían con soltura en los ambientes culturales que a ella le gustaba frecuentar, transmitía una ternura que la había conmovido poco después de conocerle y que, con el roce, se había convertido en algo más.

Se sentía como Pigmalión; todos los Padín argentinos contribuían activamente a que Antonio adquiriera la pátina adecuada para moverse en los ambientes de clase media culta a la que pertenecían. Mabel había echado sobre sus espaldas esa tarea porque no trabajaba permanentemente y podía adaptarse a los horarios de Antonio. Además, como supo bien pronto, sentía algo especial por aquel hombre tan diferente a los que estaba acostumbrada.

Le atraía su sencillez, la ausencia de doblez en su carácter, su empeño por aprender y agradar a todo el mundo. Aunque no fuera una persona acostumbrada a dar las gracias, no había día en que Antonio no expresara con un gesto, con una palabra, con un pequeño detalle, su profundo agradecimiento a quienes le habían acogido como uno más, a pesar de que su aparición supuso un revulsivo para una familia que nunca había afrontado un problema verdaderamente grave.

Mabel quería a Rosa y a Manuel con locura, los consideraba sus abuelos, y nunca recibió un trato diferente al resto de los nietos del matrimonio que, a pesar de su edad, mostraban una fortaleza y un espíritu que para sí quisieran personas con la mitad de sus años. La generosidad de Rosa había logrado que la unión de los Padín no se hubiera visto afectada con la aparición de Antonio.

¿Cómo reaccionaría Rosa si ella le contaba que se había enamorado de Antonio? Le preocupaba el abismo cultural que los separaba. Mabel no era una mujer clasista, pero sí conocía ejemplos de cómo la diferencia de clase había echado a perder parejas que se amaban con locura. Desaparecida la pasión, las diferencias afloraban como algo irremediable. El cambio en Antonio había sido sorprendente, pero lo cierto es que no dejaba de ser un aldeano que había hecho un esfuerzo considerable no solo por ganarse la vida, sino por convertirse en un hombre educado.

Mabel, a veces, se ensimismaba al verle charlar con los Padín. Era uno de los momentos en los que a Antonio se le veía cómodo, en confianza. Le observaba

con atención para ver si cometía algún error, en definitiva, si daba la talla. Sin darse cuenta, respiraba aliviada cuando Antonio se comportaba de acuerdo con lo esperado.

Mabel acudía al Chelsea con cierta frecuencia. Se había convertido en un lugar de cita, no solo de señoras distinguidas a las que gustaba seguir las tradiciones británicas, también era un salón con público más joven que se reunía en torno a una taza de té o un cóctel de champán. La idea fue de Antonio, había leído en alguna parte que aquella bebida era algo propio de mujeres muy chic.

En el Chelsea, Mabel perseguía con la vista a un Antonio pendiente de todo: con un gesto indicaba a un camarero que pasara la bandeja de pastas o de sándwiches a una mesa, o que llevara una nueva tetera para sustituir a la que se habría enfriado. Trataba con una cortesía exquisita a las clientas, se dirigía a las que eran habituales saludándolas por su nombre, sabía qué preguntar, cómo ayudarlas a sentarse y pronunciaba las apropiadas frases de despedida. Llevaba el negocio como nadie. Tuvo razón Isabella, Antonio estaba perfectamente preparado para dirigir al equipo de sala y cocina, administrar el salón de té y atender a los suministradores, con los que era muy exigente. El Chelsea se había convertido en un referente y ya estaban acondicionando un local en La Recoleta para abrir un segundo salón.

En todo ello pensaba Mabel con su segundo whisky en una mano fría, porque en ningún momento posó el vaso sobre la mesa, lo contemplaba sin darse cuenta de que los cubitos le habían dejado los dedos helados. ¿Habría hecho bien esa noche? ¿Su actitud provocaría el empujón que Antonio necesitaba para mirarla de otra manera? Ni por un momento dudó Mabel de que a Antonio le gustaría iniciar una relación amorosa con ella, en cambio sí tenía dudas sobre su valor para dar el paso.

Era excesivamente responsable, excesivamente considerado, excesivamente casado, aunque hacía años que no veía a su mujer y a sus hijos, excesivamente consciente de la diferente educación que habían recibido... excesivamente de todo. Por eso le gustaba, por eso —pensaba— se había enamorado de él, por eso había arriesgado tanto esa noche. «El mundo es de los valientes —se decía—, si no le echas coraje a la vida te quedas sin vivirla».

Pero en su interior la invadía el miedo. Miedo al miedo de Antonio. Miedo a que su sentido de la responsabilidad, su maldito sentido de la responsabilidad,

anulara los arrestos que necesitaba para involucrarse en una historia que difícilmente podía tener un final feliz. Pero que Mabel pensaba que valía la pena. «¿Qué me encontraré mañana?», se preguntó al mismo tiempo que apagaba la luz y dejaba el vaso aguado sobre una mesita. Miró el cerco que dejaba, lo secó con la manga del jersey y llevó el vaso a la cocina.

Las dudas. (Antonio)

Antonio echaba la vista atrás tratando de reconstruir su relación con Mabel. El punto de arranque había sido, desde luego, el patio de butacas del teatro, y recordaba también aquel primer beso que fue casi como un soplo, pero en el que se sintió enseguida sorprendido por la tibieza de aquellos labios que, de tan hermosamente rojos, había imaginado que serían fríos. Recordaba que no había dormido aquella noche imaginando que Mabel tampoco dormía. Se levantó mucho antes de que sonara el despertador para darse una ducha muy larga, y bajo el agua seguía pensando en lo sucedido el día anterior.

Pasado el tiempo intentaba reconstruir el camino recorrido hasta que su relación con Mabel se había convertido en una apasionante historia de pareja, una historia de amor, y Antonio siempre marcaba como fecha de inicio el día en que los tres fueron a ver aquella obra de teatro «experimental» de la que no se enteró de nada, porque él en la oscuridad solo estuvo pendiente del roce de la mano suave de Mabel contra su mano. A partir de entonces salieron juntos con más frecuencia. Santiago dejó de acompañarlos, prefirió mantenerse al margen, no sabía en qué podría acabar aquello.

Mabel llevaba siempre la iniciativa. Dejó de proponer citas culturales para llevar a Antonio a dar largos paseos por los muchos parques de Buenos Aires, sobre todo por el Tres de Febrero de Palermo, con su espectacular Rosedal que entusiasmaba a Mabel, y el patio andaluz que, a pesar de su españolidad, le gustaba más a Mabel que a Antonio. Él en cambio prefería las zonas de Palermo umbrías y verdes que le recordaban a Galicia.

Con frecuencia compraban unos quesos y fiambres para comer sentados en el césped, como si fuera un picnic, disfrutando de estar juntos, preguntándose y respondiendo; conociéndose. Durante semanas no pasaron más allá de las caricias superficiales y besos fugaces, como si los dos estuvieran tanteando el terreno.

Eran pocos los silencios. Mabel era insaciable en su curiosidad por saber todo de la vida de Antonio. Todo. Le preguntó abiertamente por su mujer y por sus

hijos, y Antonio se sintió aliviado de que lo hiciera. En cierto sentido significaba que Mabel asumía su situación familiar. Adivinaba que algún día volvería a Ventos, y por tanto Antonio no tenía que hacerle reflexiones sobre lo que significaba seguir adelante con una relación que tenía importantes limitaciones.

Mabel hablaba menos de sí misma, ansiosa por conocer a fondo a Antonio. Daba por hecho, además, que conocía muy bien su vida. Hablaba con naturalidad de todo lo relacionado con la familia Padín. Era una conversadora compulsiva, muy extrovertida, y no guardaba nada para sí misma. Por tanto, sin necesidad de que Antonio hiciera ningún tipo de indagación, sabía que la madre de Mabel había muerto cuando ella tenía cinco años, y que siempre había vivido en Buenos Aires; que, poco después de que iniciara sus estudios en la universidad, su padre, Ramón —el hijo de Ángel— se había trasladado a Mendoza por cuestiones de trabajo, y que Mabel, hasta terminar los estudios, se había quedado en el piso familiar con la mujer que la había cuidado desde pequeña, y a la que llamaba Nana desde que aprendió a hablar. Nadie podía atender mejor a Mabel que Nana; no solo la cuidaba como si fuera su hija, sino que era muy estricta con ella.

—Porque me importas, niña. Si no me importaras, te dejaría hacer lo que te diera la gana, y sabe Dios cómo acabarías.

—Pues muy bien, y muy feliz, sin tanto control.

—El que hay que tener. Que los hombres no se casan con mujeres a las que ven demasiado libres.

—¿Y quién te ha dicho que yo me quiero casar?

—Pues lo sé yo, que mucho hablar de independencia y de que nadie te marque la vida, pero bien que te cambia la cara cuando hablas de las amigas que se casan.

Al terminar la Universidad, Ramón quiso llevarse a Mabel a Mendoza, pero no hubo manera de convencer a su hija, quien enseguida se buscó un trabajo para que nadie le condicionara la vida. Al final, su padre cedió, aunque viajaba con frecuencia a Buenos Aires para verla. Mantenían muy buena relación entre ellos después del empeño de que se fuera a Mendoza. Nana ya no vivía permanentemente con Mabel. La anciana había quedado debilitada después de que sufriera una pulmonía y se pasaba temporadas en una casita que tenía en el

norte de la provincia. Nunca estaba más de dos meses lejos de su «niña», y en su ausencia una sobrina suya acudía al piso un par de horas al día.

Que viviera sola fue otro motivo de discusión con su padre. Para este era un disparate, aparte de socialmente reprobable. A Mabel no le importaban los convencionalismos y logró ser aceptada incluso en el círculo de las familias más conservadoras con las que se trataba, quienes entendieron sus ansias de libertad como una excentricidad pasajera de una joven bastante curiosa y divertida. Por otra parte, nunca dio motivos para el escándalo. Mabel intentó apaciguar a su padre: «Entre los Padín, Nana, que aparece sin avisar y se queda semanas conmigo, y tú, que vienes todo lo que puedes y más, me tenéis más controlada que si viviera en un convento. Además, ¿dónde está esa confianza que se supone tienes en mí?».

Antonio conocía toda la historia. Incluso un día, comiendo todos en casa de los Padín aprovechando un viaje de Ramón, padre e hija escenificaron una discusión que debía ser muy parecida a la que habían mantenido cuando Mabel peleaba por su independencia. Santiago apoyaba a Ramón, para hacer rabiar a su prima, que tenía un apoyo incondicional en Rosa, a la que divertía el carácter inconformista de la nieta de Ángel, por quien había sentido un afecto muy profundo.

La relación entre Manuel y Ángel había sido excepcional. Rosa sabía que habían tenido un choque muy grave poco antes de que Manuel y ella se prometieran en matrimonio. Nunca supo el porqué, pero, después de conocer el secreto de su esposo, todo le quedó claro. Aquel enfrentamiento estuvo relacionado con el hecho de que Ángel sabía que Manuel estaba casado, a pesar de que fue quien garantizó su soltería ante el sacerdote que les casó.

En sus largas, interminables charlas, Mabel sometía a Antonio a un auténtico interrogatorio. Quería saber todo de él. Antonio le llegó a decir:

—No sabrías más de mí si hubiéramos crecido juntos. Sin embargo, apenas me respondes cuando pregunto yo.

—¿Qué quieres saber, Antonio? Pero si yo para ti no tengo secretos...

Un día que les sorprendió una lluvia torrencial sin paraguas, ropa ni calzado adecuado, ella le propuso ir a su casa y Antonio aceptó. Ambos sabían lo que iba a ocurrir.

Ninguno de los dos disimuló que estaban deseando abrazarse, desnudarse, dejarse llevar por la pasión, dar paso al sexo en una relación que hasta ese momento no había ido más allá de unos revolcones entre risas en los parques que les gustaba frecuentar. No fue dulce ese primer encuentro sino tumultuoso, casi salvaje, lo que no sorprendió a Antonio, porque con Mabel jamás se podía pensar que pudiera emprender nada con sosiego o contención.

Sí le sorprendió en cambio, le desconcertó, que Mabel fuera virgen, jamás lo habría pensado. A pesar de su aparente carácter superficial, ella mantenía ciertos principios por respeto al recuerdo de su madre, aunque apenas la había conocido. Pero sí sabía que las madres de sus amigas les inculcaban que debían ser vírgenes hasta el momento del matrimonio, y pensaba Mabel que, si viviera, su madre le habría insistido en esa misma idea. Explicó a Antonio que se trataba de una cuestión de lealtad, o de supuesta lealtad a su madre, más que de una cuestión moral. «A ella le habría gustado que me casara virgen, que es lo que repetían las monjas del colegio, aunque, por supuesto, jamás pronunciaron la palabra virgen, solo cuando se referían a la Virgen María. De esas cosas no se hablaba. Tardé mucho tiempo, y mis compañeras también, en saber qué significaba el sexto mandamiento con su no cometerás actos impuros».

—Mabel, no puedo casarme contigo —le dijo Antonio, tendido desnudo a su lado.

—Lo sé —le respondió ella. Después de un rato de silencio que a Antonio le pareció excesivamente largo—. Quería hacer el amor contigo. Pensaba que debía hacer el amor en el momento en el que me sintiera de verdad enamorada, como lo estoy de ti.

—¿Lo estás? Preguntó Antonio, sorprendido por la sinceridad de sus palabras. Él no le había hablado de sentimientos en esos días, ninguno de los dos lo había hecho.

—Lo estoy. Y sé perfectamente lo que estoy haciendo, que no puedes garantizarme nada, que hay otra mujer en tu vida que, por lo que me has contado estas semanas en las que hemos hablando tanto, es una mujer a la que quieres y que es la madre de tus hijos.

Mabel se dio la vuelta y Antonio la abrazó por la espalda. Era evidente que ella no quería que le viera la cara mientras hablaba de la familia de Antonio. Una cosa es que lo hubieran hecho con frecuencia las escasas semanas que llevaban

saliendo juntos y solos, y otra muy distinta que Maruxa estuviera presente en la primera conversación tras los momentos de intimidad que acababan de vivir. Siempre sin mirar a Antonio, Mabel añadió:

—Deduzco que no estás enamorado de ella, si fuera así habrías regresado hace tiempo; nadie resiste seis o siete años separado de la mujer que quiere cuando tiene posibilidad de verla. En este tiempo has ahorrado dinero suficiente para emprender algún negocio en Ventos, aunque no fuera para hacer rica a tu familia; o incluso podías regresar a Galicia, pasar un tiempo allí y volver a Buenos Aires, solo o con los tuyos, para mantener aquí un trabajo que va muy bien.

—No creas que no lo he pensado, pero quiero afianzar todo bien antes de regresar. Y por supuesto que he barajado la idea de ir para ver a Maruxa y a los niños, y a mi madre, para regresar después, solo o con ellos.

—Si no lo has hecho, y espero que perdones mi sinceridad, es porque por tu mujer solo sientes cariño, afecto, lealtad, compromiso, nada que ver con el amor que debe haber en una pareja, en un matrimonio.

—Como el de Rosa y Manuel, por ejemplo.

—Como el de Rosa y Manuel y el de tantos otros que conocemos. Aunque lo de los abuelos es un ejemplo muy adecuado, no hay más que ver la reacción de Rosa cuando apareciste tú y descubrió el pasado de su marido. Aceptó todo porque le quiere con locura a pesar de tantos años de convivencia; que dicen que es lo que suele matar el amor. No puedo decir que lo aceptó sin un reproche porque solo ellos saben qué se dijeron cuando Santi les habló de ti; y tampoco sabemos qué pasó por la cabeza de la abuela aquellos días que se encerró en su cuarto sin querer ver a nadie. Pero se aman de una forma que da envidia.

Los dos permanecieron un rato callados, como si quisieran analizar, cada uno por su lado, los sentimientos de Antonio hacia su mujer. Era evidente, pensaba Antonio, que si no había ido a casa durante tanto tiempo, pudiendo hacerlo, porque había ahorrado suficiente para el viaje y para bastante más, era porque se sentía mejor en Buenos Aires que en Ventos incluso antes de encontrar a su familia.

Le gustaba su nueva vida, que le tiraba más que la necesidad de reencontrarse con los suyos. Por otra parte, no sabía bien qué trabajo podía hacer en Ventos; el tipo de negocio en el que estaba demostrando que se movía bien era impensable

en un lugar como Ventos. Ni siquiera en Vilagarcía funcionaría bien un café o un salón de té que atrajera a un público femenino, fundamentalmente ocioso y con ganas de tertulia, en torno a una mesa puesta con buen gusto en la que servían buena repostería con café o té traído expresamente de Inglaterra. Y sin embargo era algo que iba muy bien en Buenos Aires y posiblemente también tendría éxito en ciudades españolas más importantes que Vilagarcía; ciudades que no conocía, pero que imaginaba con una clase cosmopolita parecida a la que se podía encontrar en los barrios más distinguidos de Buenos Aires.

Mientras Antonio se hacía esas reflexiones, más económicas que sentimentales, Mabel, quizá dándose cuenta de que su amante estaba en esos momentos muy lejos de allí, con la cabeza en otra parte, se giró y puso la cabeza sobre el pecho de Antonio, que acarició los rizos rubios que se desparramaban por su pecho.

—Tus pensamientos por un penique.

—¿Qué?

—Tus pensamientos por un penique. Es una frase hecha que utilizan los ingleses. Significa que estoy dispuesta a pagar para que me digas lo que estás pensando.

—Es fácil: pensaba en lo que me acabas de decir, que no he regresado a Galicia, ni siquiera he viajado a Galicia porque no estoy enamorado de Maruxa. Pero había ido un poco más lejos: me preguntaba también si era un problema solo de sentimientos, que no son suficientemente fuertes ya que efectivamente no quiero a Maruxa como la debo querer, como merece que la quiera, o si no me decido a regresar porque no sé exactamente qué hacer con mi vida, en qué podría trabajar allí. Tengo un trabajo que me gusta en Buenos Aires, y mi familia en Ventos. Debo tomar algún tipo de decisión.

—¿Te has planteado traer a tu familia?

—Lo he pensado en alguna ocasión, pero no muy en serio. La verdad, y me estoy confesando en voz alta porque hasta ahora no me lo he dicho ni siquiera en mis momentos de soledad, es que me gusta mi vida aquí y no sé si encajaría mi familia. Yo he cambiado mucho en estos años, poco a poco, pero el cambio ha sido muy profundo. No sería difícil que los niños se acostumbraran, pero Maruxa... Es una mujer culta, pero está muy arraigada a Galicia, a la aldea, no la imagino en Buenos Aires. Y mi madre tampoco se acostumbraría; no saldría de

casa, con miedo a los desconocidos, a que la atropellara un coche, a entrar en un mercado... La distancia tiene ese peligro, y más cuando a la distancia hay que añadir el paso de los años. Es todo muy complicado. Y además, estás tú.

—¿Yo?

—Sí, Mabel. Ya sabes que no soy muy expresivo, siempre me lo estáis diciendo de broma, pero es verdad que no suelo abrirme mucho; solo lo he hecho, y no demasiado, con mi primo Pepe y con Santiago, con el que sorprendentemente me sentí próximo desde el primer momento. Y contigo. Estos días han sido los mejores de mi vida, los mejores. Y no quiero perderte.

—Y eso, ¿cómo debo entenderlo?

—Pues que quiero estar contigo, quiero vivir esta historia que acaba de comenzar, quiero enamorarme de ti.

—¿No lo estás? —interrumpió ella—. Miénteme y dime que sí.

—No, no te puedo mentir. Tengo necesidad de estar más tiempo contigo, pienso constantemente en ti, por primera vez organizo mi trabajo en el salón para buscar el momento de verte; nunca he sentido por una mujer lo que siento por ti, en alguno de los momentos de locura que he tenido estos días he pensado que me gustaría casarme contigo y que tuviéramos hijos rubios, como tú, con acento porteño como tú, que dijeran vos, che, boludo, manejar y todas esas palabras que no había escuchado nunca hasta que llegué a Buenos Aires. No sé si eso es amor o ganas de enamorarme, que es algo que escuché un día en una conferencia cuando iba tan a menudo al Centro Gallego, que no es lo mismo el amor que querer amar. Pero estoy seguro de que si seguimos viéndonos me enamoraré de ti profundamente, y por primera vez sabré lo que eso significa.

—Es hermoso eso que dices.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Antonio y añadió riendo—: ¿Me amas, no me amas? ¿Deshojas la margarita?

—No deshojo ninguna margarita. He tenido novios, como sabes, aunque nunca llegué a acostarme con ninguno, como ahora también sabes. Me gustaban, nos hacíamos compañía, salíamos juntos, compartíamos los mismos amigos. No sé qué me atrajo de ti desde el primer momento. Eres guapo, es verdad, pero tampoco como para quedar rendida a tus pies. Y me atrajo lo que suponía tu aparición, todo se convirtió de pronto en una especie de aventura. Te hiciste amigo de Santiago y por tanto fue fácil estar cerca de ti, analizarte... No me

interrumpas. Sí, te analicé, con lupa. No eras muy alegre, pero sí afectuoso y detallista. No eras muy culto, pero estabas deseando aprender. Me atraían muchas cosas de ti, tu capacidad para adaptarte a la nueva situación familiar, la manera en que te integraste en la familia, la falta de complejos cuando no alcanzabas a comprender algo, lo que demostraba una seguridad en ti mismo que me gustaba. Y un día me sorprendí pensando que podías ser perfectamente la persona que yo buscaba desde hacía tiempo, la persona con la que compartir mi vida. Me preguntas si estoy enamorada de ti y mi respuesta es que sí. No te mentaré, imagino el amor como algo mucho más fuerte que lo que hoy siento por ti... pero sé que puedo llegar a sentirlo. Y te añado más: aunque no lo creas, tenía miedo a lo que podía suceder la primera vez que me acostara contigo. Me habían contado tantas cosas, algunas de ellas amargas, sobre la primera vez que una pareja hace el amor... Sin embargo, me siento maravillosamente bien. Y supongo que será aún más maravilloso cuando me convierta en una experta.

—Espero que te conviertas en una experta conmigo, y solo conmigo. Ahora en serio, ¿Qué hacemos?

—Pues cenar algo, voy a ver qué tengo en el frigo. ¿Tienes mucha hambre?

—No, ninguna. No me refería a qué hacemos ahora mismo, en este momento, sino a qué hacemos de ahora en adelante, después de lo que ha pasado hace un rato. Que evidentemente no es un episodio cualquiera para ninguno de los dos.

—Vaya pregunta ridícula, qué hacemos. Pues seguir. No hay engaño entre nosotros, sabemos a qué nos arriesgamos. Quizá ese riesgo, saber que en un momento determinado te vas a ir, puede unirnos más porque lo que vivamos, sea lo que sea, tiene un límite en el tiempo.

—¿Y si no me voy nunca?

—Te irás, Antonio. Debes regresar. Averiguarás por ti solo en qué momento, pero por mucho que me duela tengo que insistirte en que debes marcharte cuando tengas tu futuro asegurado. Has hecho un gran sacrificio, pero tu mujer y tus hijos también.

—¿Y si después decido regresar?

—Pues te estaré esperando con los brazos abiertos —dijo Mabel abrazándole con fuerza y con los ojos inundados de lágrimas—. Vivamos al día, Antonio. Podemos sufrir lo indecible, pero nunca me perdonaría si no me doy la oportunidad de quererte y dejarme querer por ti. Y que sea lo que Dios quiera.

—Viviremos al día y, como dices, que sea lo que Dios quiera. Efectivamente, no nos perdonaríamos si no lo hiciéramos. Otra cosa, ¿qué hacemos con el resto de la familia? Me gustan poco los secretos, y menos cuando se trata de algo que afecta a la gente más próxima a nosotros.

—Tampoco me gustan los secretos, y mucho menos mentir. Además, todo se me nota en la cara; la abuela Rosa suele decir que de pequeña se enteraba de las trastadas porque leía en mis ojos que tenía algo que ocultar y acababa descubriéndolo. Yo creo que debemos hablar con Santiago, que no es que sospeche algo, sino que sabe lo que está pasando no solo por lo que ocurrió el día del teatro, sino porque apenas nos ha visto el pelo a ninguno de los dos desde entonces y sabe que hemos salido estas semanas. Y después... La primera persona con la que debemos hablar es con la abuela Rosa. Lo merece.

—Estoy de acuerdo. Puede ser un trago para ella, porque no dejará de recordar que tu situación es parecida a la suya; y la mía, a la del abuelo.

—No estoy de acuerdo —protestó Mabel, con tono firme. Se incorporó sobre un brazo y lo miró fijamente a los ojos—. Tú no has desaparecido en América sin dar señales de vida, envías dinero a tu mujer y le escribes. Y yo no soy una mujer engañada: sé que tienes familia en Galicia y que regresarás algún día. Nada que ver. Y la abuela Rosa sabe que no tiene nada que ver.

Volvieron a hacer el amor y después, por primera vez para los dos, se bañaron juntos y jugaron con la espuma. «Un capricho que quería hacer desde que lo leí en una novela», explicó Mabel mientras agitaba con la mano unas sales a las que añadió un poco de champú e incluso unas gotas de su perfume «Voy a oler a señorita —se quejó Antonio mientras frotaba con una esponja los pies de Mabel con las uñas pintadas de rojo—. Esta escena será de libro, pero me está gustando mucho, habrá que repetirla».

Mabel preparó después un revuelto de huevos con tomate y una gota de tabasco y una ensalada de frutas.

—Es la primera vez que cocino para mi amante —le recordó a Antonio al colocarle el plato sobre el mantel—. ¿Te gusta?

—Me gusta el revuelto, me gustas tú y no me gusta la palabra amante.

—¿Por qué?

—No lo sé, quizá porque tiene un significado excesivamente sexual, y yo quiero que entre nosotros haya mucho más que sexo.

—Antonio, es la primera vez que hago el amor, la primera vez que me baño con un hombre, la primera vez que cocino para él... y la primera vez que puedo referirme a alguien como amante. Deja que utilice un lenguaje excitante también por primera vez. Por supuesto que los dos queremos una relación que no tiene nada que ver a la que se supone a los que solo son amantes. Pero esta noche plagada de primeras veces quiero potenciar mi lado frívolo, que lo tengo, aunque nunca en una situación como esta porque nunca la había vivido con anterioridad.

Se despidieron con un beso largo, profundo. Era noche cerrada cuando Antonio salió a la calle, donde había dejado de llover.

Decidió ir andando hasta su casa, aunque le llevaría una buena hora. Pero necesitaba airearse, pensar, dar un repaso a las últimas horas. Pensaba que no podía ser malo dejarse llevar por los sentimientos siempre que no hiciera daño a nadie, pero tenía miedo a hacer daño a una Mabel a la que no podía ofrecerle más que lo que le había prometido esa tarde: quererla. Y los dos sabían que cuanto más le quisiera más daño podía hacerle cuando llegara el momento de la separación. Y haría daño a su mujer y sus hijos si no regresaba a casa.

Pensaba en lo que había hablado con Mabel. Ella le empujaría a regresar para que asumiera sus responsabilidades, pero Antonio intuía que su insistencia tenía otro sentido: Mabel le conocía bien, y sabía que nunca se sentiría conforme consigo mismo si abandonaba a su familia, aunque les enviara dinero suficiente para mantenerse y mantenerse bien. Su compromiso con Maruxa y los niños iba más allá: ofrecerles una vida mejor, económicamente segura, pero también ofrecerles el cariño, el respeto y la compañía que merecían, sobre todo después de tantos años de ausencia.

Llegó a casa pensando en Mabel y, por primera vez en mucho tiempo, muchísimo tiempo, dio vueltas a cuál era el momento oportuno para regresar a Ventos. ¿Cuando hubiera ganado una cantidad respetable de dinero? ¿Cuando hubiera dejado negocios en Buenos Aires que le permitieran vivir de las rentas en Galicia viajando a Argentina un par de veces al año? ¿Podría pensar en algún negocio que iniciar en Galicia, manteniendo en Buenos Aires su participación en lo que sin duda se iba a convertir a medio plazo en una red de salones de té que incluso podrían abrir en otras ciudades argentinas?

Madre y abuela. (Virtudes)

Se había dado cuenta de que Maruxa estaba más ilusionada con ese hombre, con ese Juan, de lo que le había dado a entender unos días antes. Advertía un brillo especial en su mirada, una sonrisa constante en sus labios, una ternura especial hacia sus hijos, mayor que la habitual. En la casa había entrado la alegría sin un motivo aparente. También con ella se mostraba Maruxa más cariñosa que de costumbre, y eso que lo era siempre. Llevaban muchos años juntas, compartiendo problemas y soledades.

Cuando su hijo empezó su relación con Maruxa, Virtudes creyó que no iba a funcionar. Eran demasiado diferentes. Ella venía de otra aldea, de otro ambiente, era hija de maestra, tenía educación. Virtudes temió que el noviazgo nunca acabara en boda y Antonio sufriría lo que solamente ella sabía era capaz de sufrir.

Por eso se alegró cuando su hijo le anunció el casamiento. Era una buena chica, pero a pesar de ello siguió albergando el temor de que sus diferencias con los años fueran mayores que el cariño que se tenían. La experiencia le había enseñado. No era la diferencia de carácter lo que distanciaba a un matrimonio, sino las ambiciones de cada uno, cómo planeaban el futuro y el de los hijos; pero por encima de todo, lo que más afectaba a las parejas eran las diferencias en la educación recibida. Antonio no había ido a la escuela, la vida y el trabajo habían sido sus dos únicos maestros. Como su padre y la propia Virtudes, había heredado la sabiduría natural propia de los hombres y las mujeres del campo. Sus vidas dependían de lo que daba la tierra y el monte. Cuando murió Manuel, su marido, no quedaron en la casa más brazos que los de Virtudes y su hijo de doce años para salir adelante.

Antonio y Maruxa se casaron y Virtudes tomó mucho cariño a su nuera. Por su forma de ser, por su sinceridad, por la manera en la que se comportaba con su hijo. Antonio, sin duda, se sentía muy bien con su mujer.

Cuando se marchó a América, la relación entre ellas se hizo más estrecha. Virtudes la quería sinceramente, no por ser la mujer de su hijo, sino porque la

sentía muy próxima. Le gustaba cómo educaba a los niños, cómo estaba permanentemente atenta a que su suegra estuviera cómoda, de qué manera la integró perfectamente en su mundo, en la casa común, cuando las dos sabían que en otras familias la relación entre nueras y suegras había provocado conflictos de difícil solución, y más aún ante la ausencia de los hijos. No era el caso de Virtudes y Maruxa, todo lo contrario. Incluso Virtudes, siempre tímida, siempre en segundo plano, en los años que llevaba viviendo con Maruxa se había acostumbrado a compartir confidencias con ella y sentía que le hacía mucho bien, a pesar de que en ocasiones no sabía cómo expresar lo que sentía, le faltaban las palabras. Pero Maruxa parecía comprenderla, a veces terminaba las frases que Virtudes no sabía completar.

El cambio que había experimentado Maruxa en los últimos meses no le pasó inadvertido, y comprendió que tenía que ver con Juan, el hombre del que le había hablado. No quería preguntar demasiado, pero una de las noches en las que normalmente las dos se quedaban a solas, con los niños ya acostados, generalmente repasando la ropa de los críos, Virtudes miró a Maruxa y vio que tenía los ojos clavados en ella. Debía observarla desde hacía rato, porque ni siquiera sostenía la costura con las manos, en su regazo reposaba el vestido de Maruxiña al que le estaba bajando el dobladillo.

Maruxa sostuvo la mirada durante unos segundos y, llevándose la mano al pelo para recoger un mechón tras la oreja, le dijo:

—No se preocupe, que le voy a contar todo.

—No hace falta, hija. Es tu vida.

—Es que quiero contárselo, nunca he tenido secretos para usted. Le dije que había un hombre en Vilagarcía que me gustaba, pero es más que eso. No me gusta mentir, ya lo sabe.

—Maruxa, no me cuentes nada de lo que te puedas arrepentir. Antonio es hijo mío.

—Precisamente por eso, porque es su hijo, y mi marido, creo que tiene derecho a saber que me importa mucho ese hombre.

—Lo imaginaba, hace tiempo que vuelves a casa con la cara cambiada. No soy tu madre, pero te conozco como si te hubiera parido. Sé cuándo estás triste, cuándo te preocupa algo, cuándo das vueltas por la habitación porque no tienes carta de Antonio... Sé más de lo que crees. Hace ya años que me hice a la idea

de que una mujer como tú no puede vivir pensando siempre en el regreso de un marido que ni siquiera sabe si volverá. —Maruxa hizo ademán de interrumpirla, pero Virtudes la cortó con un gesto—: Antonio es mi hijo, pero cuando se fue, tanto él como yo y como tú sabíamos que, igual que él podría tener una mujer allá, tú podrías tener un hombre. No tienes ni treinta años, Maruxa.

—¡Ay!, Virtudes. La escucho y me estoy sintiendo muy mal.

—¿Porque digo que Antonio puede tener alguna mujer en Argentina?

—Por eso y porque es como si todos diéramos por sentado que el que marcha hace su vida por un lado, y la que se queda hace la suya por el otro. Y una siempre piensa que el matrimonio es para siempre, y si el marido hace el sacrificio de emigrar, la mujer debe también sacrificarse y esperar.

—Él hizo el sacrificio, sí —comentó Virtudes. Parecía más dispuesta a justificar lo que hacía su nuera que su hijo—, pero también la mujer y los hijos que dejó atrás. ¿O es que tu vida ha sido fácil estos años? Te has ocupado de todo, has trabajado como una burra, no nos ha faltado de comer, ni calzado que ponernos, ni leña, y encima te estás ocupando de mí.

—Por Dios, Virtudes, ha sido usted la que nos ha cuidado a nosotros.

—Las dos hemos tirado del carro. No sé qué habría sido de mí sola en casa, pensando en mi hijo todo el día. Tú y los niños me habéis dado una razón para levantarme de la cama cada mañana, es bueno sentirse necesaria. Pero lo que quiero saber es si ese hombre del que me hablaste el otro día te quiere bien.

Maruxa no pudo evitar sentirse incómoda al hablar a su suegra con tanta franqueza, pero por otra parte sentía que se lo debía, que no merecía el engaño, y le respondió sin rodeos:

—Creo que sí. Le conozco desde hace unos meses, pero... Me da vergüenza hablar de estas cosas.

—No me voy a escandalizar. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Es todo muy complicado.

—La vida se va deprisa, Maruxa. No la desaproveches, pasará lo que tenga que pasar.

—Lo mismo dice Juan.

—Lo importante es que te trate bien.

—Sí, me trata bien, y me siento bien, pero...

—No eres la única mujer que estando casada ha querido a otro. Más aún cuando el marido lleva siete años fuera y no se sabe cuándo va a volver. Acuérdate de que soy hija de emigrante y cuando vino mi padre yo estaba ya casada; mi suegro ya sabes que no volvió. Mi suegra Lola se pasó la vida esperando noticias del marido. Nunca tuvo otro hombre en su vida, aunque sí tuvo un amigo, que solo fue eso, un amigo. Se ocupó mucho de ella y de los niños, estuvo con ellos hasta que Lola murió.

—Sí, Pedro Frieiro. Antonio me ha hablado de él.

—Porque lo conoció. Era muy cariñoso con los niños —dijo Virtudes en tono muy bajo. Cerró los ojos, como si contemplara el pasado. Después levantó la cabeza y miró a Maruxa con ojos penetrantes—. Nunca se lo he contado a nadie. Mi madre tuvo a alguien en los años en que mi padre estuvo fuera. No sé quién era, ni cuánto tiempo duró aquello, pero a los cuatro o cinco años de marchar mi padre empecé a darme cuenta de que mi madre se arreglaba los domingos y comenzaba a salir por las noches después de dejarnos en la cama. Y además yo la veía contenta. Siempre entraba en nuestro cuarto por si todavía estábamos despiertos. Yo me hacía la dormida. Cuando oía la puerta de casa, me quedaba horas mirando por la ventana por si la veía volver acompañada; nunca lo vi. Pero ella, al llegar a la esquina, se despedía de quien fuera, y después entraba corriendo. Nunca nos dijo nada y no llegué a enterarme de más...

—¿Y nunca le preguntó?

—Tampoco quería yo saber. Además, hay cosas que una no puede preguntar a su madre. Yo pensaba siempre en mi padre, recordaba muy pocas cosas, todas buenas. Sus besos, sus caricias, los paseos... Cuando crecí me di cuenta de que los recuerdos eran imaginados, porque cuando él se fue yo tenía poco más de dos años. Me gustaba creer que sus besos y sus caricias habían sido de verdad.

—¿Y qué fue de aquel hombre?

—No lo sé. De niña lo odiaba. Lo pasé mal cuando supe que mi madre salía con un hombre. Ya de mayor, con mi padre todavía fuera, la entendí: mi madre estaba muy sola y una mujer tiene derecho a que la quieran, a pesar de tener un marido en América. Sobre todo, si lleva años fuera y sin dar fecha de regreso. Cuando volvió, mi madre lo recibió con los brazos abiertos y le cuidó muy bien. Volvió sin una perra, si las ganó alguna vez las gastó todas en Cuba. Siempre he tenido para mí que mi padre regresó cuando necesitó que una mujer se ocupara

de él en su vejez. Dios sabe la vida que llevó allá y cuántos hijos dejó en el camino.

—Virtudes...

—A estas alturas, Maruxa, puedo hablar claro. Más de una vez, y más de dos, he pensado que tengo hermanos cubanos, quizá de color café con leche. ¿O crees que mi padre era un santo? ¿Que en treinta años no se llevó a ninguna mujer a la cama?

Maruxa se quedó callada. Pensaba en su marido, si se habría llevado a alguna mujer a la cama, como decía Virtudes. Su suegra callaba también, convencida de que Maruxa estaba pensando en Antonio. Respetó su silencio durante un rato largo y luego siguió preguntando:

—¿Y los niños?

—Él sabe que son mi vida. No sé muy bien qué hacer todavía. Si es mejor darles a entender que Juan está ahí o que no sepan nada. Ya sabe, Maruxiña adoración tiene por su padre. Ahora, cuando usted me contaba que se había hecho una idea de su padre que no se correspondía con la realidad, me ha hecho pensar en la niña. Es imposible que recuerde a su padre, pero habla todo el día de lo que hacían juntos, de cómo la mimaba, le regalaba cosas y la llevaba de paseo. Hace rabiar a Antón, que, a pesar de ser el mayor, apenas recuerda a Antonio. Maruxiña ha idealizado a su padre. No creo que le gustara verme acompañada de otro hombre.

—Mi consejo es que no les digas nada. Los niños son pequeños para entender ciertas cosas. Debes ser discreta, siempre hay alguno con la lengua muy suelta. Lo peor sería que los niños lo supieran en la calle.

—Juan trabaja en el colegio.

—Pero los niños no tienen por qué enterarse de que estáis juntos. Bueno, no tengo que darte consejos, tú...

—Por Dios, Virtudes, usted es la persona más indicada para darme consejos — la interrumpió su nuera.

—Que no, no me gusta dar consejos, pero si estuviera en tu lugar procuraría ver a Juan de manera que nadie pensara que tienes algo con él. Por los niños y porque además ninguno tiene claro todavía hasta dónde queréis llegar. Quién sabe, a lo mejor dura poco.

—Creo que no, Virtudes. Me conozco bien.

—Sí, y ahora crees conocer bien al rapaz. Todas las parejas piensan al principio que es para toda la vida, y ya ves... Sabemos las dos qué pasa con los años. Me sobran dedos de una mano para contar los matrimonios no que están juntos, que son casi todos, sino los que están juntos porque ninguno de los dos quiere estar con nadie más y nunca quisieron estar con nadie más. ¿Cuántos conoces?

—Es usted una descreída —añadió Maruxa riendo—. Nunca lo hubiera imaginado, por como habla del padre de Antonio.

—Quise a Manuel. Fue un buen marido hasta el final. Pero yo me ponía a pensar para mis adentros que había poca emoción en mi matrimonio. Veía las películas y los matrimonios no eran como el mío, ya quisiera. Manuel nunca me llevó a dar una vuelta a Vilagarcía o Caldas solo por el gusto de dar un paseo juntos. Después de la boda ya no me agarró nunca más la mano. Son cosas que veo ahora y que me hubiera gustado que me pasaran a mí. No fui desgraciada en mi matrimonio, pero... No sé explicarlo bien. ¿Y tú? ¿Eras feliz con mi hijo?

—Creo que sí. Me cuidaba mucho.

—No te he preguntado si te cuidaba, eso ya lo sé. Lo que quiero saber es si era el hombre que querías tener por marido.

—Me es difícil hablar de esto con usted. Antonio era un buen marido, pero no sentí nunca por él lo que siento por Juan.

—Maruxiña, filla, no tengo ninguna cultura, solo sé lo que la vida me ha enseñado. Si no aprovechas lo que se te presenta, te arrepentirás toda la vida y no solo serás desgraciada pensando que has perdido una oportunidad, sino que harás muy desgraciados también a los que quieres porque creerás que son culpables de que tú hayas perdido tu oportunidad. Habla con Juan para que los dos tengáis las cosas claras y procura ser discreta por los niños. ¿Juan vive solo?

—Sí. Tiene un piso cerca del colegio.

—Pues entonces no os va a ser difícil veros. Y si quieres irte alguna vez con él fuera de Vilagarcía, yo me encargo de los niños.

—Tengo mucha suerte con usted.

—Suerte la mía, que mi hijo me ha dado una hija más y dos nietos que son mi razón de ser. No sé qué va a ser de esta familia, pero mientras estemos tú y yo juntas saldrá adelante, con Antonio o sin Antonio. Y ojalá sea con Antonio, que es mi único hijo. Pero se ha ido, Maruxa, y te digo, yo que soy su madre, que no

puedes quedarte encerrada para siempre en casa porque te convertirías en una amargada. Y cuando vuelva, si vuelve, ya se verá. Mientras tanto, que ese hombre te cuide y no te haga sufrir. Bastante sufrimos ya.

Virtudes recogió el vestido de Maruxiña que su madre no había terminado de coser. Se levantó y fue a la cocina a por un vaso de agua de la cántara. Dio las buenas noches a Maruxa, que seguía sentada, pensativa, y se metió en la cama, donde tardó un tiempo en entrar en calor porque las sábanas, de frías, parecían húmedas. A lo mejor lo estaban, el tiempo estaba siendo muy lluvioso y desde que recordaba siempre había tenido la sensación de que en invierno cada día se metía en la cama soñando con que llegara pronto el calor para evitarse el mal rato inicial.

Al instante entró Maruxa con un envoltorio de periódicos en la mano: «Tenga, que le vendrá muy bien». Virtudes lo metió hasta el fondo de la cama y se calentó los pies con el ladrillo que había estado unos minutos sobre la cocina de hierro. Mejor que cualquier estufa. El ladrillo conservaría el calor durante más de una hora.

Tardó en dormirse. Había hecho un esfuerzo por comprender a Maruxa, por tranquilizarla... pero era triste para una madre. Lo que le había dicho le salía de dentro, no podía pasar el resto de su vida pensando en el marido ausente. Pero dolía. Se trataba de su único hijo.

Maruxa leía las cartas en voz alta una vez que las había leído en silencio, para ella sola. Virtudes suponía que las leía enteras, aunque no tenía forma de comprobarlo. Quizá se saltaba alguna frase más cariñosa hacia su mujer, a lo mejor alguna referencia al dinero que le enviaba o que le podía enviar, pero había algo que Virtudes había notado hacía ya mucho tiempo: Antonio no decía nada de cuándo pensaba volver. Y eso que parecía que le iban bien las cosas. Ese café en el que trabajaba ahora, o lo que fuera, era un buen negocio, según contaba, así que debía de haber ahorrado ya algún dinero con el que podía ir pensando en montar algo en Ventos o en Vilagarcía. Pero no decía una sola palabra sobre cuáles eran sus intenciones. Por eso Virtudes habló con Maruxa como habló, tragándose el dolor.

No le gustaba que se juntara con otro hombre, pero ¿qué iba a hacer ella? ¿Prohibirle que lo viera? ¿Montarle un escándalo? ¿Qué ganaba si se ponía en contra? Nada. Problemas con una nuera a la que quería de verdad, que era buena

mujer y una gran madre. Los niños notarían que algo iba mal entre ellas y sufrirían sin comprender qué pasaba... Había hecho lo que debía, apoyarla. En primer lugar, porque no hacerlo no cambiaría las cosas. Maruxa parecía otra en los últimos tiempos y eso indicaba que ese hombre la trataba bien, así que no iba a dejarlo únicamente porque ella se lo pidiese. Segundo, porque en el fondo la comprendía. Ni treinta años siquiera y casi siete de soledad... ¿Con qué derecho iba a exigirle fidelidad a un marido ausente?

Le había costado mucho hablarle como lo había hecho, animándola a seguir adelante. Pero dolía. Le había pedido discreción, también por los niños y, conociendo a Maruxa y hasta qué punto le importaban sus hijos, estaba segura de que, a no ser que ocurriera algo no previsto, nadie se enteraría de que salía con ese hombre de Vilagarcía. Y cuando volviera Antonio... mejor no pensar en qué hacer cuando volviera. Nadie podía asegurar que fuera a volver, como nadie podía asegurar que Maruxa siguiera saliendo con el hombre de Vilagarcía, con Juan —le costaba mencionar aquel nombre— el día que su hijo apareciera por la puerta. Si aparecía.

Eran muchos los que se habían marchado jurando volver; muchos de los que escribían regularmente, por unas razones o por otras, lo iban espaciando hasta que un día dejaban de dar señales de vida o alguien anunciaba que había muerto lejos de su tierra. No tenía más remedio que apoyar a Maruxa. Cuanto más vueltas daba a lo que le había contado su nuera, más pensaba en su hijo. Hacía tiempo que no se preguntaba con tanta intensidad qué vida llevaría allá en Buenos Aires, quiénes eran sus amigos, cómo era su casa y su lugar de trabajo. Tampoco su primo Pepe daba muchas pistas cuando escribía a su madre, y ese sí que era difícil que volviera porque se iba a casar con una chica argentina. Quizá un día viajara a España para ver a su familia y para que conocieran a su mujer, pero que se quedara en Ventos... no lo creía.

¿Volvería Antonio? Ella era su madre y le esperaría siempre, pero ¿se podía exigir a Maruxa esa espera, que podía durar aún tantos años como los que ya habían transcurrido desde que se había ido? ¿O una espera que podía no tener fin?

Tiempos de bonanza. (Antonio)

Nueve años. Hacía exactamente nueve años que había desembarcado en Buenos Aires. Recordaba su angustia ante el futuro, la alegría y sobre todo el alivio al ver a su primo Pepe nada más salir de la aduana. Recordaba, no con nostalgia, pero sí con emoción, aquella primera casa en la que vivieron.

Antonio era otro hombre, con una vida muy distinta a la de entonces. Echaba la vista atrás y le costaba rescatar las imágenes de Ventos, de su casa familiar, de la Galicia rural de la que no había salido hasta que embarcó en Vigo con veinticinco años.

Miró despacio a su alrededor, al pequeño despacho que ocupaba en la oficina que habían abierto hacía unos meses en el barrio Caballito y que compartía con Emilio. Los tres salones de té Chelsea eran un éxito, funcionaban a pleno rendimiento, dos en Buenos Aires y uno en Córdoba, y pensaban continuar con la expansión. Incluso aparecían por la oficina empresarios de larga tradición en hostelería interesados en abrir un Chelsea en sus hoteles.

Las cosas económicamente no le podían ir mejor. Había devuelto antes de lo previsto el dinero que le habían prestado los Padín para cubrir su participación como socio, y además había ampliado su porcentaje. Santiago también había apostado por los «Chelsea», fue socio desde el principio, aunque de forma testimonial. Dirigía su propia empresa, diversificada en varios sectores, había sabido aprovechar el auge económico de Buenos Aires pese a la inestabilidad política.

A Antonio le preocupaba la situación porque los militares trataban de imponer su criterio y su fuerza en el gobierno del presidente Frondizi. Mabel se había convertido en una activista comprometida y Antonio temía que cualquier día pudiera verse involucrada en algo grave o incluso resultar herida en una de las revueltas callejeras en las que participaba. Las asonadas eran tan frecuentes que ni siquiera se reflejaban ya en los periódicos. Frondizi había sufrido tres o cuatro intentonas golpistas, y de cada una de ellas salía más tocado. Su imagen como presidente estaba absolutamente deteriorada, solo se mantenía en la Casa Rosada

con muchas dificultades, falta de apoyos. Juan Domingo Perón, derrocado por un golpe militar en 1955, vivía exiliado en España.

Argentina era un país habituado a los relevos presidenciales, a las injerencias del ejército en las decisiones de gobierno y a la legalización e ilegalización periódica de los partidos; el último de ellos el de Perón. Antonio prefería tomar distancia cuando veía que crecía el nivel de preocupación. Vivía agradecido por todo lo que aquel país le había dado y el tiempo le había enseñado a entender a los argentinos.

Le hizo gracia aquello que había escuchado a un amigo de su primo Pepe, algo así como que a un argentino había que comprarlo por lo que valía y venderlo por lo que creía que valía. El amigo era argentino, así que nadie pudo sentirse herido. A él le gustaban los argentinos y, desde aquel famoso encuentro con Santiago que le cambió la vida, se sentía casi porteño, aunque sin olvidar nunca sus raíces gallegas.

En su despacho tenía varias fotografías de Galicia. En una se podía ver un bosque de pinos y eucaliptus que dejaban entrever el mar al fondo. Esa fotografía siempre le recordaba a Ventos. Podía ser perfectamente la ría de Arousa vista desde lo alto de Meis, por donde la Armenteira. O del monte Xiabre.

Apenas paraba en la oficina porque procuraba ir un par de veces por semana, sin previo aviso, a cada uno de los salones. Le gustaba comprobar que todo estaba como debía, que las vajillas y los manteles estaban impecables, que los encargados hacían bien su trabajo, los camareros y camareras eran diligentes, la cocina mantenía el nivel que se esperaba y los clientes estaban bien atendidos.

Una vez al mes viajaba a Córdoba con el mismo propósito. Por tanto, al despacho acudía para organizar las cosas de personal, revisar las cuentas, hacer las gestiones con los bancos y ocuparse de los pedidos. Lo que había hecho desde que se abrió el primer Chelsea y que le gustaba mantener bajo su responsabilidad. Conocía bien a los proveedores y era importante mantener la calidad para que el negocio siguiera funcionando como hasta ahora.

A Mabel la veía con frecuencia. Mantenían su costumbre de los largos paseos, una oportunidad para hablar con tranquilidad. Mabel le recogía en la oficina y se iban juntos al parque Rivadavia, que no quedaba lejos, o a callejear por el Barrio Inglés, porque a Antonio le encantaba el estilo de las casas de aquella zona, con

una arquitectura que conoció cuando llegó a Buenos Aires, o más bien, cuando conoció a su familia argentina, ya que antes apenas salía del círculo de gallegos, a los que, por supuesto, no había dejado atrás. Al menos un par de veces al mes, se encontraba con Pepe y con los amigos de cuando trabajaba en La Estrella.

Por allí aparecía de vez en cuando para hacer una visita a Isabella, que pasaba las tardes en la cafetería. «Quedarme metida en casa es un aburrimento. Ya sabes, lo mío es la gente, y me encuentro muy a gusto aquí», explicaba a Antonio, al que recibía siempre con un gran abrazo y un beso que le dejaba la mejilla manchada de carmín. Era ya un rito que Isabella pidiera un vaso de seltz nada más sentarse en una mesa con Antonio, metía un pico de la servilleta en el vaso y limpiaba los restos de carmín de la cara de Antonio, con quien disfrutaba hablando hasta que él, después de anunciar dos o tres veces que tenía que marcharse, finalmente se levantaba de la silla.

Isabella le quería de verdad, y le preocupaba verle tan enamorado de Mabel. La chica no le acababa de gustar, le parecía excesivamente superficial y tenía miedo de que le hiciera daño. Nunca había confesado a Antonio su reticencia, aunque Antonio se había dado perfecta cuenta. La prueba era que en el tiempo que llevaban juntos, solo había llevado a Mabel a La Estrella en dos o tres ocasiones, más la tarde de Nochebuena, que los dos fueron a casa de Isabella para llevarle un regalo. Un precioso foulard de seda que Mabel había elegido con todo cuidado porque quería que le gustara a la exjefa y amiga de su novio, por la que no sentía excesiva simpatía. Adivinaba que no le caía demasiado bien a quien había tomado a Antonio bajo su protección desde el primer día que empezó a trabajar en su cafetería y había tenido un papel fundamental en su formación personal y profesional, y también en su trayectoria como pequeño empresario.

No era la única persona del entorno de Antonio que no se sentía especialmente cómoda con Mabel, aunque tratara de disimularlo. Pilar, su amiga del Centro Gallego, su primera amiga en Buenos Aires, trató con distancia a Mabel la única vez que la vio, y Mabel no le fue a la zaga. Podía ser una cuestión de celos, pero era ridículo porque Pilar estaba casada y bien casada, se la veía muy feliz con su marido y con la niña que tenían, y además jamás había tenido ningún tipo de relación amorosa con Antonio, al que consideraba un buen amigo con el que congenió desde el primer momento en que se conocieron. Había llovido mucho

desde entonces en todos los sentidos, pero la amistad entre los dos se había mantenido.

Pepe y sus amigos también hacían esfuerzos por ser agradables con Mabel. Antonio se preguntaba si sería una cuestión social. Mabel era una joven universitaria, sin problemas económicos, de familia de clase media alta, mimada por un padre que vivía para ella, aunque se encontraba en otra ciudad. Presumía, además, de su independencia y de asumir riesgos políticos porque se sentía protegida. En cierto sentido, representaba aquello que a todos les hubiera gustado ser: titulados universitarios, que con solo pedir lo que anhelaban inmediatamente lo conseguían —gracias a sus padres— sin el menor esfuerzo.

Antonio se sentía a veces molesto cuando Mabel ponía mala cara si él no podía verla por cuestiones de trabajo. A veces se quedaba en Córdoba más tiempo del previsto, o cancelaba su cita en el último momento porque debía atender a un proveedor o se prolongaba la reunión en la que los socios de la cadena Chelsea tomaban decisiones de las que dependía el buen desarrollo de la empresa.

Pero la incomodidad duraba poco. Antonio, que analizaba sus sentimientos constantemente porque no dejaba de pensar que en algún momento tenía que tomar una decisión con respecto a Galicia, no tenía dudas de que estaba total y sinceramente enamorado de Mabel. Y sabía que a Mabel le sucedía igual. Ella le decía varias veces al día que lo amaba y también lo demostraba con hechos. Pero no ocultaba su contrariedad cuando él no se sumaba a los planes que ella había organizado y reaccionaba como una niña caprichosa cuando alguien contrariaba sus deseos.

Pero quería a Antonio, era una gran compañera, le había dado una seguridad en sí mismo fundamental para aceptar el reto que le habían presentado meses atrás, cuando el resto de los socios de Chelsea le propusieron que dejara el salón de Palermo y se convirtiera en el gerente de la empresa. Aceptar fue una gran responsabilidad y una oportunidad magnífica, con un buen salario y la posibilidad de aumentar su porcentaje en la sociedad.

Si Mabel no hubiera estado a su lado, si ella no le hubiese animado a dar aquel paso, si Mabel no hubiera confiado en su capacidad, seguramente Antonio no habría aceptado el cambio, o habría tardado más tiempo en decidirse. Él ahora pensaba en el futuro. Ese era el problema. No había día en el que Antonio no

reflexionara sobre su situación personal y, paradójicamente, ahora le preocupaba más que antes. Porque ahora estaba Mabel.

Durante años no se había planteado el regreso a Galicia. En alguna ocasión se preguntaba si quería volver, si echaba de menos a Maruxa y a los niños, y procuraba apartar el pensamiento de su cabeza porque el tema le producía desasosiego. Con la excusa recurrente de ahorrar un dinero, fue justificando su permanencia en Buenos Aires año tras año. Lo que se ocultaba tras de aquel razonamiento, lo sabía bien, era simple y llanamente que se estaba comportando como un cobarde. No solo tenía en el banco una cantidad con la que iniciar algún tipo de empresa en Galicia, sino que contaba con una formación que le permitiría abrir puertas a proyectos que jamás habría imaginado. Porque —se decía— quien sabe poner en marcha un salón de té, y después una cadena de salones de té sin tener ni la menor idea de por dónde empezar, está preparado para iniciar cualquier aventura, una vez que haga el trabajo de campo necesario para ver dónde puede haber negocio. Una tienda de ultramarinos, un restaurante, carpintería, taller de automóviles, muebles... La base es la misma: ojo para contratar al personal, analizar el mercado, buscar el local en el lugar adecuado, cuadrar las cuentas, buscar los proveedores, acordar las condiciones... Lo que había hecho en los últimos años, en los que había aprendido más que en toda su vida.

El problema era Mabel, de la que se había enamorado como nunca pensó que podría enamorarse. Se resistía a perderla. Le resultaba difícil imaginar cómo sería vivir sin ella, sin tenerla al lado para hacerle partícipe de sus inquietudes, sus ilusiones, sus pequeños triunfos, las metas que se marcaba. Pero los dos sabían que el lugar de Mabel no estaba en Galicia. El día que él cogiera el barco para regresar con su familia, Mabel quedaría atrás para siempre.

Santiago, su confidente, era el único que compartía con Antonio su angustia. Su primo era incapaz de ofrecerle consejo alguno, ni siquiera él estaba seguro de qué camino debería escoger Antonio, solo a él le correspondía tomar una decisión. Si Antonio regresaba a Galicia destrozaría su corazón y el de Mabel, a pesar de que las cosas estuvieron claras desde el principio entre los dos. Ella misma había asumido el riesgo, según le explicó más tarde a Santiago. Había decidido vivir al día. En cambio, si Antonio se quedaba para siempre con Mabel en Buenos Aires y formaba una nueva familia —sin casarse, porque en España

no existía el divorcio—, conociendo como conocía a su primo, pensaba Santiago que siempre le quedaría el sentimiento de haber traicionado a su mujer y a sus dos hijos. Y no era aconsejable, se decía Santiago, después de lo visto en su abuelo, empezar una vida soportando el peso de la culpa.

En las ocasiones en que Antonio parecía encerrarse en sí mismo, se volvía silencioso y ajeno a lo que ocurría a su alrededor, aunque fuera una reunión en casa de Rosa, con el bullicio de los hijos y nietos, con certeza —creía Santiago— pensaba en su familia gallega, que nunca había celebrado un almuerzo o una cena tan multitudinaria, tan alegre, tan compartida.

Si Santiago hubiera comentado en voz alta cómo veía el futuro de Antonio, este se habría quedado perplejo al comprobar su perspicacia. Antonio no le había confesado la lucha interna en la que se debatía, aún no le había contado que estaba decidido a regresar a casa, que creía llegada la hora. Después de tantos años de ausencia estaba preparado para cumplir la promesa que le había hecho a Maruxa. Además, estaba Virtudes, su madre, a quien el tiempo se le escapaba a zancadas. Si algo le ocurriera, Antonio no se perdonaría nunca no haber estado allí para darle el último abrazo.

Su otra herida era Mabel. Se había convertido en el centro de su existencia, en el motor, la persona que le daba estabilidad emocional, equilibrio, ganas de vivir, de disfrutar. Mabel era la mujer que quería tener al lado el resto de su vida. Perderla sería un infierno, pero hacerle daño... El día que le anunciara su marcha, Mabel se derrumbaría. Solo de pensarlo, le dolía el alma.

Ella no le pediría que se quedara, era orgullosa y desde el principio supo que aquella relación estaba abocada a tener un final porque Antonio jamás barajó la idea de quedarse definitivamente en Buenos Aires. Lo que no sabían entonces es que se enamorarían con locura y que saldrían malheridos los dos.

Él, al menos, tendría una vía de escape para mitigar el dolor que sentiría en el instante de la separación. Una vez regresara a Galicia tendría una familia a la que se dedicaría en cuerpo y alma para intentar recuperar los sentimientos que el tiempo había debilitado. No sería difícil con los niños, pero Maruxa... Antonio, solo pensar en Maruxa, sentía vértigo.

Era Mabel quien le preocupaba. Él mejor que nadie conocía su fragilidad, aunque parecía fuerte, incluso orgullosa. Temía que la despedida fuera para ella un golpe difícil de superar; estaba seguro de que se le caería el cielo encima. Una

y mil veces Antonio se ponía en el lugar de Mabel, quería encontrar la forma menos traumática de decírselo. Cuando daba vueltas a la situación, la angustia le obligaba a pensar en otra cosa, pero también era penoso saber que dos niños estaban creciendo sin padre: sus propios hijos.

Maruxa le había enviado una fotografía de los dos hacía unos meses, y Antonio, destrozado por la emoción y por los remordimientos, rompió a llorar. Se conmovió al ver el rostro de Maruxiña, rubia como su madre, con el pelo rizado y los ojos claros. Tenía la mirada risueña, como si quisiera transmitirle algo especial a través de esa fotografía que se habían hecho en Vilagarcía, especialmente para mandar a su padre a Buenos Aires. Una fotografía solo de los niños.

En esos años Maruxa nunca había enviado una suya, y Antonio la imaginaba tal como la dejó. En cambio, sí se había ocupado de que su marido supiera cómo estaban sus hijos. Antonio tenía en el cajón de su mesilla de noche media docena de fotos de los chiquillos y, sobre la mesilla, una que le había gustado especialmente en donde una Maruxiña de unos tres años, sentada en el suelo al lado de su hermano, jugaba con un gato minúsculo al que acunaba en su regazo.

No era una foto de estudio, sino que la había hecho el marido de la prima de Maruxa con una cámara que les habían regalado por su boda. En aquella fotografía los dos niños no estaban posando, por esa razón le gustaba más; en el resto, se notaba que sus hijos estaban pendientes de seguir las instrucciones del fotógrafo. Pero en esta última, tomada al aire libre, en el Parque de Compostela, los niños aparecían tal y como eran. La mirada de Maruxiña y, sobre todo el aire serio de Antón, lo desarmaron. Le dio la impresión de que su hijo le enviaba un mensaje; que su padre, al otro lado del océano, comprendiera que no debía preocuparse, pues él estaba cuidando a la familia tal y como le había prometido. Antonio advirtió cierto gesto protector en el brazo que su hijo pasaba por los hombros de su hermana pequeña. Compraría un marco para esa foto. La pondría en su mesilla de noche, sería una forma de tenerlos cerca.

El sonido de la llave en la puerta le sacó de su ensimismamiento. Habían quedado a las nueve, pero Mabel se había adelantado. Se pasó una mano por los ojos para borrar cualquier rastro de llanto de su rostro. De forma apresurada trató de esconder la foto de los niños bajo la almohada, pero para entonces Mabel ya había entrado en el dormitorio. Su sonrisa desapareció de inmediato:

—¿Qué pasa, Antonio? ¿Qué ocurre?

—Nada, no pasa nada. He tenido un momento tonto, pero no te preocupes.

—¿Qué escondías?

—Un retrato de los niños. Lo he recibido esta mañana —dijo mientras se lo entregaba a Mabel—, y me he dejado llevar por la morriña.

Mabel estuvo largo rato mirando la fotografía y se la devolvió.

—Están muy guapos. Tu hija va a ser una belleza.

Antonio no respondió y, levantándose, se dirigió a la cocina, esforzándose por recuperar la normalidad. Lo que menos le apetecía en ese momento era hablar sobre el tema con Mabel.

—¿Te apetece tomar algo?

—No, gracias. Me apetece salir a dar una vuelta. Hace una noche preciosa. Podríamos sentarnos en alguna terraza.

Antonio se cambió de camisa y de zapatos, se lavó los dientes, se pasó un peine por el pelo y en cinco minutos estuvo preparado. Era una buena idea salir a la calle. Si se quedaban en casa seguro que Mabel querría preguntarle cómo se sentía, y ese era el peligro. Aprovecharía la ocasión para hacer las preguntas que estaban permanentemente en el aire y que los dos sabían que, antes o después, tendrían que abordar.

Antonio estaba convencido de que Mabel también pensaba en su marcha, quizás más que él mismo, pero hasta ahora no le había preguntado por el tema, como si de esa forma alejara el miedo a la separación. Algo parecido a lo que hacía el avestruz cuando escondía la cabeza bajo tierra, aunque en alguna parte había leído que no era exactamente así, el animal bajaba la cabeza pero no la escondía. En cualquier caso, era evidente que su novia eludía ciertos temas porque no estaba preparada para enfrentarse a la realidad. Ese día llegaría, tarde o temprano llegaría.

Aunque a veces se engañara pensando que, tal y como iba la empresa, Antonio al final podría cambiar de idea. No era tan descabellado, incluso él había barajado esa posibilidad. Se manejaba muy bien en los negocios, como había demostrado, y aunque eso significaba que podría montar cualquier empresa en otro lugar, después del esfuerzo sería una pena abandonarlo todo y empezar de nuevo. Por otra parte, ser socio de Chelsea le permitía tener unos ingresos en Argentina que en el futuro podían ser considerables, como le había dicho su

primo Santiago una vez que le pidió que le explicara cuál era su situación societaria.

El abuelo Manuel había vendido sus acciones a su nieto. Le parecía justo que fuera Antonio quien se quedara con ellas, no solo porque era quien trabajaba en los salones sino porque, sospechaba Antonio, sentía un compromiso especial con ese nieto que pertenecía a la familia que había abandonado hacia cincuenta años. Por tanto, disponía de un porcentaje considerable. Además, Isabella le había anunciado meses antes que había acudido a un notario para disponer que, cuando ella falleciera, sus acciones de Chelsea quedaran en manos de Antonio. «No tengo hijos, y a mis sobrinos, a los hijos de Emilio, les dejo mi casa con todo lo que hay dentro, así como mi participación en La Estrella. Sabes que te quiero como a un hijo, Antonio, y, con el corazón en la mano, creo que mi decisión es justa. Eres parte fundamental de la empresa, gracias a ti los salones se han convertido en lo que son».

Antonio se emocionó con el gesto de Isabella. Se lo contó a Santiago y este no se sorprendió en absoluto. «Es más lógico que te lo deje a ti que a sus sobrinos, que no tienen nada que ver con Chelsea. Además, se quedarán con un buen pellizco de la herencia de su tía. Eso, sin contar con lo que recibirán de su padre».

Tenía razón Santiago. Isabella le contó la reacción de sus sobrinos, los dos hijos de Emilio. Estos no habían puesto ninguna traba, muy al contrario, les parecía acertada su decisión. De esa manera se garantizaban que Antonio estuviera pendiente de los salones, regresara o no a Galicia. Para todos era quien mejor conocía el negocio.

—Si todo va bien como hasta ahora —le había explicado Santiago cuando su primo le pidió que le hiciera una especie de informe sobre cómo se le presentaba el futuro—. Cuando fallezca Isabella tendrás una buena renta, porque a sus acciones hay que sumar las del abuelo, que aunque sean casi testimoniales —como las tuyas al comienzo— te permitirán acercarte al cuarenta por ciento, lo que está muy bien en cuanto a réditos. Eso te permite tener voz y voto en las decisiones futuras. Veo, además, que a través de la sociedad podéis emprender otras iniciativas, aunque eso dependerá ya de lo que quieran hacer en el futuro Emilio o sus hijos, que tienen el cincuenta por ciento de la sociedad. Resumiendo —y Santiago miró a su primo a los ojos—, cuando regreses a

Galicia tendrás aquí un capital seguro. Un dinero que puedes mantener aquí si quieres emprender algo nuevo, o que podemos enviarte a España, según decidas. Aunque te advierto que nunca podrá ser todo el capital, pues las transacciones internacionales están muy reguladas».

Santiago le estaba dando a entender que el camino recorrido en Argentina en esos años había sido muy fructífero y que tanto si se iba como si decidía quedarse tendría una vida acomodada. Antonio había recibido el mensaje. Solo tenía que tomar una decisión, y ese precisamente era el problema. No sabía la respuesta y el tiempo se le agotaba.

La aparición de Mabel, en vez de apartar de su cabeza los pensamientos relacionados con Galicia, los había hecho más presentes, como si en su subconsciente se viera obligado a tomar cuanto antes un camino o el otro, Buenos Aires o Galicia, Mabel o Maruxa. O todo al mismo tiempo. Por supuesto, estaba la posibilidad de marcharse a Galicia durante un tiempo para ver a su familia y regresar definitivamente a Buenos Aires, donde tenía hecha su vida profesional. ¿Solo? ¿Con Maruxa y los niños? ¿Solo con los niños? ¿Se sentirían bien en Buenos Aires su mujer y sus hijos? ¿Estaría de acuerdo Maruxa en quedarse en Galicia bien instalada, sin problemas económicos, y que Antonio permaneciera en Buenos Aires y viajara a casa dos o tres veces al año? ¿Y dónde encajaría Mabel en cada uno de esos escenarios?

Los pensamientos se entremezclaban en sus insomnios. La noche era un momento terrible, las preguntas resonaban en su cerebro agobiado como un eco. No estaba seguro de nada, no encontraba respuestas convincentes. Hiciera lo que hiciese, alguien saldría perjudicado, Maruxa, Mabel, los niños, su madre, él mismo... Y, sin embargo, de forma irremediable se acercaba el momento en el que debía elegir.

Mabel era consciente de lo que le sucedía, sin que ninguno de los dos hubiera pronunciado una sola palabra. Antonio la conocía bien. Sus noches en vela eran también noches de intranquilidad para Mabel. Ella se hacía las mismas preguntas, con la diferencia de que no podía elegir. A Mabel solo le cabía esperar.

En un momento en el que paseaban del brazo por la calle, Antonio la agarró por los hombros y la atrajo fuerte contra su pecho. Ella le miró intentando

escudriñar qué le pasaba a su novio por la cabeza y, por primera vez desde que había entrado en su casa, le dedicó una amplia sonrisa.

Volver, no volver. (Mabel)

El gesto de cariño de Antonio no la tranquilizó. Aún tenía grabada su cara, desencajada y triste, cuando entró en el apartamento. Estaba molesta por la forma en la que Antonio había tratado de ocultar la fotografía de sus hijos. Se la mostró cuando se dio cuenta de que Mabel la había visto, y entonces trató de actuar con naturalidad.

Antonio había estado llorando, y no solo por los niños. Su reacción tenía que ver con algo que la propia Mabel llevaba tiempo pensando. Su estancia en Buenos Aires ya no tenía razón de ser. Tenía unos buenos ahorros y su futuro asegurado, tanto en Galicia como en Buenos Aires.

Si él estaba angustiado, Mabel todavía más. Se había jurado no interferir en su camino. Lo tuvo claro siempre, su relación con Antonio había surgido en medio de grandes obstáculos. Nunca podría casarse con ella, y algún día regresaría a su país. Es más, aunque Antonio tenía la prudencia, o la delicadeza, de no mencionar jamás que su vida estaba en Galicia, con su mujer y sus hijos, Mabel vivía con la certeza de que, algún día, Antonio pronunciaría la fatídica frase: «Tenemos que hablar».

Significaría entonces que había tomado la decisión de marcharse. Porque si la decisión fuera quedarse, abrazaría a Mabel con fuerza y le diría me quedo, me quedo, no puedo vivir sin ti, o algo parecido.

Desde hacía tiempo Mabel vivía pendiente de esa frase; sobre todo desde que había notado a Antonio más callado de lo habitual. Aunque intentara disimularlo, se le veía deprimido. Desde hacía semanas no se reían juntos, no corrían por el parque de la mano como dos críos; hacía mucho que no cometían locuras, como cuando decidieron ir a la estación y pasar una noche en la ciudad a la que les llevara el primer tren que saliera, sin tener siquiera equipaje. Tuvieron dificultades para que les aceptaran en el hotel al que acudieron, les debió parecer sospechosa la falta de maleta, y Mabel ni siquiera llevaba documentación. No hacían el amor con la alegría de antes. A Mabel le parecía notar a veces cierta

desesperación en Antonio, como si el tiempo para él fuera arena entre los dedos que no pudiera apresar.

Se resistía a preguntar. No pensaba hacerlo, aunque se moría de ganas de sincerarse y compartir con él su ansiedad. En el fondo, prefería vivir en la ignorancia. A veces le asaltaba la idea de que quizá Antonio ya tenía comprado el pasaje de vuelta y que no le diría nada hasta el último momento.

No le pediría que se quedara. Nunca hubo engaño. Pero si al principio Antonio le hablaba de su familia con naturalidad, a medida que se afianzaba la relación entre los dos dejó de nombrar a Maruxa. De vez en cuando, sí mencionaba a sus hijos, pero Mabel no recordaba cuándo había sido la última vez que Antonio había hablado de su mujer. Nunca decía «mi mujer», siempre Maruxa.

Se sentaron en una terraza, un buen lugar para no mantener una conversación íntima. Hacían comentarios sobre la gente que pasaba, lo que había hecho cada uno ese día. Mabel lo pasó con su padre, Ramón se empeñó en llevarla de compras porque había visto en un escaparate un traje de fiesta. Quería regalárselo por su cumpleaños. Su padre le prometió que lo celebrarían juntos.

Ramón sabía de la existencia de Antonio, aunque pensaba que sería uno de tantos con los que tonteaba su hija, nada serio. «Ya he conocido unos cuantos — le dijo un día a Mabel—. Prefiero que me presentes al novio definitivo, con el que decididas casarte». Ningún Padín le sacó de su error, como si todos, sin necesidad de mencionarlo, hubieran llegado al acuerdo tácito de mantenerlo al margen de un problema que sin embargo preocupaba, y mucho, a Manuel y a Rosa. Sí conocía en cambio la historia del parentesco, pero no tenía excesivo interés en conocer al joven. Mabel nunca le dijo que era la primera vez que se había enamorado; la primera vez que sentía que era la pareja de alguien; y la primera vez que sabía que no podía casarse con la persona con la que prácticamente vivía cuando su padre no estaba en Buenos Aires.

Evitaba hablar del tema con Antonio. En cambio, compartía sus angustias con Santiago y, como ocurría con todos en la familia Padín, le contaba sus penas y sus alegrías a la abuela Rosa, que a pesar de su edad, o quizá porque había vivido mucho a su edad, era sin duda la persona más lúcida de toda la familia, la que mejor escuchaba y parecía más capaz de analizar con sosiego cualquier tipo de situación por complicada que fuera.

Curiosamente los dos, Santiago y Rosa, le aconsejaban lo mismo: que tuviera paciencia y esperase, pues no estaba en posición de decidir. Santiago se mostraba más sincero, por no decir escéptico, con respecto a la relación, y eso le dolía a Mabel. Ella necesitaba palabras de ánimo, como le reprochó un día a Santiago:

—Quiero que me digas que Antonio se va a quedar aquí para siempre; quiero que me digas que su amor es tan fuerte que renuncia a volver a Galicia; quiero que me digas que sus negocios van tan bien que él mismo se dará cuenta de que pierde mucho si vuelve a España...

—Mabel —la interrumpió Santiago—, nunca te he mentido y no lo voy a hacer ahora en un asunto tan serio y que, además, te concierne. No sé qué va a hacer Antonio, creo que ni él mismo lo sabe. Estoy seguro de que está enamorado de ti como no lo ha estado nunca, así me lo ha confesado y no hay más que verlo. Es otro hombre, desde que está contigo ha mudado la piel, pero continúa siendo una persona responsable. Es consciente de que tiene un compromiso con su familia. Además, yo nunca le he oído una palabra sobre quedarse en Buenos Aires. De todas formas, quién sabe lo que se le pasa por la cabeza...Y te digo más: independientemente de lo que decida, pienso que la historia del abuelo pesará mucho en su decisión. Supongo que no quiere ser el segundo Padín que abandona a su mujer y a sus hijos.

—Pero si no los abandona —se quejó con voz rota Mabel—, les envía dinero, escribe cartas, está pendiente de ellos...

—Pero no está con ellos, no comparte su vida, no está en el día a día, que es donde debe estar un marido y un padre. Mabel, no quiero seguir hablando porque te hago daño, pero conocías los riesgos que asumías al enamorarte de Antonio, y aun así te metiste de cabeza en esta historia sabiendo que podía acabar mal. Ojalá me equivoque, pero, conociendo a Antonio, regresará a España en algún momento, aunque lo está retrasando porque no quiere perderte. Para él también será muy doloroso y traumático. Otra cosa es que una vez en Galicia decida volver a Argentina, pero es algo que no debes ni pensar, no te rompas la vida esperando algo que a lo mejor nunca ocurre.

—Eres muy duro conmigo —se quejó Mabel.

—No soy duro, soy realista. Soy tu mejor amigo y te quiero. Mientras tanto, disfruta el tiempo que estés con él. No puedes hacer nada.

—¿Ni siquiera un poco?

—Bueno, si por las razones que sean Antonio decide quedarse, o regresar a Argentina después de pasar un tiempo allá, algo tendrás que ver con eso, pero tú no eres lo único que él pone en la balanza. También cuenta lo que ocurra en su familia cuando regrese, y si le va bien económicamente. Si podrá adaptarse de nuevo a Galicia... Son demasiados los factores que intervienen, Mabel, no solo tú.

Ella sacó del bolso un pañuelo de batista —se lo había regalado Antonio— y se limpió las lágrimas con cuidado de que no se le corriera el kohl con el que perfilaba sus ojos azules que destacaban en su rostro claro. Santiago le dio un beso en la frente y le apretó la mano que tenía libre.

—Vamos, ánimo. Que Antonio no te vea así. La abuela Rosa suele decir que los hombres nos alejamos de las mujeres que nos plantean problemas emocionales, que nos golpeáis la conciencia, que nos provocáis tristeza con vuestra tristeza, y creo que tiene razón. Somos muy egoístas en ese sentido. Es una de las razones por las que siempre digo que el mundo es de las mujeres. Sois más fuertes, más sólidas, estáis mejor preparadas para afrontar los problemas. Tú eres un ejemplo, una superviviente que ha crecido sin madre y sin hermanos, capaz de quedarse en esta ciudad enorme sin un padre al lado que le resuelva los problemas, como ocurre con la mayoría de las mujeres que conozco; tus propias amigas, sin ir más lejos. Sobrevivirás a esto, pase lo que pase con Antonio. Y, quién sabe, a lo mejor hasta ganas la batalla. Con Antonio o con un hombre fuera de serie que está esperando en alguna parte una mujer fuera de serie como tú.

—Prefiero que sea con Antonio.

—Bueno, con Antonio. —Rio Santiago mientras la apretaba fuerte contra él—. Pero no te cierres a nada.

La abuela Rosa había seguido con inquietud el enamoramiento de Mabel y Antonio. Intuía, antes incluso que la propia Mabel, que su nieta sentía una fuerte atracción por Antonio. Lo adivinaba en los gestos, los comentarios, la forma en que ella le miraba. Perdía su habitual espontaneidad cuando coincidía con Antonio en casa y enseguida aceptaba los planes que le proponía Santiago si en ellos entraba Antonio, cuando lo normal en ella era que siempre buscara alguna excusa. A Rosa le sorprendía que los demás no se dieran cuenta del cambio. Los

dos primos y Mabel se convirtieron en un trío inseparable y Antonio demostraba una alegría desconocida hasta entonces.

Cuando Mabel le contó que hacía un mes que se había declarado a Antonio —«Tuve que hacerlo yo, es tan tímido que si no doy el paso llegamos a viejitos saliendo juntos de paseo los domingos»—. A Rosa no le consoló saber que había acertado en sus conjeturas. Aquella relación a la larga solo traería sufrimiento.

Todo lo relacionado con Mabel y Antonio se había vivido en la familia con cierta extrañeza. Mabel solo le había confiado el secreto a Rosa, y Santiago, por supuesto, estaba al tanto. Pero cuando se producían las reuniones en casa de los abuelos, Mabel y Antonio se comportaban como si los demás conocieran su relación de pareja. Llegaban juntos, se marchaban juntos y, aunque nunca se les vio un gesto amoroso, hablaban en plural y se referían con naturalidad a lo que habían hecho, a dónde habían ido y qué obra o película habían visto últimamente.

Ninguno de los Padín se atrevía a hacer comentarios, por discreción o porque todos habían asumido que las cosas estaban como estaban. El único que preguntó al respecto fue Manuel, y Rosa fue escueta en su explicación: «Pues que se quieren», sin dar pie a que su marido añadiera una palabra más. Hizo otro intento por retomar el tema porque Mabel le preocupaba, pero Rosa reaccionó igual de tajante: «Ya es mayorcita para saber dónde se mete y lo que quiere. Y si sale herida, aquí estaremos tú y yo para curarla». Manuel miró a su mujer y vio claro que Rosa evitaba la cuestión porque le afectaba directamente. Cuando se ponía así, no había quien le sacara una palabra más.

Y no le faltaba razón. La abuela se había enterado del comienzo del noviazgo por la propia Mabel, y por esa misma razón, porque no quería traicionar su confianza, era una tumba, incluso con su marido. Su nieta le había contado que quería vivir aquel amor con todas sus consecuencias, aunque su cabeza le aconsejaba todo lo contrario, que no tomara ese camino no fuera a morir en un callejón sin salida.

Después de todo lo vivido con Manuel, Rosa no podía hacer otra cosa más que apoyarla. «Todos tenemos derecho a vivir un gran amor, todo el mundo debe vivir un gran amor, y son pocos los privilegiados que lo encuentran. No lo dejes pasar, hija mía, te arrepentirías toda tu vida. No sabes cuánto durará, pero ¿existe

algún amor que sea eterno? ¿No lo rompe la muerte, la distancia, las desavenencias familiares o el propio desamor?».

Mabel y Antonio disfrutaban del buen tiempo en una terraza, charlando de cosas intrascendentes: una cliente inglesa, que había comentado que el Chelsea de Palermo no tenía nada que envidiar a los salones de té más selectos de Brighton, de donde era; su impresión sobre una chica que les había presentado Santiago y que parecía gustarle más que otras con las que salía, y que ya era hora de que se enamorara en serio de una vez; los días que querían pasar juntos en la playa, viaje que llevaban preparando desde hacía tiempo y sobre el que hacían bromas porque Antonio no sabía nadar «y a ver si aprovechas la ocasión para perderme de vista definitivamente», y se pusieron serios los dos para compartir algo que les preocupaba desde hacía unos días: Manuel no se encontraba muy bien, tosía constantemente y Rosa temía que pudiera sufrir alguna dolencia pulmonar.

—Me ha dicho la abuela —comentó Mabel— que el médico se pasará mañana. Le ha llamado sin consultárselo. Dice que le importa un cuerno que el abuelo se enfade.

—No me gusta nada su tos —dijo Antonio. Estaba tan preocupado como Mabel—. Sobre todo, no me gusta la cara. ¿Te has dado cuenta?

—Claro que me he dado cuenta, pero no se queja. No quiere preocuparnos, sobre todo a la abuela.

—Me alegra que el médico vaya mañana. No tiene ya edad para pensar que eso se cura solo. ¿Qué te parece si nos pasamos a verlos?

—Una buena idea, así les damos un poco de conversación y se despejan un rato. Antes, quiero comprar a la abuela unas pastas, que sé que le encantan.

Antonio pidió la cuenta, pagó y se fueron del brazo hacia una confitería cercana. Mabel se sintió reconfortada por la actitud cariñosa de Antonio, por la forma en que la miraba, tan intensa. Nada que ver con el aspecto lloroso de antes. Había sido una buena idea sacarle de casa y mantener una conversación tranquila que de ninguna manera podía hacer sospechar a su novio que Mabel vivía angustiada.

Manuel no estaba bien. Sentado en una butaca con una manta sobre las rodillas y un pañuelo en la garganta, impresionaba su aspecto de enfermo e impresionaba también el olor a eucalipto de la salita en la que se encontraba.

—No hay manera de tenerlo en cama —se quejó Rosa al darles un beso de bienvenida, tratando de disimular su inquietud—. Los hombres de esta familia son unos enfermos pesadísimos. Nono, desde que tuvo uso de razón, jamás se ha dejado poner una inyección, y encima su padre siempre se ponía de su parte. Él tampoco se deja cuidar —añadió mirando con ternura a su marido—, solo ha permitido unos vahos con hojas de eucalipto, que por lo menos facilitan la respiración. Pero ¿cómo vamos a curar esa tos a base de eucalipto? Ya le he advertido que no me rindo, esto lo curamos por las buenas o por las malas.

Mabel se sentó al lado de su abuelo mientras Rosa iba a la cocina a preparar un cacao caliente para su marido y una tetera para Mabel y ella.

—Antonio, hijo, sírvete algo, que por ahí debe haber esas cosas que os gustan a vosotros, ginebra y whisky.

—Me tomo un té con ustedes, me vendrá muy bien.

—Abuelo, ¿por qué no llamamos al médico? —preguntó Mabel, tratando de poner su tono más persuasivo.

—Ya veremos, ya veremos —respondió Manuel, lo que dio esperanzas a su mujer, que entraba en ese momento con una bandeja con las tazas.

—Pues, Manuel, si mañana no te encuentras mejor llamo al doctor Robles.

Manuel no respondió. Rosa, Mabel y Antonio se miraron: una buena señal porque significaba que aceptaba la visita médica. Mala señal porque indicaba que se sentía tan mal que claudicaba y se dejaría examinar por un profesional.

La visita fue corta, el abuelo necesitaba descansar y, aunque se alegraba de ver a Mabel y Antonio, no quería quedarse callado sino participar en la conversación, y lo que menos le convenía era hacer esfuerzos. Se fueron prometiendo volver al día siguiente. Rosa, al acompañarles hasta la puerta, dejó de disimular: «Le veo muy mal. Nunca le había visto tan mal». Cogió las manos a sus nietos y se las apretó con fuerza.

La llamada de la tierra. (Rosa)

Manuel se fue sin darse cuenta. Al menos fue a lo que Rosa se agarró para acallar tanto dolor. Que su marido había muerto sin darse cuenta de que se estaba muriendo.

El doctor Robles no tuvo dudas sobre el diagnóstico en aquella primera visita: Manuel padecía una pulmonía severa. Era necesario llevarlo al hospital para hacerle las radiografías y pruebas necesarias. Cuando Rosa lo acompañó hasta la puerta, el médico le habló con claridad: Manuel estaba grave y la edad jugaba en su contra.

En el hospital Manuel se dejó cuidar sin una protesta, sin una queja. «Eso es porque se encuentra muy mal —le dijo Rosa al médico—; si se viera bien no dejaría que le pusieran ustedes una mano encima, y mucho menos habría venido al hospital». Hubo una cierta mejoría, hasta el punto de que Manuel parecía que recuperaba fuerzas, pero a los pocos días su estado empeoró sin remedio. Semiinconsciente, apenas articulaba palabra, pero en ningún momento dejó de apretar la mano de su mujer, que no se movió de su lado. Rosa pidió que le colocaran un sillón junto a la cama de su marido, y dormía, cuando dormía, con su mano sobre el brazo o la mano de Manuel.

Murió acompañado de su mujer y sus hijos. Su nuera y sus nietos esperaban en el pasillo el fatal desenlace. Sus últimas palabras no sorprendieron a nadie: «Rosa, dame un beso». Ella fue su gran amor, la compañera que había dado color a su vida.

Como todos se temían, Rosa se hundió. El ejemplo de fortaleza ante las adversidades, la mujer que era apoyo de cuantos se venían anímicamente abajo, la abuela siempre de buen humor, que se rebelaba contra las convenciones y vestía colores claros, rosas y azules «porque bastante mayor soy ya como para echarme más años encima al vestirme de vieja»; la que siempre buscaba la manera de encontrar el aspecto positivo de una mala noticia, no solo se vino abajo al morir su marido, sino que parecía empeñada en no salir de su oscuridad.

Adelgazó y los años se le echaron encima como el peso insoportable de la

pena; vivía sin vivir, ensimismada, inmersa en un halo de silencio.

El luto sustituyó al color de sus vestidos. Con un traje negro que la hacía irreconocible, vagaba por la casa y miraba los objetos como si con cada uno de ellos recreara una historia que solo a ella pertenecía. Su hija Dolores únicamente salía para ir al trabajo, no quería dejar a su madre ni a sol ni a sombra. Santiago se quedaba a dormir muchas noches en la casa, tratando de que Rosa saliera de su mutismo. Le contaba cosas de su trabajo, de sus amigas, de una chica con la que salía y le preguntaba a Rosa qué le parecía si se casaba con ella. No pensaba hacerlo, pero lo decía para ver si así reaccionaba su abuela, que siempre andaba con la historia de que era hora de sentar la cabeza —para Rosa sentar la cabeza significaba encontrar una buena joven con la que casarse y tener hijos—, pero Rosa no respondía ni preguntaba. Todo lo más se quedaba mirando a Santiago, o a Dolores, durante mucho rato. Daba las gracias cuando le ofrecían algo, pedía lo que necesitaba... Pero no respiraba vida.

Continuó durmiendo en la cama matrimonial que habían compartido desde que se casaron y en la que nacieron sus tres hijos, regalo de los padres de Rosa. Desde el primer día se colocó en el lado que siempre había ocupado Manuel. Dormía bien gracias a unas tisanas recetadas por el doctor Robles. Al médico le preocupaba el estado anímico de su paciente y al mismo tiempo intentaba reconfortar a la familia: «Conozco a pocos matrimonios que hayan estado tan unidos como ellos. Ahora necesita descansar mucho y tiempo para hacerse con su soledad. Deben tener paciencia. No hay que presionarla, ni transmitirle vuestra preocupación, porque entonces se angustiara más. Pero es fuerte y saldrá adelante».

Tardó varios meses, aunque nunca volvió a ser la Rosa que había sido. Era evidente que hacía esfuerzos por parecer entera, por participar en las conversaciones. Intentaba sonreír e interesarse por los demás. Poco a poco, se fue mostrando más segura y más habladora.

Un sábado que iban todos a comer, apareció con una blusa rosa pálido y una falda gris. Al ver las caras de sorpresa y de alegría de su familia, solo dio una explicación: «A vuestro padre le habría gustado». Su vida había estado marcada por Manuel; a partir de su muerte, y de su restablecimiento tras la muerte de su marido, su vida iba a estar marcada por su recuerdo. Lo mencionaba con frecuencia, empeñada en que estuviera siempre muy presente, como si temiera

que alguien pudiera olvidarlo, lo que no iba a ocurrir. Cuando preparaba el menú de los almuerzos familiares siempre elegía los platos que más le gustaban a Manuel.

Empezó a ir a misa a diario, aunque con su marido solo lo hacía los domingos y festivos. Y siguió durmiendo en el lado de la cama que había ocupado Manuel, como si no quisiera desprenderse jamás de su olor, de su presencia.

Antonio y Mabel participaban en los almuerzos familiares, como siempre, y acudían a casa de Rosa cuando lo permitía el trabajo de Antonio. Rosa agradecía esas visitas. Casi siempre encontraban allí a alguien, además de Dolores. No había día en el que Rosa no tuviera compañía. Los hijos y nietos aparecían constantemente, incluso más que antes, como si la pérdida del jefe del clan les hiciera sentir la necesidad de mantenerse aún más unidos para mitigar el dolor de la ausencia. Rosa iba así recuperando parte de su antigua alegría, aunque eran frecuentes los momentos en los que se la veía ensimismada.

Santiago, el nieto con el que tenía más confianza y que mejor la conocía, le dijo un día que la vio especialmente ajena al bullicio que la rodeaba: «Saluda al abuelo de mi parte». Rosa, en vez de enfadarse, se echó a reír: «Se lo diré, aunque sabe muy bien que te acuerdas de él. Está con nosotros». «Pues, claro, no eres la única que lo siente aquí. A veces no hago algo que le va a molestar por si se enfada», y levantándose de la silla se acercó a Rosa para darle un beso.

Fue importante para Rosa ese corto diálogo. Se dio cuenta de que su familia comprendía su necesidad de sentir cerca a su marido, algo que no había sido capaz de expresar con palabras.

La muerte de Manuel había aplazado la decisión de Antonio de regresar a casa. Porque finalmente había tomado la decisión, aunque no la había confesado a nadie, ni siquiera a Mabel. Sabía que le iba a destrozar y prefería decírselo cuando ya fuera inevitable, en el último momento, aunque sospechaba que ella intuía que la decisión estaba tomada y que Antonio volvería con su familia.

Antonio no quería ni pensar en la marcha. No quería pensar en dejar atrás a Mabel, la mujer a la que amaba como no pensaba que se pudiera amar, la mujer que le había descubierto la pasión, la ternura, lo que significaba compartir alegrías y penas. La mujer que le había enseñado a vivir mirando alrededor lo mucho que le ofrecía el mundo, su mundo; la mujer que le había convertido en un hombre alegre, extrovertido, interesado en la cultura, en la gente, ansioso de

conocimientos, de ser un buen profesional, de sentirse a gusto en casa simplemente por el hecho de tener a Mabel al lado.

Un sábado que Mabel se había ido a Mendoza a ver a su padre y Antonio se sentía especialmente solo, sin ganas de ver a los amigos con los que solía reunirse cuando estaba sin Mabel, decidió ir a visitar a Rosa, a la que supuso rodeada de gente como era habitual. Sin embargo, estaba sola con Virginia, la mujer que cuidaba a la familia desde la muerte de Eva. Uno de los hijos de Nieves celebraba su cumpleaños y habían ido todos a su casa. Rosa prefirió quedarse, últimamente se cansaba mucho y el bullicio no ayudaba a que se encontrara mejor.

Recibió a Antonio visiblemente contenta y pidió a Virginia que preparara una merienda «de lujo, que la ocasión la merece. Hace siglos que no estamos los dos solos para hablar de nuestras cosas» y señaló un sillón al lado del suyo haciendo un gesto para que se sentara.

Sin haberlo pensado previamente, sin tenerlo preparado, Antonio se acomodó sin apoyarse en el respaldo, acercando su cuerpo al de Rosa. La miró fijamente y, llamándola como le gustaba, le soltó:

—Abuela. Me vuelvo a España.

Rosa se quedó conmocionada. Con una voz de absoluta extrañeza, preguntó:

—¿Te vas? ¿Cuándo? ¿Has reñido con Mabel?

—No, abuela, todo lo contrario, quiero a Mabel más que a mí mismo. Ella aún no lo sabe. Usted es la primera persona a la que se lo digo.

—¿Y Santi? ¿Lo sabe Santi?

—Tampoco. Nadie. Solo usted. No había venido a contárselo sino a verla, pero como estábamos los dos solos he pensado que era un buen momento. Además, necesitaba decírselo y oírmelo decir en alto.

—Te lo agradezco, hijo. Supongo que lo has pensado bien.

—Muy bien, y la decisión es firme. Dolorosa, pero firme. Sé que le voy a partir el corazón a Mabel. Yo estoy destrozado por dentro. Por ella y por todos. Les voy a echar de menos. Nunca soñé una familia mejor, aparte de mi mujer, mis hijos y mi madre. Precisamente por ellos, debo regresar.

—Nunca hasta ahora te había oído pronunciar las palabras «mi mujer».

—He procurado no hacerlo, por Mabel. Pero nunca he ocultado que tenía una familia en Galicia, aunque también es cierto que hasta ahora, hasta hoy, no había

hablado de volver a Ventos; quizá porque ni yo mismo estaba seguro de querer hacerlo algún día.

—Solo una pregunta, Antonio, y me gustaría que me respondieras con sinceridad. ¿Ha pesado en tu decisión la historia del abuelo? Hablando claro: ¿En algún momento has pensado que tú no podías abandonar a los tuyos como hizo tu abuelo?

Antonio dejó pasar un largo rato antes de responder:

—Llevo meses dando vueltas a las cosas, buscando excusas para retrasar la decisión. Su estado de ánimo tras irse el abuelo me echó para atrás porque quería estar aquí, seguir de cerca su recuperación, tratar de ayudarla, hacerle compañía junto al resto de sus nietos. Pero la idea de la vuelta a España no dejaba de estar en mi cabeza y en estos meses he analizado más que nunca lo que debía hacer, qué era mejor, a quién hacía menos daño. No quiero ser el segundo Padín que hace el viaje sin retorno. Aunque las circunstancias, como usted sabe, son muy distintas: mi mujer y mis niños tienen noticias de mí y me ocupo de ellos económicamente. Pero no ha sido la razón de que haya decidido volver, sino que tengo unas responsabilidades con ellos, sobre todo con mis hijos. Y le diré más, abuela: sé que no voy a ser feliz, aunque intentaré serlo con el tiempo; pero va a ser muy difícil todo para mí. Todo. No hace falta que le explique a qué me refiero porque me conoce bien y posiblemente intuye cómo es la familia que dejé allí. Nos va a costar adaptarnos unos a otros. Pero debo volver y quiero volver.

—¿Para siempre?

—Nunca se pueden hacer planes de futuro definitivos. Pero mi regreso lo planteo para siempre. Eso no significa que no piense volver a Argentina. Afortunadamente puedo hacerlo, tengo además una sociedad que me dará excusas para venir de vez en cuando a ver cómo van las cosas. Pero sobre todo tengo una familia aquí de la que me siento parte y pretendo seguir formando parte de ella a pesar de la distancia.

—¿Cuándo piensas irte?

—En unas semanas. Antes nos veremos mucho, porque como le he dicho pienso venir todo lo que pueda. No me va a perder de vista tan fácilmente.

Les interrumpió Virginia, que colocó una gran bandeja sobre la mesa baja, delante del sillón de Rosa. Fue la propia abuela quien sirvió el té y ofreció a

Antonio unos bocadillos minúsculos que tanto Virginia como ella sabían que le encantaban. No los tomó Antonio con la ansiedad de otras ocasiones; se le notaba preocupado, triste. Cuando se fue Virginia, Rosa retomó la conversación.

—¿Y tu mujer? ¿Lo sabe?

—Todavía no se lo he dicho. Solo lo sabe usted, de verdad. Y no se lo he escrito porque hasta ahora, hasta que he sentido la necesidad de contárselo, he tenido dudas.

—Sin embargo, pareces muy seguro...

—Lo estoy. Y ahora que lo hemos hablado, todavía más. Estoy en deuda con dos criaturas que han crecido sin mí. Ellos son la razón de que vuelva.

—Y tu mujer, supongo.

—Sí, pero lo que tengo en la cabeza es la obligación de ocuparme de mis hijos, y no le oculto que me emociono pensando en ellos, que les voy a ver, que finalmente vamos a vivir juntos. En cuanto a Maruxa... no sé qué me voy a encontrar cuando llegue. Han pasado casi diez años, mucho tiempo. No hago más que pensar que yo soy otro, nada que ver con el Antonio que se marchó de casa, y no sé si Maruxa sigue siendo la misma o es otra mujer con la que ya no tengo nada en común, excepto los niños.

—Un lío.

—Sí, un lío, un problema. Pero pase lo que pase es algo que resolveremos los dos una vez yo esté en casa. Mi mayor preocupación es Mabel. Nunca la engañé, nunca le dije que me quedaría aquí. Ahora que ha llegado el momento de irme no sé cómo se lo va a tomar.

—Pues no muy bien, como es evidente, pero ella sabía que este momento llegaría un día u otro.

—No es un consuelo. Ni para ella ni para mí. Me quita el sueño pensar en lo que va a sufrir, como me quita el sueño pensar en cómo voy a vivir sin ella. La quiero más de lo que pueda imaginar.

—Estoy convencida. No hay más que veros. Por no hablar de que le has dado a Mabel una madurez que le hacía falta. Contigo se ha asentado, es una mujer más serena, más segura. Extrovertida como siempre, alegre como siempre, tan cariñosa como siempre, pero con una seguridad en sí misma que la convierte en una mujer con un encanto especial que no tenía antes, cuando se la veía más

egoísta, más superficial. Tendremos que ayudarla a salir adelante sin ti, pero tienes razón cuando dices que siempre supo que llegaría el día de tu marcha.

—Creo que hemos estado tan bien, que estamos tan bien, porque en el fondo teníamos los dos una sensación de provisionalidad, aunque jamás hablábamos de que nuestra historia tenía un principio y un final. Cada día, en el fondo, lo hemos vivido como si nos quedara poco tiempo por delante.

Rosa le ofreció a Antonio un plato con un pastel de frutas, que rechazó:

—He quedado a cenar con mi primo Pepe y no voy a ser capaz de probar bocado.

—¿Qué tal está? Antes venía contigo y Santiago alguna vez, pero creo que hace más de un año que no le veo. Bueno, si no contamos el funeral de tu abuelo.

—Desde que se casó le vemos todos menos y, además, la verdad, no andaba usted como para recibir visitas. Me pregunta siempre cómo se encuentra, y se alegró cuando le dije que empezaba a recuperarse.

—No me recuperaré nunca, Antonio, vivir sin Manuel es una cruz, la soledad se me hace insostenible a pesar de que nunca estoy sola, todos tan pendientes de mí. Pienso en tu abuelo nada más despertarme y me duermo pensando en él, eso me consuela; y estoy convencida de que está aquí conmigo, y también eso alivia mi pena. Hago lo que pienso que él querría que hiciera, por eso procuro estar de buen ánimo, intento aparentar que estoy bien cuando venís a verme, me arreglo para vosotros, trato de seguir vuestras conversaciones... pero en esta tarde de confidencias te confieso que lo que quiero es morirme. Soy creyente, aunque hasta ahora no he ido mucho a la iglesia; creo que hay algo más allá de la muerte y que me encontraré con Manuel y, aunque os quiero a todos, deseo no despertar un día,irme sin molestar a nadie, de manera que cuando Virginia, o quien sea, entre un día en mi habitación por la mañana, yo ya no esté allí porque me habré encontrado con tu abuelo.

A Rosa se le escapó una lágrima y añadió:

—Antonio, te considero un nieto más, aunque los dos sabemos que no soy tu abuela. Y te quiero como quiero a los hijos de Nieves y Nono. ¿Sabes por qué? Porque eres el nieto de Manuel. Tu aparición fue un golpe para mí del que pensé que no podría recuperarme, pero cuando comprendí que tu abuelo, un hombre de principios, honrado, honesto, había mentado tanto por mí, para no perderme, y que él necesitaba que yo te aceptara porque se sentía obligado a asumir contigo

el compromiso y la responsabilidad que no había tenido con tu padre y con tus tíos, decidí quererte. Y no me costó. Fue fácil quererte. En estos dos o tres años me he sorprendido a mí misma no haciendo distinciones entre tú y mis otros nietos. Porque eres el nieto de Manuel.

Antonio se levantó y abrazó a su abuela durante un buen rato. Al despedirse, le sorprendió que con el dedo pulgar le hiciera una cruz sobre la frente. Era la primera vez que veía que Rosa diera la bendición a un hijo o a un nieto, pero le conmovió profundamente: su abuela Lola se lo hacía cuando era pequeño al darle el beso de buenas noches.

Decidió ir andando a su cita con Pepe. Necesitaba pensar, quería pensar. Al contarle a Rosa que regresaba a Galicia daba un paso que no admitía marcha atrás. Le asustaba, pero por otra parte suponía un respiro comprobar que se sentía capaz de asumir una decisión tan traumática que a veces creía que jamás se atrevería a tomar, aunque en su interior deseara hacerlo. Porque si no volvía a Ventos siempre se sentiría mal consigo mismo al acomodarse a una vida que ya le era fácil en lugar de llevar adelante el proyecto que se había marcado cuando emigró a Argentina.

No concebía la ruptura con Mabel, no se sentía capaz de afrontarla, pero era irremediable. Sus hijos, se repetía una y otra vez, merecían crecer con su padre, ya que había estado tan lejos durante su infancia. Y quería también ver a su madre y a Maruxa. Necesitaba además pisar su tierra, pasear por Ventos, encontrarse con todos los que habían formado parte de su mundo hasta que embarcó hacia América.

Quería ver de nuevo los campos verdes del Salnés, andar por las corredoiras, entre los maizales, contemplar el mar grisáceo los días de lluvia, descalzarse en la playa y que los pies se hundieran en la arena. Ir en barco con sus hijos a la isla de Arousa, como iba él cuando era pequeño, y perderse en sus pinares y las playas desiertas.

Y quería iniciar cuanto antes una vida nueva que aún no sabía cómo organizar.

Construir una casa era una prioridad, lo tenía claro, y afortunadamente contaba con dinero suficiente como para encargarla a una empresa que podría terminarla en unos meses. Y por supuesto pretendía montar un negocio, como siempre había proyectado, pero aún no se había hecho una idea de qué podía ser.

No le preocupaba mucho, lo estudiaría sobre el terreno. Estaba en condiciones de poner en marcha lo que creyera conveniente, lo que viera como algo seguro. Había ahorrado una cantidad que era una fortuna en Galicia, que salía poco a poco de la miseria según le contaba Maruxa en sus cartas, en las que siempre repetía que gracias a lo que él enviaba no pasaban estrecheces. Los niños iban a un colegio en Vilagarcía, estaban bien y si hacía falta un médico podían pagarlo. Por otra parte, su participación en Chelsea le garantizaba unos ingresos importantes en Argentina, aunque todavía no sabía si legalmente podía sacarlos del país, si era mejor reinvertirlos en la expansión de la cadena o en otros proyectos de la sociedad... Tendría que analizarlo con Santiago, que era con quien trataba todo lo relacionado con los negocios y con su dinero. Pero no quería decir nada a su primo todavía, no hasta que hubiera hablado con Mabel. Y no sabía cómo ni cuándo decírselo. Le angustiaba el dolor de Mabel.

Sentía un desgarramiento interior insoportable cuando pensaba que iba a iniciar una nueva etapa de su vida sin ella. Echaría de menos a los Padín de Buenos Aires. A Rosa, a Santiago, a los tíos... y a Mabel.

A su familia podría verla, no eran descartables los viajes a Argentina en el futuro, quería hacerlo y debería hacerlo de vez en cuando para tomar decisiones sobre la sociedad de la que formaba parte. Con toda probabilidad Santiago cogería algún día un barco, o incluso un avión —él también viajaría algún día en avión— para conocer la tierra de su abuelo.

La sola idea de darle la noticia a Mabel le producía un profundo desasosiego, un miedo incontrolable, el mismo que sentía al imaginar su reencuentro con Maruxa.

Se daba cuenta de que para él era una perfecta desconocida después de tanto tiempo de separación. Solo habían vivido juntos cuatro años, y era tanto el trabajo de uno y de otro, tanto el cansancio que sentían al juntarse por la noche en casa, tantos los problemas acumulados, que guardaba pocos recuerdos gratos compartidos con su mujer. El nacimiento de los dos niños, por supuesto, pero incluso el de Maruxiña fue triste para los dos, porque sabían que esa niña no iba a crecer junto a su padre; Antonio embarcaría a los pocos meses sin billete de vuelta y sin saber qué le esperaba en ese continente del que pocos regresaban.

Pero no era lo que más le inquietaba. Lo que le quitaba el sueño era pensar cómo sería su relación con Maruxa en el futuro. Casi le dedicaba más tiempo a

ese complicado reencuentro que al sentimiento de soledad, de inmensa soledad, cuando se imaginaba lejos de Mabel y, con toda seguridad, lejos para siempre.

Tenía ganas de hablar con su primo Pepe, bien casado con una argentina y que esperaba ilusionado el nacimiento de su primer hijo. No se veían con tanta frecuencia como los primeros años, cuando vivían juntos, porque sus trabajos les acaparaban mucho tiempo y el poco del que disponían lo aprovechaban los dos con sus respectivas mujeres.

Encontró a Pepe en el restaurante en el que solían cenar y donde les trataban muy bien. El dueño era muy amigo de Pepe, cuya empresa de construcción había convertido un antiguo garaje en un pintoresco local con muy buena cocina a un precio razonable, lo que garantizaba a diario una buena y fiel clientela. Pepe y Antonio estaban solos en su mesa habitual, algo extraño porque normalmente la compartían con amigos que conocían desde que habían emigrado años atrás. Juntos habían vivido las experiencias de cada uno de ellos, y se podía considerar un grupo afortunado, porque todos los que lo formaban habían conseguido convertirse en buenos profesionales en lo suyo, tras mucho tiempo de esfuerzo y, en casi todos los casos, de penurias iniciales.

El propio Pepe se había convertido en un pequeño empresario. Tenía fama de serio y de contar con un buen equipo que cuidaba los detalles y terminaba las obras en el tiempo fijado.

Cuando Antonio le contó a Pepe que había tomado la decisión de regresar a casa, lo primero que le preguntó fue cómo había reaccionado Mabel. Le extrañó escuchar que ella aún no lo sabía.

—¿Cuándo se lo piensas decir?

—Lo más tarde que pueda. No quiero ni imaginar el sufrimiento que será para los dos el tiempo que nos quede antes de que yo suba al barco. Prefiero retrasar el mal trago todo lo que pueda.

—Me parece muy egoísta por tu parte —le reprochó Pepe.

—No me lo parece. Para mí van a ser días muy duros, pero creo sinceramente que Mabel me agradecerá que retrase el anuncio lo más posible porque para ella serán terribles también.

—¿Le vas a dar esperanzas de regresar algún día?

—No puedo hacerlo, no tengo derecho a hacerlo. Pepe, lo he pensado mucho antes de tomar la decisión, y para mí va a ser un desgarrar dejar aquí a Mabel, a

mi familia, amigos, la vida que llevo y que me gusta, el trabajo que hago y que en Galicia no podré hacer... Pero mi lugar está allá. No quiero que mis hijos estén más tiempo sin padre, no tengo derecho a hacerlo. Yo he pasado mucha angustia aquí y lo sabes mejor que nadie; y no fue peor porque estabas tú. Pero si mi vida ha sido muy sacrificada, la de ellos también, la de Maruxa, mi madre, los niños... Sería despreciable por mi parte que una vez que las cosas me van bien les diga que su sacrificio ha tenido como resultado el que yo me quede aquí, y que todo mi compromiso sea enviarles dinero para que vivan con todas las comodidades.

—Entiendo lo que dices, pero ¿serás feliz allá?

—No lo sé. Hoy, en este momento, creo que no, por todas las personas que quiero y que voy a dejar atrás. También me pregunto si Maruxa será feliz conmigo, no creas. Me he roto la cabeza pensando antes de tomar la decisión.

—¿Qué es eso de que Maruxa no va a ser feliz contigo?

—Son muchos años de separación y yo soy una persona muy distinta a la que se fue de casa, a la que ella conoció, al hombre con el que se casó. Y además, ¿quién te dice que no le ha gustado otro hombre en estos años? Es muy joven, y yo he estado lejos de ella en todos los sentidos, sin saber siquiera si regresaría algún día.

—¡Qué cosas dices!

—Las que pienso. Me he puesto en la piel de Maruxa más de una vez y, de la misma manera que yo me he enamorado de Mabel, a ella puede haberle pasado lo mismo. Me va a doler una barbaridad si ha ocurrido, me sentiré humillado, porque los hombres entendemos que nos guste otra mujer pero difícilmente aceptamos que a nuestra mujer le guste otro hombre. Aunque, si te digo la verdad, no podría hacerle ni un reproche, ni uno.

—Veo que lo has pensado todo.

—Todo, y desde hace tiempo. No sé cómo no me he vuelto loco...

A Antonio se le quebró la voz y Pepe, que no esperaba que su primo se dejara llevar por las emociones, quedó desconcertado.

—No sé qué decirte.

—Nada, no puedes decir nada porque es algo que tengo que afrontar yo solo. Pero ayuda contarlo a gente en la que confío. De alguna manera estoy pensando en voz alta y me viene bien hacerlo. Para mí está siendo más difícil tomar la

decisión de volver a casa que la que tomé hace diez años de preparar todo para marcharme. Entonces me fui porque se trataba de salvar a mi familia de la miseria; y hoy, sin embargo, no hablamos de cuestiones materiales, sino de sentimientos. Pienso en Mabel y me vengo abajo. Me pregunto si acierto al dejarla y volver con Maruxa y los niños sin saber qué voy a sentir y cómo me van a acoger.

—Hombre, Antonio, te van a recibir entusiasmados...

—Sí, pero ¿y después? ¿Cómo será para ellos vivir conmigo, cuando soy un desconocido para mis hijos y tanto mi madre como Maruxa me van a encontrar tan distinto? ¿Y me va a gustar la Maruxa que me encuentre? ¿Merecerá la pena volver con una familia que una vez repuesta de la emoción del principio puede encontrarse decepcionada conmigo porque se había acostumbrado a vivir sin mí, y yo sin ella? Y encima dejo atrás a una mujer a la que quiero como no he querido a nadie, y que me quiere con locura, sin límites.

—No lo sé, es difícil contestarte; no quiero animarte con eso de que todo va a ser muy fácil y va a salir muy bien porque los finales felices son para las películas. La vida es más complicada y, efectivamente, diez años son muchos años.

—Nueve.

—Bueno, nueve, más el año de preparativos para tu marcha, en el que Maruxa y tú pensabais ya en la separación, como me pasó con mi pobre madre.

—En cierto sentido has tenido suerte al morir ella, ya nada importante te ata a Ventos. No tienes responsabilidades familiares que asumir y puedes quedarte aquí para siempre, que es lo que quieres.

—Sí, pero mi madre se ha pasado años de su vida pendiente solo de mi vuelta, y lo que llegó fue la muerte. Es bien triste.

—Lo es.

Antonio no prolongó excesivamente la sobremesa, aunque en otras ocasiones él y su primo charlaban hasta bien entrada la noche una vez terminada la cena. Pero no estaba con ánimos. Había aparecido, además, uno de los cuñados de Pepe y por tanto no le dejaba solo. Quería llegar a casa y meterse en la cama para reflexionar sobre lo que le habían dicho tanto Rosa como Pepe.

Se daba cuenta de que ninguno de los dos había intentado convencerle de que reconsiderase su vuelta a Ventos, lo que significaba que, a pesar de que tanto a la

abuela como a su primo les dolía la separación, entendían que hacía lo que debía hacer y, en cierto sentido, hacía lo que siempre habían pensado que haría. Le conmovió que los dos se preocuparan por Mabel. Eso significaba que, cuando se marchara, Mabel tendría personas a su lado que la rescatarían del naufragio. No le iba a faltar cariño y ayuda para superar la soledad.

Las últimas noches se había despertado varias veces con la angustia de haber impulsado a Mabel a iniciar una relación que no podía tener futuro. Antonio no puso pie en pared en su momento para impedirla, lo que habría evitado que ahora él viviera atormentado, más que por su propio dolor, por el que iba a sufrir Mabel cuando le comunicara su decisión.

Otra forma de amar. (Maruxa)

Lo habían hablado con frecuencia: parecía imposible que después de tanto tiempo, después de casi tres años, no solo se sintieran cada vez más unidos, sino que nadie en Ventos ni en el colegio sospechara que mantenían una relación tan firme y consolidada.

Tan solo una hermana de Juan y su suegra estaban al tanto. Y no se podía decir que Virtudes lo aprobara de buena gana, porque, al fin y al cabo, Maruxa continuaba siendo la mujer de su único hijo y esperaba que algún día regresara a casa. Aunque dudaba de que la vida le diera la oportunidad de verlo bajar por la escalerilla del barco o entrando en la casa para fundirse con ella, con su madre, en un estrecho abrazo con el que soñaba desde que lo viera partir.

Juan y su hermana estaban muy unidos. A ella le habría gustado que Juan se casara como era debido y pudiera salir de paseo con su mujer y sus hijos, en vez de encontrarse a escondidas, pero Maruxa y Juan creían que lo mejor era mantener su relación en secreto, sobre todo por los niños. Además, Maruxa había dejado muy claro que el día que regresara Antonio, ella estaría esperándole en el muelle, dispuesta a reiniciar su vida familiar con todas sus consecuencias. Y Juan lo aceptaba. Lo único que les preocupaba, sobre todo a Maruxa, es que sus hijos sufrieran por algún tipo de comentario o llegaran a pensar que su madre ya no quería a su padre.

Maruxa les había dicho siempre lo mismo con respecto a Antonio: ellos y la abuela se habían quedado en Ventos, pero su padre había hecho un enorme sacrificio, marchándose sin conocer a nadie al otro lado del océano, para encontrar un trabajo que ahora les permitiría vivir sin los problemas que tenían otras familias. Tenían mucha suerte, incluso podían ir al colegio de Vilagarcía. Y cuando fueran mayores, Antón podría trabajar en lo que quisiera, sin necesidad de irse tan lejos como su padre.

Maruxa hablaba a sus hijos de cuánto quería a su padre y cuánto debían quererle ellos. Les contaba que él les echaba de menos aún más que ellos a él, porque ni siquiera vivía en su casa, la compartía con otros trabajadores. Había

construido para sus hijos una imagen de Antonio tan perfecta, de hombre de tan firmes principios y tan pendiente de su familia, que Manolo y Maruxiña le admiraban sin límite. Incluso a sus compañeros de colegio, niños en muchos casos que sufrían las consecuencias devastadoras de la emigración, les explicaban cómo era su padre y el trabajo tan importante que tenía en Buenos Aires. Lo decían muy convencidos, como si lo hubieran visto con sus propios ojos.

No, Maruxa no podía decepcionar a sus hijos con la noticia de que se había enamorado de otro hombre. Se les vendría abajo su mundo, les produciría un dolor inmenso. No podía echar por tierra todo lo que había construido para ellos durante tantos años. Cuando Virtudes y ella les hablaban de Antonio querían, en cierta manera, que los niños no padecieran el vacío de su ausencia. Antón y Maruxiña idealizaban a un padre que era un perfecto desconocido. Ni siquiera Antón, por mucho que lo intentaba, guardaba imágenes de Antonio.

Gracias a la ayuda de Virtudes no había sido complicado verse con Juan. No siempre los fines de semana, porque Maruxa aprovechaba para disfrutar de los niños. Se encontraban en casa de Juan, a donde ella entraba después de dar algunas vueltas por los alrededores, una zona de tiendas, por lo que le resultaría fácil justificar su presencia allí en caso de encontrarse con alguien.

Valoraba por encima de todo la ternura que existía entre ellos, los abrazos, la comunicación, las risas, la complicidad que había solo con mirarse a los ojos. Sabía interpretar cada gesto de Juan, y él de ella; conocían su estado de ánimo solo con verse; disfrutaban intensamente cada minuto que pasaban juntos. Nunca había sentido nada igual, y eso que quería a Antonio. A su manera, muy distinta a la forma en que quería a Juan, pero sentía cariño por él y no solamente por ser el padre de sus hijos. Pero estaba tan lejos... Y hacía tantos años que no le veía que ni siquiera estaba segura de reconocer el timbre de su voz.

No habían hablado desde que se marchó, y eso que ya había un teléfono en Ventos, en la tienda de Benito, que además recogía los encargos que le llegaban, llamadas de familiares, noticias de enfermedades, avisos... Hacía como que estaba pendiente de sus cosas atendiendo la tienda y sirviendo vinos en el mostrador, pero no perdía detalle de las conversaciones que se mantenían por teléfono. Además, Maruxa lo sabía porque había escuchado muchas conversaciones, la gente tendía a hablar muy fuerte por teléfono, como si

pensaran que de esa manera su voz ganaría la batalla a la lejanía, así que, aunque no fuera tu intención, te enterabas de todo. Y no quería que nadie pudiera comentar lo que hablaba o no hablaba con Antonio. Por eso prefería las cartas, que con el tiempo se habían hecho muy impersonales. Noticias de Ventos y noticias de Buenos Aires. Detalles sobre cómo estaban los niños y datos sobre el trabajo de Antonio. Recuerdos de Antonio para Virtudes y besos para Maruxa y los críos. Recuerdos de Virtudes para su hijo y un «te quiere» que firmaba Maruxa.

El día que Antón, primero, y Maruxiña, después, pusieron su nombre debajo del de su madre, y Maruxiña añadió un «ben pronto papá», que Maruxa prefirió no corregir para que fuera más auténtico, a Antonio se le saltaron las lágrimas. O eso le escribió él al recibir la carta.

Quería a su marido, pero estaba enamorada de Juan. Y la relación sobrevivía no solo porque ellos mismos se encargaban de que así fuera, sino también porque habían hecho un gran esfuerzo para mantenerla en la clandestinidad. Los dos estaban convencidos de que si salía a la luz tendrían dificultades para continuarla.

Un día Maruxa llevó a los niños al cine a Vilagarcía y se «encontraron» con Juan en la cola. Juan saludó afectuosamente a los dos hermanos y estrechó la mano de Maruxa. Compraron juntos las entradas, aunque Maruxa se negó a que Juan los invitara como pretendía, y él propuso entonces que les invitaría a un helado al terminar la película, lo que a los niños les pareció una gran idea.

En la alameda Maruxa y Juan se sentaron mientras los niños jugaban con compañeros del colegio a los que conocían, y los dos hicieron esfuerzos por no pronunciar ni una frase que les delatara, ni un gesto de cariño, nada que pudiera hacer creer a Maruxiña, muy perspicaz, mucho más que su hermano, que entre ellos existía algún tipo de relación que iba más allá de la que mantienen la madre de un alumno con alguien que trabaja en la secretaría del colegio.

Después de una hora de vigilar a los niños, Maruxa llamó a sus hijos para regresar a casa. No había sido una buena tarde, tanto ella como Juan se sentían cohibidos, inseguros, tensos. Decidieron no repetir la experiencia. No solo porque los niños podrían sospechar si se daban excesivas «casualidades», sino porque había sido un suplicio comportarse como si fueran poco más que unos conocidos.

Juan propuso a Maruxa pasar dos días en Pontevedra, donde tenía que acudir para hacer unas gestiones en la delegación de Educación, y Maruxa decidió pedir a Virtudes que se quedara con sus nietos un domingo y un lunes.

Lo habían hecho en alguna otra ocasión, aprovechando algún viaje de Juan a Pontevedra o Santiago, y Maruxa siempre explicaba a sus hijos que tenía que resolver asuntos relacionados con Antonio, «cosas de bancos, de documentos, que siempre hay que arreglar». Los niños no solo no sospechaban nada, sino que en cierto sentido les gustaba que su madre se ocupara de papeles relacionados con su padre, eso le hacía más presente.

Virtudes, por supuesto, sabía perfectamente dónde se encontraba y con quién; si le dolía, nunca dijo nada. Aquella primera conversación había sido de gran confianza y clarificadora: no podía juzgar a su nuera, no tenía ninguna certeza respecto de que su hijo le fuera fiel a Maruxa, más bien creía que era muy probable que él tuviera alguna mujer en Buenos Aires, lo que era lógico en un joven de treinta y pocos años que llevaba nueve fuera de casa; lo único que pedía a Dios, y a Maruxa, era que fuera discreta. Y lo era.

Virtudes tenía adoración por los nietos. Sentía un dolor profundo al verlos crecer sin padre, y ese dolor solo lo paliaba el comprobar que desde la lejanía vivían con la presencia constante de Antonio. Admiraban lo que había hecho por ellos al marcharse tan lejos, escuchaban atentos a su madre cuando llegaba carta de Buenos Aires y, cuando aprendieron a leer, se llevaban las cartas a la cama. Sobre todo Maruxiña, que las aprendía de memoria. Veía en ellas lo que Virtudes y Maruxa no veían: «papá tiene ganas de volver», «a papá le gusta mucho el trabajo que hace», «papá tiene muchos amigos». Cuando su madre y abuela preguntaban por qué lo sabía, Maruxiña contestaba siempre con una gran firmeza: «Porque se nota».

No conocía a Juan ni quería conocerlo, pero comprendía a su nuera. Su temor, su único temor, era que se descompusiera la familia cuando regresara Antonio, pero a veces se preguntaba si regresaría alguna vez. Por otra parte, estaba convencida, segura, de que el día que Antonio volviera, Maruxa haría todo cuanto estaba en su mano para compensar a su marido y a sus hijos por la larga ausencia, y renunciaría a su amor o a lo que fuera el sentimiento que le unía a Juan. Que Virtudes pensaba que era una especie de necesidad de paliar la

soledad; simplemente necesitaba a alguien con quien compartir alegrías y tristezas, además de la cama, ante la ausencia del marido.

No se equivocaba mucho. O quizá sí, porque además de la atracción sexual, que era muy fuerte entre Maruxa y Juan, olvidaban juntos la soledad en la que vivían antes de conocerse y estaban profundamente enamorados. Enamorados como dos chiquillos. Jamás habían experimentado esa sensación de alegría al estar juntos, esas ganas de reír, de tocarse, de adivinar lo que iba a decir el otro antes de que pronunciara una palabra; nunca se habían sentido tan unidos a nadie, tan necesitados del otro, con ninguna otra persona habían experimentado tanta ansiedad al acercarse el momento de encontrarse, de verse.

Jamás hablaban de futuro porque los dos sabían que el futuro no dependía de ellos mismos y Maruxa había sido muy sincera desde el primer momento: si regresaba Antonio se dedicaría a él en cuerpo y alma, aunque cada minuto del día tuviera la cabeza en Juan, dónde estaría Juan, qué sentiría Juan. Pero no podía abandonar a su marido, no después de su sacrificio.

—¿Y el tuyo? ¿Es que no cuenta todo lo que has hecho estos años, tu soledad, tu desamparo...? —le decía Juan cuando Maruxa mencionaba el sacrificio de Antonio al emigrar a una tierra desconocida.

—Desamparo no, te tengo a ti —interrumpió ella.

—Tu desamparo hasta que nos conocimos. ¿No cuenta que has criado a tus dos hijos sola, que te has ocupado de tu suegra...?

—Y ella de mí —volvió a interrumpir Maruxa.

—Te has ocupado de tu suegra y ella de ti y de los niños. El sacrificio es de todos, no solo de Antonio.

—Sí, pero el suyo ha sido mayor.

—Sinceramente, no sé quién lo ha pasado peor.

—No voy a discutirlo. Pero mi postura es firme. Cuando vuelva Antonio haré todo lo posible para que mis hijos crezcan con un padre y una madre. Es lo que siempre les he prometido.

—¿No cuenta el amor?

—Prefiero no hablar de eso. Nunca he querido a nadie como a ti, pero Antonio es mi marido, y de alguna manera le sigo queriendo. Ni por un momento se me ha pasado por la cabeza dejarle.

Habían mantenido esa conversación varias veces, siempre en los mismos términos. Sin tensiones, sin llantos, sin reproches y con una sinceridad aplastante.

En una ocasión Maruxa preguntó a Juan si había pensado dejarla cuando ella era tan franca diciéndole esas cosas. Él respondió sin vacilación:

—Por supuesto que no. Quiero estar contigo hasta el día en que me dejes porque llega Antonio, algo que parece irremediable. Mientras tanto, estaré a tu lado.

—Soy muy egoísta.

—Lo eres. Pero nunca me has engañado diciendo que dejarías todo por mí. Así que prefiero tomármelo por el lado positivo. Estamos juntos, y eso es lo que importa. Esto es lo que tenemos que vivir ahora. Dejar de pensar en el día en que lo nuestro acabe.

Porque acabaría, también lo habían hablado y estaban de acuerdo. No harían el menor intento para retomar una historia que tendría su final el día que apareciera Antonio.

Sin embargo, era una historia seria, intensa, profunda. Con ese aire de clandestinidad que la hacía aún más atractiva porque el riesgo compartido une, y el disimulo cuando se encontraban con más gente les hacía reír.

A Maruxa le asombraba que no tuviera sentimiento alguno de culpabilidad; tenía derecho a vivir una gran historia como la que estaba viviendo. Con un amor firme, consolidado, aunque no tuviera futuro.

Porque solo podría tenerlo si Antonio decidiera no regresar, pero era algo que no contemplaba. Le conocía bien y, aunque estaba convencida, segura, de que en estos años también él se había enamorado con mayor o menor intensidad de una mujer, volvería a casa.

La carta. (Antonio)

Mabel se había quedado sin palabras. Antonio se angustió al advertir que se había puesto lívida. Nunca imaginó que un rostro se quedara blanco de forma repentina, no habían pasado ni diez segundos desde que pronunció aquellas dos frases tan temidas: «Mabel, mi vida, me voy. Regreso a España». Mabel, sentada en el sofá, contrajo todos los músculos de su cuerpo. Bajó la cabeza y cerró los puños apretándolos contra el asiento, intentando que de sus ojos no saliera una lágrima. Antonio quiso tomarle la mano, le fue imposible. Mabel había levantado en torno a ella un muro invisible.

No se escuchó un grito, no hubo preguntas, ni siquiera un reproche, el silencio rasgaba el aire como un alarido. Antonio empezó a hablar: «Lo siento. Lo siento, mi amor, no sé qué hacer para no hacerte daño, pero este momento tenía que llegar. Perdóname, llevo días pensando cómo decírtelo. Yo también me siento destrozado, Mabel. No me lo hagas más difícil, por favor. No soporto que sufras, sabes que te quiero con toda mi alma. Gracias a ti he vivido el tiempo más maravilloso de mi vida y nunca volveré a sentir lo que siento por nadie, por nadie... Pero mi lugar está en otra parte».

Antonio hablaba y hablaba sin saber ya qué decir para que Mabel reaccionara. Ella continuaba rígida, pálida, con la mirada fija en algún punto del suelo, en una especie de trance del que parecía que no iba a despertar.

Antonio se levantó, fue hasta la cocina y regresó con un vaso de agua con la intención de que ella bebiera. Mabel no rechazó el vaso, sencillamente no lo vio. Él intentó de nuevo cogerle la mano. Fue inútil. Respiró hondo como para empezar a hablar, pero se arrepintió. No sabía qué más decirle, ni siquiera estaba seguro de que Mabel escuchara. Estaba angustiado. Aquello estaba siendo mucho más difícil de lo que había imaginado. Esperaba gritos, llantos, que Mabel lo llenara de reproches, cualquier cosa menos lo que estaba ocurriendo. Mabel había entrado en un estado de shock preocupante. Oía su respiración entrecortada, tragaba saliva a cada momento y continuaba inerte.

Pensó en llamar a un médico o a Santiago, quizás su primo le ayudase.

Tampoco se atrevía a moverse, por si ella reaccionaba, por si necesitaba algo, por si quería preguntar, levantarse e irse, golpearle, gritar, llorar.

Pasaron diez, quince minutos, que a Antonio le parecieron una eternidad. Diez, quince minutos en los que Mabel seguía sin mover un músculo. De pronto recostó la espalda sobre el respaldo, cerró los ojos y abrió los puños. Antonio esta vez pudo cogerle la mano. Una mano fría, helada.

Permanecieron inmóviles, uno junto al otro. Antonio se preguntaba qué estaría pensando Mabel y, una vez que saliera de aquel derrumbe, cómo iba a reaccionar.

La luz del atardecer dejó paso a la noche a través de la ventana. El cuarto estaba sumido en la penumbra. El anuncio luminoso de la calle proyectaba un haz de color verde sobre las paredes de la habitación, enrareciendo aún más la atmósfera. Era como estar viviendo una pesadilla. Antonio no se atrevía a moverse para encender la luz del cuarto, y eso que tenía el interruptor de la lámpara a medio metro, solo tenía que alargar el brazo. Pero temía perturbar a Mabel y su silencio. Suponía que no dormía, aunque su respiración se había hecho acompasada, propia de un sueño profundo y tranquilo.

Se sobresaltó al oír algo parecido a un gemido. Se incorporó y posó su mirada sobre el rostro de Mabel. Había abierto los ojos. Antonio se acercó más a ella y, sin decir nada, la rodeó con ambos brazos con ternura y la abrazó con fuerza. Ella entonces sepultó su cabeza en el pecho de Antonio y comenzó a llorar serena y en silencio. Las lágrimas caían sobre la camisa de Antonio. Mabel no se apartó de él, no quería que él viera el dolor en su rostro, se apretó aún más contra el cuerpo de Antonio cuando él hizo ademán de separarse para mirarla. No quería escuchar ninguna frase tranquilizadora. Quería quedarse dentro de aquel abrazo para siempre.

Antonio se sentía culpable, llevaba unas horas tratando de perdonarse a sí mismo, de decirse que no lo era. Los dos habían asumido el riesgo de enamorarse, pero ninguno había calculado cuánto dolor vendría después.

Sin embargo, su decisión de volver a Ventos era inamovible. Y en esas horas junto a una Mabel absolutamente deshecha pensó que lo mejor era sacar el billete cuanto antes, no podía alargar el sufrimiento de esa mujer con la que había pasado unos años maravillosos, que le había enseñado tanto y a la que quería con toda el alma. No tenía derecho a mantenerla durante semanas en una

ansiedad permanente. Se marcharía en cuanto arreglara algunos asuntos de la empresa, cancelara el contrato de alquiler, firmara los necesarios poderes notariales, recogiera las cosas que quería llevar a Galicia y encontrara un pasaje.

Era bien entrada la noche cuando Mabel pareció serenarse. Con los ojos hinchados y la cara desencajada abrazó con fuerza a Antonio y le pidió un vaso de agua. Al regresar de la cocina le preguntó si quería tomar algo y cuando Mabel respondió que no con la cabeza, Antonio le propuso dar un paseo, tomar un poco el aire después de tantas horas encerrados. Mabel se puso en pie y Antonio le ayudó a ponerse una chaqueta; ella se dejó hacer, entregada, como si hubiera perdido la iniciativa, la voluntad. Ya en la calle se cogió del brazo de Antonio y pasearon un buen rato por un parque cercano, vacío a esas horas. Antonio se dirigió hacia allí sin preguntar porque dedujo que Mabel prefería no ver a nadie, su rostro reflejaba las huellas del llanto y a ninguna mujer le gusta mostrar su dolor, su pena. Antonio le hablaba muy bajo: «Te quiero, Mabel, nunca he querido tanto», le repetía una y otra vez, con cuidado de no pronunciar una sola palabra que hiciera pensar que reconsideraría su decisión. No quería darle ningún tipo de esperanzas porque no podía darlas.

Quizá haría algún viaje en el futuro por motivos profesionales, pero de ninguna manera quería que Mabel le esperase. Al contrario. Lo decente, se decía, era romper todas las ataduras con ella para que en un futuro pudiera rehacer su vida y, quizá, enamorarse de un hombre que mereciera la pena y formar una familia. No quería ni pensar en perder a Mabel, pero era ley de vida que se repusiera del golpe emocional que sufría en ese momento, y lo lógico era que apareciera alguien en el futuro que la hiciera recuperar las fuerzas que ahora le faltaban y le diera una nueva ilusión para salir adelante.

Nada de eso le dijo a Mabel, solo le repetía una vez y otra que era su amor, que siempre sería su amor, y no le importaba que ella no respondiera. Le bastaba con tenerla al lado, con que se apretara fuerte contra él. Paró debajo de un árbol y le acarició la cara con la mano. Pasó los dedos por sus ojos todavía hinchados, y por los labios, y la besó tiernamente. Mabel respondió al beso y de nuevo corrieron las lágrimas por sus mejillas. «Vámonos a casa», dijo Antonio abrazándola con cuidado.

Se acariciaron durante toda la noche sin apenas hablarse, sus manos lo decían todo. Ninguno de los dos durmió, y por la mañana Mabel parecía mejor, incluso

llegó a sonreír mientras preparaba algo para desayunar:

—Quiero que esta noche me lleves a cenar a un restaurante muy bonito y con velas, un restaurante en el que no nos conozca nadie, que no encontremos a nadie. Quiero tenerte para mí sola los días que tenemos por delante.

—Buscaré para ti el lugar más hermoso de la ciudad. Déjalo de mi mano.

—¿Eres tú el que va a enseñarme un lugar nuevo en esta ciudad, mi ciudad? — bromeó Mabel.

—Claro que sí. Voy a sorprenderte cada uno de los días que estemos juntos, porque además los voy a pasar contigo y solo contigo. Arreglaré las cosas en el Chelsea para ir un par de horas por las mañanas. El resto del tiempo es tuyo.

Desayunaron en la cocina, como les gustaba. Era minúscula, como todo el apartamento, pero Mabel la había convertido en un lugar acogedor. Una mesa en la que apenas podían sentarse ellos dos, cubierta con un mantel, y una jarra de cerámica siempre con flores frescas habían hecho el milagro.

La tormenta de la noche anterior parecía superada, aunque Antonio se temía que Mabel se iba a venir abajo muchas veces más y él quería estar siempre cerca para consolarla, para ayudarla con su pena sin tener en cuenta la suya; que era tan grande o mayor que la de Mabel, porque en su caso, además de perder a la que consideraba la mujer de su vida, se sumaba un sentimiento de culpabilidad que no podía evitar.

Antonio se marchó a trabajar y Mabel se quedó un rato más.

—Recojo yo, no te preocupes. Pero procura llegar pronto. Me voy a comprar un vestido para esta noche, la abuela Rosa suele decir que no hay nada mejor que ir de compras, o a la peluquería, para levantar el ánimo.

Fue la única alusión al drama que los dos estaban viviendo. Ni durante la noche ni durante la mañana ninguno de los dos había mencionado el viaje de ida sin vuelta de Antonio, tampoco pronunciaron la palabra Galicia, ni despedida, ni barco. Los dos se tragaron su angustia para no herir aún más al otro.

Nada más salir de casa, él decidió que debía acelerar la preparación del viaje, quería regresar cuanto antes. Esos días iban a ser una tortura para Mabel y quería evitarle que se prolongara excesivamente. Mabel solo iniciaría su recuperación a partir del momento que asumiera que él ya no estaba, que había desaparecido definitivamente.

Al llegar al Chelsea llamó por teléfono a Santiago, al que adelantó en pocas palabras que había hablado con Mabel y el suplicio de las últimas horas. Su primo le invitó a comer, comprendió que necesitaba desahogarse y tranquilizarse. Antonio no podía almorzar, tenía una cita con un proveedor, pero quedaron para tomar algo más tarde, con tiempo suficiente para acudir a la cena con Mabel.

En un café cercano al despacho de Santiago, sentados en una mesa discreta, Antonio le trasladó su inquietud por el estado de ánimo de Mabel y su decisión de adelantar lo máximo posible la salida.

—Voy a escribir hoy mismo a Maruxa, o mañana como muy tarde, para decirle que vuelvo.

—¿Tanto miedo tienes a echarte atrás que necesitas dejar constancia a Maruxa de que regresas?

—Pues a lo mejor hay algo de eso. Pero no te equivoques, Santiago, vuelvo porque quiero. Este país ha sido muy generoso conmigo y he encontrado una familia como jamás pude imaginar que podía tener. Os voy a echar mucho de menos, sobre todo a ti y a la abuela; y no olvidaré jamás a Mabel, pero quiero volver con los míos.

—¿Nosotros no somos de los tuyos? —bromeó Santiago, tratando al mismo tiempo de rebajar un poco la trascendencia del tono que estaba dando Antonio a sus reflexiones.

—Por supuesto que sí —cortó enfadado—, claro que sí. Sois mi familia, mi otra familia, y nunca voy a renunciar a vosotros, una de las pocas certezas de estos últimos días es que pienso venir a Buenos Aires al menos una vez al año. Solo para veros, aparte de las cartas que pienso escribiros para que no perdamos el contacto.

—¿No es Mabel la razón de que pienses volver de vez en cuando?

—No. No tengo derecho a hacerle eso. Debe aprender a vivir sin mí, enamorarse de nuevo, aunque solo de pensar en eso me produce una sensación de pérdida insoportable. Cuando me despida de Mabel el día que me marche será un adiós definitivo. Ya se lo he dado a entender ayer, pero se lo repetiré al irme. No quiero que me espere porque ya no puede esperar nada de mí. Cambio de vida, me dedicaré a mi mujer y a mis hijos. Pero eso no significa que renuncie a mi familia argentina.

—¿Le contarás a Maruxa la historia del abuelo?

—Supongo que sí, entre otras razones para que comprenda por qué quiero venir aquí de vez en cuando. Y se lo contaré a mi madre, pero no a mis tías, no creo que les guste saber que su padre formó otra familia aquí. Sobre todo, no les gustaría saber que ha vivido cincuenta años sin dar señales de vida, sin ocuparse de su mujer y sus hijos. Mi padre murió pensando que su padre había muerto, y mis tías Dolores y Nieves morirán pensando lo mismo, no les diré nada. Ni a nadie de Ventos. Se lo contaré a Maruxa y a mi madre, y a mis hijos cuando sean mayores. Pero nadie tiene por qué conocer cosas que solo a nosotros incumben.

Santiago se quedó un rato pensativo. Su primo tenía razón, el abuelo no había tenido una vida precisamente ejemplar al abandonar a su familia incluso cuando disponía de medios para prestar ayuda, cuando se había convertido en un pequeño empresario al que no le iban mal los negocios. Era mejor que Manuel Padín fuera recordado en Ventos como un buen vecino que se vio obligado a emigrar y que se lo tragó el continente americano en algún lugar del que no había podido regresar.

—¿Sabes ya qué tipo de negocio quieres montar en Galicia?

—También de eso quería hablarte.

Tras escuchar sus proyectos durante un largo rato, para Santiago fue ya muy evidente que su primo llevaba tiempo pensando en su futuro.

Cuanto más había aprendido del negocio de restauración a través de su experiencia en La Estrella y los salones de té, más se había convencido Antonio de que no era Vilagarcía el lugar apropiado para poner en marcha un café de las características que él había gestionado. Quizá alguna de las grandes ciudades gallegas, que no conocía. Solo Vigo y de forma muy superficial, porque había pasado allí unas horas con Maruxa el día que embarcó hacia Buenos Aires. Sin embargo, por su trato con los proveedores y por lo aprendido con Emilio durante los años trabajados con él, había llegado a la conclusión de que podría abrirse camino en Galicia como intermediario entre empresarios de la restauración de Argentina y empresarios gallegos del sector de la alimentación, empezando por el de las conservas, que ya se conocían en Buenos Aires, pero que estaba convencido de que, con sus contactos, se podía potenciar.

Una vez en Galicia estaba seguro de que podría encontrar nuevos proveedores de productos que hasta ahora no habían descubierto el ingente mercado que se

abría con Argentina, que él conocía medianamente y que podría ampliar a poco que tuviera un buen enlace en Buenos Aires.

—Tú, por ejemplo —le dijo a Santiago.

—¿Yo? Lo mío es la construcción.

—Lo sé. Pero lo que importa es saber gestionar una empresa y conocer el método para abrirse camino en un determinado campo. Estoy convencido de que hay negocio de importación y exportación entre Galicia y Argentina en muy diversos sectores, y lo que importa es ser los primeros en abrir camino, en intentarlo. Conozco el sector de la alimentación aquí y sé cómo debo moverme para conocer el de Galicia. El transporte empieza a funcionar razonablemente bien a través de los barcos de mercancías, y creo que podemos trabajar bien juntos. Nos conocemos, no nos arrugamos ante los problemas, y tenemos la ventaja de que los dos contamos con la posibilidad de salir adelante de otra manera si no acertamos, aunque no dudo que vamos a acertar. Tú tienes tu propia empresa que va bien, los locales Chelsea me permiten contar con unos ingresos como socio que para Galicia son importantes, sobre todo ahora que Isabella quiere pasarme sus acciones, y además tenemos en marcha la apertura de nuevos locales en Rosario y Mar del Plata. Podemos permitirnos intentar el negocio que te propongo, porque, sabiendo ya cómo funciona esto, solo compraría allá lo que tú tengas vendido previamente con su correspondiente contrato. Es decir, no quiero correr riesgos, comprar solo lo que esté vendido de antemano. Cuento con una lista importante de empresarios de la hostelería a los que podemos tantear, a algunos de ellos antes incluso de marcharme. ¿Qué te parece?

—No lo veo mal, aunque necesito pensarlo, analizarlo bien.

—Ya lo he hecho y estoy decidido a meterme de cabeza. Quiero que sea contigo porque estoy convencido de que eres la persona adecuada, además en este tipo de negocio es importante que haya confianza plena entre el que está aquí y el que está allá. Y no hay nadie en quien confíe más que en ti, lo sabes.

—Lo sé, y te lo agradezco. A mí me ocurre lo mismo contigo. De todas formas, dame tiempo para pensarlo.

—Contaba con ello. Hace semanas que analizo los pros y los contras, y te aseguro que puede funcionar muy bien. Pero tómate el tiempo que quieras, incluso más allá de mi marcha a la espera de qué encuentro allí. Y si no lo ves

claro no te preocupes, lo entiendo. Aunque sé que de una manera o de otra me meteré de lleno en el negocio de la exportación. No me veo montando un café en Vilagarcía. Pero sí creando una red de proveedores de productos alimenticios para enviar aquí. O entrando en el negocio de la construcción, que conoces bien y que a lo mejor podría funcionar en Galicia. Me cuenta Maruxa en sus cartas que Galicia está cambiando mucho, para bien, y a lo mejor ahí hay negocio también.

—A lo mejor. No me parece mala idea lo que planteas, pero hay que dar una vuelta a todo. No podemos precipitarnos.

Los dos primos aún permanecieron un rato hablando sobre cuestiones personales, aunque dejando aparte el capítulo Mabel, que los dos ya habían analizado y que Antonio no quiso volver a tocar porque le era demasiado doloroso. Le preocupaba la abuela Rosa, a la que quería entrañablemente.

—No sé cuándo volveré a verla, y me angustia que enferme mientras estoy fuera. Es curioso que me sienta más cerca de ella que del propio abuelo, cuando realmente no es mi abuela, pero desde el primer momento me conquistó por la forma en que reaccionó conmigo. Y qué decir de cómo me ha atendido todos estos años... Me hubiera gustado que conociera a mis hijos.

—Quién sabe, a lo mejor un día vienes con ellos. Y con Maruxa.

—Quizá —dijo Antonio, aunque los dos sabían que de momento no era posible. Sería una falta de respeto a Mabel, y haría falta que pasara mucho tiempo, mucho, antes de que pudiera realizarse ese viaje que a Antonio le gustaría hacer con sus hijos.

Se despidieron porque Antonio quería ir pronto a casa y estar allí cuando llegara Mabel con el vestido bonito que le había pedido que se pusiera. Santiago le recomendó un pequeño restaurante francés que acababan de abrir y él mismo se ofreció a hacer la reserva.

Nada más abrir la puerta del apartamento Antonio vio el sobre blanco, apoyado verticalmente sobre una figura de artesanía popular que Mabel y él habían comprado hacía tiempo en un mercadillo. Le dio un vuelco el corazón. Antes de coger el sobre y reconocer la letra de Mabel en el nombre «Antonio», sabía lo que significaba.

Se sentó con el sobre en la mano sin atreverse a abrirlo. Le vinieron a la memoria imágenes de su vida con Mabel, momentos que jamás volverían.

Recordó la noche anterior, el llanto, el insoportable silencio de horas, cómo se acariciaron lentamente con los sentimientos tan a flor de piel. Antonio lloró de forma desconsolada, con lágrimas que bajaban por las mejillas hacia el cuello y le mojaban la camisa, un torrente que no podía detener. El aguante de todo el día, el esfuerzo por controlarse con Mabel la noche anterior y esa mañana se había desbordado finalmente y permaneció largo tiempo sollozando como un crío, sin controlar la hora y sin temor a que el tiempo se le echara encima y apareciera Mabel vestida para él como le había pedido, porque sabía que no vendría.

Era de noche cuando pudo leer la carta. Ya no entraba luz por la ventana y encendió la lámpara que tenía al lado.

No puedo, Antonio. No puedo ir esta noche, ni mañana. No puedo estar contigo hasta el momento de la despedida. No podría soportarlo. Me voy a Mendoza con mi padre y, si me quieres, te pido por favor que no me busques. Nunca me reprocharé ni me arrepentiré de haberte querido. Eres lo mejor que me ha pasado, pero no soporto la idea de ver cómo preparas tu marcha, compras el billete, regalos para tu familia de allá, las despedidas, las promesas que sé que no vas a cumplir... Siempre dices que soy una mujer muy fuerte, pero estar a tu lado mientras tienes la cabeza en el viaje es más de lo que mi supuesta fuerza puede aguantar. Te pido por favor que no me escribas, que no intentes ponerte en contacto conmigo, que no preguntes por mí porque sabría que preguntas por mí... Solo puedo superar esta situación si sé que es irreversible, que es definitiva. Te quiero.

El retorno. (Antonio)

Durante las últimas noches se sentía alterado e inquieto, tenía un dolor continuado en el costado izquierdo que le impedía cerrar los ojos y descansar. Mabel era su único pensamiento. A pesar de la profunda tristeza que sentía, no habría cambiado ninguno de los momentos vividos junto a ella. Era un hombre afortunado, no todos conocen la felicidad.

No tenía noticias de Ventos, aunque había escrito a casa y a esas horas Maruxa, su madre y los niños ya debían de saber que regresaba. Les enviaría un telegrama con la fecha de su llegada, el puerto y el nombre del barco. Barajó la posibilidad de ir en avión, era una buena manera de acabar sus años de emigración; señal de que no le había ido mal y regresaba como un hombre con un futuro prometedor gracias a su esfuerzo y su trabajo. El viaje era caro, pero no fue eso lo que le echó atrás, sino la reflexión llena de sentido común que le hizo Isabella, que como todas las mujeres son más prácticas que los hombres:

—Me he informado sobre los viajes de Buenos Aires a España desde Ezeiza. Hay un vuelo que sale de aquí a las doce de la mañana y llega a Madrid a las 8 de la tarde hora española, con escala en Montevideo, Sao Paulo, Río de Janeiro y la Isla de la Sal, que está en Cabo Verde. No te vas a arruinar por comprar el billete, pero vas a estar dando tumbos por el mundo demasiadas horas. Eso sin contar que al llegar a Madrid tendrás que coger un tren a Galicia. Si todo eso lo haces con una maleta, pues no es mala solución, pero imagino que tu equipaje será mayor porque algo habrás acumulado después de tantos años en Argentina. Por no hablar de los regalos —insistió su amiga—. Tienes que comprar regalos para todo el mundo, o por lo menos yo me voy a encargar de comprar regalos para todo el mundo, tuyos y míos, que estoy deseando mandar cosas a tus hijos. Si vas en barco el equipaje no importa, llevas todo contigo en el camarote, y además hay varios barcos que te dejan en Vigo o en La Coruña. Me han dado muy buenos datos sobre el Cabo San Roque, de una compañía española, vasca, que te deja en Vigo. Tiene camarotes individuales —explicó Isabella con entusiasmo—, varios comedores, salón de baile, cine y piscina, incluso capilla.

Y en una semana estás allí, con tiempo en el barco para hacerte tranquilamente a la idea de que dejas esta vida para empezar otra, sin la precipitación del avión y de tantas escalas. Es lo que te aconsejo, pero la decisión la debes tomar tú, que para eso eres el que viaja y el que tiene que pagar el billete.

—La idea de viajar en barco me parece buena. El destino me trajo hasta Buenos Aires en un barco, y el destino me llevará a casa de la misma manera. Continúo siendo un emigrante —dijo Antonio, riéndose de sí mismo—, aunque esta vez viaje en un camarote sin ratas.

Antonio hizo caso a Isabella y a Rosa, quien también era partidaria de que viajase por mar. Dispondría de tiempo para hacerse con su nueva situación y llegar a un puerto en el que tendría a su familia esperando. A su abuela la visitaba todos los días, necesitaba llenar las horas para no volverse loco ahora que Mabel había desaparecido. La casa, sin ella, se le venía encima.

No sabía nada de Mabel, había respetado su deseo de no buscarla. Suponía que Santiago había hablado con ella antes de su huida a Córdoba; quizá ni siquiera estaba en Mendoza. Si su primo tenía noticias de Mabel no dio ninguna muestra de tenerlas, ni una mención, ni una pista, ni una frase que pudiera hacer pensar que estaba al corriente de su paradero. Santiago era su mejor amigo, el hombro en el que siempre había llorado, la persona con la, que desde mucho antes de conocer a Antonio, Mabel había compartido sus sentimientos, sus secretos.

Hundido tras leer la carta, Antonio llamó a Santiago para contarle que Mabel había desaparecido y no quería volver a verle. Su amigo pareció muy sorprendido con la noticia, pero con el transcurso de los días, Antonio había llegado a la conclusión de que conocía la noticia antes de que él se la diera. Santiago, sin embargo, se volcó con su primo, le veía a diario, estaba pendiente de él, de cenar con Antonio cuando los dos terminaban sus respectivos trabajos. No permitía que estuviera solo. Jamás volvieron a hablar de Mabel después de que Antonio le habló de la carta y de su desesperación.

Mabel había significado un punto y aparte y ni siquiera pudo despedirse de ella. Ella había elegido no vivir el final con él. Se sentía vacío, las noches eran interminables y llegó a dudar de que hubiera tomado el camino adecuado. Echaba tanto de menos a Mabel que a veces sentía que le dolía hasta la piel. Jamás se recuperaría. Ni siquiera cuando se fue de casa dejando atrás a su mujer, a sus dos hijos y a su madre, sintió tanto desconsuelo. En aquella ocasión huía de

una situación de miseria para tratar de encontrar un nuevo sentido a su vida. Ahora, sin embargo, dejaba atrás una vida muy llena para recuperar a su familia... sin saber si su familia era recuperable.

Solo Rosa e Isabella conocían su miedo; miedo a que Maruxa no le quisiera, o ya no le amara de la misma forma. Aquellas dos mujeres a las que él acudía cada vez que tenía algún problema, a pesar de ser mucho mayores que él, siempre le entendieron. A pesar de que su aparición había provocado una auténtica conmoción en Rosa; a pesar de que cuando conoció a Isabella era un joven simple, analfabeto, sin más objetivo que ganar dinero para regresar pronto a casa.

Isabella había vivido toda su transformación y había sido también responsable de aquel cambio. En buena parte, él era una obra de Isabella, una persona fundamental que siempre estuvo de su lado, apostando por él cuando decidió con su hermano Emilio abrir el primer salón de té y después, cuando llegó el momento de ampliar el negocio. Lo último había sido entregarle sus acciones. A ella le debía haberse convertido en un pequeño empresario con perspectivas halagüeñas siempre que los Chelsea continuaran siendo lo que eran en las principales ciudades de Argentina. «Dejas un pie aquí —le solía decir Isabella mirándole cariñosamente—, lo que me garantiza que volveré a verte porque tendrás que venir de vez en cuando a echar un ojo a los negocios». Ella tenía razón, y Antonio se sentía encantado de pensar que su marcha de Argentina no era definitiva.

Los últimos días los dedicó a poner en orden todos los papeles del Chelsea perfectamente clasificados en carpetas, para que la persona que le iba a sustituir encontrara todos los documentos y datos que pudiera necesitar.

Se despidió de los proveedores y a algunos de ellos les comentó que tenía una idea muy clara sobre lo que quería hacer en Galicia y que probablemente volverían a hacer negocios juntos. Con Santiago mantuvo varias reuniones profesionales. Le otorgó poderes notariales para que le representase en el Chelsea y actuara en su nombre en cualquier iniciativa que pusieran en marcha en el futuro. Mantuvo largas, larguísimas conversaciones con Rosa sobre cómo planificar su nueva vida. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando ella le entregó, envuelta en papel de seda, una mantelería que había bordado muchos años atrás. Era un regalo para Maruxa. Antonio protestó: «Esto debe ser para sus

hijas, para Nieves o para Dolores», pero Rosa le tranquilizó: «Tienen tantas cosas más... Como puedes imaginar, para ellas ha sido todo lo que he hecho a lo largo de mi vida, y cuando me muera para ellas y la mujer de Nono será lo que queda de mi ajuar. No creo que haya muchos tan bonitos en Buenos Aires... Más importantes sí, pero yo era la mejor bordadora que podías encontrar entonces —dijo con orgullo— y los manteles y sábanas más maravillosas las bordé para mi boda con tu abuelo».

Los dos se confesaron esos días uno con el otro y reconocieron que al principio tuvieron reticencias porque Rosa no dejaba de ser la causa de que Manuel hubiera desatendido a su familia gallega; y Antonio, al aparecer al cabo de los años, había provocado un auténtico cataclismo emocional en una Rosa a la que le costó superar el engaño de su marido. Sin embargo, tardaron muy poco en encariñarse el uno con la otra y, con el tiempo, su afecto era sincero, profundo, familiar.

En esas últimas semanas de Antonio en Buenos Aires estrecharon aún más los lazos que les unían. «Incomprensiblemente —solía decir Rosa— porque eran muchas las razones de los dos para detestarnos. Pero te quiero, hijo, no lo puedo remediar». Y Antonio, que siempre había sido poco expresivo, le respondía a Rosa: «Yo también la quiero, abuela».

Nunca pronunciaron el nombre de Mabel en esas conversaciones que mantenían en la salita de Rosa, como si comprendieran que no era un asunto que Antonio quisiera compartir con nadie. Antonio sabía que Rosa quería a Mabel como a una nieta más, y estaba seguro de que le dolía que estuviera sufriendo por la separación, por la ruptura.

Con Isabella dedicó muchas tardes a hacer compras. Tuvo que comprar maletas porque ella se encaprichaba de todo lo que veía. Vestidos para Maruxa y Maruxiña, unas chaquetas de lana muy suave para Lola, chales, un traje de hombre para Antón, aunque Antonio se quejó porque solo tenía doce años.

—Sí, pero incluso con doce años hay que ir bien vestido en algunas ocasiones.

También compraron zapatos, bolsos y un precioso collar de perlas para Maruxa.

—Pero ¿qué va a hacer con todo esto en Ventos? —decía Antonio.

—Pues ponérselo. Además, no es seguro que viváis en Ventos, tú mismo me llevas contando hace tiempo que te ves montando algo en Vigo. Y es una ciudad

elegante. Si pretendes entrar en el negocio de las exportaciones e importaciones no te puedes quedar en Ventos. Y tu mujer tiene que estar muy guapa. Aparte de que debes compensar a tu familia de alguna manera después de tantos años de ausencia. Tienes que llegar como un triunfador, como lo que eres. Y los triunfadores son gente que hace regalos. Y además algunos de los regalos son míos, hace ya mucho tiempo que considero a Maruxiña algo así como una nieta a la que no conozco, pero algún día conoceré.

—Y a Antón.

—Y a Antón, pero siempre me han gustado más las niñas.

Llegaría cargado de regalos, pero no sabía nada de Maruxa desde que le escribió contándole que regresaba. No esperaba carta. Antes de que llegara la suya y la de respuesta estaría ya en el barco, y Maruxa no podía llamarle por teléfono; nunca lo había hecho en todos esos años.

Cuando compró el pasaje le puso un telegrama con todos los datos, pero no recibió tampoco uno de respuesta confirmando que habían recibido el anterior. No le extrañó, las comunicaciones no eran fáciles.

Desde que tuvo el pasaje en el *San Roque* hasta que llegó el momento de embarcar apenas transcurrieron tres semanas, aunque Antonio tenía otra fecha de referencia: desde que leyó la carta de Mabel hasta que llegó el momento de embarcar apenas transcurrió un mes.

El tiempo pasó tan deprisa que le daba vértigo pensar en cómo se le iba de las manos. No tenía un minuto libre, lo que le vino bien para no pensar excesivamente en lo que le esperaba y lo que dejaba atrás. La familia, su familia de Argentina, le hizo una despedida emocionante y multitudinaria; no faltó nadie, pero para él fue más importante la de Rosa, con la que cenó nuevamente a solas dos días antes de marcharse. El abrazo fue largo, prolongado, y lloraron los dos. «Vendré a verla; antes de que se dé cuenta me verá aquí de nuevo», le repetía Antonio una y otra vez, pero los dos sabían que, incluso aunque volviera a Buenos Aires en uno o dos años, la edad de Rosa podía convertir esa despedida en definitiva.

Santiago le fue a recoger, sabía que decir adiós a la abuela provocaría un gran dolor a su primo. Le acompañó hasta su casa, llena de maletas y bolsas, con los estantes vacíos.

Un apartamento que se quedaba sin inquilino siempre producía desolación, pero en el caso de Antonio era especialmente duro porque no había otro esperando su llegada en otra calle o en otro barrio de Buenos Aires. Santiago se marchó porque su primo le dijo que quería quedarse solo, pero él mismo se sentía incómodo en una vivienda que parecía inhóspita. Al día siguiente comerían con Pepe y con los amigos de siempre, que habían organizado un asado en honor de Antonio. Y por la noche cenarían con la gente del Chelsea.

Santiago e Isabella le acompañarían al barco con un coche de la empresa de Santiago, más un taxi con las maletas. Antonio no quería que fuera nadie más. Con su primo e Isabella podía llorar abiertamente, porque sabía que iba a llorar y no quería más testigos de su pena.

Todo ocurrió exactamente como había pensado, excepto que cuando llegaron a Puerto Madero tuvo un arranque y pidió a Santiago e Isabella que no le acompañaran hasta el barco. No lo podía soportar. Llamó a un porteador para que cogiera su equipaje —tuvo que pedir la ayuda de un compañero, no cabía todo en una sola carretilla— y se despidió deprisa, con miedo a derrumbarse. Las lágrimas de Isabella se deslizaban incluso por el escote, y se abrazó apretadamente a Antonio mientras decía «hijo mío, hijo mío», lo que le provocó un nudo en la garganta que le impedía pronunciar palabra, aunque apretó a su amiga hasta hacerle daño.

Santiago fue más comedido, pero también tuvo que sacar el pañuelo del bolsillo para llevárselo a los ojos.

—Buen viaje, buen viaje. Todo irá bien —decía. No sabía si para tranquilizar a su primo o para tranquilizarse él mismo—. Me ocuparé de Isabella —añadió al ver la inquietud en los ojos de Antonio.

Isabella se volvió hacia Santiago y le dio un beso que le dejó la mejilla mojada y con la habitual mancha de carmín y pintura de ojos.

Antonio cumplió, solo, los trámites de aduana y de embarque. Cuando se vio en su camarote se arrojó sobre la cama y lloró hasta quedarse dormido a pesar de que era de día. Entre sueños escuchó música y los adioses del pasaje a la multitud que despedía a los familiares y amigos en el muelle.

Promesa cumplida. (Maruxa)

Maruxiña no paraba de revolverse en el asiento de atrás. Antón, en silencio, miraba por la ventanilla.

Maruxa los había llevado a los dos de compras a Vilagarcía, quería que Antonio encontrara muy guapos a sus hijos al bajar del barco. Lo estaban. Maruxiña se había encaprichado de un vestido azul pálido nada más verlo y su madre se lo había comprado porque verdaderamente le sentaba muy bien. Un pantalón por la rodilla para Antón y una camisa blanca por debajo de una chaqueta «de hombre», como decía su hermana, que no disimulaba sus nervios.

Fue Maruxiña quien se empeñó también en que su madre se comprara un vestido, aunque tenía uno que había estrenado hacía poco tiempo: «Mamá, es una ocasión especial, solo una vez en la vida regresa un padre de América», argumentaba su hija, que solía pronunciar frases grandilocuentes que Maruxa no sabía dónde había aprendido, porque era de poco leer, a pesar de los esfuerzos de su madre para aficionarla a la lectura. Ni siquiera le interesaban los libros de Elena Fortún, que su madre le compraba y que estaban prácticamente sin abrir.

La carta de Antonio en la que anunciaba su llegada provocó una auténtica conmoción, como no podía ser menos. Maruxa empezó a gritar «vuelve, Antonio vuelve», y Antón le arrancó el papel de la mano para leer el párrafo en voz alta a los demás, sobre todo a la abuela, que se levantó de la silla en la que estaba zurciendo unos calcetines y miró la carta como si acercándose a ella supiera sacar algo de aquellas letras que desconocía:

—Finalmente acaba mi estancia aquí —escuchó a su nieto— y embarcaré en el *Cabo San Roque*. No sé la fecha exacta de la llegada a Vigo, pero me han dicho en la consignataria que será el 17 o 18 del mes que viene. Cuando falten dos o tres días os confirmarán el día y la hora en Vilagarcía. Es de la compañía Ybarra.

Maruxiña daba saltos, Antón se abrazó a su abuela, que se había quedado paralizada y no pronunciaba una palabra. Sacó un pañuelo del delantal y se lo llevó a los ojos, pero no había lágrimas en ellos, aunque su rostro tenía un tono

rojo que nunca le habían visto. Maruxa, asustada, la cogió por los hombros y la sacudió con cuidado.

—¿Le pasa algo, se encuentra bien?

En apenas un minuto aquella casa, aquella familia, se encontraba en estado de shock. Finalmente, Virtudes se echó a llorar, lo que tranquilizó a una Maruxa que también dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas mientras abrazaba a su suegra y a sus hijos.

Esa imagen, irrepetible y que formaría parte para siempre ya de las vivencias más importantes de Maruxa, la recordaba mientras se dirigía con sus hijos a Vigo al encuentro de su marido.

Virtudes había preferido quedarse en casa. Puso muchas excusas: tenía miedo a marearse en el coche —un profesor del colegio de los niños se había ofrecido a llevarlos a Vigo para recoger a Antonio—, era mejor dejar sitio libre para Antonio y el equipaje, en casa estaría menos nerviosa, prepararía algo bueno de comer para cuando llegasen... La falta de espacio para el equipaje fue la más convincente, aunque a Maruxa le dolía que Virtudes no estuviera en Vigo para recibir a su hijo.

Desde que recibió la carta de Antonio, Maruxa vivía como en una situación de irrealidad. Le emocionaba su regreso, tenerlo de nuevo en casa, que cumpliera la promesa que le había hecho cuando se fue. Quería verle, la idea de que sus hijos tuvieran a sus padres con ellos, a los dos, le parecía el mejor regalo que les podía ofrecer después de tantos años de ausencia.

La alegría desbordante con que los niños habían recibido la noticia le hizo comprender hasta qué punto habían echado sus hijos de menos a Antonio, aunque apenas le conocían. Antón tenía un vago recuerdo de su padre, o eso decía, y Maruxiña confesaba abiertamente que no tenía ninguno porque no podía tenerlos, era un bebé cuando Antonio se marchó a América. Le enternecía la sonrisa permanente de Virtudes, incluso un día la sorprendió mirándose atentamente en el espejo, como si estuviera analizando sus arrugas, cuáles serían nuevas para su hijo, si la encontraría demasiado vieja.

Pero a esa emoción, esas ganas de encontrarse con su marido, se superponía la imagen de Juan. De su historia con Juan. Su apasionada, enriquecedora y plena historia con Juan, al que quería con toda su alma, del que estaba profundamente enamorada, como nunca lo había estado de nadie, ni siquiera de Antonio, al que

sin embargo deseaba ver y con el que deseaba encontrarse. Porque deseaba encontrarse con él, era lo que le sorprendía. ¿Podía querer a dos hombres, quererlos tanto y de tan distinta manera? ¿Quería de verdad a Antonio o lo que quería era tener una familia, con un padre que asumiera las responsabilidades que ella había asumido en solitario durante tantos años? ¿Quería a Antonio o deseaba que sus hijos pudieran estar con su padre y con su madre, que la llegada de Antonio significara el principio de una vida más cómoda, más placentera, con menos incertidumbres?

Dormía mal desde que llegó la carta, porque se hacía todas esas preguntas y no tenía respuestas que la tranquilizaran. A veces se sentía incómoda por ansiar la presencia de Antonio con razonamientos materialistas. En otras ocasiones pensaba que era una mujer muy superficial por buscar en Juan un amor físico que nunca había conocido hasta que se encontró con él. Se decía que no era solo una cuestión sexual, sino algo mucho más profundo, comunicación, compenetración, ilusiones compartidas, risas, experiencias, reflexiones, plenitud, alegría de vivir... No sabía explicarlo, pero sí sabía que era algo tan enriquecedor para los dos, para él y para ella, que no podía ser malo querer de esa manera, aunque estuviera casada con Antonio.

Tardó varios días en hablar con Juan tras recibir la carta. Dio vueltas a cómo decírselo y sobre todo a qué podía proponerle una vez regresara su marido. ¿Podrían seguir viéndose? ¿No sería humillante para Juan que ella compartiera cama con su marido? ¿Y si al llegar Antonio se sentía incapaz de amar a su marido como se debía querer a un marido? ¿Y si Antonio le confesaba que quería a otra mujer? ¿Y si rompía con Juan y luego resultaba que Antonio y ella no lograban retomar el punto en que lo habían dejado cuando se marchó a América? Esas preguntas, en las que reconocía que pensaba más en ella misma que en Juan, retrasaban la conversación que debían tener.

Cuanto más la retrasaba, peor se sentía con ella misma porque al menos tenía la sinceridad de asumir que no se trataba de una cuestión de cobardía, sino de egoísmo. No quería romper con Juan por si acaso no lograba recomponer su matrimonio. Así de claro, así de indecente. Pronunció esa frase en voz baja: no quiero romper con Juan por si acaso me va mal con Antonio. Se sintió tan avergonzada que al día siguiente acompañó a los niños al colegio y entró en secretaría para decirle a Juan que buscara un momento a lo largo de la mañana

para que se encontraron en su casa. Y repitió lo del encuentro en su casa, y al ver la cara de Juan comprendió que él entendía que era algo importante lo que debía decirle y prefería no quedar en una cafetería por miedo a su reacción.

No hubo una mala palabra, ni una súplica, ni una lágrima. Un Juan con gesto de profunda tristeza se limitó a decir:

—Este momento tenía que llegar, los dos lo sabíamos.

Maruxa intentó darle una explicación, pero Juan se lo impidió con un gesto. Con voz muy serena, le dijo:

—Prefiero que no nos digamos nada, porque cualquier cosa nos haría aún más daño. Los dos sabemos qué ha significado esto para nosotros y quiero que guardemos este recuerdo tal cual, sin analizar lo bueno o lo malo que haya podido haber. Cada uno de nosotros lo guardará en su memoria y en su corazón como quiera hacerlo. No podemos hacernos ni un reproche ninguno de los dos. Ninguno, porque conocíamos los riesgos. Nos veremos en el colegio —le dijo mientras enjugaba con el dedo una lágrima de Maruxa—, pero no volveremos más aquí. Se ha terminado, Maruxa, se tiene que terminar. No, no quiero escuchar nada porque además sé qué me vas a decir, que me quieres. Yo también te quiero y creo que te voy a querer siempre. Si un día me buscas, me vas a encontrar.

Le dio un beso suave en los labios y le puso sobre los hombros la chaqueta que Maruxa había dejado en el respaldo de una silla.

—Me voy. Quédate un rato si quieres, yo no vuelvo hasta la tarde y no va a venir nadie por aquí. —La miró con una ternura inmensa y se fue.

Maruxa se quitó la chaqueta que se acababa de poner y se quedó sentada en el sillón un tiempo que le pareció interminable, haciendo repaso de lo que había sido su vida con Juan. Se levantó e hizo un recorrido por última vez por esa casa en la que había vivido experiencias tan gratificantes, tan sinceras, tan profundas. Miró los cuadros, el dormitorio, la cocina, como si quisiera recordar escenas que no volverían a repetirse. Se dirigió a la puerta y la cerró con cuidado. De pronto recordó algo y, ya en la calle, dio la vuelta, entró nuevamente en la casa con la llave que llevaba en el bolso y la dejó sobre la mesa. Buscó un papel y un lápiz y, junto a la llave, dejó una breve nota: «Te quiero».

En el coche hacia Vigo, mientras Maruxiña intentaba que su hermano hablara con ella y le preguntaba cómo era el barco, cuánto tardaría Antonio en salir, y

qué pensaba hacer cuando su padre estuviera ya en casa, Maruxa pensaba en Juan y en la despedida. Podría repetir de memoria cada una de las pocas palabras que se habían dicho aquella mañana en su casa: las recordaba todas las noches al acostarse, y para Juan era el último de sus pensamientos antes de quedarse dormida.

Al llegar a la Estación Marítima de Vigo encontraron una multitud que, como ellos, esperaban al *Cabo San Roque*, más los que despedían a pasajeros de otro trasatlántico a punto de partir. Luis, el profesor de los niños que se había convertido en un buen amigo de Maruxa, les acercó todo lo que pudo y, discreto, dijo que se iba a dar una vuelta y que estaría pendiente del momento en que empezaran a bajar los pasajeros para esperarlos en la puerta. Maruxiña no paraba de moverse y su madre la agarraba fuerte de la mano por miedo a que se perdiese. Antón no perdía detalle y preguntaba a Maruxa por los trámites de la aduana, cuánto tardaban, si abrirían las maletas, por dónde aparecería Antonio... como si ella lo supiera, como si ella hubiera acudido docenas de veces a esperar a su marido que regresaba de América.

La espera fue una tortura, e imaginaba que también lo sería la de Antonio. Fue ella la primera que le vio, con un traje oscuro y camisa blanca, sin corbata. Miraba hacia la gente tratando de localizar a su familia. Maruxa les dijo a sus hijos quién era su padre y Maruxiña se soltó de su mano y corrió hacia él perdiéndose en el tumulto. La primera impresión de Antonio fue ver una niña rubia que se le echaba encima mientras gritaba «¡papá!» y se abrazaba a su cintura. Su hijo se acercó inmediatamente después, serio, y lo único que pensó Antonio fue que Antón era muy alto. No le dio un beso, sino que estrechó sus hombros y lo apartó para mirarle la cara, los ojos, y después le dio un abrazo apretado. Maruxa miraba la escena y no pudo evitar las lágrimas. Se acercó despacio a su marido, que la abrazó largamente y le dio un beso en la cabeza, en el pelo. No se dijeron nada, y en su silencio los dos sintieron lo mismo: sus cuerpos no se acoplaban como se acoplan los de una pareja después de una larga ausencia. No se abandonaron el uno en el otro.

El reencuentro. (Virtudes)

Pasaron las semanas y solo Virtudes parecía advertir que la felicidad era solo aparente.

Se sentía la madre más afortunada del mundo con su hijo de vuelta en casa. Solo ahora era consciente de lo duros que habían sido los últimos diez años. Solo ahora, al ver a los niños tan entusiasmados con su padre, tan orgullosos, tan contentos, comprendía lo que habían sufrido con su ausencia. Probablemente sin darse cuenta, porque al no tener recuerdos de él no echaban de menos lo que antes tenían. Pero ahora, al ver cómo Maruxiña entraba corriendo al llegar del colegio para echarse en brazos de su padre, o cómo Antón se sentía orgulloso de dar una vuelta por el pueblo con su padre al lado, mirando casi desafiante a los amigos con los que se cruzaba, Virtudes percibió que la infancia de sus nietos había estado incompleta.

Sin embargo, la satisfacción de tener al hijo en casa quedaba ensombrecida por algo que no acababa de saber qué era exactamente, pero que intuía.

Conocía a Antonio mejor que nadie, para algo era su madre y lo había criado, y notaba que le faltaba luz en los ojos. Algunas de sus sonrisas eran forzadas, y en ocasiones se quedaba callado, como ausente. Solo se le veía verdaderamente feliz cuando Maruxiña y Antón se quitaban la palabra uno al otro para preguntarle todo lo que no le habían preguntado durante sus años de ausencia. Antonio entonces reía, hacía bromas y evitaba contarles las miserias —porque Virtudes sabía que había sufrido miserias— para que sus hijos le miraran solo como a un ganador. Un hombre que había trabajado a fondo, pero que había conseguido que su esfuerzo no fuera en vano. Con los niños Antonio irradiaba una alegría que Virtudes no le había visto jamás, pues su hijo siempre fue un joven retraído y poco expresivo.

No sabía bien qué ocurría, pero ocurría algo. Se mostraba muy amable con su mujer, le hablaba con cariño, incluso con admiración, y la propia Maruxa estaba pendiente de Antonio permanentemente y se la veía contenta. Pero... ese «pero» quitaba el sueño a Virtudes.

Ella no había tenido una relación demasiado intensa con su marido, aunque el exceso de agobios, preocupaciones y trabajo podían justificar esa falta de intensidad. Eran muchos los problemas y muy acuciantes. Pero sabía Virtudes que una pareja que se quiere, sobre todo una pareja joven, se mira de determinada manera, se rozan casi inconscientemente, no pierden detalle de lo que hacen uno y otra cuando comparten espacio, como tratando de adivinar qué es lo que sienten y cuál va a ser el siguiente paso. Y eso no ocurría entre Antonio y Maruxa.

Estaba segura de que Maruxa había puesto fin a su relación con el hombre que trabajaba en el colegio de los niños. No se lo había dicho, pero conocía bien a su nuera. Y estaba segura también de que ese final había llegado cuando recibió la carta en la que Antonio anunciaba que volvía a casa, no antes.

Maruxa había terminado con él, con toda certeza, para estar con su marido. Pero algo no iba bien y Virtudes pensaba que no solo era por Juan, sino porque también su hijo había puesto fin a algún tipo de historia en Buenos Aires. Si no fuera así, él miraría de distinta manera a su mujer.

Las primeras semanas la familia se dedicó exclusivamente a acomodarse a la nueva situación, a disfrutar de que otra vez eran una familia completa. Los niños estaban eufóricos y tanto sus padres como su abuela disfrutaban de esa euforia. En esas primeras semanas no se habló de futuro, Antonio no pronunció una palabra sobre sus planes, no mencionó qué tipo de negocio quería emprender, ni tampoco dijo si pensaba construir una nueva casa en Ventos, como siempre había pensado que harían a su regreso, o si durante su ausencia había proyectado hacerlo en Vilagarcía, o Caldas, en función del trabajo al que se quisiera dedicar, que, teniendo en cuenta a qué se había dedicado en Buenos Aires, Virtudes pensaba que sería una cafetería o un restaurante, como tantos otros emigrantes que habían regresado de América.

Pero no contaba nada, se pasaba horas rondando por la casa o iba a Vilagarcía para resolver cosas de bancos y de papeles, aguardando siempre la llegada de los críos, con los que disfrutaba cada minuto. Siempre, antes de salir, proponía a Maruxa que le acompañara, pero ella lo hacía pocas veces, respondía que tenía trabajo que hacer.

Solo habían tomado una decisión, que Virtudes se quedara con ellos. Un día, mientras comían, Virtudes dijo que debería trasladarse a la casa que había sido

de sus padres porque eran demasiados para tan poco espacio. Su hijo fue tajante:

—Eso ni pensarlo, a no ser que usted quiera dejarnos. Ya tomaremos decisiones cuando haya que tomarlas, pero esta es su casa y aquí se queda, con nosotros.

Virtudes advirtió el gesto afirmativo que hizo Maruxa con la cabeza y la cara de tranquilidad de sus nietos.

—¿Cómo te vas a ir, abuela? —dijo Maruxiña, mientras su hermano añadía que siempre habían estado con ella.

Se quedaría. Y se quedaría con gusto, aunque sabía que iba a ser testigo de lo que iba a suceder en esa familia al acomodarse a una nueva situación, y tenía miedo de verse obligada a seguir, en primera fila, la ruptura de un matrimonio que no fuera capaz de superar la distancia emocional que sufrían, cosa que Virtudes veía muy claramente, aunque jamás se habría atrevido a comentarlo con su nuera, por mucha confianza que tuviera con ella. Y mucho menos con su hijo, con el que nunca había mantenido una conversación de tipo personal.

Antonio, sin embargo, como adivinaba su madre, era consciente de que ni su mujer ni él sentían la felicidad que debían sentir. Ninguno de los dos había vivido con demasiada ilusión el reencuentro, aunque los dos habían deseado que en ese encuentro surgiera la posibilidad de superar las historias de amor que los dos habían roto precisamente con la esperanza de que la ruptura allanara el camino para salvar su matrimonio.

Ninguno de los dos había confesado lo ocurrido esos años, sus enamoramientos; daban sus respectivas historias por definitivamente rotas y por tanto era inútil hacerse daño mutuamente contando algo que habían dejado atrás para siempre. Los dos reiniciaban su matrimonio con la esperanza de mantener una relación tranquila, sin tensiones, cómoda, para compensar a Antón y Maruxiña de la larga ausencia y lo que había significado crecer sin padre. Los dos, Maruxa y Antonio, tenían en cierto modo la esperanza de que, al encontrarse, pudiera saltar una chispa entre ellos. Una chispa que nunca habían vivido uno con el otro, pero que ahora sabían que podía existir en una pareja, más allá del compromiso matrimonial y más allá de las conveniencias.

Sin embargo, no se había producido. Ni siquiera el estrecho y apretado abrazo que se dieron en la estación marítima fue como uno y otro habían soñado. Estrecho y apretado, largo, con lágrimas en los ojos de los dos, pero sin la

emoción que los dos sabían que debía existir en una pareja. Cualquiera que los hubiera visto habría creído que se trataba de un matrimonio que se amaba apasionadamente. No era cierto. Se querían, pero no se amaban, y como los dos habían amado, el peso de la decepción era como una losa. Empezaba a ser insoportable.

El día no se hacía muy cuesta arriba, siempre tenían algo que hacer. Los dos disfrutaban de la nueva vida; ver la alegría en los ojos de sus hijos era una bendición. Se llevaban bien, incluso muy bien, reían juntos con los cuentos de Maruxiña, una fantasiosa; les emocionaba el clima que se veía en casa, desayunar y cenar juntos, la llegada de los niños del colegio. A los niños cualquier cosa, cualquier propuesta, les parecía una nueva experiencia, una aventura. Antonio dijo que quería aprender a conducir para tener coche en el futuro, y a Antón le faltó tiempo para llegar al día siguiente con la dirección de una autoescuela. Su padre hizo como que no sabía que hubiera una academia de conducir en Vilagarcía, para darle la satisfacción de pensar que era él quien le ayudaba a encontrar dónde podía empezar las clases.

Durante el día eran una familia unida, incluso feliz —sobre todo los niños—. Pero ninguno compartía sus proyectos con el resto. Maruxa no sabía qué tenía pensado hacer Antonio, y Antón no sabía si un día podría ir a la universidad, que era algo que había hablado con su mejor amigo, Carlos, un asunto que para los dos era algo así como la meta marcada, de momento inalcanzable.

No se hablaba de futuro en casa. Se vivía el presente, ya llegaría el momento de pensar en el futuro. Y ese presente se disfrutaba solo de día, porque las noches eran una tortura para el matrimonio.

No se tocaban. O, mejor dicho, se tocaban, pero no habían mantenido relaciones sexuales desde la llegada de Antonio. Se daban un beso de buenas noches y cada uno se refugiaba, de espaldas, en su lado de la cama.

Al principio los dos pensaban que se debía al cansancio de Antonio por el viaje, los nervios, la necesidad de rehacer el camino que habían interrumpido; pero con el paso de los días también los dos habían llegado a la conclusión de que era algo más profundo lo que les separaba, y con el tiempo se les hacía cada vez más difícil iniciar lo que no había sucedido la primera noche que Antonio durmió en casa. Se habían convertido en dos extraños. Un abismo se había

abierto entre ellos y parecía imposible superarlo, entre otras razones porque no lo hablaban.

Antonio llevaba casi tres meses en Ventos cuando empezó a explicar a Maruxa sus proyectos. Los dos habían ido a pasar la tarde a Vilagarcía con los niños, y mientras ellos estaban con amigos del colegio en la Alameda se sentaron en una cafetería desde la que podían verles. Antonio le contó con detalle su situación como accionista de los salones Chelsea, que Maruxa desconocía, cómo se había convertido en socio minoritario en un principio y después la cesión de las acciones de Isabella.

Le habló largo y tendido de Isabella y también de los Padín, aunque de forma más superficial. Aún no estaba preparado para hablarle de su abuelo, todavía no quería compartir con su mujer lo que había sabido en Buenos Aires, pero sí le contó que se encontró con unos Padín gallegos y que se habían convertido en una especie de segunda familia, porque estaban convencidos de que en algún momento del siglo anterior habían compartido ancestros. Le habló también de Santiago, pero no de Rosa y Manuel, y cómo le había asesorado para introducirle en el mundo de los negocios. Santiago se ocuparía de tomar en su nombre las decisiones que se tuvieran que tomar en los salones de té, y explicó a Maruxa la idea que tenían de que Antonio creara una empresa en Galicia de importación y exportación con Argentina, fundamentalmente de productos alimenticios, que era un sector que conocía bien.

A Maruxa le gustó el proyecto y Antonio, con un gesto, la invitó a que preguntara.

—¿Y sabes qué quieres enviar a Buenos Aires, y dónde adquirirlo?

—No, no lo sé, pero sé qué puertas se deben tocar para conocer el sector. Tampoco sabía nada en Buenos Aires cuando abrimos el primer salón de té, aprendí en un principio a ser encargado y después a buscar proveedores y negociar precios y entregas con ellos. No me asusta, sé que lo puedo hacer. Y Vigo es una ciudad mucho más pequeña que Buenos Aires.

—¿Vigo?

—Es lo que había pensado, pero tú tienes que estar de acuerdo.

—¿Y por qué Vigo?

—Vilagarcía no cuenta con suficientes empresas de alimentación como para pensar en unas cantidades interesantes para exportar, ni tampoco suficiente

variedad de productos. En el barco conocí al propietario de una tienda de ultramarinos de Vigo que me explicó cómo estaba creciendo el sector conservero, que empezaba a experimentar con productos que iban más allá de las latas tradicionales. Me habló también del comercio con Portugal, cada vez más fluido... Y empecé a darle vueltas a la idea de empezar una vida nueva en Vigo.

—¿Y tu madre? ¿Y nuestra casa?

—Mi madre hará lo que ella quiera, quedarse en Ventos o venirse con nosotros. Todo depende de ti. Una de las cosas que aprendí en Buenos Aires es que debemos contar con vosotras, que al fin y al cabo sois las que lleváis el peso de la familia, y más en tu caso, que has tenido que hacer de padre, madre e incluso hija. Lo que te estoy contando es una propuesta, Maruxa —le dijo.

Maruxa sintió por primera vez que la miraba con cierto orgullo, y con ternura, y sintió un estremecimiento.

—Solo la llevaré adelante —añadió— si tú estás de acuerdo. Creo que podríamos vivir en Vigo, pero sin dejar nuestra casa. No quiero renunciar a Ventos, podremos venir a menudo, los fines de semana, en verano, cuando tú quieras. Aquí está nuestra vida, pero en Ventos tenemos poco futuro. Y además pienso en los niños. Me gustaría que fueran algo más que campesinos. El mundo es de la gente formada, de la gente con estudios; eso lo vi en América y empiezo a verlo aquí. Las mejores oportunidades son para quienes tienen una formación.

—No fue tu caso, aunque estoy de acuerdo en que todo será más fácil para Antón y Maruxiña si deciden estudiar.

—No fue mi caso cuando llegué, porque tuve la suerte de encontrar primero a Isabella y después a los Padín, que fueron mis valedores, impulsores y en cierto sentido mis maestros. Isabella se empeñó desde el primer momento en que aprendiera a leer y escribir y me fue enseñando a ser un buen camarero primero y un buen encargado después. Esa fue mi universidad, ahora que se habla tanto de las universidades.

Antonio hablaba con entusiasmo de su proyecto y contagió a Maruxa, que, por otra parte, estaba deseando apoyar a su marido en lo que le propusiera. Quería demostrarle de alguna manera que confiaba en él.

Llegaron los niños, que querían merendar, e interrumpieron la conversación. Pero era solo un punto y seguido. Había mucho de lo que hablar y, en los dos, empezó a nacer la idea de que se les abría la oportunidad de iniciar otra vida.

Con unos resultados que en ese momento no alcanzaban a ver, no lo podían adivinar. Pero esa oportunidad no podían dejarla escapar.

Epílogo

Maruxiña estaba tan nerviosa que terminó contagiando a su madre.

—Déjame a Isabel, mamá. ¡No se me va a caer!

Maruxa, con el bebé en brazos, y Maruxiña buscaron un banco frente a los ventanales que daban a la pista de aterrizaje. Una vez sentadas, Maruxa puso al bebé en el regazo de su hija. En la espera, Antonio y Antón decidieron ir a tomar un refresco.

Al rato, Maruxiña devolvió a Isabel a los brazos de su madre. No quería perderse el aterrizaje del avión de Aviaco en el que llegaba Isabella, quien, con emoción, cuando Antonio la llamó, se consideró madrina de Isabel. En cuanto se enteró, Santiago pidió ser el padrino, pero fue tal la cara de tristeza que se le puso a Antón que a Antonio le quedó claro que no podía dar ese disgusto a su hijo.

—El siguiente es cosa tuya. Prometido —le dijo a Santiago.

—¡Ah!, pero ¿vas a tener más?

—Eso dependerá de Maruxa, por mí que no quede.

Santiago había viajado a Galicia al año de haber vuelto a casa Antonio. De regreso a Buenos Aires, enseguida se acercó a casa de su abuela Rosa para darle noticias sobre su nieto.

—Mucho mejor de lo que esperaba, abuela. Acaba de montar una empresa y las perspectivas son buenas. Ya tiene contactos interesantes y, en pocas semanas, empieza a exportar la primera remesa de conservas. También tiene idea de traer muebles rústicos del norte de Portugal y café, también de allá. Cada día se le ocurre un negocio nuevo. No para. Ya sabes, cuando se empeña en algo... Sigue siendo el mismo.

—Los negocios no me importan. Yo quiero saber cómo está él. ¿Y su familia?

—Me ha gustado mucho. La niña es un encanto, tiene pasión por su padre. Y el chico es callado, responsable, muy formal. Igual que Antonio. Me hacía gracia verlo tan protector con su madre y su hermana.

—Es lógico, los años en los que su padre estuvo fuera, el niño fue el único

hombre de la familia.

—Será por eso. Y Maruxa... No sé cómo explicarte. Tiene algo especial. No es muy guapa, pero enseguida se hace querer. Tiene mucho carácter y al mismo tiempo transmite una gran ternura. Antes de que me preguntes, que te conozco, te lo digo yo. No sé si están enamorados o no, es algo que solo ellos saben, pero te aseguro que se les ve contentos y compenetrados. Antonio preguntó sobre todo por ti. Quiere venir, dentro de unos meses, a la reunión de accionistas y aprovechar para conocer a sus clientes de Buenos Aires. Esa es la excusa, porque sobre todo viene a verte a ti.

—¿Su mujer sabe la historia de tu abuelo?

—Sí lo sabe. Antonio me contó que tardó un tiempo en contárselo. También lo saben los niños y la madre de Antonio. Les pidió que guardaran el secreto mientras vivieran las tías; quiero decir, las hijas del abuelo.

—¿Y qué piensan ellos?

—No lo sé. Bueno, sí, me dijo Antonio que le sorprendió la reacción de Maruxa. Creo que hizo un comentario sobre lo mal que debiste pasarlo.

—Me cae bien esa mujer.

—Te caerá aún mejor cuando la conozcas. Ya te he dicho que tiene algo especial.

—No vendrá nunca, lo sé. Y yo no tengo edad para viajar tan lejos...

—Nunca digas de esa agua no beberé. ¿Por qué no iba a venir Maruxa? Sí, adivino por tu cara lo que estás pensando: Mabel. Pues no sé, como comprenderás es un tema que he evitado por completo. Antonio sabe que Mabel se casó, se lo dijo Pepe por carta. Estoy seguro de que Maruxa vendrá algún día y podrás conocerla.

—Siempre que venga antes de que me muera...

—Ni se te ocurra morirte, no te lo perdonaría.

Tal y como le había adelantado Santiago, Rosa tuvo oportunidad de ver a Antonio unos meses más tarde, pero llegó solo.

—Mi mujer está embarazada, abuela, y el médico no consideró conveniente el viaje.

A Rosa le dio un vuelco el corazón y abrazó a su nieto con los ojos anegados en lágrimas. No paraba de decir: «Cuánto me alegro, cuánto me alegro».

Isabella tuvo una reacción similar, también se echó a llorar, pero a su manera, de forma más escandalosa, y mientras se sonaba, decía:

—¡Ay!, mi niña, mi niña.

—¿De qué niña hablas, Isabella? —preguntó Antonio confundido.

—Pues la que vas a tener.

—¿Y cómo lo sabes?

—Pues porque lo sé. Además, se llamará Isabel y yo seré su madrina. Así que, aunque los aviones me dan un miedo que me muero, tendré un buen motivo para subirme a uno. ¿Me irás a buscar al aeropuerto?

—Claro que iré al aeropuerto —le aseguró Antonio, sin poder contener la risa—. ¡Iremos todos a recibirte como te mereces!

—¿Con mi niña?

—Con Isabel. Pero ¿qué hacemos si es chico? ¿Qué nombre le ponemos?

—El que quieras. Pero será niña.

Nota de la autora

Hace años, sentada con mi hermano José María en la mesa de un café en un pueblo del Salnés, un marinero nos contó su historia. Había emigrado a América con poco más de quince años, y después de mucho tiempo, con su economía suficientemente equilibrada como para pensar en un futuro estable, en un bar de más allá del Atlántico alguien gritó su nombre, su apellido. Se volvió, pero el desconocido se dirigió a un hombre acodado en la barra. Era su padre, que había emigrado cuando él era un niño y del que nunca habían tenido noticias, creyéndole muerto.

Tenía una nueva vida, mujer e hijos... a los que había puesto los mismos nombres de los que había dejado atrás.

La historia me conmovió. El viejo marinero, con los ojos anegados de lágrimas, explicaba que no había podido soportar la situación. Lo peor había sido lo de los nombres. Lo consideraba una traición que se sumaba a la traición de haber puesto tierra por medio y definitivamente, océano en este caso, entre él y su familia.

Luis no quiso ver nunca más a su padre, lo consideró muerto.

En este libro todo es ficción. De hecho, esa historia dramática que es real, la he desarrollado bajo un punto de vista completamente distinto, y en positivo; nada que ver con la tragedia sufrida por aquel hombre, aunque pienso que no se puede sentir la misma conmoción ante un padre desleal en su grado máximo que ante un abuelo al que no se ha conocido.

He incluido otra verdadera, la del cestero de Mondariz que regresó rico de América tras tocarle la lotería. Era mi bisabuelo, papá Antonio, al que no conocí, todo un personaje. Como lo fue mi abuelo José, que se empeñó en que hubiera una escuela en Saiar y llevó allí la electricidad. En Saiar continúa la casa familiar.

Todo lo demás, insisto, es ficción. Los personajes no existen y sus vivencias no han ocurrido. Pero casi todo lo que ocurre a unos y a otros son historias que he escuchado a lo largo de mi niñez y juventud a la infinidad de emigrantes del

valle del Salnés que regresaron a casa, así como a las familias que esperaron durante años su regreso, que en muchos casos nunca se produjo.

Historias que me impresionaron y que con frecuencia me quitaron el sueño. Y me provocaron una admiración sincera e inconmensurable, que aún persiste, hacia las mujeres que dejaron atrás. Las mujeres que fueron el soporte y sostén de las familias gallegas vacías de padres y hermanos.

Agradecimientos

Son multitud quienes me han ayudado a que esta novela fuera posible. Por un lado, los que me han animado para emprender una aventura que me era desconocida, la ficción; por otro, los que han aportado datos concretos sobre cómo era la vida en Ventos y Buenos Aires en tiempos de los Padín.

En el capítulo de agradecimientos tiene un lugar destacado la buena gente de Saiar, la aldea del Salnés donde se encuentra la casa de mis abuelos maternos. Toda mi familia vivió de primera mano las historias de las madres, mujeres e hijos de aquellos que se marcharon prometiendo volver, y no siempre pudieron o quisieron hacerlo. Mis hermanos, primos y tíos me han ayudado a recuperar y recordar algunas de ellas, cosa que mi madre no ha podido hacer ahora porque falleció hace veinte años; sin embargo nos enseñó a valorar la autenticidad sin dobleces y el sentido del deber de los hombres y mujeres de Saiar, del Salnés y de las aldeas desperdigadas por toda Galicia.

Tengo que agradecer al Centro Gallego de Buenos Aires la información sobre la colonia en esa ciudad; a Fernando Eisenberg los datos que le pedí sobre las cuestiones legales que afectaban a los emigrantes españoles en Argentina a principios del siglo pasado, a Eva O'Regan que me localizara a expertos en barcos y navegación, y que me puso en contacto con el personal del Museo Naval y del Instituto de Historia y Cultura Naval, que me indicó dónde y cómo buscar.

Y, por supuesto, gracias de corazón al equipo de La Esfera de los Libros, por confiar una vez más en mí.